# CANIJO

Fernando Mansilla

# CANIJO

Fernando Mansilla

# Fernando Mansilla

Conocimos a Fernando Mansilla muy tarde y fue a través de su música o, más bien, ese híbrido entre música, poesía y teatro que eran sus espectáculos de *spoken word* con su grupo Mansilla y los Espías. Nos impactó ese pequeño hombre que se hacía grande en el escenario —y no solo porque su inseparable sombrero le añadiera un par de centímetros—, nos encandiló su voz grave y profunda y nos entusiasmaban sus letras afiladas.

Pocos años después tuvimos la suerte de conocer personalmente a Fernando y descubrimos que detrás del artista había una persona amable, sencilla y humilde, con el que daba gusto pasar el rato compartiendo una cerveza.

Mansilla nació en Barcelona y se instaló en Sevilla en 1981 atraído por la forma de vida, el clima y el buen hachís del sur. Se ganó la vida como músico callejero y con

diversas producciones teatrales con las que poco a poco se hizo un nombre como artista *underground*. Su poesía fue recogida en *Poemas para la no posteridad* (Cangrejo Pistolero) y en los discos *Literatura de baile, Dejad que los colgados se acerquen a mí* y *Lucy,* sus piezas teatrales (una de las cuales, *Libertino*, fue nominada a los Premios Max) fueron estrenadas regularmente desde los primeros noventa y su narrativa se inició con esta novela, *Canijo*, publicada originalmente por El Rancho Editorial y que ahora tenemos el placer de hacer llegar a toda España como ya hicimos con *Relatos faunescos, Matar cabrones* y *Mansilla Street View*.

Falleció en junio de 2019 descansando «en el puto sofá».

Seguramente tú también has conocido a Fernando Mansilla muy tarde, pero nunca es demasiado tarde.

Hoy es un buen día.

# También ha hecho posible este libro

Pablo Peña

Cuando tuvimos el manuscrito de *Canijo* en nuestro poder, inmediatamente pensamos en Pablo Peña para diseñar la cubierta. De sus manos salió el mítico clarinete-jeringuilla que ilustraba la edición de El Rancho Ediciones. Además, siempre hemos sido muy fans de Pony Bravo, y Pablo es componente de este grupo desde sus comienzos en 2006.

Estudió Bellas Artes en la Universidad de Sevilla y ha trabajado como músico, pinchadiscos, artista sonoro e ilustrador. Además de bajista en los mencionados Pony Bravo, es compositor e intérprete en el grupo Fiera, donde también se encarga del diseño de la parte gráfica, y ha participado en proyectos con Niño de Elche y Los Voluble. Ha producido el disco *Autoficción* de Las Odio y es cocreador de la obra escénica *Wildworking*. De forma paralela, ha trabajado en la composición de música y ambiente sonoro para obras de danza contemporánea y escrito e interpretado en directo la música para diversos espectáculos teatrales. Junto a Fran Torres ha fundado Música Prepost, un proyecto con el que han realizado varios espectáculos de *live cinema* o la gala de presentación del Festival Alcances en Cádiz, numerosas sesiones como *djs,* videoclips, etcétera. Pablo sigue caminando por el lado más gráfico de la vida, cuidado.

*Para Nano y Ada*

# PRIMERA PARTE

## PLAZA DEL PUMAREJO

**1. Sevilla, barrio de San Julián, verano de 1982.** Aterrizamos en Sevilla. La Sofía y yo.

Alquilamos una buhardilla en el barrio de San Julián, en el 6 de la plaza de la Moravia.

Vivíamos en la azotea de aquel edificio de tres pisos, blanco y vetusto, castigado por el sol. Yo recuerdo con agrado aquella solana maldita, las macetas de geranios, las duchas con manguera en el terrado, las tumbonas donde nos derretíamos al sol, las tetas de Sofía. En aquella buhardilla me pegué yo buenos atracones de esperarte, me cago en mí, Sofía, porque mira que he pasado yo ratos esperándote. Esperar mujeres. Esperar hombres. Esperar cosas.

Esperar que a las musas se les ocurra soplarte en la cara un día de estos. Esperar a Sofía. Mal asunto. No me gusta esperar, me pongo malo. He pasado muchas horas de mi vida esperando mujeres, camellos, dinero y buenas ideas. Y nunca tuve una espera agradable. Nunca, por ejemplo, mientras esperaba a mi novia en una esquina cualquiera, me encontré una cartera repleta de billetes. Así le he cogido esta fobia a las esperas, malditas esperas, y al verbo esperar, verbo maldito. Maldita aquella noche que esperaba a mi mujer y no venía. Eran cerca de las diez y media de la noche y llevaba esperándola desde las ocho de la tarde, pues habíamos dicho de ir al Ideal, un cine de verano en la calle Jesús del Gran Poder —ya no recuerdo qué película… ah, sí, *Mujeres Enamoradas,* de Ken Russell si no me falla la memoria—. Es igual, el caso es que yo esperaba en el comedor de la buhardilla, y por aquello de no perder el tiempo me senté en mi sillita de estudiar —como nene aplicado—, dispuse el atril con la partitura y dale ahí con el clarinete, tiru-tiru-boo, me dedico a machacar escalas para arriba y para abajo, pues en aquellos tiempos era mi ilusión y mi vanidad llegar a ser alguien en el mundo de los artistas; Sofía no viene, mucho tarda Sofía, ¿le habrá pasado algo? La película empieza a las diez y media de la noche y si tarda cinco minutos más nos vamos a perder el principio, maldita sea, con lo que me molesta perderme el principio de cualquier película, por mucho que la haya visto cuarenta veces, y ya son las diez y veinte.

Olvídate de las mujeres enamoradas.

Cuarenta minutos pasan volando. Escuché las once campanadas de las veintitrés horas en el reloj de la iglesia de la Hiniesta, le pegué una patada al atril y salieron volando las partituras por el aire, flas flas, Sofía por ahí, con sus amistades, o vaya usted a saber con quién, y yo como un idiota, esperándola, esperándola, esperándola. Otra vez: esperándola.

Y me dije: Se acabó, no te espero ni un minuto más, empiezas a

caerme mal, Sofía, me decía yo sin querer creérmelo demasiado, pero empezaba a ser verdad, Sofía estaba acabando con mi paciencia. Mi vapuleada paciencia. Y sin recoger las partituras

desparramadas por el suelo, ni el atril volcado, dejo el clarinete sentado en el único sillón de la casa y me quedo como un pasmarote, sin saber qué hacer.

Sofía y yo llevábamos una vida sencilla y austera. No teníamos ni televisión, ni vídeo, ni coche, ni lavadora. Un solitario radiocasete, una nevera y el clarinete eran nuestras posesiones. Vivían con nosotros, compartiendo incluso cama, dos hermosas gatas hermanas. Una era romana, es decir, a rayas grises y blancas, la otra negra por entero excepto su antifaz blanco y los calcetines, que también eran blancos. Eran suaves aquellas gatas, más peluda la romana, más cariñosa la del antifaz blanco, que se llamaba Samara, nombre que fue impuesto por Sofía y del que yo siempre discrepé. La otra gata la bauticé yo. Le impuse el nombre de Camelia. Menos mal que había dos gatas. Yo, por artista, me sentía con más derecho a imaginar nombres. Sofía no consentía ese tipo de autoatribuciones, también ella se sentía artista, y por tanto, con derecho a decidir por cuenta propia nombres y títulos.

La buhardilla era silenciosa, no se oían automóviles ni motores, el tráfico era escaso en la plaza, los vecinos gente tranquila, una pareja de recién casados que sonreían con candor cuando te los cruzabas por la escalera, una mujer muy mayor que se llamaba Gracia y que nos miraba con cariño, otra vecina que adoraba las gatas y cuyo nombre olvidé. La buhardilla era silenciosa. Aquella noche, sin Sofía, con las gatas de inmutable rostro ovilladas en sendas sillas, la buhardilla daba hasta un poco de miedo. ¿Era miedo? De haber tenido un televisor y un periódico donde consultar la programación, hubiera buscado una buena película para dejarme absorber por ella y tranquilizar así mis temores. Pero no. Ni televisión ni tranquilidad y el vacío instalado en la buhardilla.

Pon música, me dije, pero maldita la gana de ponerme a escuchar música. ¿Músicas celestiales con el cabreo que llevo en todo lo alto? No. Otra idea me empezaba a hacer cosquillas en alguna parte del cerebro. Más que una idea fue una sisa, porque entré en nuestro dormitorio, abrí el cajón de la pequeña cómoda, extraje el sobre donde Sofía y yo guardábamos el dinero del alquiler, conté los billetes, distraje uno de mil, devolví el resto al sobre y el sobre al cajón. Sin pegas, mil del ala, suficiente para darse un homenaje y olvidar el inmenso coñazo de esperarte, Sofía, querida. El coñazo

inmenso de quererte.

Voy a darme un homenaje. Voy a darme un homenaje. Voy a darme un homenaje.

Bajo la escalera, el portal, la calle, encamino mis pasos hacia la plaza del Pumarejo, el *Espumarejo*, como la llaman los vecinos del barrio. Era cerca de la medianoche y desasosegado por la espera, el amor y los calores, con un billete verde alumbrando el bolsillo trasero de mis tejanos, enfilo por Duque Cornejo flanqueado por un quieto desfile de casitas bajas y encaladas. Cuando desemboco en San Luis ya me siento algo

mejor y para celebrarlo me detengo y fijo la mirada en las doradas torres de una iglesia que pasaba por allí, luego la desvío a las estrellas. Ya me voy sintiendo algo más fuerte.

¿Qué es eso de sentirse morir porque tu mujer ya no te quiere como antaño, de morir ante la desdicha de saber que ya nunca te dirá cosas tiernas al oído? Responded, querubines y dioses del amor, responded, malas bestias, qué pasa, ¿nos desmoronamos en cuanto nuestra chica cesa de concedernos este baile?

Sigo mi camino por la calle San Luis y dejo a mis espaldas la iglesia de las torres doradas y sus cúpulas con mosaicos azules. Antes de llegar al Pumarejo un camello se insinúa, surge de las esquinas ofreciendo su mercancía prohibida. Ofrece sin ofrecer, desde el silencio. Los camellos de caballo no *entran* a sus clientes, no pregonan su mercancía. No hablan. Te miran a los ojos y esperan. Son los amos.

—¿Tienes algo? —le pregunto en voz muy baja. Es Luis Molina, de los Molina de las Tres Mil, gente de peso en el barrio, cuyos negocios dirige la madre, María, mientras el padre purga una muerte entre las rejas de Sevilla Uno.

**2. Las Tres Mil Viviendas, marzo de 1980.** Once en punto de la mañana. El gran gánster salió del edificio de ladrillo visto al gran patio de cemento y tierra, cruzó el terreno de juego donde enloquecidos seres humanos triscaban detrás de un melón volador. No es que el melón volara, más bien ellos lo hacían volar a patadas para perseguirlo luego lanzando alaridos y coces a diestro y siniestro, y los más risueños alegres risotadas que se confunden con los alaridos y hacen sonreír al gran gánster que viene a colocarse detrás de una de las devastadas porterías, ya despojada de red y hasta de larguero. Allí el patio fabrica un acogedor recoveco donde es agradable pasar la

media hora del descanso sentado sobre la casetucha de los contadores del agua. Frente al edificio de ladrillo visto el señor García consulta su reloj, cinco minutos pasan de las once. El gran gánster no le quita ojo a la figura canija y calva del señor García. Luego imitará sus gestos, sus tics y sus posturas para algazara y regocijo de sus compañeros.

Comienza a llover, cae una fina lluvia pulverizada y no hay donde resguardarse en el gran patio desnudo de tierra y cemento. Pedro Molina, el pequeño camello que jugaba a ser el gran gánster, consulta su elegante reloj de oro, pasan diez minutos de las once y Manulitu no aparece. Y ni un cliente. Cosa más rara… La lluvia humedece la tierra y arranca fragancias del cemento; el gánster aspira con placer y agradecimiento el olor a tierra mojada que le trae recuerdos de otros tiempos, otros lugares: la hierba, el río, los charcos que rodeaban la chabola donde nació. La peste. Las chabolas del Roto olían fuerte y poderoso.

Ni un cliente. Y Manulitu Rodríguez, su socio, su *aguaor* —el que le da el agua:

¡Agua!— se retrasa, o aún peor: no viene, no ha venido; o aún peor: no vendrá. Y el pequeño camello despliega sus antenas y detecta ese algo extraño y amenazante en el aire húmedo de la mañana, algo que no le gusta, algo que no le encaja hoy en esta mañana de lluvia y viento.

Bordeando el terreno de juego, evitando balonazos, haciendo caso omiso de silbidos, procacidades, bromas de mal gusto, piropos sin gracia y algún que otro insulto, se acercan cuatro muchachitas, las mismas que todas las mañanas pasan la media hora de su descanso tras la misma portería que el gran gánster escoge para vender sus posturas de hachís y fumar su Bob Marley, que así llaman por aquellos barrios a los porros liados con dos papeles. Las chicas no fuman. Nunca le han comprado a Pedro Molina un gramo de costo, nunca le han pedido una calada del porro mañanero que se fuma todos los días detrás de las porterías con su socio y amigo Manulitu. Al gran gánster le gusta que estén ahí todas las mañanas, oír sus cuchicheos, mirar furtivamente esos muslos dorados, los de la Manoli, que tiene los muslos dorados y lleva siempre falda corta; la cola de caballo de la Rosi Martínez hasta la grupa; la risa suave y dulce de la Paqui; las

trenzas de Isabela… Y le encanta saber que hablan de ellos, del pequeño camello y de su socio Manulitu, aunque Manulitu diga que no, que a él no le gusta, que no le hace demasiada gracia verlas ahí, enterándose de todo, de lo que se vende o se trapichea o se deja de

trapichear, de lo que se fuma o de los clientes que vienen todas las mañanas a dejarse la pasta detrás de la portería. Dice, ha llegado a decir Manulitu, que las envía el señor García para saber lo que se trajina en el rincón de los contadores. Espías. Pedro Molina sabe que eso son disparates.

A Pedrito le gusta Isabela, su aceitunada piel morena y sus negros cabellos recogidos en dos trenzas larguísimas hasta la cintura encandilan al gran gánster. Pero el amor es a distancia. Nunca se han besado. Nunca se han dicho te quiero.

—Qué guapa es Isabela —reconoce Pedro Molina, lo piensa en alta voz, siente cosquillas en el estómago solo de pronunciar su nombre: Isabela. Le encanta esa originalidad de la a añadida, no Isabel, Isabela, con a, y esa tontería lo enternece y por primera vez en su vida susurra: Te quiero, te quiero, te quiero. Se atreve a decirlo: Te quiero. Quizás porque nadie lo oye, nadie está a su vera. Está solo en la caseta de los contadores. Esta mañana no vino ni un cliente a dejarse la plata. Ni uno, ni siquiera el inútil del Caravaca, que le cambia todas las mañanas su bocadillo de sardinas en aceite por una chinita ínfima de hachís, y el señor García mira su reloj, faltan escasos siete minutos para el regreso a las cotidianas tareas. Llueve ahora con más ganas que nunca, pero el señor García decide no suspender el partido. Que se mojen, que se jodan, ojalá se ahogaran todos, sueña despierto el señor García. Llueve y Pedro Molina, el pequeño camello, está nervioso. No se concentra. Ni se atreve a sacar su pequeña y olorosa bola de hachís marrocano para liarse un *joint* de dos papeles, un Bob Marley, también conocido como un *dospa*, de dos papeles. No, no se atreve. No tiene a nadie que le dé el agua. ¿Dónde carajo te metes, Manulitu? Y tiene hambre. Ah, coño, todas esas sensaciones en el estómago… a ver si va a ser que lo tiene vacío. No ha comido *su* bocadillo de sardinas y el estómago se lo reclama. ¿Dónde carajo te metes, Caravaca?

Cinco minutos faltan para las once y media cuando alguien viene a avisar al señor García de que algo terrible está sucediendo, ¿dónde?, en los servicios, dentro del edificio de ladrillo visto, corra, corra señor García, una pelea, corra, que se están matando. Y el señor García abandona sin pensárselo su puesto de vigilancia en el patio de tierra y cemento, ni siquiera mira su reloj cuando entra a la carrera en el interior del edificio, ¿qué pasa, qué pasa?, corra, corra, señor García, a los ascensores, no, por las escaleras, más rápido, han apuñalado a Manuel Rodríguez en los servicios del tercer piso. Y el señor García corre, está a punto de rodar escaleras abajo cuando pisa un bocadillo de sardinas y resbala con la pringue, ¡qué asco! ¿Quién ha dejado ahí

esa porquería?

El gran gánster ya no es el gran gánster. Se acabó el juego. Solo le queda ser quien es: el indefenso camello detrás de la devastada portería que ve venir a los cuatro hijos del Chino, y sabe que no vienen precisamente a comprarle grifa. Vuelve su mirada al grupo de muchachas y ya no están, las ve correr, alejarse por donde vinieron, hacia el edificio de ladrillo visto. No todas, Isabela se queda. Aterrorizada, pero ahí está, se queda. El melón vuela por los aires, coces, alaridos, porrazos… Cuatro minutos para las once y media. No hay tiempo que perder: Ismael Martínez Guardia, el primogénito del Chino, camina ligero por el patio de tierra y cemento, sus tres hermanos le siguen a un par de pasos, cruzan el terreno de juego evitando balonazos y jugadores, directos a la caseta de contadores donde el que fuera gran gánster espera sentado y solitario. El señor García desapareció en el interior del edificio y no vuelve. No se ven otros barandas en el patio.

Isabela se acerca tímida hacia Pedro, llegará casi al mismo tiempo que Ismael. ¡Vete!, se atreve a decirle la muchacha al gran gánster, y es la primera vez que le dirige la palabra:

¡Corre! Pero no se va, no corre. Ismael sonríe. Ya están todos ahí, alrededor de la casetucha de los contadores. Los temidos hijos del Chino, los hermanos Martínez Guardia.

A Isabela no le sienta bien el miedo, le crispa el rostro, le descompone el cuerpo, ya no es serena su mirada, ni burlona su voz, ni bonitas sus trenzas. De hecho no puede ni hablar. Ismael, cosa en él rarísima, enarbola un bolígrafo en la diestra. Parece que en vez de bolígrafo porte un puñal, una navaja, un arma diabólica. Lo empuña a la altura de la cadera. Es un bolígrafo plateado, muy grueso, cargado con minas de tintas diferentes que le permiten escribir en cuatro colores: azul, rojo, verde y negro, según el resorte que se pulse. Ismael no abandona la cruel sonrisa, sus hermanos le imitan la sonrisa, los gestos, la pose. Son clavados entre sí los hijos del Chino, y, tal como el Chino, nos recuerdan a los mogoles con sus ojos rasgados, sus narices chatas, sus cuerpos menudos. Se han plantado frente a la caseta de los contadores donde Pedro Molina permanece sentado. Con una gran, enorme sonrisa, uno de los hermanos, aquel que está a la diestra del primogénito Ismael, se mete la mano por dentro del jersey de lana y saca de ahí, por la parte del cuello, una negra, flexible y correosa picha de toro. Isabela a dos o tres metros, temblando, sin saber qué hacer, se quiere marchar pero ya no puede.

Imposible ahora. Justo en ese momento deja de llover.

Se miran con largueza, Pedro muy serio, los cuatro hermanos con mucha guasa, Isabela les mira a todos con terror. Pronto se dará cuenta, sin embargo, de que en realidad la ignoran. Ismael finge sorprenderse de que no esté ahí Manulitu, el socio del gran gánster.

—¿Estás solo, primo? ¿Y tu compi, no ha venío hoy?

Se desternillan de la risa los tres hermanos de Ismael. Risas falsas, forzadas, estridentes. Ríen a grandes carcajadas. Igual que Pedro Molina, ellos también son gitanos, pero de otra pasta, como dice siempre Isabela. Risas agudas y molestas, falsas, crueles, obscenas. Otra pasta.

Pedro no contesta. Ya sabe que algo chungo le han hecho a su socio. Seguro. Algo terrible que por lo visto les hace tanta gracia a esos mal nacidos, porque no paran, no dejan, no acaban nunca de reír. El pobre Manulitu… Entonces, Pedro Molina lanza su primer farol.

—¿Es que no te has enterao? —dice a Ismael, ignora a los tres hermanos comparsas, como si no existieran—. El Manulitu y yo ya no semos socios, se acabó, mi viejo me ha quitao de vender. No tengo ná.

Se miraron entre ellos con duda: ¿Qué dice este idiota ahora? ¿Con qué cuento nos quiere camelar?

—¿Qué chamullas? ¿Que no tienes grifa?

—¿No te enteras? No hay ná, no tengo ná. ¿No te has coscao de que no he vendío ná en toa la mañana?

El gran gánster observó las caras escépticas de los cuatro hermanos. Isabela seguía allí plantada, sin que nadie le echara cuenta. Como banda sonora los alaridos y las risotadas de los enloquecidos jugadores de la coz.

Dentro del edificio de ladrillo visto el señor García, a todo lo que le dan sus cortas piernas, sube al tercer piso por las escaleras precedido por Rafael Carmona, que tiene el espanto en los ojos, le tiembla la voz:

—En los servicios. Está en los servicios.

Cada vez tiene el señor García más miedo de lo que se va a encontrar en los servicios. Atraviesan el pasillo, una, dos, tres, la cuarta puerta

es el servicio de los hombres, abre de un empellón, hay pisadas de sangre en el suelo, en un rincón, de rodillas y encogido sobre sí mismo, parece que esté orando, Manulitu se sujeta el estómago y la sangre corre por sus nudillos, entre los dedos. El señor García se queda sin habla.

—Pues líate un *joint*, primo —dice Ismael con mucha guasa, con mucho tonillo, al gran gánster, y detrás de él brillan los ojos de sus tres hermanos con ansia y deseo de soltar un par de hostias.

—No puedo —declara Pedro Molina con su cara más seria—. No tengo grifa —

miente con gran franqueza mirando fijo a los ojos de Ismael.

—¿Qué ha pasado? ¿Pero qué coño ha pasado?

Manulitu quiere responder, decir algo, pero cuando abre la boca estalla en sollozos.

Con delicadeza el señor García le aparta las manos del ensangrentado estómago.

Isabela no se ha movido un paso. No le quita ojo al bolígrafo que sigue empuñando Ismael.

—Venga, compi —insiste meloso el mayor de los Martínez Guardia—, no seas tan chungo. Invítate a un peta.

*Déjate de rollos, Pedrito,*

*déjate de rollos,*

*invítate a un jointcito.*

Canta y desafina aposta, hace el burro Simplicio, el benjamín de los cuatro hermanos.

Tacatacatacataca, se arrancan repentinamente los Martínez con las palmas, redoblan a tiempo y a contratiempo, se ayudan chascando la lengua contra los dientes.

—Déjame ver, déjame ver —pide el señor García, desabrocha la camisa y alza un poco la camiseta para indagar en la herida que presenta Manulitu en el estómago, por encima del ombligo—. ¡¿Quién ha sido, joder?! ¡¿Quién te ha hecho esto, coño, Manuel?!

¡¿Quién te ha hecho esto?! ¡¡Joder, joder, joder!! —Se desespera el señor García, suelta, en contra de su costumbre, algunos tacos, parece que le va a dar algo. Es realmente desesperante ver a ese niño de once años ahí tirado en los urinarios, ensangrentado bajo la panza del sucio lavabo.

—El mejor sitio para que pesque una infección de cojones. Sacadlo de ahí, joé —

sugiere con tino el profesor de gimnasia que acaba de llegar al lugar, como también el de lengua, la de francés… Van llegando los profesores. Manuel Rodríguez está muy asustado y los mira con ojos desorbitados.

—Me pincharon con algo —cuenta con un hilo de sollozante voz.

—No parece muy grave —opina un bedel.

Alguien llama a una ambulancia.

Benito Martínez empuña la picha de toro cual si fuera un micrófono y canta mientras sus hermanos se tronchan de la risa sin dejar nunca de hacer palmas: *Déjate de rollos, Pedrito,*

*déjate de rollos*

*y líate un jointcito.*

Los hijos del Chino forman un siniestro equipo donde cada uno tiene sus habilidades.

Para esto de la música el mejor es Benito, que es el que ahora está cantando eso de: *Y*

*líate un joint, Pedrito. Y líate un porrito, Pedrito, por favorcito.* La autoridad es para el mayor, Ismael, catorce años. Candelario es la fuerza bruta. Los inventos son de Simplicio, el menor, los mismos once años que Pedrito. El bolígrafo, por ejemplo, lo ha trucado él de forma que cuando se acciona el pequeño resorte para escribir con la mina de tinta roja, aparece en su lugar una larga y fina aguja de coser cuero. Ahora están muy animados con las palmas y las coplillas que Benito improvisa y canta con absoluto malaje, además esta mañana anda un poco repetitivo en la confección de letras.

*Déjate de rollos, primo,*

*y líate un porrito, Pedrito,*

*no te tangues, colega,*

*y sácate la grifa, Pedrito,*

*colega, primo, Pedrito,*

*no te enrolles chungamente.*

Canta y desafina a conciencia, hace el payaso con poca o ninguna gracia, se contorsiona, berrea, chupa el improvisado micrófono de manera obscena para que sus hermanos rían con sus risas forzadas, estridentes y amenazantes.

Tacatacatacatacataca, suenan bien las palmas, sin esfuerzo, tacatacatacataca, doblan y redoblan. *Déjate de rollos, mi compi, déjate de rollos y sácate la grifa y sácate la grifa y líate un Bob Marley, Pedrito, canalla, no te enrolles chungamente y líate un Bob Marley*.

Tacatacatacataca.

A compás, brillantes los ojos, siniestras las sonrisas, a compás. Una larga aguja surge por la punta del bolígrafo plateado.

El señor García mira la hora en la esfera de su reloj extraplano.

—Oye, son más de las once y media. Hay que avisar el fin del recreo —le dice a un bedel, y el bedel corre a secretaría para accionar la sirena que pondrá fin al recreo.

También el bedel está a punto de descalabrarse cuando pisa el aceite que pringa el suelo al final de las escaleras.

—¿Pero quién ha sido el guarro…?

El gordito Caravaca podría explicar qué hace ese bocadillo tirado en el suelo, las sardinas desparramadas, pero está en el cuarto trastero entre escobas, fregonas y otros útiles de limpieza, con un ojo morado, un pichazo de toro en la coronilla y pinchazos de aguja en muslos y brazos. Ahí se lo acaba de encontrar la Presen, la mujer de la limpieza. No hay manera de que explique qué carajo le ha pasado. Presentación tampoco insiste en saber. Le da auténtico terror. Por las noches tiene pesadillas con el alumnado del Padre Ocampo.

Manulitu Rodríguez descansa reclinado en la pared, le han cortado la hemorragia, ya no sangra. No eran profundas las heridas, pero

persisten en él los rastros del terror.

En el patio de cemento y albero, detrás de la portería, Pedrito ya no juega más a los gánsters. Ahora sí se acabó el juego donde los gánsters eran gente de honor y él realizaba sus negocios sin trucos ni engaños. Ahora tendrá que ser rápido como una serpiente, y si puede, será traicionero. Y si puede, los engañará. Pero no va a poder. Ve salir esa aguja por el agujero negro del bolígrafo apuntado a sus ojos; no ve como Simplicio y Benito le dan la vuelta a la casetucha para situarse a sus espaldas. O si lo ve no hace nada por evitarlo. Isabela sale de su marasmo y corre hacia ellos cuando agarran a Pedrito por la espalda, lo traban, lo inmovilizan.

—¡Dejadlo, dejadlo ya, cabrones! —grita, se planta Isabela frente a Ismael—.

¡Maricón! —le insulta la chiquilla.

Ismael, sin mediar palabra, le larga tal revés que la hace volar, cae, se da contra la pared de la casetucha, sale la sangre por un feo corte en la sien.

—¡Venga, maricona, dame ya la grifa, perra! —exige Ismael sin mirar siquiera a la chiquilla que acaba de enviar al limbo. También Candelario se encara con Pedrito, lo mira, le sonríe, no habla, se mira la mano, la abre, la cierra, sopla en sus nudillos, lanza su puño contra el estómago de Pedrito, se lo empotra en el vientre.

—¡Toomaaa! —jalean Benito y Simplicio—. ¡Hostia, qué hostia! —Se ríen, hacen gestos, se burlan. No veas qué hostia. Magnífica. Lo sueltan y Pedrito se dobla, no puede respirar, antes de caer al suelo Ismael clava en la molla de su muslo la aguja del diabólico bolígrafo. Una mancha de sangre roja y caliente aparece en la tela del elegante pantalón del gran gánster, un círculo deforme, húmedo y viscoso que se agranda hasta la rodilla. Pedrito quiere gritar espantado pero no puede, no salen sonidos de su boca de gruesos y tiernos labios, no puede ni respirar. Está acurrucado en el suelo, nadie lo sujeta ya, no hay necesidad, prefieren dedicarse a golpearlo y reír, siempre las risas forzadas y falsas. Risas y patadas, patadas a la barriga, a los riñones; sin olvidar un par de trallazos en los lomos con la picha de toro que ahora se pasan los hermanos, de uno a otro cual si fuera el testigo de una carrera de relevos. Por fin, Ismael se agacha y apoya la punta de la aguja en el ojo de Pedrito.

—Muévete y te dejo tuerto, maricona.

El gran gánster se hace estatua. No mueve un músculo, un pelo, se mea, se humilla.

Estatua de terror mientras la otra mano de Ismael Martínez registra afanosa los bolsillos del pantalón elástico de Pedrito Molina. Rebuscan, revuelven, palpan los finos y nerviosos dedos de Ismael, encuentran la bola de grifa, triunfo, una patada en el estómago para celebrarlo. Ahora la pasta:

—¿Dónde escondes el parné, maricona?

Pedrito no responde, no ve, no respira, no puede hablar, el dolor y el miedo lo paralizan; pinchazo en la espalda, patada en el estómago y pinchazo en la mejilla para ver si se anima, nada, no responde, por delante y por detrás arrecian los golpes, cada golpe una carcajada y exclamaciones de admiración:

—¡¡Jodeeer… ese ha sonao!!

Más pinchazos en la mejilla, debajo del ojo.

—Sácale los acais, Isma —sugiere con excitada voz Benito.

Otra vez se hace estatua el apaleado gran gánster, otra vez los dedos hábiles, intuitivos de Ismael dan rápido con los billetes —pocos, pues no ha vendido nada en toda la mañana— en el bolsillo chico delantero de los pantalones de Pedrito. Ismael, para celebrarlo, le endiña un tortazo que hasta le sienta bien, le devuelve la respiración, respira, qué alivio, y por fin oye y ve, pero sobre todo respira, respira, respira. Oye el llanto de Isabela que está tirada por ahí. Las carcajadas forzadas, los tacos, las voces nasales, estridentes, insultantes. Los insultos, los insultos, los insultos.

Entonces sonó la alarma, ¡uuuuhhhhhaaahhhh!, clara y potente, dejaron de jugar y de correr los jugadores, y todos los niños que había en el patio de cemento y albero se dirigieron hacia un punto, frente al edificio de ladrillo visto, y se formaron colas, una cola para cada curso, los de primero, los de segundo, los de tercero… Todos en cola no, faltaban algunos alumnos. Isabela y Pedrito quedaron tirados en el cemento, tras la devastada portería sin redes ni larguero. Tirados y despojados, pues se lo han quitado todo: dineros, droga, relojes. Hasta el pequeño reloj de Minnie Mouse que le regalaron a la pobre Isabela el día de su primera comunión. El gran gánster escucha la sirena y quiere, intenta ponerse de pie. Medio lo consigue, queda mirando la figura desmochada de Isabela. Se palpa los bolsillos, se palpa el cuerpo, toca con sus dedos en leve caricia las manchas de sangre en

sus pantalones. Tres, cuatro veces lo han pinchado. Y qué. Se lo han quitado todo. Los pinchazos se curarán, de hecho ya ni siquiera le duelen, pero la grifa no la va a recuperar, ni la pasta. Eso fijo. Ni la tranquilidad. Sin grifa, sin dineros…

Pedrito no sabe qué tal le va a sentar eso al viejo. A Pedrito Molina le va a costar hoy volver a la queli, decirle a su papa que le han sirlao, que ni siquiera se pudo defender.

Que por su culpa recibió también una prima que vino a dar la cara por él. No, eso mejor se lo calla.

El señor García está pálido, no mira su reloj, a su lado el profesor de educación física da la señal de entrada a las aulas y las colas empiezan a desfilar, una por una entran en el edificio, cada curso a su aula correspondiente. Se está despejando la mañana, un rayo de sol hace brillar el cemento. Ismael avanza el último de la cola con las manos en los bolsillos, la derecha soba billetes, la izquierda la bola de hachís marrocano. Feo y renegrido, Ismael sonríe y enseña las mellas de su boca. Nos insulta.

*Afilad armas, aprestad escudos,*

*dad un buen pienso a los ligeros corceles*

*e inspeccionad los carros con esmero,*

*apercibiéndoos para la lucha,*

*ya que durante todo el día*

*ha de poneros a prueba el siniestro Ares.*

HOMERO, *La Ilíada*

**3. Las Tres Mil Viviendas, marzo de 1980.** Iluminaban la escalera con los mecheros, no con la llama, sino con el chispazo breve y continuo que se produce al hacer rodar la ruedecilla que fricciona la piedra, chas chas, no queda ya ni gas en los mecheros. Pero es igual, la chispa alumbra, el chispazo es suficiente para que los furiosos primos, los encrespados cuñados, los tíos furibundos y demás varones aliados de los Molina sigan subiendo la escalera —ya van los de vanguardia por el primer piso— y ojo que los escalones mojados resbalan. En primera línea avanza el padre, José Molina, vestido de

negro desde el sombrero hasta los zapatos, con su cayado de nudos y la recortada medio oculta en la camisa negra; detrás, armados con sendas albaceteñas de siete muelles y la correspondiente vara gitana flexible y puntiaguda, van los dos hijos mayores, Luis y Rafael Molina Fernández. Eduardo, el hermano que le sigue a Rafael, se protege con un azadón —ya usado otras veces con fines bélicos y buenos resultados— y sube tras sus dos mayores pero delante de los tres primos Fernández que suben accionando los mecheros, y uno, el Fernández más chico, guarda un revólver con las cachas nacaradas en el bolsillo trasero de sus pantalones. Sus hermanos gastan hacha y machete de una cuarta. Y por atrás más familia todavía, hombres jóvenes y no tan jóvenes que siguen entrando en el bloque donde en el tercer piso letra B se refugia el Chino con su familia y compinches más allegados. Entra en el bloque la última tanda de gitanos y cuidao con ese charco, cuidao con la escalera que patinan los peldaños, y sobre todo mucho cuidao a la entrada porque no es broma que vuelan las bolsas de

basura, y no precisamente la cotidiana lluvia de basuras y desperdicios que se dirige desde las ventanas de los pisos al sitio donde alguna vez hubo un contenedor, sin otra intención que la muy humana de sacar la basura a la calle. Esta vez, esta noche, son muchas las ventanas con vistas al descampado que se abren para que las gitanas —

porque son las mujeres quienes se ocupan de tales labores artilleras— saquen por ellas sus orondos y morenos brazos y dejen caer la humillante inmundicia sobre las huestes enemigas, bolsas de basura que revientan en explosiones mudas de olores y porquerías al tomar contacto contra el suelo o contra las personas si hay suertecilla y se acierta.

Algunas de estas bolsas van abiertas y sueltan su contenido por los aires para que vuele la mierda y los papeles cagados, y caigan vacías latas de sardinas abiertas con filos traidores que cortan como el diablo y cuidao con los cascos vacíos de las cervezonas, que eso si te da en la chola, acabate.

—¡Pero… serán guarros!

—¡Cuidao con las ventanas, que están tirando la basura! —avisa a gritos un gitano joven y guapo. Una monda de patata le asoma apoyada en la oreja.

—Primo, llevas una monda de papa en la oreja.

—No me extraña, con la que está cayendo… —No se extraña el primo que además se lame la sangre de una mano que se fue a cortar con los filos traicioneros de una de esas latas de sardinas.

Pero es igual porque consiguió entrar y ya está dentro del bloque, en el portal y dispuesto a iniciar el ascenso junto con los últimos rezagados que lucen peladuras de naranja y zurrapa de café en calvas y melenas.

Ya suben los gitanos iluminando las oscuras escaleras con los mecheros, chas chas, es la costumbre, quedan en las Tres Mil pocos bloques a los que llegue la corriente eléctrica. La luz. En la tienda de la suegra del Chino tienen el monopolio de las velas y no permiten ningún tipo de competencia en el barrio. Como fieras se ponen si alguien se atreve a vender otras velas que no sean las velas de la suegra del Chino.

—Cuidao con el Chino… Lo quiere tó el hijo la gran puta.

José Molina sube la escalera consciente de que ya no es posible retroceder y le da un poco de yuyo; él se conformaría con que le devolvieran la grifa que le han sirlao a su Pedrito, su hijo más chico, incluso cree que le bastaría con una disculpa, claro que habría de ser muy sentida y muy sincera:

—Un reconocimiento de mi autoridad como gitano viejo, coño, que por mucho que quieras tú no habías nacido aún cuando yo ya era un hombre, Chino, y me debes un respeto, y un cierto acatamiento, como hombre y como gitano —ensayaba José un pequeño discurso mientras proseguía el ascenso hacia las posiciones del Chino. Él, antes de lanzarse al degüello, quisiera hablar, intentar un arreglo, pero mira hacia atrás, no a sus hijos, que a sus hijos les dice por aquí y es por aquí, sino a sus cuñados, los Fernández, que son tela marinera y están llegando al descansillo del primero, y más atrás, a toda la patulea que acaba de entrar en el bloque, y sabe que ya no hay retroceso.

Tela marinera los Fernández.

No han llegado al segundo piso cuando se oye el chirrido de un cerrojo que se descorre, voces, gritos, más cerrojos, puertas que se abren en el segundo, dos más en el primero, no se sabe cuántas en el tercero, da igual, las que sean, lo que importa son los gitanos que de pronto salen de los pisos y rodean a los Molina y sus aliados, por arriba, por abajo y por los flancos. Los mecheros, chas chas, centellean ahora en todos los rellanos y escaleras del bloque. Los gitanos se

miran en silencio, los dos bandos, las manos posadas en los puños de los bastones, tamborilean los dedos en los mangos de las hachas, acarician las culatas. Se miran y se remiran sin insultarse ni maldecirse, en tétrico silencio. Quietos. Se miran y hay deseo de guerra en los ojos entornados y los labios prietos. No tan quietos. Alguien con los nervios patina en el peldaño mojado y va a caer, se agarra del primo y cerca están de caer los dos.

—¡Coño, Julián, que me caes!

—¡Joé, primo, perdona! ¡Esto patina como dios!

No caen pero se inicia un amago de movimiento en las filas de ambos bandos. Desde el tercero, donde está atrincherado con sus leales, el Chino asoma la cabeza por el hueco de la escalera y lanza un aviso.

—¡Molina! ¡Te vas a buscar una ruina! ¡Nájate por donde has venío!

José Molina detiene su ascensión y con él todo aquel que le acompaña. Toma aire pausadamente antes de decir:

—Chino, ¿podemos hablar?

—Habla.

Y entonces se le queda la mente en blanco a José Molina, huye de su cerebro el pequeño discurso que preparó en el camino. Por el hueco de la escalera la cabeza del

Chino aparece y desaparece iluminada o no por las chispas de los mecheros. ¿Qué decir? Lo único que se le ocurre.

—¡Chino, devuélveme la grifa!

—¿Se están riendo? —pregunta Luis, el hijo mayor. Le parece oír que se ríen por allí arriba, en el tercero. Han dejado de sonar los mecheros y todo queda a oscuras por un momento, y efectivamente, parece que se oyen risas. José Molina siente algo parecido a un desfallecimiento, ¿qué le pasa? Qué ganas le están entrando de irse. Pero no puede.

¿Por qué no puede? Es lo mismo que si quisiera volar, o no morir nunca, o ser jefe de Estado: imposibles. Y el caso es que su situación en la escalera es delicada, rodeados por los fieles del Chino que los miran en silencio, quietos, preparadas las armas. Otra vez los mecheros, chas chas chas, vuelve la luz de chispas, el centelleo intermitente hace que las escaleras semejen una discoteca y parece

todo una fotografía tras otra tras otra pasando a gran velocidad. A ese ritmo contesta el Chino:

—¿Tu grifa? Me la he fumao, o la he vendío. O las dos cosas.

—Chino… me has faltao el respeto.

—Cucha… el respeto.

—¡Se están riendo! —acusa Luis Molina, y es verdad, suenan risotadas en el tercero, y en complicidad con el buen humor del Chino se sonríen sus vigilantes compinches, armados y empalmados con los cuchillos en las puertas que se abrieron, en los rellanos, en las escaleras, rodeando y sin quitar nunca el ojo a los Molina y familiares. Les ha hecho gracia: «Cucha… el respeto».

Ciertas cosas jamás las consentirá un gitano, entre ellas que el hijo de la gran puta de oros venga a reírse de sus mayores.

—¡Vamos! —ruge Eduardo—. ¡Vamos ya! ¡Qué esperamos!

Y blande Eduardo el Bizco el azadón con sus poderosos brazos. El clamor estalla.

Molinas y aliados suben, los compinches del Chino bajan, salen de los pisos en oleadas, atacan desde todos los puntos agitando bastones, cuchillos, hachas y puños, pero no hay distancia para tomar demasiada carrerilla y el encontronazo se produce rápido y violento. Los tres hijos de José Molina son los primeros en trabar contacto. Luis Molina, la mente fría y el rostro inexpresivo, ha desplegado la hoja de su albaceteña —clac clac clac, hasta siete veces sonaron sus muelles— y con la otra mano empuña su fina y flexible vara de bambú. Será precisamente esa vara la que produzca la primera herida

de la noche —swisss— un fino silbido en el aire hasta encontrar el rostro del mayor de los hijos del Chino, Ismael, uno de los cerdos que le quitó la grifa a su hermano y que por ser responsable de la guerra va en primera línea, en la vanguardia, según lo dispuso su padre, Antonio Martínez el Chino. Cuando la vara se aleja ya del rostro de Ismael una delgada raya encarnada aparece en su mejilla, y no se ha repuesto de la sorpresa cuando la albaceteña de Luis raja el dorso de su mano y el dolor y la impresión de la sangre le hacen soltar la picha de toro, la misma con la que golpeó a Pedrito para quitarle la grifa, y no sabe todavía de dónde le llueven los golpes cuando un rodillazo en el muslo le deja definitivamente fuera de combate. Un pariente de los Chinos quiere evitar más castigo y se lanza a defenderlo blandiendo

contra Luis un bastón de hierro.

—¡Para, hijo de puta, que lo vas a marar! —aúlla y descarga el bastón contra la cabeza de Luis, pero ahí está su hermano Rafael al quite interponiendo su vara. El bastón, más pesado, quiebra el bambú pero se desvía lo suficiente para que Luis Molina esquive el bastonazo y el primo pierda la posición para no volver ya a recuperarla, pues, por la espalda, como es su estilo, Eduardo remata la faena con un azadonazo que quita de en medio al pariente entrometido.

Entrecortadas, fotográficas, intermitentes las imágenes por el curioso efecto de la chispa azul de los mecheros, dan un cierto ambiente de *boîte*; solo faltaría un poco de música para que esto degenerase en baile, pero no la hay, la única música son las pavorosas maldiciones que se cruzan por las escaleras, que rebotan de rellano en rellano, los terribles juramentos y el crujido de los huesos al quebrarse.

Han caído gitanos de uno y otro bando y se forma un tapón entre el primer y segundo piso, así los gitanos de atrás no tienen forma de seguir avanzando, de acceder a la batalla. José Molina, ajeno a tapones, detiene su ascenso y, protegido por sus hijos, prepara la recortada, la abre y con suma parsimonia —rodeado por el caos y los alaridos de los descalabrados— introduce los dos cartuchos, la cierra con seco movimiento —cle clac— y dirigiendo su voz al negro hueco de la escalera vocea:

—¡Chino! ¡Chino! —Destaca su vozarrón sobre el fragor formidable de la batalla.

—¡Dejadme pasar, joé! ¡Dejad paso! —No hay manera de que uno de los Fernández, el Genaro, pueda acceder a la refriega, atascado entre el primer y segundo piso.

—No te empeñes, Genaro. No te hagas mala sangre, que ya ves que cuando no se puede no se puede.

—¡Chino! ¡Chino, da la cara! —Poco a poco, escalón por escalón, José se acerca al tercer piso. Hace ya algún rato que el Chino ha enmudecido, no se le oye bravuconear, y mucho menos reír. A pesar de la inicial desventaja, a pesar de ser menos y peor situados, los Molina y sus aliados están ganando las mejores posiciones.

—¡A tomar por culo! —celebra su triunfo Juan Fernández cuando descalabra al hermano pequeño del Chino, Isidoro, diecinueve años, con su larga porra de policía,

¡plom!, en toda la coronilla, salpica la sangre, le brillan los ojos, grita salvaje en la oscuridad mientras el cuerpo abatido cae por las escaleras, rueda hasta que lo frenan las botas con puntera de hierro del Fernández Genaro, que pasa por encima suyo pisándole la cara y entra por fin en batalla repartiendo mandobles a ciegas.

—¡¡Canallas!! ¡¡Perros!! ¡¡Sus vais a enterar!!

Solo hay luz donde los taponamientos —gitanos que mientras no entran en batalla siguen dale que te pego con los mecheros, chas chas — y en los rellanos donde gitanas y niños mantienen alguna vela encendida con la puerta de su casa abierta y preparada para la pronta huida. Porque ahí donde se reparte la leña están casi a oscuras, ningún combatiente se entretiene en darle a la ruedecilla para que salte la chispa.

Qué diestro es Eduardo con su azadón, no lo haría tan bien ni con tanto entusiasmo si tuviera que emplearlo en el campo para remover la tierra o escachifar la remolacha.

Eduardo es quizás el hermano Molina que más disfruta la violencia. El azadón es arma letal, pero su pericia llega al punto de golpear lo justo para romper sin matar, lo hace con el azadón de lado, de forma que te descalabra sin asesinarte. Ataca siempre que puede por la espalda, sin descuidar las suyas. El mismo caos de la batalla le ayuda a aplicar su estrategia, pero ahora un gitano enjuto y largo como un fideo le ataca de cara, debe ser pariente cercano del Chino porque tiene los mismos ojos rasgados, la misma nariz aplastada. Ataca con un machete de doble filo con la punta rota para desgarrar mejor. Eduardo establece una distancia conveniente con el azadón pero el rival es rápido y hábil con su arma, lanza viajes que Eduardo ve pasar preocupantemente cerca, tiene que ceder terreno y en una de esas, al esquivar un machetazo dirigido a su costado, despega su espalda de la protección de la pared y el gitano del machete ya no le deja recuperar la posición. Luchan en el primer tramo de escaleras que media entre el segundo piso y el tercero, situado el achinado rival unos peldaños más arriba que Eduardo, quien ahora, cuando el enemigo le come más y más el espacio, tiene serios problemas para manejar el azadón, es más, sin querer, y debido a la proximidad entre sí de todos los combatientes, ha golpeado a su hermano Rafael al echar hacia atrás el apero.

—¡Ay! ¡Me cago en tus mulas toas, Eduardo, coño! —se queja el hermano, se lleva la mano a la frente donde golpeó sin querer y de refilón la temible azada.

—Si es que no quepo —se disculpa Eduardo.

Y es verdad, no hay sitio, el poco que había se lo quita ahora otro rival que acude en ayuda del chinoide.

—¡Te vas a tragar esa azada con papas, perra! —amenaza el recién llegado blandiendo una pesada tubería de plomo.

No se sabe nunca dónde coño mira el Bizco. Por eso el de la tubería cree que Eduardo mira hacia su hermano en busca de ayuda, cree que Eduardo ha descuidado la vigilancia, y en ese momento en el que piensa que su rival ha desviado la mirada, en ese momento ataca. Craso error. En realidad es cuando más pendiente estaba, más que nunca, porque aunque mirara hacia su hermano lo que veía eran los ojos del rival, y los ojos lo dicen todo, cuando van a atacar y cuando no, así que cuando la tubería quiere golpear tras tomar impulso la cabeza del Bizco ya no está, solo encuentra el vacío, y no se ha recuperado aún del fallido golpe cuando el azadón le golpea en dos tiempos, uno: con el mango en el estómago; dos: con el canto de la hoja en la chola, y suelta la tubería

—clon clon, rueda por los peldaños— y así desarmado, sangrante la cabeza, dolorido el estómago, huye el gitano escaleras abajo.

Clon clon clon, rueda la tubería un buen trecho, escalón tras escalón pasa justo por el lado de Santiago Martínez, el hermano mayor del Chino que recién acaba de enviar al limbo a Paco Romero, el del kiosco de chucherías en Las Vegas. Clon clon clon, pisa Santiago la rodante tubería con sus botos camperos de Ubrique, la detiene, se agacha, la recoge. Es zocato, así que la empuña con su mano izquierda, la aprieta con mucha fuerza —blancos los nudillos— y dirigiendo su torva mirada hacia Eduardo Molina sube despacio los peldaños que le separan del Bizco, quien ya tiene al luchador del machete acorralado y a punto de asestarle el azadonazo definitivo, tan seguro de su victoria que descuida las espaldas, y al alzar el apero para descargarlo contra el machetero descubre en los ojos del rival algo que no es el terror esperado, y eso le hace dudar, por un brevísimo instante queda arriba la azada, suspendida, y entonces y de repente entiende, intuye, sabe que tiene alguien a sus espaldas, pero ha pasado medio segundo y ha perdido todas las opciones, no le da tiempo de volverse pero sí para ver el triunfo reflejado en los ojos del acorralado rival casi al mismo tiempo que su coronilla recibe por detrás el plomo de la pesada y gris tubería. Suelta el azadón, cae de rodillas, inclina la cabeza y ofrece la nuca. Alza el machete su enemigo y se dispone a darle la puntilla.

—¡No! —Tiene un punto de piedad o de prudencia Santiago Martínez cuando el gitano del machete se dispone a la ejecución.

—¡Se han cargao al Eduardo! ¡Le han dao mulé al Eduardo! —Llega la noticia a oídos de su padre que duda entre seguir su camino directo al Chino o bajar y atender al hijo descalabrado.

—¿Lo han marao? —pregunta con angustia.

—Vámonos de aquí, quillo, aligera —sugiere Santiago de la Tubería cuando el machetero mira el cuerpo del Bizco que se desplomó definitivamente y yace boca abajo, con la duda de si por lo menos, y ya que no lo va a matar, meterle o no una cuarta de machete por el culo.

—¿Pero lo han marao? —Nadie contesta la pregunta de José Molina.

—Yo me voy —asegura Santiago Martínez, pero no se va. Agarra del brazo al compañero del machete y tira de él.

Demasiado tarde. Como verdaderas bestias se les echan encima dos de los Fernández, la tubería de plomo sale volando por la violencia del choque, caen los cuatro sobre el cuerpo yaciente de Eduardo, cae también el machete peldaños abajo, uno, dos, tres, hasta detenerse y quedar sin dueño, libre y solitario, su hoja mellada teñida de sangre. Los Fernández machacan cabezas y estómagos, sin armas, a puñetazo limpio, la vengativa furia se cierne como un pajarraco sobre sus oponentes y ciega sus ojos, castiga sus rostros, nubla su mente, grazna en sus oídos hasta ensordecerlos. Santiago Martínez y el gitano del machete son vencidos. Los Fernández se levantan victoriosos y estrechan sus manos.

Hay muchos heridos ya por ambas partes y los combatientes no se calman, siguen empujando los Molina, aguantando los Chinos.

—Chino, haz algo, joé, devuélveles la grifa, coño, que nos van a marar a tós —

sugiere un pariente del Chino cuando ve con desesperación que la guerra llega sin remedio al rellano del tercero, donde los familiares más próximos, hermanos, cuñados, primos, hijos y el mismo Chino en persona aprestan sus armas y se preparan para el combate.

Escaleras abajo las imprecaciones, los insultos de uno y otro bando se cruzan, se enredan y se desenredan, forman bucles sonoros, juramentos que se rizan por el hueco de la escalera, maldiciones en los

descansillos. Cae, se desprende la cal y la pintura de

las paredes, grandes desconchones, salta el yeso a pedazos y flotan esquirlas de ladrillo por el hueco de la escalera.

Regados por el sudor y la sangre, los Molina aúllan, golpean, insultan, avasallan y avanzan quebrando la moral de los enemigos. Más de uno quisiera huir, pero los tapones en la escalera lo impiden. Aquellos que salieron de los pisos creyendo que emboscaban a los Molina se dan cuenta de que la maniobra resultó inútil —el poco espacio entre los contendientes anuló cualquier ventaja— y ahora intentan volver a sus viviendas.

—¡No huyáis, mamonas! ¡Dad la cara! —ruge Juan Fernández ebrio de sangre y victoria, patea la puerta del segundo A tras la cual quiso escabullirse nada menos que el suegro del Chino y la derriba de formidable coz con sus botas militares, salta el cerrojo, vuelan los tornillos que lo sujetaban a la madera, entra Juan enarbolando su hacha y destroza lo que encuentra, que no es mucho, la mesa camilla, un florero, la televisión, alguna silla, un sillón que seguro era exclusivo de las posaderas del suegro que debe estar escondido en la cocina, o tras el pestillo del cuarto de baño.

—¡Sal a pelear como los tíos, mujereta!

Fueron sus últimas palabras. Ni siquiera vio desde dónde le dispararon, oyó el estruendo seco del primer disparo y lo sintió penetrarle en el costado, pero ya no oyó el segundo, el que lo acabó de rematar cuando todavía estaba de pie, y eso que la bala le entró por una oreja y salió por la otra, como para no oírla. Pues no la oyó. Murió de pie, y de pie estuvo aún unos segundos en misterioso equilibrio, hasta que se doblaron sus rodillas. Muerto. La primera muerte. Va a caer al suelo, pero Genaro Fernández entra justo después del segundo disparo y tiene tiempo de recogerlo en sus brazos antes de que el cadáver se derrumbe y caiga definitivamente; es su hermano y lo tiene muerto entre sus brazos con los grandes ojos abiertos que parece que le miren. Mana la sangre por grandes boquetes en la cabeza y el costado izquierdo, y Genaro no puede evitar que un ligero mareo haga temblar la mano que ya dirige hacia el bolsillo trasero de sus pantalones de pana donde apalanca su viejo revólver con las cachas nacaradas.

Raimundo Cuéllar, autor de los disparos y suegro del Chino, contempla el cuadro de los hermanos y la muerte desde la barricada que con prodigiosa rapidez ha levantado en la cocina, contempla y

apunta al hermano vivo, vuelve a disparar su pistolón y la bala se lleva de paseo el lóbulo de la oreja del mareado Genaro.

—Cagüen la leche jodía. Qué suerte tiene ese calorro —se lamenta Raimundo por el disparo fallido.

Todavía bajo los efectos del inoportuno mareo y con media oreja menos Genaro quiere sacar el revólver, no puede, lo tiene como atrancado en el bolsillo. Aguanta el cadáver de su hermano, pero lo suelta, lo deja caer cuando ve que Raimundo apunta cuidadosamente y aprieta el gatillo. Cierra Genaro los ojos en espera del impacto mientras el cuerpo del hermano resbala lentamente de sus brazos al suelo de frías losas moteadas. Aprieta el gatillo Raimundo… y nada, está encasquillado, aprieta una y otra vez, nada. La lentitud con que ha caído el finado Fernández contrasta con el nervio de Raimundo y sus intentos de desencasquillar el atorado pistolón. Genaro lo mismo, algo se le engancha en alguna parte del revólver que le impide sacar el arma de su bolsillo.

Desiste finalmente Genaro y se decide por el ataque frontal.

—Es igual, sin pipa. A puñetazos, como los tíos.

Raimundo se estremece. Los Fernández son terroríficos, lo sabe, son temibles, lo sabe, y él ha matado a uno y tiene a otro delante, vivo, ganoso de vengar a su hermano.

Aprieta desesperadamente el gatillo, una y otra vez, clic, nada, clic, nada, clic, nada.

—¡Estás muerto, hijo de puta! —aúlla Genaro, pasa por encima de su hermano Juan Fernández, un pie y el otro pie, un paso hacia la barricada, Raimundo frenético insiste con el gatillo borde, el gatillo sin fruto, el gatillo estéril, ni siquiera intenta la huida, o encerrarse en el baño cuya puerta está ahí, junto a la cocina donde levantó la barricada.

Dos poderosas manos alzan su cuerpo de gitano viejo y lo hacen atravesar en volandas la improvisada protección de mesas, sillas y trastos que fabricó en un santiamén Raimundo Cuéllar, suegro del Chino, matador de Juan Fernández.

—Me voy a buscar una ruina, fijo —pronostica Genaro Fernández cuando sus manos hacen crujir el cuello de Raimundo.

Y mientras tanto, el avance hacia los puestos del Chino es imparable.

Disparan desde el tercero, una vez, otra vez, otra vez, disparos de pistola; un movimiento de terror y retroceso se produce entre los asaltantes y son varios los cuerpos que ruedan por las escaleras. Contra viento y marea, ajeno al formidable estruendo de los disparos, José Molina prosigue la ascensión, sube, zumban a su alrededor las balas, silban siniestras en la oscuridad, pasa por encima del cuerpo de su hijo Luis, que resbaló, ha quedado tendido en los escalones y no se atreve a ponerse de pie.

—¡Papa! ¡Papa! ¡Tírate al suelo, papa! ¡Al suelo! —suplica Luis Molina, le agarra desde el suelo la pernera del negro pantalón, tironea hacia abajo.

—¡Lo han marao! ¡Han marao al Juan! —clama desesperado Julián Fernández—.

¡Tito! ¡Tito! ¡Le han dao mulé! ¡Lo han marao!

José oye el fúnebre lamento de Julián y de violenta patada se libera de la garra del hijo en la pernera de su pantalón.

—¡Déjame, leches!

Prosigue la ascensión.

—¡Tito! ¡Tito! ¡Han marao a mi Juan! ¡Tito, han marao a mi Juan! ¡Le han dao mulé!

No son, por supuesto, los únicos y desgarradores lamentos. Ayes, alaridos, insultos, juramentos, maldiciones y porrazos se siguen escuchando por todo el bloque. Nadie se da cuenta de que José Molina asoma por el tramo final de la escalera, sube pegado a la pared, despacio, muy despacio, todo a oscuras, no queda ya ni piedra en los mecheros, lento y silencioso como sombra ajena a la lucha que tiene lugar en la escalera, ajeno a los gitanos que pelean a su mismísimo lado, él avanza, avanza hacia el resplandor que en el descansillo del tercer piso produce una linterna de pilas aportada por un cuñado del Chino. Nadie lo vio, nadie se dio cuenta.

—Chino.

—¿Eh? Me cago en D… —Tiene a José Molina enfrente de él, ha salido de las sombras. La blasfemia, automática, surge de los labios del Chino, y le hubiera gustado completarla, pero ya están los dos cartuchos, más veloces que las palabras, saliendo por los cañones mutilados de la recortada que apunta justo entre los rasgados ojos por

los que todos en las Tres Mil te llamaron «el Chino», Chino.

**4. Barrio de la Macarena, junio de 1982.** Calle San Luis, a la vera de la plaza del Pumarejo. *El Espumarejo,* la llaman los vecinos. Aquella noche de junio, pesada en calores y desgraciada en amores, noche sin Sofía y sin cine de verano, una figura vestida de negro con fina vara de bambú en la diestra se insinuaba en las sombras con su mercancía prohibida. Era Luis Molina, gitano de pro, gitano auténtico. En eso salió al padre, José Molina. En la planta gitana. Eran los dos, padre e hijo, de cuerpo enjuto y palabra escasa. Les gustaba vestir de negro, desde el sombrero hasta los botos de Ubrique. Y no salían de casa sin su fina y flexible vara gitana.

—¿Tienes algo? —le pregunto en un susurro, pero Luis Molina no contesta, no habla, no afirma, no se digna abrir la boca, solo te mira y su mirada te dice si tiene algo, o si por el contrario *no hay ná*. Las tres palabras más odiosas en los oídos de un yonqui: *no hay ná.* Luis Molina no habla, o habla poco, muy poco. Solo te mira y su mirada te traspasa, su mirada barre la calle San Luis hacia adelante, hacia la plaza San Marcos, su mirada vigila y barre, controla los cruces. Por el Pumarejo, por Relator, o viniendo desde el Arco de la Macarena, por cualquier sitio, por donde menos te lo esperes se te encaloman los señores sin que te des ni cuenta, y eso es peligrosísimo cuando llevas más de cincuenta paquetillos ocultos en los calzoncillos, como es el caso. Luis afloja su cinturón y medio abre la bragueta, mete la mano derecha por dentro de los pantalones y tras breve exploración por tan íntimos lugares extrae un pequeño atadillo de plástico.

Me brillan los ojos, Luis Molina no abandona la vigilancia, no deja nunca de mirar a derecha, a izquierda, de controlar cruces y esquinas, quién viene, quién va, y hasta lanza algún vistazo a las ventanas y balcones de estas casas bajas y blancas de la calle San Luis.

—Aguanta —me dice el camello Molina entregándome su fina vara de bambú mientras él deslía el atadillo de plástico. No pasa un alma por la calle.

Ahí estaban, paquetillos confeccionados con papel de cuaderno cuadriculado —de las libretas escolares que jamás usó, ni usará ya nunca su hermano chico, Pedrito Molina—. Paquetillos siempre limpios, impolutos, no manoseados, no como los de otros camellos más descuidados que los llevan hechos una guarrada, llenos de huellas de dedos y carbonilla; parece carbonilla eso negro, pero debe ser el tizne de la plata al ser abrasada por la llama del mechero Bic en el momento de fumar la droga. Los dedos se manchan al tocar el rastro

que deja el fuego en el papel de aluminio, luego esos mismos dedos son los que tocan los paquetillos. Los paquetillos y todo lo que se les ponga por delante, que no hay más que ver las caras de algunos de estos individuos, tiznadas las mejillas, las narices y los ojos, pues cada vez que les pica, al rascarse, dejan el negro rastro de la droga en sus rostros. Y les pica muy a menudo, porque el caballo tiene eso,

que pica, y es agradable, pero pica mucho y los chavales se rascan con frenesí, sobre todo las narices, que es donde más pica. Pero Luis Molina llevaba los paquetillos impolutos y a rebosar de droga.

—¿Uno? —preguntó con voz y gesto severo.

—Sí, sí… —contesté mientras apretaba las mil pesetas en mi mano, presto ya para el intercambio.

Tras palpar algunos paquetillos —un pequeño teatrillo para hacer ver que buscaba los más gordos—, escogió uno y me lo entregó.

—Qué buena pinta —alabé con una sonrisa. Pero Molina no contestó a mi cortesía.

Estaba vendiendo, concentrado. Nada de cortesías. Y menos conmigo. Esto es un negocio, payo.

Me despachó serio y rápido. Un paquetillo de heroína turca. Mil pesetas, un talego, lo justo. Entregué el dinero y me despedí.

—Bueno, hasta la próxima.

No contestó, nunca usó de tales fórmulas de cortesía. Se guardó el dinero, devolvió el atadillo a sus calzoncillos, recuperó la vara de mis manos y se perdió por entre las mismas sombras por las que había aparecido. Luis Molina, impoluto. Con la droga en la mano para arrojarla lejos de mí por si un mal encuentro, y sin apretar demasiado para no sudar el paquetillo de papel —la humedad le sienta fatal a la droga—, inicié el camino de retorno.

De regreso a casa encontré por el camino una farmacia de guardia, la que se ubica justo al final de Duque Cornejo. Compré una jeringuilla. El farmacéutico imperturbable.

—Buenas noches —saludo muy simpático, pero el farmacéutico, al igual que minutos antes el camello, no contesta a mi saludo—. ¿Me da una jeringuilla de insulina?

—pido con la más cordial de mis sonrisas.

El farmacéutico es grande y calvo, la bata blanca, la expresión adusta, se da la media vuelta y desaparece en la trastienda. Tarda. El paquetillo se humedece en mi mano sudada y aflojo la presión. El hombre regresa con la máquina, la envuelve en fino papel de farmacia.

—Treinta y cinco pesetas —informa.

Rebusco en mi bolsillo, pago con una moneda de cincuenta. El hombre es de movimientos lentos y estoy a punto de decirle que se quede el cambio, impaciente por llegar a la buhardilla, pero no me atrevo, igual se ofende, le sienta mal. Mejor mostrarse paciente. Recibo por fin mis quince pesetas. Media vuelta y a la calle.

—Buenas noches —me despido.

El farmacéutico calla.

Plaza de la Moravia. El número 6, abro el portal con la llave del portal, luego la cancela. Subo las escaleras despacio. Que esté en casa, rezo, que esté Sofía en casa, que esté Sofía en casa, que haya llegado y me esté esperando en el dormitorio, ya acostada, quizás desvestida, esperándome su cuerpo moreno y caliente. Llego al rellano, abro la puerta, directo a la cocina sin mirar en el resto de la casa, es posible que Sofía haya llegado y esté en la habitación, quizás despierta, esperándome, quizás dormida, soñando quimeras. En el fondo de mi corazón siento que no, que no ha llegado, que soy yo el que espera, el que sueña quimeras. La habitación de la alcoba está entornada,

¿abrirla?, luego, luego. Lo primero es lo primero: preparo el chute en el falso mármol de la cocina. Pincho mi vena azul. Inyecto. La nada y el calor inundan mi cuerpo, expanden mi alma. Mi cerebro se detiene. Puedo verme. Si atiendo con atención puedo asistir a la lucha del poderoso deseo: «que esté Sofía en casa», contra la fría indiferencia que la heroína derrama en mi corazón.

Vomité con saña, con fuerza y resolución. El amor era ahora un sentimiento bajo control. Busqué la tristeza y no daba con ella, quise estar triste y no podía, no le encontraba el sentido, como cuando repites mucho una palabra y pierde el significado, así la tristeza, quizás de tan repetida, perdía su sentido. No solo la tristeza, las cosas, yo, todo, perdíamos el significado. Avanzaba peligrosamente hacia la nada.

Empezó a picarme la nariz y me la rascaba con sumo gusto, ras ras, rasca con las uñas delicadamente, y así, mientras me rascaba con suaves caricias, me olvidaba de mis penas de amor. ¿Estaría Sofía en el dormitorio? Capaz. La puerta está entornada. Me rasqué el codo, ella podía haber llegado y estar en la habitación, o podía no haber llegado y no estar en la habitación. Decliné averiguar sobre la presencia de Sofía, no quise asomarme al dormitorio: si Sofía no estaba, esa decepción igual me costaba algún microgramo del bienestar que me inundaba. Me rasqué las manos con gustosa ansia, al límite, ras ras ras. En la cocina todo estaba tranquilo y en silencio, como yo, sereno, incluso con ganas de hacer algo, lo que fuera, así que me puse un sobrio delantal encarnado y fregué la vajilla sucia apilada en el fregadero, muy concentrado en la tarea, con ganas de hacerlo bien: enjabonar, aclarar y secar. Desde la cocina, de vez en cuando

y mientras acababa con el fregoteo, giraba la cabeza y echaba miradas hacia el trocito de puerta entornada del dormitorio que se divisa desde el fregadero si buscas el ángulo adecuado.

Entonces se abrió la puerta, muy despacio, se fue abriendo la puerta del dormitorio, muy poco a poco, con un leve chirrido, y cuando se había abierto un palmo, lo justo para que cupiera su cuerpo, salió ella, la gata negra con una mancha blanca sobre los ojos en forma de antifaz, y vino a saludarme:

—Hola, mi cuate, ¿todo bien? —No, mentira. No me dijo nada. No hablaba. Pero sí que vino a restregarse contra mis pantorrillas, sí que dijo miau, y sí que dejó la puerta lo suficientemente abierta para que yo pudiera atisbar en su interior y comprobar que, tal como indicaban todos los indicios, pálpitos y corazonadas, Sofía no había vuelto. No estaba. Entré en el dormitorio seguido de mi gata Samara, yo flotando, la gata deslizándose ingrávida, orbitando alrededor de la cama vacía. Me rasqué algo, un dedo, ras ras, ¿estaba preocupado?, no, no, un poco perplejo quizás. Yo tenía la íntima y segura convicción de que no debía preocuparme. Tranquilo, no pasaba nada extraño, no había muerto atropellada, ni asesinada, ni agredida, no estaba en ningún hospital, ni en la morgue, ni en comisaría. Quizás, eso sí, estaba con algún maromo, algún amante ocasional, o no tan ocasional, y eso… ¿me preocupaba? Me rasqué la coronilla, me quité el delantal que aún conservaba puesto, me rasqué el codo, ras ras, ¿me preocupaba? Oí cómo las agujas del despertador se clavaban en la una en punto de la noche, ¡tchak!

Preocupado o no, lo cierto es que estaba más que harto de tener que preocuparme o enfadarme o desesperarme por las tardanzas de Sofía,

por la conducta de Sofía, por Sofía, coño, que ya parecía casi una obligación eso de sufrir por los desplantes, los plantones, los abusos de Sofía. No. Al cuerno. Aterricé sobre la cama, me rasqué bien las dos pantorrillas, y así, tumbado tal cual sin descalzar ni desvestir, con la gata ronroneando en mi regazo, me dormí sobre las sábanas en el reino de la fría indiferencia.

Dormí tranquilo y sedado por la droga, pero cuando desperté ya no estaba tranquilo, ni sedado. Palpé el lado vacío de la cama y como un desagradable latigazo cobré conciencia de que Sofía no había aparecido en toda la noche. Más grave, eran las ocho menos siete minutos de la mañana y ella entraba en su trabajo a las ocho en punto, lo que significaba dos posibilidades: o cuernos o tragedia. Salté angustiado de la cama, desvanecida en humo la fría indiferencia del caballo, ya estaba calzado y vestido, de modo que solo tuve que juntar cinco duros por los recovecos de la casa donde intiman las pelusas y la calderilla y salir deprisa, puerta, rellano, escaleras, portal, calle, cabina, 4374231, ¿estará Sofía en el trabajo? ¿Le habrá pasado algo? ¿Habrá ido por lo menos a trabajar?

Rrringgg. Rrrrinnngg. Un teléfono suena en las oficinas del INSS, calle Sánchez Perrier.

—Dígame…

—Hola, me pone con Sofía Casasas, por favor.

—A ver, un momentito… ¡Sofía! ¡Teléfono!

Alivio, respiro. Está viva. Por lo menos está viva.

—Diga… —La soñolienta voz grave de Sofía.

—¿Sofía? —Mil pesetas costaba un paquetillo con buenas dosis de fría indiferencia.

—Cani… ¿eres tú?

Efectivamente, era yo. El canijo, yo. Pero no le respondí, no me despedí, cosa rara en mí, tan amigo de las despedidas, y colgué el teléfono. No quería enfadarme, no quería preocuparme. No quería amarte, Sofía. Y regresé veloz hacia la buhardilla. En pos de la fría indiferencia.

**5. Las Tres Mil Viviendas, marzo de 1980.** Son las siete menos veinte de la mañana. Por los descampados del Este asoma ya la roja

bola del sol. En los soportales del bloque número 27 de la calle de la Esclava del Señor, justito a la vera de donde la suegra del Chino vende sus velas y sus bombonas de Campingaz, los gitanos celebran su Consejo, como siempre que la guerra asoma su feo hocico. El día amanece gris y neblinoso, la brisa arrastra bolsas de plástico y su aliento es frío y desapacible, algún gitano se ha venido con una manta en la que arrebujarse y protegerse de la humedad del alba. Un círculo de cascotes y ladrillos rotos protege del viento las llamas de la candela que algún primo encendió con maestría, alrededor del círculo de piedra otro círculo de enlutadas y taciturnas personas, gitanos sentados en cajas de fruta vacías y puestas del revés, o en cuclillas, o de pie algunos.

Antonio Martínez, el Chino, ha muerto. Sus desconsolados familiares no le olvidarán jamás etc., etc.; sus desconsolados familiares reclaman venganza. Si no hay venganza, compensación. Alguien tendrá que pagar por la muerte del Chino. Claro que la del Chino no fue la única muerte. A Juan Fernández también le dieron mulé. Y lo mismo: sus afligidos deudos ruegan una oración por su alma etc., *etc.* A Juan Fernández lo mató, si os acordáis, Raimundo Cuéllar, el mismísimo suegro del Chino. Ahora, Raimundo yace medio muerto en una cama del Hospital Virgen del Rocío, con el cuello quebrado por la presión que ejercieron en él las poderosas zarpas vengativas de Genaro Fernández, hermano del difunto Juan.

El Kako Ramiro preside el Consejo sentado en la silla que con todo respeto le trajeron de un piso cercano. Una silla de enea pintada de negro, bajita y gastada, para que descanse en ella su respetado rulé. La *bestí*. La silla negra de la reunión.

Además del Kako Ramiro y de los gitanos que representan a las familias en litigio, asisten también al Consejo otros gitanos ilustres de las Tres Mil, imparciales en esta guerra y cuya voz, consejos y experiencia deberán ser oídos y respetados por los afectados. Uno de estos ilustres, el padre de los Casimiros, ha sacado del bolsillo de su negra y gastada chaqueta de terciopelo un paquete de Winston americano de contrabando — *patanegra*—, y rasga con la muy larga uña de su dedo meñique el celofán que lo envuelve. Abre y da los golpecitos correspondientes, tap tap tap, hasta que los filtros de dos o tres cigarrillos asoman y se destacan de entre los demás. Entonces ofrece, los doce gitanos que forman el Consejo aceptan y el Kako Ramiro lo interpreta como una señal favorable. Aun así, la faena se presenta complicada. Los Chinos son gente muy esaboría. Eso es algo que se da por sabido, pero el Kako sabe lo que quieren y hay posibilidad de negociar con ellos.

—Nusotros ni habemos venío aquí por er parné, ni pa reclamar venganza, ni ná de ná de ná. No nos camela la sangre —comienza su parlamento el hermano mayor del Chino, cuarenta años, Santiago Martínez, vestido de luto, un brazo en cabestrillo. No le camela la sangre pero le brilla en los ojos un punto salvaje.

—No le camela la sangre, dise er tío. Veremo a vé si chamulla lo mesmo cuando le hayan dao sepultura a su planó Antonio —masculla el padre de los Casimiros al oído del Kako Ramiro. Y el Kako asiente. La violencia acostumbra a estallar después de los entierros. Es decir, según la ley calé, mientras los difuntos estén de cuerpo presente nadie derramará la sangre de nadie. Ahora, aquí, en el Consejo, las palabras suenan razonables y nadie desea la guerra. La presencia del Kako y de los ilustres impone y los litigantes no se atreven a expresar lo que de verdad bulle dentro de ellos, el deseo de vengar a sus muertos, que ningún asesino quede impune.

Además de Santiago, otro hermano del difunto Chino asiste al Consejo, Isidoro Martínez, la cabeza vendada, magullado de los pies a la coronilla, resalta la blancura de las vendas con el luto de sus prendas de vestir. Isidoro es muy joven, diecinueve años, y está de pie porque no se puede sentar, recibió una *mojá* en la nalga izquierda. Isidoro clava la mirada en el suelo y deja que hable su hermano. Es la primera vez que ha sido herido de cierta consideración y todavía no acaba de asimilarlo. Isidoro se creía intocable. Ahora está asustado. Esta noche, si es capaz de conciliar el sueño, soñará con el ojo bizco de Eduardo Molina.

Cada familia envió un par de representantes a la asamblea. Hombres adultos, porque ni las mujeres ni los niños asisten a los Consejos de las Tres Mil. Por parte de los Molina vinieron al Consejo los dos hijos mayores, Luis y Rafael, porque el padre, José, se entregó a la policía horas después de asesinar de certero cartuchazo en el rostro a su rival, Antonio Martínez, el Chino.

Santiago Martínez habla, los gitanos escuchan.

—Nusotros no queremos más desgracias, ni más sangre, ni más gitanos descalabraos. Si argo hemos hecho mal lo habemos pagao de sobra, y yo me creo que mi planó, que en la gloria esté, no se merecía que le dieran mulé por unos gramos de grifa.

Se forma un pequeño revuelo tras las palabras del hermano del Chino, opiniones a favor y en contra, ¿fue de justicia la terrible venganza de José Molina? El Kako hace señas con la mano a los gitanos que aún no

se sentaron para que lo hagan, para que se sienten, o para que se agachen, en cuclillas, como sea. Es necesario un poco de orden.

Hasta Isidoro, con su agujereada nalga, es conminado a sentarse, y lo consigue

apoyando su medio culo bueno en una caja que fue de manzanas golden, a la vera de su hermano. Un solo gitano de pie, el que tiene la palabra. Y solo un gitano habla, el que está de pie. Santiago prosigue su parlamento.

—Pero aunque me hayan marao a un planó… —una pausa, lágrimas que se agolpan en los ojos marrones de Santiago—, aunque me lo hayan dao mulé, y aunque la rabia me tenga consumía el arma, he venío aquí con el Isidoro p'arreglar este laberinto y poner fin a las venganzas. Arreglarlo de arguna forma pa que no mueran más calós. No camelamos más sangre, queremos vivir en paz; y también queremo argo a cambio.

Sentado como un faraón en la silla de enea, la espalda erguida, la mano derecha descansando en su vara de olivo borde, el Kako Ramiro escucha con gesto atento y concentrado las palabras que Santiago deja caer despaciosamente.

—Sabemos que er José se ha entregao a los payos. Pero hemos pensao que lo mejor pa tós es que su rumí y los chavorés de su rumí se vayan der barrio y cuanto antes muncho mejor pa nusotros y pa ellos, si es que de verdad nos camela acabar la reyerta.

Y, por contra, nusotros nos comprometemos acana, delante de este Consejo de Calós, a renunciar a cualquier forma de venganza. Y si hay que firmar pa mayor tranquilidá, se firma lo que haga farta.

Santiago Martínez acabó de hablar y tomó asiento en una caja de vacíos botellines de la Cruzcampo. Sus palabras no sorprenden a ninguno de los once gitanos que con él forman esta mañana el Consejo. Por antigüedad —porque los Chinos llevan toda la vida en las Tres Mil, mientras que los Molina llegaron hace un par de años junto con los hermanos Fernández— y porque una sirla entre chavales no será considerada motivo suficiente para desencadenar la guerra, los Martínez tienen casi todas las opciones a su favor. Los ilustres apoyarán el trato propuesto por los hermanos del difunto Antonio Martínez, el Chino.

Toma la palabra Julián Fernández, un ojo morado, seis puntos de sutura en el antebrazo —esa noche hubo trabajo extra en las urgencias

del Virgen del Rocío—. Julián es el hermano mediano de los Fernández. Asiste al Consejo junto con su hermano Genaro, un año más chico que él. Luto absoluto.

—Primo… yo esto lo veo muy delicao. Porque acana to er mundo se pira, er José se entrega a la pestañí… Si su familia se naja del barrio, nusotros… primo… por mucho que acana tós juren que se han acabao las venganzas, yo, primo, te lo juro… me da canguelo de pensar qué va a pasar con nusotros.

—No tiene que pasar ná. Ya has oído er trato que propone Santiago —razona el Kako.

—Sí, Santiago habla con muy buenas vardás, pero ya veremo si mañana lo ve der mismo color.

—Julián, esto es un trato entre calós de honor —insiste el Kako, borra la sonrisa de su rostro, endurece la expresión, afila la mirada—. No quiero ni pensar en que naide se atreva a desafiar un trato firmao en er Consejo. Y yo te digo, Julián Fernández, que eso nunca ha pasao desde que me siento en esta bestí.

Le irrita sobremanera al Kako Ramiro que se dude de las garantías dadas por el Consejo. Además tiene razón, desde que se sienta en la silla negra de los Kakos nunca nadie ha osado romper un pacto, traicionar un juramento. Queda saber si los Molina están dispuestos a marchar del barrio. Sin añadir más a lo que ya dijo, Julián Fernández toma asiento. El Kako Ramiro pregunta a Genaro si tiene algo que agregar a las palabras de su hermano. Genaro está apesadumbrado y confuso, se lo piensa unos segundos, finalmente se levanta y toma la palabra.

—Yo solo digo que si tuviera que dar la fila por mis parientes vorvería a darla.

Respira profundo Luis Molina. Mira de reojo a su hermano. Ambos tienen a sus tíos en gran estima. Genaro continúa tras una breve pausa.

—Pero Julián tiene razón, toa la razón der mundo. Nos quedamos acana solos y desprotegíos. Y a nusotros también nos han marao a nuestro planó. ¿Por qué no se van los Chinos der barrio? Aquí los que más han perdío habemos sío nusotros, que por dar la fila por la familia nos la han partío bien partía.

—Aquí tós habéis perdío, Genaro.

—Pero nusotros más, don Ramiro. Y ni la grifa era nuestra ni ná ni ná. No es justo.

No importa la justicia. Sentado en un peñasco que está ahí, en mitad de la acera desde tiempos inmemoriales, Luis Molina escucha las inútiles palabras de su tito Genaro, porque Luis sabe que nada podrá impedir que los Molina se marchen del barrio de las Tres Mil Viviendas. Luis, pálido y delgado, vestido de negro desde el sombrero que su padre le acaba de regalar hasta los botos de Ubrique, es el único gitano que no lleva vendajes —fuera aparte los ilustres que no estuvieron en la batalla—, ni un vendaje, vamos, es que ni una tirita, ni un esparadrapo, porque Luis no recibió ni golpes, ni mojás, nada, y no porque no batallara, que ahí estuvo el primero, el más

valiente. Simplemente, no le alcanzaron las embestidas de los Chinos. El Kako Ramiro ha sido el primero en darse cuenta: Ozú —se dijo para sí—, ese Luis ha venío sin un arañazo, el hijoputa. Tiene el mismo don de su tío abuelo Pancracio Molina, que fue inmune a las mojás hasta que palmó de viejo.

Luis Molina, en su peñasco, contempla el paisaje, los bloques baratos en el amanecer brumoso y húmedo, escucha el apesadumbrado tono de voz de su tío Genaro, siente en su piel los primeros rayos de sol, detecta casi de reojo el brillo salvaje en los ojos de Santiago Martínez, pero también el gesto grave del Kako y los ilustres mientras esperan que él, como primogénito de la familia que representa, tome la palabra y decida.

Todo está decidido, sabe que esto es una despedida bajo los soportales, se marchan, todo se encaja en una sola dirección, un solo sentido. Luis siente que es el momento de partir, salir del círculo, desgajarse de sus tíos, de su barrio. El momento es inmejorable.

La excusa perfecta. Los echan, se van. Horas antes su padre le regaló el sombrero negro que ahora apoya en su rodilla derecha —pues es costumbre no llevar la cabeza cubierta en los Consejos—, un excelente sombrero de fieltro. José Molina se lo regaló inmediatamente antes de subir, en compañía de su socio y compadre Joaquín Camarasa, al automóvil que lo llevaría directo a la Comisaría de la Gavidia, en el corazón de la ciudad. Mientras José le hacía entrega del negro sombrero, el compadre Camarasa le metía en el bolsillo de la chaqueta un papelito doblado con una dirección: San Luis 65. Y

le dijo que ahí tenía su nuevo hogar.

Todo está dicho y el Consejo llega a su fin. No. Rafael Molina se levanta del peñasco donde tomó asiento y habla dirigiéndose a su tío Julián.

—Tito… hemos pensao que… ya que nos vamos der barrio… —dice mientras extrae del bolsillo de su pantalón un llavero con el escudo del Betis— que os quedéis con la queli. Nusotros no la vamos a necesitar, así que… mi may quiere dárosla pa ustedes.

Como un tributo por la muerte del tito Juan.

—El ofrecimiento de tu sobrino me parece justo —asiente complacido el Kako Ramiro—. Quedaos con el piso de vuestra plañí.

—Si ustedes queréis, acana mismo, antes de salir del barrio, mi planó Luis os hace un documento firmao que diga que la queli es vuestra —ofrece Rafael.

Los Molina marcharán de las Tres Mil, los Fernández se quedarán con el piso que se desocupa. El Consejo garantizará la paz entre las familias enfrentadas. Queda poco más de un par de horas para el primer entierro, el de Juan Fernández, a las diez en el

Cementerio Provincial de San Fernando. Una hora más para el segundo, el de Antonio Martínez, en la otra punta del mismo cementerio. Según la ley calé la guerra no comienza hasta que los muertos son enterrados, pero esta vez no habrá guerra. El Consejo cumplió su objetivo y el Kako y sus venerables respiran satisfechos. Los gitanos se levantan de sus improvisados asientos. El Kako Ramiro llama a los litigantes, Molinas, Chinos y los Fernández. Los coloca junto a la candela, enfrentados cara a cara.

En torno a ellos se cierra un apretado círculo formado por el resto de los asistentes al Consejo. El momento es tenso, algo violento.

—Darse la mano como gitanos —recomienda con voz lenta hipnótica el Kako Ramiro.

**6. Calle San Luis, marzo de 1980.** La iglesia de la plaza de San Marcos es mudéjar. Un momento para contemplarla y luego sigue tu camino por San Luis y verás que la calle se estrecha, caminas flanqueado por casas bajas y encaladas y pasas por delante de lo que fue el Metralleta, un oscuro semisótano donde se estuvo vendiendo grifa durante tantos años con total impunidad. Y si continúas llegarás a la iglesia de San Luis de los Franceses, pasarás bajo sus tres cúpulas de tejas azules sobre torres doradas; cruza Divina Pastora, cruza

Arrayán y llegarás a San Luis 65. San Luis 65 fue una dirección mítica para los yonquis de Sevilla.

Llegaron una mañana alegre y soleada del mes de marzo de 1980. Finalmente, fue el tito Julián quien los trasladó —a ellos y a sus escasos enseres— desde el piso de las Tres Mil hasta su nuevo hogar en el barrio de la Macarena. Fue un viaje triste, dentro de una mañana alegre, con mucho tráfico; un viaje triste y lento en la destartalada furgoneta de los Fernández. María iba deshecha, su marido preso, su hermano mayor, Juan —que en gloria esté—, muerto, descansaba ya en el cementerio de San Fernando. Por si fuera poco, habían sido expulsados de las Tres Mil, por mucho que el Kako Ramiro insistiera en que el cambio de barrio les iba a resultar beneficioso. Durante el trayecto recordaba María a su hermano fallecido, su Juan, que era, siempre fue, su predilecto. De hecho, Juan fue el único de sus hermanos que la trató con cierto cariño. Se llevaban poco tiempo, once meses, y se entendían. Juan era el menos prejuicioso de los Fernández, por ejemplo con los cigarrillos. Con ningún otro hermano se hubiera podido fumar María un cigarrillo tan a gusto como lo hacía con Juan. Él fue quien le enseñó a tragarse el humo y a coger el cigarrillo con la derecha, como las mujeres. Según Juan, los hombres fumaban con la zurda, las mujeres con la diestra. Fumándose un Winston, hace ahora ya tantos años, a orillas del Guadalquivir, María confesó a su hermano que estaba enamorada de José Molina, el gitano andarríos que había llegado a las chabolas del Roto, procedente de algún lugar de la provincia de Huelva. José llegó una mañana de amanecida, por el caminillo que viene de las huertas de Santa Teresa y acaba en el embarcadero del Roto. Pese a ser tan temprano había ya cierta actividad en la ribera del Guadalquivir, pues era la mejor hora del día para lanzar los aparejos desde las pequeñas embarcaciones fondeadas en mitad del río y dedicadas en su mayoría a la pesca del albur. José llegó a las lindes del campamento y pidió agua y permiso para tumbarse un rato y descansar. El primer gitano que le atendió fue precisamente Juan Fernández —que en la gloria esté— y lo llevó inmediatamente a la chabola que habitaba con sus padres y sus hermanos. En la chabola todos habían tomado ya su café con leche y su trozo de pan tostado con manteca colorá, pero Isabel Barrul, la madre de los Fernández, no tuvo pereza en aviarle a José Molina un buen desayuno, más café, más pan tostado en la candela que María preparaba todas las mañanas y que era su primera

obligación. Mientras los hermanos varones apañan los aparejos en la orilla del río, María y su madre atienden al recién llegado. Pero José Molina habla poco. Dice que viene de Huelva, de la sierra, no precisa mucho más. Un frenazo brusco interrumpe los recuerdos de María.

Han llegado ya a la calle San Luis. El barrio parece animado. Desde la plaza San Marcos hasta el cruce con Divina Pastora —donde están en estos momentos—, Rafael Molina ha contado por lo menos siete camellos, vendedores de hachís, apoyados en tapias, paredes y esquinas, sentados en poyetes y escalones. Lo comentó dentro de la furgoneta, donde el ambiente era más bien fúnebre, y arrancó alguna sonrisa de sus hermanos. Mes de marzo, mañana radiante, negocios en las esquinas… parece que a los hermanos Molina les sube un poco el ánimo. En el aire se percibe el dulzón olor del hachís; por Arrayán, por Divina Pastora, por la calle Macasta, los camellos, ataviados al chulesco estilo barriobajero de la Macarena, venden sus bolas de hachís cortado en posturas de doscientas, trescientas, quinientas, mil pesetas.

Jóvenes y no tan jóvenes, que también pululan por el Espumarejo los grifotas viejos de toda la vida, tanto con ánimo de compra como de venta. Tradicionalmente, el mejor hachís lo tienen siempre los más viejos. Los puretas, como se les llama en el barrio.

Aparcó el tito Julián su vieja furgoneta frente a la iglesia de Santa Marina.

Descargaron la poca cosa que traían. Los inquilinos del 65 salieron al patio, a curiosear la llegada de los nuevos. El 65 es un corral de vecinos, un gran patio central alrededor del cual se reparten en dos plantas las viviendas que constan, como mucho, de dos habitaciones. Ascendiendo una escalera de madera, que era preciso subir sin prisas y con bastante tiento, se arribaba a la galería descubierta que daba toda la vuelta por encima del patio central. En la segunda puerta de esa galería tenía su nuevo hogar la familia Molina. La primera vecina que les dio la bienvenida fue la señora Emilia. Una señora de edad, delgada, de mirada astuta y sonrisa atractiva. Era también la dueña de Taco, un canario viejo y minúsculo que se desgañitaba trinando en una pequeña jaula colgada de una alcayata en una pared del patio. Trinaba excelentemente. Lo hacía tan bien que a María le llamó la atención; también a Pedrito. Sonrió la gitana por primera vez aquella mañana. Se acercó al pájaro, Pedrito a su lado; la señora Emilia hacía propaganda del animal.

—Se llama Taco, y canta como los ángeles.

—Desde luego, desde luego —admitía la gitana—. Vaya que sí.

Pedrito le metió el dedo índice entre los barrotes de la jaula. Dejó Taco de trinar y vino a picotear el dedo del niño.

—Pedrito… —le llamó su hermano Rafael la atención— deja la pulía y ven a echar una mano, que te tangas tú mucho, tunante.

Pedrito está contento. Le ha gustado la calle, el barrio, Taco, lo que ve en esos primeros momentos de recién llegados.

—En el patio se pueden aviar buenas candelas —opina con gesto de entendido Eduardo el Bizco mientras sube las escaleras con dos maletas. Aquella extraña mañana de marzo, cuando los Molina se debatían entre la tristeza y la excitación, Eduardo parecía un hindú con el turbante de vendas que envolvía su descalabrada cabeza. Le faltó poco para no contarlo, pero lo contó, y ahora conservaba entre sus objetos personales, cual pieza de museo, la pesada y gris tubería de plomo que le había abierto la cabeza. La guarda junto con el azadón, que sigue siendo su arma preferida para la guerra.

—Niño, ¿estás sordo o qué? —insiste Rafael a su hermano absorto frente a la jaula.

—Mi Pedrito tiene un don espesiá con los bichos —contaba María a la señora Emilia que escuchaba complacida cualquier historia que tuviera algún animal de protagonista.

—Huy, yo igual. A mí me encantan los animales.

—Sí, pero mi Pedrito, fueraparte que le gusten, es que tiene un don.

Sonrió la señora Emilia con indulgencia. Evidentemente, no se lo creía mucho. María empezó a contar una historia:

—En Coria, porque nusotros antes de venir a Sevilla vivíamo en Coria, ¿sabe usté?

—¿Sí? qué casualidad. Mi marido es de Coria —apuntó la vecina—. Es decir, era, porque el pobre ya murió. Tres años hará en noviembre. Desde entonces, ¿ve usted?, estoy sola. Bueno, sola no, me queda mi Taco. Es más bueno el pobre… Y canta como los ángeles.

—Pues le decía que en Coria, mi Pedrito se encontró un canario a la vera der río,

¿sabe usté? Estaba herío, hecho porvo, pues bueno, mi niño lo curó, le dio gloria bendita, y no vea si er pájaro estaba agradesío con to lo chico que era. Le enseñó a trinar a compás. Hasiendo parmas. ¿Verdá Pedrito que el pájaro del río cantaba a compás y tú le hacías parmas?

Afirmó Pedrito con la cabeza, luego introdujo el dedo índice entre los barrotes para que Taco lo picoteara levemente, a modo de bienvenida. La señora Emilia estaba un poco celosa. A ella nunca su canario le había picoteado el dedo. Ni a ella ni a nadie.

Todo lo contrario, el pájaro solo toleraba la presencia humana a distancia. Incluso cuando su dueña le arreglaba la jaula o le ponía su comida procuraba mantenerse siempre a la mayor distancia posible de las invasoras pero imprescindibles manos que le daban de comer.

—Mire, mire… Me parese que se va a arrancar —anunció María.

Efectivamente, Taco dejaba su picoteo de bienvenida y subido a su palo de trinar —

siempre trinaba encaramado al mismo palo— lanzó unos gorgoritos, primero de prueba, y luego, ya consolidado el tono, se lanzó a ejecutar una complicada escala, solo al alcance de las siringes más privilegiadas. La destemplada voz de Rafael puso el punto final a la actuación de Taco.

—¡Niño, me cago en tus mulas, joé! ¡Quieres dejar ya er canario, recopón! ¡Cómo te tengo que decir que dejes de hacer el paró y vengas a echar una mano!

María reprendió a su hijo mediano:

—Rafaé, hay que ver el malange que tienes con tu planó.

Eduardo ascendía cansino las escaleras, repetía lo de las candelas y nadie le hacía caso.

—En este patio se pueden aviar buenas candelas.

En la calle todo es nuevo para los Molina Fernández.

**7. Plaza de la Encarnación, finales de junio de 1982.** Esto es el pleno centro de Sevilla ciudad. Vas caminando bajo los soportales de la calle Laraña, doblas por la esquina de Juguetes Cuervas y entras en la plaza de la Encarnación. A tu izquierda la English School, pasas por el 32, el 34, el 35. Aquí, en el 35, vivía mi amigo y colega Ulises Campos. Y Rafael Narváez, el Gamba.

Acababa yo de comprar un Jean Martin de madera de ébano fabricado en París, un negro clarinete de baja calidad que adquirí en Casa Tejera, que es una tienda de música de la calle Feria. Un clarinete

negro con su maletín también negro. Para celebrarlo, el día que lo estrené, yo también me vestí de negro. Ese tipo de cosas eran las que tanto entusiasmaban a Sofía. Y así lo hice, para complacerla, para agradecerle que me hubiera encontrado un trabajo de clarinetista en un grupo de teatro de calle. Un trabajo compartido con gigantes de tarlatana, cabezudos de tela y cartón, altísimos zancudos, acrobacias y juegos malabares; los zancudos eran impresionantes, los gigantes asustaban a los niños y la banda se hacía escuchar. Tocando el clarinete gané mis primeros duros en Sevilla. Un sueño cumplido. Cierto que cuando en Cáceres, mi primer bolo, me colocaron unas ajustadas mallas negras con lentejuelas de colores tuve un primer impulso de dejarlo todo y olvidar el teatro para siempre jamás, pero conseguí dominar el impulso y aguanté en mi sitio. Mucho corte y mucha risa.

A mi lado, con su dorado saxofón tenor, Ulises era el alma musical de la orquestina.

Él fue quien me inició en los misterios de la síncopa y el contratiempo, con su bendita impaciencia y su sonrisa, porque Ulises era tímido y risueño, y visionaba el pentagrama con tanta lucidez y facilidad que se desesperaba con el resto de los músicos, algo torpones comparados con él. La orquesta era más bien menguada: caja, bombo, platillos, Ulises saxofón tenor, y yo con el clarinete en si bemol. Llevábamos un repertorio con temas de Scott Joplin, una docena de ragtimes. Ulises hacía los bajos con el saxo tenor y yo punteaba la melodía con el clarinete. Además de ensayar en el local por las mañanas, Ulises y yo estudiábamos luego por las tardes, en su casa o en la mía, las lecciones del método de métodos, el Klosé. Ambos estábamos matriculados en el Conservatorio —en clarinete yo, en saxo y clarinete y en cursos superiores Ulises— y los exámenes de junio estaban al caer. Yo prefería ir a su casa a estudiar porque en la buhardilla de Moravia se respiraban los aires del desamor. Una tarde…

—¿Cómo te va con Sofía, cani?

—Fatal, pero luchando. Como los buenos.

Ulises hizo gesto de comprender. Era por la tarde, se presentía ya el crepúsculo y cerraban los comercios. Caminábamos por la calle Imagen.

—¿Os vais a separar? —preguntó Ulises.

—Estamos en ello.

Ulises Campos no era cotilla, si me preguntaba era porque se interesaba por mí de verdad. Sabía que Sofía y yo andábamos a la greña. Yo estaba tranquilo. Muy tranquilo.

Sofía estaba a punto de desaparecer de mi vida, y yo estaba cada vez más engolosinado con la heroína. El caballo era el más formidable enemigo de mis penas de amor. El más despiadado. ¿Sufrir porque alguien no está por tus huesos? No tenía sentido.

Así que la Campana, calle Imagen, calle Laraña. No recuerdo de dónde veníamos, quizás de El Corte Inglés, doblamos por Juguetes Cuervas, la plaza de la Encarnación, unos metros y el 35, su casa. Portalón de madera abierto, adelante, verde cancela de hierro cerrada, *stop*, saca la llave, abre, entramos, escaleras, subimos despacio. El maletón del saxo pesa lo suyo, ligero como el viento el maletín del clarinete (hay una sensible diferencia de tamaño y peso entre un saxo tenor y un clarinete).

—No veas las escaleras, canijo… —habla con la respiración algo fatigada por el esfuerzo Ulises.

No respondo. Subo en silencio. Ulises se detiene en el descansillo.

—Cani, he descubierto una partitura genial para El Cuéndrago.

—No me digas.

Ulises tenía la voz más bien aguda, un poco nasal, y los movimientos algo autómatas, de robot tímido. Y muy rubio, el flequillo cortado a tiralíneas y la cara infantil. Más joven que yo. Su novia era más joven todavía, tendría los veinte recién cumplidos, delgada, de rostro risueño y muy morena. Se llamaba Candela y era de Córdoba.

De modo que Ulises había dado con una partitura maravillosa.

—Es un ragtime —informa y continuamos el ascenso hacia el tercer piso donde vivía—, pero este suena como la hostia, cani.

—¿Cómo se llama?

—Eh… *Heliotrope Bouquet*.

Llegábamos al rellano del tercero. La escalera tenía cierto empaque, con su gran zócalo de azulejos y sus elegantes puertas de madera oscura con sus grandes mirillas doradas, llamadores de bronce y esmaltados cartelitos en perfecto estado: 1º B; 2º A…

—¿Está tu novia en casa? —cambio de tema.

—Ni idea, cani. Ahora lo sabremos.

Sonríe Ulises, saca la llave de un bolsillo, se abre la puerta del vecino justo al lado de la casa de mi amigo, Ulises introduce la llave en la cerradura, sale del piso vecino un hombre en calzoncillos negros, descalzo, tatuado el torso desnudo. Ulises no lo ha visto, gira la llave, no puede abrir la puerta. Empuja y no lo consigue.

—¿Qué pasa? —insiste Ulises, la llave gira en la cerradura pero la puerta no se abre.

Algo lo impide. Debe estar el pestillo echado. Sigue sin ver al hombre del torso tatuado.

Yo sí he visto al hombre de los calzoncillos negros, veo como sale de su casa, camina descalzo y silencioso, veo que es un hombre joven, veo sus tatuajes, veo que lleva una temible hacha de leñador en la mano diestra, veo que sus manos son grandes y poderosas, que su ceño está fruncido y su torva mirada se clava en Ulises.

Ulises llama al timbre de su casa, intrigado de que el pestillo esté echado. Nunca lo está. Rrrriiinggg.

—¡Ulises! —Es la voz de Candela, su novia, desde el interior de la vivienda. Voz que suena extraña. Con mucho susto.

—¿Candela? —La extrañada voz de Ulises.

—¡Ulises! —Ahora es mi voz. Mi susto. El tipo se ha situado detrás de mi amigo, mi amigo se vuelve, descubre al hombre, descubre el hacha en manos del hombre, veo cómo su cara palidece al instante.

—¡¡Ulises!! —llama la novia con angustia desde dentro del piso. Aterrorizada, desesperada. ¡¿Pero qué pasa?! Ulises no entiende nada, yo tampoco, los dos petrificados por el susto y la sorpresa. El hombre coge ahora a Ulises con una de sus poderosas manos por el cuello, con la otra alza el hacha que al rozar levemente la pared hace saltar la pintura, esquirlas de ladrillo, un desconchón justo por encima del zócalo de azulejos. Mis ojos desorbitados por el espanto.

—¡Hijo de puta! ¡¡Hijo de puta!! ¡¡¡Hijo de puuuuuuuuuta!!! —alarga el hombre tatuado la u de puta hasta que le sale un gallo: puuuuu(gallo)ta. Coloca el filo del hacha bajo la nariz de Ulises y a mí me olvida, ni me mira, podría pegarle un maletinazo en la nuca, por

detrás, pero no me atrevo. Rasga la camisa blanca de Ulises al agarrarlo por el cuello, lo arrincona como un pelele contra la pared, bajo los contadores de la luz.

—¡¡Ulises!! —La desesperada voz de Candela al otro lado de la puerta.

—¿Pero qué pasa? —Blanco como papel de fumar recobra Ulises un hilo de voz.

—¡¿Que qué pasa?! ¡¡¿Que qué pasa?!! —Le arrea una patada al maletón de Ulises, se lo arranca de la mano y de otra patada lo envía deslizándose por el suelo hasta golpear con gran estruendo la puerta del tercero C—. ¡¿Que qué pasa?! ¡Que estoy hasta aquí, mira, hasta aquí! —Se lleva la mano a los testículos y se los coge con grosero meneo de arriba a abajo—. ¡¿Te enteras?! ¡¡Hasta aquí!! ¡¡Hasta los putos cojones!! ¡¡Eso es lo que pasa!!

—Pe… pero…

La puerta del tercero C se abre, asoma la cabeza de un anciano, mira a un lado, a otro, nos descubre. El hombre del hacha gira su cabeza y enfoca al anciano. El anciano ve al hombre del hacha y comprende. Mejor si cierra la puerta y olvida. Y va a cerrar la puerta cuando descubre a sus pies el maletón del saxo tenor de Ulises. Es igual. Con maletón o sin maletón el anciano cierra su puerta. Y olvida.

—¡Hasta los santos cojones del pito, de tener que aguantar la puta mierda del pito todas las tardes! ¡Chufla, que eres un chufla y te voy a cortar el gañote, hijoputa, que me voy a buscar una ruina por tu culpa, maricón, chufla! ¡Yo iré al talego, pero a ti te envío yo al cementerio! ¡No sabes tú lo loco que estoy yo, te lo digo yo que no lo sabes!

¡Vamos, es que ni te lo imaginas, hijo de puta!

Pausa.

Miradas. Ulises y el hombre de los calzoncillos negros se miran. Yo miro a los dos.

Ulises baja la vista. No sé qué hacer, ¿tengo que hacer algo? Mejor no. Por un momento me parece que la cosa se está calmando. El hombre mantiene alzada el arma, de tan afilada le salen estrellitas del impoluto acero. Por la puerta entornada de su casa se desliza lejana la voz de una mujer.

—Faé, deja a lo chavale en pá, homme. Y entra ya pa entro, cojone.

Pero Rafael no oye otra cosa que la ira que alimenta su corazón. Y vuelve a la carga:

—¡¡Y ahora, por si fuera poco con un pito, como si no tuviéramos bastante con un pito… otro pito!!

Cuidado, parece que habla de mí, ese otro pito no puede ser otro que mi clarinete.

Todo son pitos para el hombre del hacha que suelta estrellitas por el filo. El saxofón, el clarinete, la flauta e incluso la trompeta. Los pitos. Cualquier instrumento que vaya a la boca para ser soplado. El oboe, el fagot, el trombón: pitos. Vi subir otra oleada de ira por el semblante del sujeto:

—¡Me voy a buscar una ruina contigo, so mamona! —Agarró de nuevo a mi amigo por las solapas y saltaron, uno por uno, todos los botones de su camisa, clac clac clac clac clac.

—Vale, vale, vale… —Me decido a intervenir con apaciguador gesto.

Entonces suelta a Ulises y dispara contra mí su manaza abierta, agacho la cabeza, esquivo el bofetón, su poderosa palma se estampa contra la pared, da justamente en el timbre del piso de mi amigo y lo destroza, saltan sus componentes, el botoncillo que se aprieta, los tornillos que fijan el plástico a la pared, el mismo plástico, todo salta al tiempo que —¡¡rrringgggggg!!— empieza a sonar. Y no se detiene.

—¡¡Rrrrinnggg!! —No se detiene.

—¡¡Ulises!! —llama Candela a su novio desde el interior. Está ahí mismo, pegada a la puerta, intentando adivinar las cosas espantosas que están pasando fuera de su vista, en el rellano de la escalera. El tipo se ha quedado mirando el destrozo causado por el impresionante sopapo y escuchando el timbre que no se detiene y que empieza a ser ya tan fastidioso. Al fondo del corredor se abre la puerta del tercero D, alguien mira, no le gusta lo que ve, cierra. ¡¡Rrrringgg!! Ulises está lívido, parece que quiere decir algo, tampoco a mí me salen las palabras.

—¡¡Rrrrinnggg!!

—¡Candela, corta la luz! —Le sonó por fin la voz a Ulises—. ¡Corta la luz!

—¡¡Rrrri…!!

Silencio

Al otro lado de la puerta Candela ha cortado la luz, cesa el sonido del timbre y se queda a oscuras oyendo las amenazas del encrespado sujeto. El hombre del hacha imponente estaba dispuesto a rajarle el forro de los huevos al primero que se atreviera a soplar un pito en el 35 de la plaza Encarnación. Así dijo: el forro de los huevos. Esto nos dejó muy impresionados. Desde el interior del piso llegó otra vez la voz lejana de la mujer:

—Rafaé, deja ya en pá a lo chavale y anda ya pa entro, homme.

De todo su cuerpo lo más impresionante de Rafael el Gamba eran las manos, enormes, poderosas y estilizadas, con largos dedos de pianista que jamás tocarían las teclas de un piano. Causaba gran pavor cuando entornaba los ojos, apretaba los labios y desplegaba las poderosas manos. Terror.

Pero se calmó. Nos calmamos todos, recuperamos el resuello, el habla. Desde que se cortó la luz y se detuvo el sonido del destrozado timbre no se oía la voz de Candela llamando a su novio, pero seguro que estaba ahí, pegada a la puerta, escuchándolo todo. Escuchando cómo aquel salvaje abominaba de los pitos, de la música, y no solo eran los pitos y la música, había más quejas. No le gustaban las amistades de Ulises todo el día escaleras arriba y abajo con unas pintas que lo decían todo: colgaos, putas y drogadictos, porque las tías que venían en busca de Ulises —y su novia la primera—

eran todas unas guarras y no entendía cómo a Ulises no se le caía la cara de vergüenza, y que si aquello iba a continuar en el mismo plan, es decir, pitos a todas horas acompañado de ininterrumpido desfile de guarras y drogadictos, que llevara pero que muchísimo ojo porque él, el Gamba, se encargaría de poner orden aunque fuera buscándose una ruina. Y que tuviera mucho cuidado porque era muy capaz de rajarle el forro de los huevos.

Otra vez con lo del forro.

—¡Porque a ver si te enteras de que quiero ver el tele en pá, sin pitos ni corridas y gritos por la escalera!, ¿te enteras o no te enteras?

Ulises, blanco como la cera, recuperaba el control. Entendía que antes que nada había que apaciguar a la fiera y le aseguraba que ni lo del pito ni lo del desfile de drogadictos y demás canalla volvería a

repetirse nunca jamás: Nunca, te lo juro, Rafael.

Esto no vuelve a pasar. Que él no sabía que estaba molestando —seguía disculpándose Ulises—: Y de ahora en adelante ensayaremos en casa de mi amigo, que era yo y que

asentí inmediatamente y sin sombra de duda y hasta con gesto como de decir: Caray, no saben mis vecinos la que les espera. Esto pareció calmar las iras del Gamba. Se permitió una leve, desganada sonrisa, pero no dejaba de fruncir el ceño.

Parecía Rafael mostrarse convencido por las voluntariosas disposiciones de su vecino, mas para asegurarse del total cumplimiento de las promesas de mi amigo nos hizo pasar al recibidor de su vivienda. En él, colgadas por las cuatro paredes, mostraban filos y puntas su colección de sables samuráis, puñales toledanos, dagas argelinas, una gigantesca hacha de doble filo metida en el paragüero junto a un paraguas terminado en mortífero punzón, navajas de Albacete, estiletes, facas, puntillas y estoques de torero.

Y la cosa no acababa en el recibidor, seguía por las paredes que iban hacia el resto de la casa: espadines, floretes, lanzas, mandobles, chafarotes, alfanjes y espadas entre las que destacaba la réplica de la espada del Cid, la Tizona, colgada horizontal sobre un azulejo de adorno con la leyenda: Sed bienvenidos. Con cuánto orgullo nos enseñó el Gamba su colección. Ya más calmado nos contó que guardaba en su habitación una ametralladora de fabricación alemana, muy utilizada en la Segunda Guerra Mundial y que, según él, estaba en perfecto estado de uso. Rafael nos dijo que en otra ocasión estaría encantado de enseñarnos su ametralladora, no aquella tarde, porque su mujer le tenía prohibido llevar gente rara a su casa.

Se ha calmado la tormenta. El hombre del hacha está tranquilo. Seguimos en su casa, cual vecinos de visita. Impresionantes los tatuajes en la espalda, brazos y pecho de nuestro anfitrión en calzoncillos.

Rato hacía que no se escuchaban ni la voz de Candela con tonos desesperados, ni la otra voz, la voz lejana que venía del interior de la vivienda del agresor vecino. Callaron las mujeres. Rafael el Gamba acomoda el hacha en su sitio, ¡por fin!, entre la Tizona y un estoque torero. ¿Qué estamos esperando? Ulises y yo hacemos gesto de marchar. Nadie nos detiene, la puerta está entornada, nos deslizamos por ella, el Gamba deja escapar su última advertencia:

—Ea… pues ya sabéis… lo dicho.

—Vale… vale… —Oigo la vocecita de Ulises. Yo también quiero decir algo, pero parece que se me atascan las palabras, no me encuentro la voz. Resultados del miedo.

Un portazo. El Gamba ha cerrado la puerta de su casa de un portazo, y la colisión, además de nuestro sobresalto, provoca alguna grieta sobre el dintel, y no es la única, hay grietas por alrededor de todo el marco, resultado de los muchos portazos que se han dado en la casa del Gamba. Una costumbre. Según, ¡BAM!, se cierra la puerta del

Gamba, se abre la puerta de la casa de mi amigo y aparece su novia, Candela, que se lanza a sus brazos, se funden en un abrazo.

—Llevaba toda la tarde llamando a casa, advirtiéndome de que te iba a matar de un hachazo. Y dice que tú… vosotros

—amplió Candela el cupo tras descubrir mi discreta presencia en el rellano — le habéis arruinado la vida con los pitos. Que no le dejáis ver la televisión, que no puede dormir por las noches. Qué sé yo todas las cosas que me ha dicho ese tío. Y cada vez se ponía más agresivo, más violento y más amenazante.

—No llores. No llores, bonita. Cálmate, tranquila… no llores.

—Y me ha dicho —los sollozos no la dejaban hablar—, me ha dicho…

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que te iba a matar.

Explosión de llanto, recuerdo del terror reciente. Lágrimas deslizándose por las mejillas suaves de la muchacha, mojando su nariz, sus labios…

—Ya le he prometido que no iba a escuchar más el saxo —indica Ulises.

—Ni el clarinete —amplío la información.

—¡Pero está loco! Está…

—…como una cabra —confirmo.

—Oye, tened cuidado, a ver si está escuchando detrás de la puerta — la voz aguda de Ulises.

—Capaz —admito.

Candela se asusta.

—No, no, tranquila, mujer, que era una broma. Tranquila. Ahora ya no tiene motivos para… —busca Ulises la expresión adecuada.

—…rajarnos el forro de los huevos —completo la frase. Reímos Ulises y yo. Candela sigue igual de llorosa y asustada.

—Cuando me dijo que te iba a matar le cerré la puerta en las narices y eché el pestillo —relata Candela—. Se puso furioso, empezó a aporrear la puerta… luego llegasteis ustedes.

—Vamos, que el tío llevaba ya un buen rato dando por culo —comento.

—Y me llamó puta. Dice que somos todas unas putas, y que nuestros amigos son unos drogados.

—¿Y él qué es? ¿Una joya?

Han estado abrazados todo el tiempo, mientras Candela hilaba el relato de las pasadas desventuras. Ahora, Ulises deshace el abrazo, recoge el maletón del saxo que quedó junto a la puerta del tercero C, nos quedamos los tres mirándonos en el rellano.

—Si queréis nos vamos a mi casa —incluyo a Candela en el ofrecimiento—.

Podemos estudiar en la buhardilla.

—No, canijo. Gracias. Mejor nos quedamos. Hoy no tengo ganas de estudiar. Y

quiero ver si arreglo el timbre.

—Es verdad. El timbre. Oye…

—¿Qué pasa? —pregunta Ulises.

—Este tío… tu vecino, digo.

—¿El Gamba?

Rafael Narváez, el Gamba. Yo había oído hablar muchas veces de un tal Gamba. En los mentideros del Pumarejo los chavales hablaban del

Gamba. El Gamba vendía heroína en el semisótano diminuto que regentaba la Mari en la confluencia de Relator con San Luis y la plaza del Pumarejo. El Amparito. Yo nunca había entrado en el Amparito. Todavía no.

Se contaban cosas tenebrosas de Rafael Narváez, el Gamba.

**8. Las Tres Mil Viviendas, marzo de 1980.** Los Molina no eran oriundos de la Macarena. Antes de instalarse en el pequeño cuartucho de la calle San Luis tuvieron un piso en el barrio gitano de las Tres Mil Viviendas, y aún antes vivieron en las chabolas del Roto, en la margen derecha del Guadalquivir a pocos kilómetros de su paso por Coria del Río. En las chabolas del Roto fue donde María Fernández y José Molina se conocieron, donde concertaron matrimonio y donde María parió a sus cuatro vástagos: Luis, Rafael, Eduardo y Pedrito, por ese orden. Antes de casarse María vivía en la chabola familiar, con sus padres y con sus hermanos, los terribles Fernández, caudillos de las chabolas del Roto, gente muy bragada que dominaban todo lo que se cocía en la margen derecha del Guadalquivir desde su paso por Coria hasta el embarcadero del Roto, de donde habían tomado el nombre las chabolas.

Yo conocí a Pedrito cuando acababa de cumplir los trece años y los Molina vivían ya en el barrio de la Macarena, en el 65 de la calle San Luis. San Luis 65 fue una dirección mítica entre los yonquis de la Macarena. Pedrito era un niño pálido y canijo, no muy alto y sí muy rubio. No parecía gitano. A pesar de que tenía fácil la sonrisa, a pesar de que era un chaval de trato suave y no violento, uno veía a Pedrito y se ponía automáticamente en guardia. No sé qué tenía el pobre Pedrito que se hacía tan difícil confiar en él. Quizás porque era tan niño, tan niño chico y tan drogado que uno no podía menos que desconfiar. A Pedrito le encantaba drogarse. Era lo que más le gustaba. Pedrito pasó los primeros nueve años de su vida conviviendo con los peces, los patos y las ratas del Guadalquivir. Llegó a ser un consumado pescador de carpas, albures y blablás, pero entonces, poco antes de cumplir Pedrito sus diez años, fue cuando demolieron las chabolas del Roto y los Molina, junto con los Fernández, se trasladaron a las Tres Mil Viviendas. Y no fueron los únicos, casi toda la población de las chabolas del Roto fue realojada en los bloques baratos de las Tres Mil. Hubo división de opiniones, a María, por ejemplo, le pareció de perlas: un piso en la ciudad con agua corriente y electricidad. A Pedrito la cosa no le gustó tanto: había pasado los primeros nueve años de su vida con los patos, las culebras y los habitantes del Guadalquivir. Pero llegaron las excavadoras, demolieron las chabolas del Roto, y Pedrito, además de perder sus

contactos con la fauna del río, perdió su libertad, pues tuvo que ser escolarizado, quisieran sus padres o no. Que tampoco querían.

Pedrito iba al colegio por razones estratégicas. Su padre, José, nunca tuvo especial interés en que sus hijos estudiaran las cosas de los payos; ya se cuidaba él de que se enseñaran a sobrevivir. Pero José era gitano muy avisado, y entendía que era peligroso que en una de esas pillaran al chico dando tumbos por ahí en horas de clase, y no te digo ná si además lo pillaban fumándose un porro. O cargado de droga. Y vendiendo.

No te digo ná, José. Nada, nada, el chico a la escuela, que los municipales se han puesto muy severos y capaces son de retirarte la tutela de tu hijo si consideran que no lo cuidas debidamente. Además de que no por ir a la escuela dejaba Pedrito de vender sus barritas de hachís, no bellota ni polen, que eso quedaba para los hermanos mayores, pero sí un costo muy aceptable, lo que ahora se conoce como *apaleao* y entonces llamaban *un primera que se deja fumar*.

El negocio funcionaba fluido y próspero. Pedrito vendía sus barritas de hachís en el colegio y sus tres hermanos mayores —Luis, Rafael y Eduardo— en las calles de las Tres Mil, porque en ningún sitio más barato, canijo, y goma como esta no la vas a encontrar, vamos, ni que te vayas a Ceuta, asegura Rafael Molina mientras muestra furtivamente parte del huevo de hachís en su mano, visto y no visto, y mira a uno y otro lado de la encharcada calle porque hay mucho mosqueo y son las ocho de la tarde, mala hora para estar con el marrón en todo lo alto. Aun así, permite Rafael que su cliente acerque la nariz a la postura y aspire, huela a culo, porque el hachís culero se transporta en culos y vaginas, y huele a culo. A culo del bueno.

José Molina trabajaba con hachís culero —el mejor, el más reputado— y dirigía el negocio desde su piso de las Tres Mil Viviendas. Le gustaba a José presumir de vender el mejor chocolate del barrio; y no decía mentira. Cuando la temporada acompañaba José conseguía bellota, que es hachís de primerísima calidad en forma de bolas. Si no había bellota, entonces trabajaba el polen, hachís no mezclado, de color verde claro y aceitoso grano. José se encargaba personalmente de enseñar a sus hijos el arte del trato y el regateo. Pedrito, escuchaba a su padre con respeto y veneración.

—Escúchame, Pedro, tienes que enseñarte a llevar siempre el consumao en una sola postura, ¿ves? —Y le mostraba un tabletón de grifa de mediana calidad—. Así, si te cogen los payos, tú les dices que es pa ti, pa fumártelo tú, pero si lo llevas partío en posturas queda

claro que lo estás bisnando, ¿lo chanelas?

Pedrito asentía y su padre continuaba la lección.

—Ahora tú siempre con el bardeo a punto pa cortar lo que el cliente te pida. Que te pide cuarenta duros, pués ná, coges tu bardeo y le cortas sus cuarenta duros. Ya sabes, veinte duros una cañita chispa más o menos, cuarenta duros un cigarrito bueno, tres libras un cigarrito mejor, cien duros tres cigarritos buenos, ¿eh? Y siempre mirando pa ti, que no te pilles nunca los panrós y les vayas a dar más de lo que les toca, ¿eh, Pedro?

Que si alguien pierde no seas tú. Tú nunca.

—Sí, papa.

Lecciones que daba José Molina en el comedor del piso, sentados el uno al lado del otro en la desnuda mesa camilla de conglomerado, el tele a toda mecha y flores de plástico en los huecos del único mueble en el comedor del piso que se les había concedido en el número 33 de la calle Esclava del Señor, en el corazón de las Tres Mil: dos habitaciones, un pequeño salón recibidor, una cocina sin ventanas, un diminuto cuarto de baño.

Pedrito se adaptaba con rapidez de superviviente. Ya no se acordaba de los peces del Guadalquivir. Le gustaba escuchar a su padre. Le gustaba aplicar todo lo que aprendía. Y lo aplicaba bien. Pedrito y Luis, el pequeño y el mayor, son los preferidos de José Molina. José lo ha sentido así desde siempre. Lo acepta y no le pesa tener preferencias, lo encuentra natural. Rafael, el hermano que le sigue a Luis, siempre fue algo descastado, desabrido incluso, y muy contestón, motivos que le acarrearon más de un disgusto con el padre. La palabra de José Molina era la ley y había que cerrar el pico cuando él hablaba. Regla no siempre acatada por Rafael. En cuanto al tercero, Eduardo, solo hay que ver cómo lo mima su madre, cómo lo disculpa de todos sus desmanes: Es que el pobre, es tan cortito… Se compadece María de su hijo estrábico. Tampoco José le exige las responsabilidades debidas que sí exige a los demás, aunque Pedrito no necesita que nadie le exija tales responsabilidades, él las acepta encantado, le gusta tener responsabilidades, le hace sentirse mayor, es su juego preferido.

Ya en las Tres Mil, Pedrito vendía sus posturas de hachís en el colegio público Padre Ocampo. Tenía muy buenos clientes entre sus compañeros de clase, y mejores todavía entre los alumnos de clases superiores. En el recreo se retiraba a un rincón de su agrado para

dedicarse tanto a vender como a fumar lo que los chavales de entonces llamaban un Bob Marley, porros de dos papeles doblemente cargados de grifa. ¿Y en clase? En clase se comportaba, se sentaba en la última fila y permanecía tranquilo, sin alborotar. Y

sin libros, sin material escolar de ningún tipo, ¿para qué?, no le hace falta. Mientras la señorita explica la lección, Pedrito deja vagar el pensamiento, o se duerme, aunque no le gusta dormirse en clase. Le da la sensación de que dormido quedará a merced de los buitres que a su alrededor, sentados en los pupitres, acechan la ocasión de quitarle la grifa o los dineros que guarda en los bolsillos de sus pantalones.

Once años tenía Pedrito el día que llegó del colegio con la cabeza gacha y los ojos colorados de haber llorado. María se da cuenta de que le pasa algo, pero Pedrito no la mira siquiera, directo al sofá que es su lecho por la noche, y se tumba, entierra la cara abrumada por las lágrimas en el negro escay y ahí se queda, sin decir palabra.

—Pedrito, mi arma, qué te ha pasao —insiste su madre con preocupación; pero no está su marido en la casa, tampoco ninguno de los hermanos, y la rubia gitana sabe que hasta que no llegue algún varón Pedrito no abrirá la boca.

Ya es de noche cuando llaman a la puerta. María reconoce el tamborileo suave de los dedos en la madera.

—Ya está ahí tu pae —anuncia María con alivio pero sin abandonar el gesto trágico.

Pedrito sigue lo mismo: inmóvil y silencioso, boca abajo en el sofá. No veas si le da corte que le vea llorar su vieja, a él, que ya es un tío.

Abre la madre, entran los varones pero José queda automáticamente frenado en la puerta cuando descubre a su hijo Pedro ahí aplastado contra el sofá. A los hermanos, tan tranquilos, les parece todo como siempre. Van hablando de sus cosas:

—Ese payo que me ha comprao los dos talegos viene tos los jueves del año y me liga eso, dos o tres talegos, pero lo quiere de bellota, si no pasa de tó —comenta sus trapicheos Luis, el mayor, y los hermanos escuchan con atención y respeto, pero José quila de inmediato que ha pasao algo chungo.

—Pedro, ¿qué haces ahí tirao?

—Ná.

—¿Cómo que ná?

—Que ná.

—Mírame.

Muy lento, muy despacio, levanta Pedrito su cara llena de restregones. Un lagrimón escapa de su lagrimal y, ¡ploc!, se estrella contra el brazo izquierdo del sofá, resbala en el escay y sigue viaje hasta las losetas del suelo.

—Coño, Pedro… dile a la mama que te dé un pañuelo.

María se busca en los bolsillos de su floreada bata hasta dar con un paquete de pañuelos de papel.

—Toma, mi arma. Límpiate.

La vergüenza y la rabia descomponen el rostro del niño. Su padre imagina qué puede haber sucedido, pero le faltan los detalles. Y los nombres. Así que formula la pregunta:

—¿Has vendío la grifa?

—No.

—Te la han quitao, ¿verdá?

—Sí.

—Y los dineros también te los han quitao, ¿verdá?

—También.

La ira sacude el flaco cuerpo de José Molina y hay un momento en que no se sabe contra qué o quién la va a descargar. A ver si va a ser contra mí, piensa Pedrito con alarma. Lo cierto es que Pedrito se acusa de no haber sabido defender la grifa que le confió el padre. Y sabe que ahora está decepcionado. Pedrito alza la mirada y enfoca con nobleza los ojos duros de su viejo. Ahí está, José Molina, gitano antiguo vestido de negro, pañuelo al cuello y cayado de nudos, plantado en el quicio de la puerta, justo bajo el dintel. No entra, no sale. Justo en el límite. No se da prisa en moverse hacia un lado u otro, sabe que ha de esperar hasta que se le pase esta rabia sin control. Sin abandonar su puesto entre las jambas de la puerta quiere saber quién fue el osado que se atrevió a robarle la grifa a su Pedro.

—¿Quién ha sío?

—El Ismael y sus planós. Los chavorés del Chino.

—¿Los chavorés? ¿No había ningún grande con ellos?

—No, papa. Pero eran cuatro contra mí. Y el Isma tiene ya quince brejés.

—Los envía el Chino, papa —aclara Rafael—. Sirlan a tó el que pueden.

—Por supuesto que los envía su pae —asiente con rabia José Molina —. Pero esta vez ese hijo de puta nus va a devolver hasta el último gramo de grifa.

**9. Plaza del Pumarejo, julio de 1982.** Desde bien temprano Luis Molina vendía heroína en su esquina adjudicada del Pumarejo. Era Luis camello mañanero, madrugador, como suelen ser todos los yonquis del mundo. Desde bien temprano, como hoy, que ya sale el sol y amanece inquietante por callejones y tapias un día entre gris y dorado. En el filo de la otra esquina apoya su angulosa espalda Rafael el Gamba y caen trozos de pintura y cal de los desconchones de la pared. Alrededor del Gamba, de lo que es su zona de influencia, los días más que pasar se desmoronan. No demasiado lejos, acuclillado al amparo de las tapias de la calle Macasta, Pedrito Molina observa y cavila. Pedrito no ignora que hay cierta y desagradable inquina entre el Gamba y sus hermanos. Sobre todo la cosa va con su hermano mayor, Luis. Quizás porque ellos —el Gamba y Luis—

fueron los primeros camellos que traficaron con heroína en el Pumarejo, cosa que les otorga un cierto prestigio, pero también una no desdeñable rivalidad. Y luego está lo de la Mari, la dueña del Amparito. Luis adora a esa gachí y no soporta que el Gamba la utilice, la engañe, coño, si parece su chulo, si le saca todo el parné que quiere, por no hablar de la droga. Mala compañía, mal socio, mal cómplice se ha buscado la pequeña Mari aliándose con un ser tan temible como ciertamente es Rafael el Gamba. Hasta Pedrito, a sus trece años, intuye que Rafael el Gamba es un hombre perverso. Pero a Pedrito no le asusta la perversidad. Está acostumbrado a ella, la huele, la reconoce a leguas, la ve venir.

Los Molina, el Gamba, el Pureta, el Spuknaka… y tantos otros. Los camellos del Espumarejo.

Ya asoma la bola roja del sol por encima de los tejados, sube, se

mantiene un instante en perfecto equilibrio encaramado sobre la punta de una antena de televisión, deja pasar una nube, pero ya se remonta en el cielo, nos mira y nos guiña su gran ojo de fuego con el improvisado párpado de un negro nubarrón.

Ya es cálida la temperatura a las ocho de la mañana. En los campanarios de las iglesias del barrio, como la señal del cotidiano prodigio, las campanas volteadas llaman a misa; los primeros feligreses, los primeros rezos y los primeros camellos del día.

Ya Perales, a la vera de la iglesia de Santa Marina, abre su kiosco de chucherías.

—Perales, dame un cigarrito suelto y un papel de fumar —pide el Plátano. Tres perrillos triscan sueltos a su lado.

—Ahora mismo, mi arma. —Abre Perales un paquete de Winston *patanegra*, lo abre al revés, por abajo, dice que para no tocar con los dedazos los filtros que después irán a la boca—. Lo hago así por higiene —explica Perales.

—Ya, higiene espumareja —se ríe el Plátano, enseña las encías de su boca desdentada. Cada vez que se ríe viene uno de sus chuchos a lamerle la mano.

Y ya, al lado del kiosco, en la misma acera, abre también —alza su metálica persiana verde— la bodega del Cateto, y en la parte más sur de la plaza, abre el Fausti, la cafetería reina del Pumarejo, donde los camareros, cuando hay apuro, guardan detrás de la barra las bolas de hachís, las bolsitas de paquetillos y los fajos de billetes ganados por los muchachos. La confianza es total. Los desayunos muy bien servidos.

—¿Qué va a ser, caballero?

—Café con leche en taza pequeña, corto de café y la leche templada, por favor.

—¿Algo de comer?

—Sí, una tostada.

—¿Entera?

—No, no. Media.

—Muy bien. ¿Qué le va a poner a la tostada?

—¿Qué hay?

—Aceite, colorá, amarilla, sobrasada, paté, jamón…

—Amarilla. Y un vaso de agua fría, por favor.

Es Joaquín Camarasa, el compadre de José Molina, que está citado esta mañana con su mujer, María. Dos años y pico lleva ya el gitano en presidio. Dos años y pico desde que mató al Chino. El tiempo que lleva la familia Molina en el 65 de la calle San Luis.

El compadre escoge asiento en una de las mesas, junto al gran ventanal desde el que se divisa la plaza y sus gentes. La cita es a las nueve de la mañana en la casa de los Molina, falta un buen rato, pero Camarasa ha querido venir antes. Pura curiosidad, espionaje. Afuera, el bullicio mañanero aprieta junto con el calor, las mujeres suben por

Relator con sus carritos de la compra rumbo hacia el mercado de Feria. Un niño cruza la plaza en carrera loca perseguido por otro más grandullón, sortea los coches atascados en el tráfico de San Luis, dobla veloz por la calle Ruiz de Gijón y pasa como una centella por delante de Pedrito, un libro vuela a espaldas del corredor —las matemáticas Vives— y pasa rozando por encima de su cabeza dejando tras de sí una estela de páginas sueltas y apuntes variados para acabar dando contra la tapia. Agotado por la intensa carrera, el perseguidor y lanzador de libros se detiene y desploma agotado y muerto de la risa. Ríe también el perseguido. Otros niños se suman al jolgorio y vuela algún libro más. Pedrito les observa con ojo crítico; son payos. Bah… pardillos, diagnostica Pedrito en su pensamiento. Ya el sol comienza su prometido desplome de fuego y las mujeres sus cotidianas quejas y suspiros.

—¡Ozú, mi arma, qué bochorno!

—Y lo que quea.

—Tó el verano.

—Qué mala leche.

Oficinistas, albañiles, estudiantes, desocupados de todas las edades… Ya llegan los primeros clientes y los camellos preparan sus olorosas bolas de verde negro hachís que transportan empetás en sus lugares más íntimos. Algunos llevan las camisetas levantadas a la moda

pumareja, es decir, arremangadas por debajo de los sobacos, de modo que enseñan piel y tatuajes desde el ombligo hasta el esternón. Calzan zapatillas deportivas, botines les llaman, de largos cordones y respetables lazadas. Pantalones elásticos muy ceñidos, peine y baldeo en el bolsillo trasero. Los años del caos no han llegado todavía y los chavales están tranquilos. Quien más, quien menos, tiene su casa, su familia, sus amigos y su bola de grifa. Algunos camellos venden ya caballo por las esquinas del barrio, la heroína respira ya cercana, pero aún no ha pasado a la acción, está en fase de luna de miel y la devastación ni se huele todavía. No ha golpeado todavía con saña la heroína entre los chavales del Pumarejo con sus camisetas horteras y su agresivo acento nasal. La peña, recién acabados los mundiales del 82, todavía no está devastada.

Caminando hacia el Espumarejo. Caminante, ¿hay camino para mí? Camino no sé, pero posturas de hachís sí que me ofrecen los camellos que salieron con el sol, insinuados en las esquinas antes de llegar al corazón de la plaza, al reino del hachís, el Espumarejo.

Salieron de sus cubiles con la amanecida, están ahí, veladas sus caras por las primeras sombras del día, la mirada inquieta, la droga oculta en los huevos. Volátiles, los

camellos del Pumarejo, a punto siempre de la desaparición por detrás de los contenedores, o de las esquinas, asustadizos como las avutardas desaparecen los camellos cuando llegan los monos en sus rugientes motocicletas. Ya casi nadie les llama así, pero no hace tanto los agentes de la Policía Nacional eran los monos. El peligro máximo y absoluto de los monos.

—Quillo, qué… Tengo la crema —dice y se adelanta a todos Eduardo Molina, el Bizco, que no me deja ni la posibilidad de escoger entre los demás vendedores. Me considera su cliente y se cree con derecho a ser el primero , o el único, y lo que es peor y más peligroso, me cree en la obligación de comprarle siempre y únicamente a él. Total porque le he comprado un par de veces, nada del otro mundo, posturas de cuarenta duros. No me gusta el Bizco, pero su ojo estrábico produce cierta parálisis en mi voluntad y me cuesta un mundo desestimar su material, ignorar su llamada. Por otra parte, los demás camellos tampoco insisten, guardan sus bolas de hachís, no van a discutir, el cliente es del Bizco. Y a nadie le interesa, ni le motiva, discutir con el Bizco.

—Un porro quiero —le digo mirando fijo la negra bola de hachís que sostiene en la diestra mientras corta de ella con su pequeña navaja

una chinita. Un porro. Cuarenta duros. Dos libras. Doscientas pesetas.

—Ahí tienes. —Me entrega Eduardo la pequeña china y tiende la mano para recibir el dinero. Pero el Bizco hay días que se pasa de tacaño.

—Echa un poquito más, ¿no, Eduardo? Venga, tío, enróllate.

—Canijo, que está la cosa mu mala pa jugarse la libertá por doscientas pe'eta.

—Ya, pero… por una chinita…

—Otro día.

—Ya, bueno… toma. —Entrego las doradas monedas que Eduardo toma con cara de asco mientras murmura: tampoco vamos a estar aquí to er día bregando por dos libras asquerosas.

—Adiós —me despido siempre educado, y, como siempre, Eduardo calla.

Sigo hacia el Pumarejo. Busco al hermano, a Luis Molina. Una china en el bolsillo chico y delantero de mis pantalones tejanos. Ahora quiero un paquetillo de heroína.

Tengo la sensación de haber vivido ya esta escena. Paso por delante del Fausti, veo y casi puedo oler los suculentos desayunos tras las paredes de cristal. Café, tostadas y el

humo de los cigarrillos, espeso y ascendente, que los ventiladores destripan implacablemente. No son ni las nueve de la mañana y ya giran las palas de los dos grandes ventiladores instalados en el techo. Hoy va a hacer mucho calor. Entro en el Fausti, la cafetería es amplia, mesas aquí y allá, los camareros de uniforme blanco y negro, me aproximo a la barra. Un taburete de esos que giran. Me monto en él y doy un par de vueltas.

—Buenos días, caballero, ¿qué va a ser?

—Café con leche y una entera, por favor.

En la mesa del rincón más alejado de la barra, pegada al gran ventanal, Joaquín Camarasa da ya los últimos sorbos a su café con leche. Desde su posición descubre a través de los cristales la presencia del Gamba, que se dirige al kiosco de prensa para comprar el

periódico.

—¿Qué pasa? —saluda Rafael el Gamba, fruncido el ceño, la mirada seria, la voz profunda y dirigida a las oscuridades interiores del kiosco.

—Hola, Faé —responde el dueño del kiosco, Cirilo, al saludo, y sin mediar más palabras sale de la garita por su puerta de atrás, un paso hasta la pila de periódicos del día y escoge entre ellos el *ABC*. Se lo da al Gamba. El Gamba dobla el periódico, se lo coloca bajo el brazo y se va sin despedirse. Y sin pagar. Nunca paga el *ABC*. Cirilo, que es un hombretón fuerte y seguro de sí mismo, no quiere problemas con el Gamba.

Prefiere poner de su bolsillo lo que valga el periódico, todos los días si es preciso, antes de tener que buscarse una ruina. Porque no está loco. No le gusta la sangre. Y conoce al Gamba desde chico. Sabe cómo las gasta. Lo único que le pide a Rafael es que no lo comente, que no se vaya a enterar nadie. Porque le da vergüenza y porque se le podría llenar el kiosco de colgados sin un duro.

Quien no le quita ojo a Rafael es Camarasa. Está muy interesado en seguir sus pasos, lo ve entrar en el Fausti, acomodarse en la barra, no muy lejos de donde estoy yo pidiendo mi desayuno.

—¿Qué le va a poner a la tostada?

—Sobrasada. —Escojo el potingue colorado. Otro par de vueltas en mi taburete. Una y dos.

El Gamba desdeña dos taburetes vacíos y queda de pie en la barra, abre el *ABC* y busca la sección de cartas al director, a ver qué chamulla el personal. Los camareros

preparan su café y su cruasán sin preguntarle qué va a ser. No sé si me ha reconocido.

El episodio del hacha con mi amigo Ulises está reciente y estoy seguro de que me recuerda, pero no lo demuestra. Tampoco es su estilo.

Acaban de servirle el café con leche con el cruasán cuando se abre la puerta doble de la cafetería y entra en ella un individuo joven, alto y muy delgado, gruesas gafas de concha, muy serio y algo desastrado, que se acerca hasta la barra, al lado del Gamba, y le murmura algo al oído; el Gamba asiente, se introduce la mano en el bolsillo del pantalón y soy testigo de lo que ningún otro camello osaría nunca

hacer en el interior del Fausti: saca el Gamba de su bolsillo una pequeña bolsita de plástico y extrae de ella un paquetillo. Yo lo veo, cualquiera que esté en el bar lo puede ver. Todos lo ven menos los camareros que miran hacia otro lado y hacen ver que no se percatan de nada. El individuo entrega a cambio del paquetillo un billete de mil y se va igual de silencioso que llegó, pero ahora el alivio le relaja el rostro.

También yo quisiera comprar uno de esos paquetillos, pero soy cliente de Luis Molina. Y no tengo ninguna gana de hacer negocios con el sujeto que puso un hacha en el cuello de mi amigo.

Joaquín Camarasa acaba su desayuno, pide una copa de coñac, enciende un cigarrillo rubio. Yo pago mi consumición, pero no me voy, estoy sobre mi taburete girador y doy vueltas, el Fausti da vueltas, me mareo una chispilla, invierto el sentido del giro y doy vueltas hacia atrás, vueltas y vueltas, venga vueltas y más vueltas.

Vueltas atrás hasta desembocar en el pasado. Me detengo. Estoy mareado. Vomito recuerdos.

Ayer noche volvió a suceder. A eso de las doce y media de la noche llegó Sofía a casa con un respetable coloque de gin-tonics y otras mierdas similares. La llevaba esperando desde el mediodía, la comida preparada en la mesa. No vino a comer. No vino otra vez.

Mierda. Otra vez a sufrir. Otra vez el reloj, las implacables horas, los pasos en la escalera. Hasta que sí, ya, la escucho llegar y yo reprimo las feroces ganas de estrangularla cuando por fin abre la puerta con su llave, entra, el pasillo, el comedor, yo, ya, me sonríe. Son las doce y media de la noche. La mesa puesta en el comedor desde las tres de la tarde, la ensalada podrida, la cerveza reventó en el congelador. La miro, me mira y sonríe. Sonríe, mira la mesa con los platos servidos ya fríos, el agua caliente, la ensalada aceitosa y desmayada, los macarrones tiesos. Pero Sofía me sonríe, la miro, me gusta su sonrisa, se desvanecen al instante las ganas de matarla con mis propias manos. La quiero. Ese es el problema.

—Creía que ya estarías acostado —dice con voz suave, susurrante.

—¿Ya? ¿Yo? No. ¿Por qué?

—¿No tienes ensayo mañana muy temprano? —Con voz acariciante. Se acerca.

—Estaba esperándote.

Sonríe con tristeza infinita. Se prepara un mazazo. Lo huelo.

—¿Tienes tabaco? —pregunto mientras me atrinchero.

Sofía asiente. Fortuna. Me sabe a plomo. Humo y silencio. Se acerca. Ya está a mi lado, me coge de la mano, me acaricia. Se avecina un mazazo y me pilla en mala postura, indefenso. Débil. Uno de esos días en que cualquier cosa me hace llorar. Y

estoy cansado. Mucho. Y no tengo ganas de nada, nada me apetece. Solo una cosa: darle empleo a la jeringuilla. Ya. Y si hay algo que no me apetezca en especial, eso es que me den un mazazo. Ahora no, por favor. No ya. Nunca ya.

—He conocido un chico —empieza el espectáculo…—, en el trabajo —…el espectáculo de mi cara envuelta en humo y distorsionada en horribles muecas.

Me suelto de su mano, escapo de su caricia, la miro a los ojos.

—Y me parece que estoy enamorada.

Las horribles muecas las producen mis inútiles esfuerzos para no llorar, porque odio llorar. También ella tiene los ojos anegados en lágrimas. Mejor. Suframos ambos y comprendámonos mejor.

—Entonces… — musito, fumo, exhalo débiles columnas de humo—. Entonces…

entonces…

Lloramos ambos, pero no es mejor.

Entonces quién es, cómo se llama, qué hace. Preguntas que Sofía no contesta. Calla y enciende otro cigarrillo, me ofrece, no quiero fumar más cigarrillos. Miro la alianza de oro en mi anular y calculo cuánto me darán por ella los joyeros de la calle Alcaicería.

—Se llama Vicente. Es un funcionario del INSS, de mi oficina — confiesa por fin Sofía.

—Bueno… bueno… —murmuro cuando Sofía quiere cogerme de nuevo las manos, me aparto, ella insiste, me niego con energía. Me mira a los ojos con ojos de sufrir mucho, y otra vez intenta asir mi mano derecha, la izquierda, las dos. ¿Pero qué quiere esta mujer?

Por lo menos un par de billetes verdes tenía que valer aquella alianza

de oro.

Entra en el Fausti como un ciclón, una fuerza de la naturaleza, abre la puerta y entra con él una corriente de aire que hace volar las servilletas de papel, arremolina las pelusas del suelo, gira los cuellos de los parroquianos; todas las cabezas se vuelven para mirarlo y él no lo duda, va directamente hacia Rafael el Gamba, el único que no se volvió a mirarle y que acodado en la barra termina su cruasán y da los últimos sorbos a su café con leche mientras lee en el *ABC* la sección de cartas al director. El Gamba está de espaldas, no se ha girado pese a que ha sentido cómo se abría la puerta y entraba el viento de la violencia, ha sentido la brisa agitándole el rubio flequillo y las pelusas haciéndole cosquillas en los desnudos tobillos, algo torrencial que se le aproxima, pero aguanta, no se gira, prosigue su concentrada lectura, finge no sentir cómo ese individuo se sitúa a sus espaldas. Solo cuando le pone la mano en el hombro se vuelve, al tiempo que súbito estalla el vaso de café con leche en su mano, una lluvia de cristales pulverizados y tibio líquido marrón que mancha la camisa y los pantalones del recién llegado que se sobresalta con la explosión del vaso y retira inmediatamente la mano del hombro del Gamba. El aroma del derramado café con leche se esparce en el ambiente del Fausti.

—¡Pero tío, qué pasa! ¡Qué susto me has dao! —miente el Gamba. Ni una sola gota de café con leche ha tocado su impecable camisa azul.

Reconozco al sujeto. Es el mismo individuo que no hace ni diez minutos le ha comprado un paquetillo de heroína ahí mismo, en ese mismo trozo de barra que sigue ocupando el Gamba.

—Oye tío —susurra feroz el sujeto—, esto que me has vendido no es polvo.

—Qué dices… —hace ver que se asombra el Gamba— ¡eso es imposible!

—Digo que eso que me has vendido no es polvo —repite, aprieta los puños, se indigna, se contiene—. Es puto Cola-Cao.

—Tú estás colgao. Eso es imposible. A ver que vea ese paquetillo.

Los camareros inquietos, sus miradas preocupadas, Faustino acude con una bayeta, la pasa por la barra manchada de café con leche, escoba, fregona, retira los fragmentos del vaso estallado. Todo el bar al loro de lo que se cocina entre el Gamba y el sujeto.

Entre los más interesados el compadre de los Molina, Joaquín Camarasa, alias el Viejo.

—No hay nada que ver. Sabes perfectamente que me has tangao, Rafael. Sobran palabras.

—Escucha un momento —pide el Gamba con el aliento del tipo en la cara—,

¿quieres escucharme? —insiste.

—No quiero escucharte. Quiero mi dinero.

—¿Podemos hablar? —Transforma su habitual gesto torcido el Gamba y se muestra aplacador, suave, razonable.

—No hay nada que hablar. —Lanza un zarpazo el individuo al pecho del Gamba.

—Eh… eh… eh… —Retrocede el Gamba, derriba el taburete.

—Oye —interviene el Fausti con mala cara—, lo que sea lo arregláis fuera, por favor.

—Levanta el taburete caído.

—Pues vamos fuera —concede el sujeto, quiere agarrar al Gamba por el brazo pero el Gamba se desase de enérgico tirón.

—Quillo… tranquilo… tranquilo, que te voy a dar tu dinero, homme. —Abre las palmas de la mano en gesto que pide calma, contención. Luego, ceremonioso, cierra el periódico, lo dobla, se lo coloca debajo del brazo izquierdo.

Atraviesan el Fausti, desde la barra hasta la puerta, por el pasillo de las miradas.

Uno al lado del otro. El sujeto con la respiración agitada, la camisa, las gafas de carey, los pantalones salpicados de café con leche. Por el pasillo de las miradas. Impecable el Gamba —bajo el brazo el *ABC*— a quien no llegó ni una gota, no tocó un solo cristalito del pulverizado vaso de café con leche; y no pierde la calma ni la sonrisa.

—Oye, no te equivoques, que conmigo no hay problema, yo no soy un chorizo como estos chusmas de por aquí. Yo soy el Gamba. Si no te gusta lo que te has llevao se te devuelve el dinero y santas pascuas, aquí no ha pasao ná.

El Gamba sonríe al sujeto, le abre la puerta del Fausti y le cede el paso. El sujeto parece que duda antes de salir al aire libre de la plaza.

—Venga, salgamos fuera, no hagamos enfadar al Faustino —sugiere el Gamba, invita con la mano al individuo a salir.

Salen.

El Gamba reanuda su discurso:

—Yo no soy un mierda como esta gente ¿sabes? —señala con un gesto de su barbilla el interior del Fausti—. Si meto la pata lo reconozco y me queo tan tranquilo. Y por las noches duermo más a gusto que Dios.

Suelta el *ABC* en el capó de un amarillo, gastado y viejo Renault 5, mete la mano en el bolsillo y saca un arrugado billete de mil pesetas. El mismo que le entregó el sujeto estafado.

—¿Amigos? —Le tiende la otra mano antes de restituirle definitivamente el dinero.

Vuelve a dudar el sujeto. Es un individuo de buena estatura, quizás más alto que el Gamba si no caminara tan encorvado. Va un poco desastre, sin afeitar, despeinado, con unas vistosas gafas de carey que él acomoda sobre el puente de la nariz una y otra vez.

Su rostro no me es desconocido. Su corpulencia y su determinación plantan cara al Gamba y nace alguna esperanza entre los muchos que por aquí odian y temen a Rafael.

—¿Amigos? —La mano tendida del Gamba en el aire, el billete arrugado en la otra.

Están en la acera, frente a la puerta cerrada del Fausti. Desde la plaza, desde las cristaleras de la cafetería, desde las aceras, algunos pares de ojos les observan, se comenta en baja voz, se preguntan quién es ese osado individuo capaz de plantarle cara a Rafael el Gamba.

—Quillo… lo reconozco… —Se lleva la mano al corazón el Gamba. Sin ningún recato, pese a que el gesto es evidentemente teatral y no engaña a nadie. Aun así lo hace. Y con la mano en el corazón cambia también su expresión: ojos que quieren ser sinceros, voz que pretende tomar aire y tono de confesión. Tampoco engaña a nadie, pero es igual, intenta parecer franco—. Te he querío engañar. Lo he intentao, ¿qué pasa?

Me he equivocao contigo, campeón. Ya veo que tú no eres un julandrón como los que vienen por aquí. Tú eres un hombre, y te pido perdón.

Otra vez la mano tendida en el aire. El billete arrugado en la otra. El sujeto quiere acabar ya con esto, que le den su dinero y hasta la próxima. Preferiría ahorrarse tanta

palabrería. Sabe que es todo mentira, puro teatro, pero… qué le va a decir. Le da apuro no darle la mano, ¿será posible? Sabiendo que le acaba de engañar… ¿por qué no le parte de una vez la cara? Pues nada, no se la parte. La mano sigue tendida en el aire.

Rafael espera con una sonrisa. El sujeto se obliga a un mínimo de prudencia, pese a que le produce gran desasosiego esa mano tendida que pide ser estrechada.

—Primero págame, luego nos damos todas las manos que quieras. —Consigue refrenarse el impulso de darle la mano el sujeto.

—Quillo… no veas si eres desconfiao. Te he dicho que yo no soy un chorizo. —Borra la sonrisa de su cara, se pone serio el Gamba, pero le tiende, ahora sí, el billete arrugado.

Lo toma, no se lo puede creer, le ha devuelto su dinero, ha sucedido, lo tiene en la mano, sus mil pesetas. Al fin ha resultado que era verdad: el Gamba reconoce la trampa y le devuelve el dinero. Solo hizo falta un golpe de efecto, entrar en el Fausti como entró él, sin una vacilación, directo al objetivo, a grandes zancadas, sin miedo, decidido a recuperar lo que es suyo. Lo cierto es que hay que saber tratar a esta gente, dar la cara cuando hay que darla y no dejarse comer el terreno, porque si uno no reacciona cuando debe, entonces, te comen crudo cada vez que les haga falta. La verdad es que nunca creyó que fuera a recuperar sus mil pesetas, la verdad es que creía que el Gamba ni siquiera iba a estar ahí, en la cafetería, en el mismo sitio de la barra. Si hasta parecía que le estaba esperando. Y de pronto le parece todo demasiado fácil. Y hasta un poco sospechoso. Raro. Pero ya luce el Gamba la más falsa de sus sonrisas. ¿Es falsa o es la poca costumbre de sonreír lo que hace tan poco creíble su sonrisa? Es falsa, falsísima, pero al tiempo que sonríe insiste con la mano de la amistad, de los grandes amigos, de la reconciliación, le ofrece la mano. La mano en el aire.

—¿Amigos, entonces? —La poderosa mano del Gamba tendida en el aire.

Error. Nadie es amigo de Rafael el Gamba.

Pero el sujeto acepta, estrecha la mano del Gamba, siente cómo el Gamba la cierra entonces con poderosa fuerza, da un tirón hacia él, el sujeto, sorprendido, no puede evitar el impulso y trastabilla hasta la posición de Rafael que lo recibe con un rodillazo en el muslo y un cabezazo en la base de la nariz que le deja totalmente inútil, salta la sangre de una ceja, otro cabezazo le quiebra por la mitad sus gafas de carey, los dos trozos caen al suelo pero conservan intactos los dos cristales, también el individuo parece que va a caer pero todavía sujeta el Gamba su mano y se la retuerce, tira de ella hacia arriba, lo levanta con inaudita fuerza, le asesta un terrible patadón con su pie de

hierro en el costado que le deja sin respiración; y ahora sí, suelta su mano y lo deja caer al suelo. Nadie sale del Fausti, nadie en la calle se detiene, nadie hace corro, nadie dice nada, los coches siguen pasando. Ha sido una agresión muda, sin palabras, sin quejidos, sin gritos, sin amenazas. Ha transcurrido, transcurre en una burbuja de silencio. El sujeto yace en el suelo sin respiración, se agita impotente tratando de recuperar el resuello. Todavía conserva apretado en su mano izquierda el arrugado billete de mil pesetas. El Gamba da unos pasos a su alrededor, lo mira con calma, con frialdad, ya recuperada su habitual cara de asco. Desde la plaza, a prudente distancia, los mirones siguen el desarrollo de lo que acontece; también desde el bar, ventanal por medio, contemplamos las maniobras del Gamba, que ahora pisa la mano del individuo: ¡suelta ya el billete, maricona!, ordena el Gamba. El billete queda suelto en la acera, manchada con gotitas de sangre la rúbrica del cajero. Quizás el mismo *shock* del pisotón ha devuelto la respiración al pobre tipo, por fin respira, pero no ve nada, le duele la mano, tantea con la otra mano por el suelo en busca de sus gafas. El Gamba recoge el billete y se lo guarda en el bolsillo mientras contempla con gesto de fastidio el desagradable espectáculo del hombre de rodillas buscando a ciegas sus lentes. Palpa, palpa el suelo, palpa y no se da cuenta de que las tiene ahí mismo, las roza, uuyy, casi toca las dos mitades, una al lado de la otra, de las quebradas gafas de carey.

Vuelve el silencio. Lo quiebra un coche de la Policía Nacional que va a pasar por delante del Fausti. Disminuye la velocidad, mirada del agente al tipo de rodillas en el suelo, mirada al Gamba, el vehículo sigue su camino, ¿se va?, no, da la vuelta a la plaza, vuelve. El Gamba se esfuma. No, también vuelve, olvidó el *ABC* en el capó del Renault amarillo, lo recoge, antes de irse pisa los trozos que quedaron de las gafas, pulveriza los cristales, pisa también una cucaracha que quería tangarse al amparo del bordillo. Ahora sí, se esfuma justo un instante

antes de que el patrullero se detenga enfrente del Fausti.

La policía. Agitación en el interior del café-bar, carreras, extrañas maniobras por debajo de la barra, gente que va al servicio, fajos de billetes cambiando de mano, bolas de hachís escondidas en lugares inverosímiles, de repente ya nadie se ocupa de mirar el espectáculo de fuera. A nadie le importa. El afán es despojarse de cualquier marrón.

Se abren las puertas del patrullero, sale del vehículo un policía con bigote, calvo, gafas de sol, uniforme apretado, la mano chulesca en el cinto, cerca de la pistola.

—¿Qué ha pasado aquí? —interroga el agente al sujeto de rodillas que busca ya sin esperanza sus gafas quebradas.

Entonces el individuo levanta su cabeza, mira y no ve nada; aturdido y sin gafas no hay manera de ver nada, pero levanta la cabeza y mira y no ve, levanta su cara ensangrentada, no puede levantar nada más, le cuesta ponerse de pie, le duele mucho el

estómago, la mano, le duele aún más el muslo. Cuando parece que consigue levantarse le falla el músculo de ese muslo golpeado y tiene que apoyarse en el capó del Renault amarillo. Mientras uno de los policías queda con el sujeto, el otro, el del bigote, entra en el Fausti. Los dos con la misma idea: requerimientos de documentos de identidad; identificación de sospechosos. Es su trabajo.

—Oiga, haga el favor de su documento —exige mi documento el policía que entró en el Fausti. Por el cristal de los ventanales, sentado en mi taburete girador, veo cómo también el sujeto agredido entrega su documento al agente que quedó en la calle, luego, mientras el madero lee sus datos en el pequeño y rectangular carné plastificado, se limpia la sangre del rostro con su pañuelo. No habla, no dice nada, no explica qué le pasó ni delata a su agresor. Lo cierto es que nadie le pregunta nada. El agente de la ley no quiere saber, le da igual, hace ver que no vio nada, que no ve nada; no ve la sangre en el rostro del sujeto, no ve los claros síntomas de la reciente agresión.

Entrego mi documento. El agente lo recoge y lo junta con los demás. Lleva un ramillete de carnés en la mano izquierda mientras recorre la barra del Fausti y las mesas; cuando ve alguien que no le gusta se para, lo mira largamente antes de pedirle el documento. El carné. Joaquín Camarasa se levanta de su asiento, paga su consumición, los agentes de la ley ni lo miran siquiera, la cosa no va con él. Abre la puerta de cristal y sale a la calle. Tiene una cita con María, la señora

de José Molina, en San Luis 65. A las nueve en punto de la mañana.

Ya sé de qué me suena la cara del sujeto recién agredido. Claro que le conozco. Le he visto en el local de La Pupa. Claro, decían de él que era un trompetista excelente. Vino a hacer una prueba para entrar en el grupo. Y la hizo, pero no volvió más. Nunca más se supo. Sí, sí, no cabe duda, es él, Carlos Serena, creo recordar que ese era su nombre. Mi recuerdo de él en el local no se corresponde con su aspecto de ahora. Además del lastimoso estado en que lo ha dejado la agresión del Gamba, ya antes, cuando entró en el bar la primera vez, iba sucio, desastrado, la expresión ausente. Doy una vuelta en mi taburete girador.

—Oiga, haga el favor de estarse quieto —me reprende el madero.

—Ah… vale, vale… —Me inmovilizo al instante.

En la calle, el otro madero y Carlos Serena conversan. No puedo oír lo que dicen desde mi posición en el interior del establecimiento. En el bar, los sujetos requeridos entregan su documentación. No todos. Alguno que otro no la lleva encima. El agente lleva su ramillete de documentos como si fueran las cartas de una baraja. Gafas de sol,

el rostro impasible, alto, calvo y bigote. Está parado frente a un delgado y pálido muchacho que bebe un café solo en la barra. Todo el Pumarejo conoce al Cerillo.

—Oiga, hágame el favor de su documento —requiere el carné del Cerillo. El último para su colección.

—Es que… no lo llevo encima, agente —se disculpa el Cerillo.

—No se puede salir indocumentado a la calle —informa el policía.

El Cerillo calla y espera. Acaba su café de un último sorbo. El policía calla, no espera.

Esperan los demás, pero él no. Él está trabajando, cumple con su obligación y mira fijamente al Cerillo.

Pausa

Cuchicheos, los chavales esperan. Los camareros esperan, Faustino, el dueño del bar, espera. Detrás de la barra, bolas de hachís y fajos de billetes esperan la marcha de la policía para volver a los bolsillos de sus legítimos dueños. Quiera Dios que en una de esas no se les ocurra

venir un día con una orden de registro, porque entonces, acabate.

—A ver, saca todo lo que lleves en los bolsillos. Ponlo aquí, sobre la barra.

El Cerillo deposita sus escasas y pobres pertenencias en la barra del Fausti. El agente mira impávido la operación con su abanico de carnés en la mano izquierda. Un mechero, una colilla, las llaves, la jeringuilla usada, un papelucho arrugado que el agente desarruga, alisa y lee atentamente.

—Oiga —protesta el Cerillo—, esto es una carta de mi novia.

—Tú no tienes novia —replica el agente con voz dura, sin levantar la vista del papel.

Sigue la atenta lectura. Sonríe con sorna. Entra en la cafetería el otro policía con el sujeto agredido. El madero calvo entrega a su compañero el ramillete de carnés.

—Verifica las filiaciones de estos pájaros.

—Ahora mismo —obedece el agente, recoge los documentos y sale del bar hacia el vehículo donde tiene el radiotransmisor

En la barra, al lado del café solo ya consumido del Cerillo, el mechero, la colilla, la jeringuilla, la arrugada carta de la no-novia; y las llaves. El madero calvo con un frondoso bigote enfoca y fija su mirada en las llaves. Las llaves. Acaba de tener una idea que le hará famoso. Una idea que hará nacer el apodo con el que será conocido desde ese día, desde esa mañana faustinera, a lo largo y ancho de la Macarena. Las llaves. El madero coge las llaves. Un llavero con cinco llaves reunidas en la anilla de la que también cuelga el escudo del Betis.

—Qué… eres del Betis… —deduce el agente.

El Cerillo no responde.

—Ya te puedes guardar todas esas porquerías —autoriza el madero—. La jeringuilla le partes la aguja y a la papelera —ordena cuando el Cerillo hace gesto de ir a devolver la hipodérmica desechable a su bolsillo—. Venga… a qué esperas —apremia cuando ve que el Cerillo no cumple la orden con la debida celeridad.

Despunta y rompe el Cerillo la aguja contra el duro suelo; luego a la papelera. Ahora el resto de los objetos. El papelucho, la colilla… La

colilla se lo piensa mejor y se la pone en la boca, coge el mechero que está también sobre la barra y va a encenderla.

—Oye… no, no… ¿Quién te ha dado permiso para fumar? —advierte el agente calvo. El Cerillo detiene la mano con el mechero a medio camino. Devuelve al bolsillo colilla y mechero. No habla el Cerillo. Pálido, muy delgado, su frente abombada. El Cerillo es un personaje muy respetado en los ambientes del Pumarejo.

Todo pues de nuevo en el bolsillo del blanco y delgado muchacho. No todo. Faltan las llaves. El agente las balancea en el aire, un dedo metido en la anilla, como un péndulo el escudo del Betis.

—¿Pasa algo? —pregunta desde sus gafas de sol el madero, el juego de llaves balanceándose colgado en su dedo índice extendido.

—Tiene que devolverme las llaves —se oye por fin la voz del muchacho reclamando sus llaves.

—Ah… las llaves… —Como si no se hubiera dado cuenta de que cuelgan de su índice—. Tengo una idea… Vamos a hacer un trato. Tú me enseñas tu documento y a cambio yo te devuelvo tus llaves. ¿Qué te parece?

—Pero ya se lo he dicho. No llevo el carné encima.

—Sí, ya… No hace falta que sea ahora. Vete a tu casa, busca tu documentación y llévamela a la comisaría. A la Gavidia. Seguro que sabes cuál es la comisaría de la Gavidia. Cuando yo vea tu documento te devolveré tus llaves y tu escudo del Betis. O

eso o te vienes ahora con nosotros a comisaría por andar indocumentado por la vía pública. Tú decides.

Desde ese día, a ese agente calvo del bigote frondoso se le comenzó a llamar El Quitallaves. Porque el Quitallaves siguió quitando llaves. No siempre para cambiarlas por documentaciones. La forma y manera de proceder luego con las llaves confiscadas es amplia y variada, a veces las devuelve, a veces no. A veces se las mete en el bolsillo y se las lleva con él —y ya te apañarás—. En alguna ocasión las ha tirado por un husillo.

Nunca fue denunciado por ello.

**10. San Luis 65, julio de 1982.** A Joaquín Camarasa le llamaban «el Viejo»; era menudo, medio calvo y bastante feo. De Joaquín Camarasa

dicen que posee una fortuna, que es muy rico, que guarda los millones en cajas de zapatos que luego entierra en el jardín de su chalet, en Coca de la Piñera. Él deja decir, ni afirma ni contradice, pero se siente halagado cuando le acusan de estar podrido de dinero.

Salió del bar Fausti sin mirar atrás. Retiene en su buena memoria los datos y las imágenes de lo que acaba de suceder en la cafetería mientras degustaba su copa de coñac. Especialmente le interesa todo lo concerniente a Rafael Narváez, el Gamba. De modo que salió del Fausti, tomó por San Luis caminando despacio. Esboza una sonrisita cuando descubre a Pedrito Molina parado en la acera contraria con un par de chavales en pleno trapicheo. Consulta su reloj de pulsera —bonito reloj de oro—, son casi las nueve de la mañana, hora de entrar en el colegio, pero Pedrito, mírale, ahí parado en la esquina, que ni siquiera es su esquina, vendiéndoles a los dos juláis una postura de dos talegos de grifa; pasando —en expresión del mismo Pedrito— taco del colegio.

—Uh… yo es que paso taco de ir a la escuela, porque aquí tos son payos menos yo y el Manolito Niebla, el hermano del Migue, que es caló por la parte de su papa.

—Y qué pasa… ¿se meten contigo o qué? Me extraña a mí que se metan contigo, Pedrito, qué quieres que te diga.

Diálogo imaginario en la imaginación de Joaquín Camarasa, quien apuesta a que Pedrito le dirá algo parecido si le intenta convencer de la necesidad de asistir a la escuela, tarea difícil, por no decir imposible. Desde que llegó a la Macarena Pedrito falta a clase sistemáticamente, no soporta el colegio, la atracción de las calles es poderosa, y aquí, en el Espumarejo, Pedrito es el rey absoluto. Camarasa queda unos instantes observando hasta que es descubierto por el ojo siempre atento y sagaz del pequeño Molina. Pedrito sabe muy bien que Camarasa desaprueba sus faltas de asistencia a la escuela, pero ¿se corta? No se corta. De modo que el pequeño Molina finge que no le vio, prosigue la transacción con los dos chavales, y Camarasa, que tiene por norma no interrumpir nunca el curso de un negocio, sigue camino. Ya le ajustará las cuentas a ese tunante.

Prosigue camino por San Luis dirección San Marcos, deja atrás la confitería de los Hermanos Burgos, la taberna del Dionisio con su barra de madera antigua y sus vinos con solera, cruza la calle, se detiene frente a la negra y metálica cancela del 65, se lleva los dedos a la boca y silba.

El 65 de San Luis es un corral de vecinos, su patio es alargado, irregular, cuatro pilas al fondo donde lavar la ropa y fregar platos, cacharros y lo que sea menester. Ya viene María sorteando los objetos tirados por el patio, sillas rotas, el sofá de las cucarachas, juguetes destrozados… Viene la gitana presurosa, manojo de llaves en mano, caminando rápido y preocupada la expresión como siempre que viene a efectuar sus visitas de inspección Joaquín Camarasa. Fijándose bien uno se daba cuenta de que María Fernández, la esposa de José Molina, no es la gitana gorda y vieja que parece al primer vistazo. Era, sí, gitana antigua, grande y oronda, pero también lustrosa y achocolatada. Mostraba una rubia, larga y ondulada mata de pelo no castigada todavía por los estragos de la edad, que sí había deformado otras zonas de su cuerpo. Durante los años que vivieron en las afueras de Coria, a orillas del Guadalquivir, primero, y luego en las Tres Mil Viviendas, su marido, José Molina, había manejado el negocio de la grifa ayudado por sus hijos, y, por supuesto, en ese negocio María quedaba al margen. Pero las cosas han cambiado. José está condenado a doce años de presidio y ahora le toca a ella lidiar con el difícil y lunático Joaquín Camarasa.

—Buenos días —llega a la cancela, saluda, introduce la pesada llave en su cerradura María Fernández.

No responde el Viejo, es que ni la mira, observa con desagrado todo lo que le rodea.

Han pasado algunos años desde que tanto el patio como la fachada fueron encalados, y el patio, el 65 todo él en general, pide a gritos unas manitas de cal, sin desdeñar un buen barrido y unos buenos manguerazos. Entra, cruzan el patio sombrío; en una jaula de finos barrotes de alambre se desgañita Taco, los trinos del pajarillo hacen hermosa la mañana, compensan de alguna manera el aire de miseria que se respira. Suben la ruinosa escalera, arriban a la galería, en la segunda puerta está el hogar de los Molina.

La gitana abre, le hace pasar, le ofrece un café.

—Te lo agradezco —rehúsa Camarasa—, pero acabo de tomarme uno en el Fausti.

La estancia es muy pequeña, empapeladas las paredes con papel dibujado de flores y cenefas que ya empieza a despegarse aquí y allá. Una redonda y desnuda mesa camilla, seis sillas, un estante donde descansa la cocinilla de Campingaz en la cual María elabora suculentos pucheros y guisos gitanos, un sofá cama y dos camas

plegables.

—¿No están tus hijos? — pregunta Joaquín Camarasa.

—No. Sí… bueno… mi Rafael está ahí dentro. No sé qué hace.

Buscándose la vena. Camarasa se lo imagina y no marra. No le costó mucho a Rafael engancharse a la heroína. Cuestión de meses. Tiene la droga fácil, a su alcance. La misma droga que vende su hermano por las calles de la Macarena. Heroína turca de color marrón, muy impura, algo guarrona pero muy potente, según dictamen de los chavales de la Macarena.

—Rafaé, hijo… está aquí el Camarasa —avisa la gitana.

—Ya voy —responde el muchacho.

Ya va pero no va.

—Faé, mi arma —insiste la madre—, ¿vienes o no vienes?

—Sí, mama. Ya voy… un momento que ya voy —se disculpa Rafael, se sienta en el colchón, improvisa un torniquete con el cordón de uno de sus botines, toma la jeringuilla ya preparada con un veinte de heroína.

—¿De verdá que no quieres un cafelito, mi arma? —Quiere hacer tiempo María, está nerviosa como siempre que aparece por su casa Joaquín Camarasa para ver qué tal, cómo van las cosas, hacer las cuentas de la semana.

Ni siquiera responde el hombre. No está para cafelitos.

—Pero por qué no te sientas —ofrece María su mejor silla al visitante que desde que entró permanece de pie, como si no quisiera mancharse, tocar nada, con esa mueca de disgusto que no le abandona. Se palpa los bolsillos de la americana (hoy ha venido con su llamativo traje color crema) hasta dar con el paquete de Winston patanegra, el mechero de oro, saca un cigarrillo, se lo lleva a la boca sin ofrecer a la gitana.

—Tu Pedrito anda por ahí afuera —comenta Camarasa, suelta el humo por boca y narices morosamente.

—¿Mi Pedrito?

—Tu Pedrito. Trapicheando con un par de juláis a cien metros de la escuela. A las nueve de la mañana. Vamos… que el niño tiene guasa.

El niño es que pasa de todo. Pasa del colegio, pasa de ti, de mí y de quien se le ponga por delante. Cuando estaba su padre el niño no hacía estas cosas.

En la otra habitación de la casa, Rafael encuentra el buen camino, pincha en el sitio justo, tira del émbolo y entra la sangre en la jeringa, empuja el émbolo, despacio, muy despacio, veinte, diecinueve, dieciocho, baja el nivel de heroína en la jeringuilla, despacio, bombea, empuja, bombea, el alivio es inmediato, se le aclara la mente, se le enfría el corazón y desaparecen incertidumbres y tristezas. Para celebrarlo vomita con placer en el cubo preparado para ello en un rincón de la habitación.

—¡Rafaé! —Su madre otra vez.

Reprime un taco, se levanta, tira con delicadeza de la jeringuilla para separarla ya definitivamente y con pesar de su carne, le pone el capuchón de plástico a la aguja, besa la máquina antes de dejarla sobre el colchón, sale del cuarto rascándose la nariz frío y tranquilo, micropuntos negros las pupilas, control absoluto sobre su cuerpo. No saluda.

Tampoco a él le saluda Joaquín Camarasa; ni le mira cuando aparece rascándose con evidente placer. Un hilo de sangre le corre desde el codo y gotea en el suelo.

—A las nueve de la mañana —repite el hombre su salmodia dirigida a María, como si Rafael no existiera, no hubiese entrado en la pequeña estancia—. María, coño, no puede ser, tu hijo no puede estar a las nueve de la mañana vendiendo grifa en la calle. A esa hora los niños están en el colegio. En la escuela.

Rafael se sienta en la silla que desdeñara antes Camarasa. Sin mirarle, no le ha mirado ni una sola vez desde que entró, el Viejo le dice a Rafael que se limpie la sangre del antebrazo.

—Límpiate esa sangre, hombre, que parece mentira.

Pero Rafael ni caso.

—¿Qué pasa con mi planó? —pregunta buscándole los ojos al hombre.

—¿Con Pedrito? —Se encuentran las miradas.

—Ea.

—Tío, te lo juro, es que sois demasiao. Yo es que no os comprendo. ¿Es que no lo veis? ¿Tan difícil es de entender? Tu hermano no puede estar en horas de colegio vendiendo grifa como si nada por las calles del barrio, joder, porque como lo trinquen los municipales, o los nacionales, o quien sea… como lo trinquen nos vamos a jiñar todos por las patas abajo.

Dirige de nuevo el hombre su mirada hacia la gitana y sigue con su discurso.

—María… como los señores enganchen un día a tu hijo cargado de droga vais a tener problemas. No. Mejor dicho: vamos a tener problemas. Pedrito no puede estar por la calle vendiendo grifa en horas de colegio. Os lo voy a decir más claro todavía: no con mi grifa. ¿Queda suficientemente claro ahora?

María está turbada. El payo tiene razón, pero el niño hace lo que le da la gana. Eso también está claro. Y ella no puede hacer más de lo que hace.

—Mira, Camarasa —interviene Rafael—, me cavilo yo que eso es cosa de familia.

Digo. Mientras seamos honraos contigo… ¿qué más te da si Pedrito va o no va a la escuela?

Pausa.

Con la uña larga y crecida de su meñique izquierdo —la única uña larga en sus dos manos coloradas— da Camarasa unos toquecitos en la columna de ceniza acumulada en la punta de su cigarrillo para que caiga como lluvia lenta y gris en la madera desnuda de la mesa camilla. Con la mirada fija en el montoncito de ceniza responde:

—Pues me da.

Camarasa da otra calada y tira la colilla al suelo, la pisa con la puntera de sus costosos zapatos de piel. El cenicero «Recuerdo de Sevilla» que María colocó a su alcance en la mesa camilla no se estrena.

—Me da porque la grifa es mía. Porque te recuerdo que la heroína también es mía.

Porque me estoy partiendo los cuernos por vosotros, y muy

especialmente por tu marido —se dirige a María— que está en la trena y vamos a hacer lo que sea para sacarlo de ahí. Como sea. Y eso significa pasta, dinero, parné, ¿te enteras, niñato? —Se olvida Camarasa de la gitana y la emprende de nuevo con Rafael—: No me estoy jugando mi libertad para que ahora venga un niñato a decirme cómo tengo que hacer las cosas. O sea, no. Y si te queda alguna duda pregúntale a tu viejo quién es el que manda aquí, a ver qué te responde.

Ya se estaba arrepintiendo Rafael de sus arrebatos de orgullo, más todavía al ver la consternada cara de su madre. Sabe que el hombre puede retirarles el aprovisionamiento semanal de heroína y hachís que les permite vivir y trabajar a toda la familia. Y sabe que si eso pasara por su culpa, su hermano Luis… Bueno, mejor ni pensarlo.

Todos callados ahora.

La gitana busca algo que decir, no sabe cómo acabar con la tensión, está incómoda, pero es Camarasa quien de pronto echa el capote:

—Bueno, vemos esas cuentas o qué.

—Cuando tú quieras.

—Trae un papel.

—Niño, ves a llamar a tu planó. Ya que no va a la escuela que venga aquí a echar una mano.

Rafael sale a la calle en busca de Pedrito, más ágil que ninguno de su hermanos con un lápiz y un papel. En el patio, ajeno al negocio humano, se deshace en semifusas Taco, el pequeño canario. Aprecia María el virtuosismo del pajarillo cantor y tamborilea con sus dedos en la mesa de aglomerado, le sigue el ritmo.

—¡Basta, cojones! —corta Camarasa el concierto sin ningún miramiento—. Me pones nervioso con el tiqui tiqui.

Camarasa odiaba al pajarito.

El pajarito vivía en una jaula sucia y vieja de finos barrotes doblados y torcidos, separados en algunos puntos por los cuales si quisiese podría haber escapado. Pero no quería. Taco era muy listo; no le apetecía acabar en el estómago de la gata romana que se pasea por el alargado e irregular patio con un ojo siempre avizor en la jaula colgada por fuera de la ventana de la señora Emilia, una de las vecinas más

antiguas del 65, aliada de los Molina desde que se vinieron a vivir aquí, a la Macarena, hace ya más de dos años.

Camarasa y los Molina llevan mucho tiempo trabajando juntos. Desde antes de que los gitanos se trasladaran a las Tres Mil Viviendas. Siempre bien y sin problemas. Pero ahora el padre está en la cárcel, y sobre todo, ahora trafican con heroína. Palabras mayores. Luis Molina lleva exactamente seis meses vendiendo caballo turco en su esquina adjudicada de la calle Macasta con San Luis.

María llevaba las cuentas de lo que se vendía y lo que se ganaba en una libreta escolar con coloradas tapas de cartoné. La letra era de Pedrito, María no sabía escribir, y de los cuatro hijos el más hábil con el bolígrafo era Pedrito, que aunque aparecía poco

por la escuela era el que más frescas tenía las enseñanzas de los maestros. Trajo, pues, María la libreta colorada.

Sonaron pasos en la escalera.

—Ya están aquí mis chavorés —adivina la gitana.

Tamborileo a compás en la puerta. Abre María, entran sin saludar Rafael, Luis y Pedrito Molina. Sin mediar palabra toman asiento en torno a la mesa camilla. Quedan de pie Joaquín Camarasa y la gitana.

—Habíamos quedado a las nueve —enseña el hombre su reloj de oro. Las agujas marcan ya cerca de las nueve y media.

Ninguno de los tres hermanos habla una palabra. Luis se levanta de la mesa, entra en la otra habitación, sale inmediatamente con un sobre, lo arroja con altanería encima de la mesa. Camarasa sonríe por debajo de la nariz, recoge el sobre, lo abre, saca su contenido de billetes de mil y de cinco mil.

—¿Está todo?

Luis se encoge de hombros:

—Ahí están las cuentas —responde señalando la libreta.

El hombre se cala las gafas para leer, busca asiento alrededor de la mesa, lo encuentra al lado de Rafael. Abre la libreta, está unos minutos calculando en silencio.

Luego, cuenta y recuenta los sobados billetes. Detecta irregularidades

en las cantidades correspondientes a Eduardo. Levanta la cabeza y se dirige al mayor de los Molina.

—Oye —señala una cantidad anotada en la libreta, tachada y corregida—, esto no cuadra ni de broma. ¿Qué ha hecho aquí tu hermano?

—¿Mi hermano?

—No, el mío. —Con sorna Joaquín Camarasa—. Pues claro que tu hermano. Mira, aquí.

Miró Luis, pero no se entendía mucho. Cuentas tachadas, números borrados y vueltos a escribir, sumas y restas en los márgenes…

—Pedrito —se vuelve Luis hacia su hermano—. ¿Tú has hecho esas cuentas?

—Oye, oye… a mí no me miréis que yo no he sío, no tengo ná que ver.

—Esta suma está mal —advierte Camarasa, saca del bolsillo de su americana cruzada una pequeña calculadora, la enciende, se concentra en la tarea, pulsa botoncitos, suma y resta las cantidades consignadas en la libreta con tapas de cartoné. A su alrededor, los hermanos Molina observan, se miran con inquietud. María, algo más retirada, las manos en el bolsillo de su floreado delantal, se muere de ganas de fumarse un cigarrillo.

—¿Quién tiene un cigarrito pa mí? —pide la gitana.

—Yo —responde seco el hombre sin quitar la vista de la calculadora. Saca de su bolsillo el paquete y ofrece tabaco. La gitana lo toma con una sonrisa. Joaquín invita también a Rafael, y a Luis que acepta serio y sin levantar tampoco la mirada de la libreta. El mechero de oro, la llama azul, prenden los cigarrillos.

—Eh… y yo qué —protesta Pedrito.

—¿Tú? Tú no deberías fumar tanto, que eres muy chico para estar todo el día vacilando con el cigarrito.

Pedrito contaba entonces trece años, pero tenía ademanes de persona mayor. Era un niño delgado, menudo y bastante guapo; rubio como su madre y como su hermano Eduardo.

—Toma —ofrece el Viejo un pitillo al chavea y este lo coge, se lo lleva a la boca con expertos movimientos de fumador viejo. Saca su propio mechero y enciende, aspira y lanza perfectos aros de humo de todos los tamaños hacia el techo.

—Bueno… y tú… ¿por qué coño no estás en la escuela? —pregunta incisivo y serio Joaquín Camarasa. Y ahora sí, levanta la vista de las cuentas, deja aparte calculadora y libreta, da una calada a su patanegra mientras espera la respuesta del niño Pedrito.

No se esperaba esa pregunta, pero Pedrito no pierde el aplomo. Disimula con el cigarrillo haciendo tiempo en busca de una respuesta que no acude. Mira a su madre en busca de ayuda: ¿por qué no ha ido al colegio?

—Uh… yo es que paso taco de ir a la escuela, porque aquí tós son payos menos yo y el Manolito Niebla, el hermano del Migue, que es caló por la parte de su papa.

Joaquín Camarasa se felicita. Las mismas palabras que calculó que escucharía de boca de Pedrito Molina. Control de la realidad. Estás hecho un hacha, se felicita en el pensamiento a sí mismo el hombre.

—Este crío no le hace caso a nadie. Y acana, con mi marío preso… —se justifica la madre de Pedrito.

—Nos estamos buscando una ruina con este niño en la calle, cargao de droga —

advierte Joaquín Camarasa.

—Mira que se lo he dicho veces, pues ná, que no hay manera —se lamenta la madre.

—Mi planó solo chanela el lenguaje de las guantás —dice Rafael.

—Ya… bueno, pues esto no cuadra, señores. —Alza las cejas, golpea la libreta abierta con su índice en las embarulladas sumas—. Por mucho que se quiera disimular aquí faltan mil duros.

María y su hijo Luis Molina se miran con embarazo. Camarasa apaga la calculadora, cierra la libreta con tapas de cartoné ya vencidas por la humedad, se la entrega a la gitana.

—Toma, anda… Guarda esta preciosidad.

María coge la libreta pero no se mueve, apura la colilla del Winston hasta la última calada. Espera las palabras del hombre.

—Mil duros son una mierda. Yo me cago en los mil duros que faltan aquí. Por eso me jode tanto que por mil duros asquerosos nos tengamos que disgustar.

—No, mi arma. Si tú dices que faltan mil duros nusotros te lo pagamos. Fartaría más.

María mete la mano en el bolsillo de su floreado delantal y saca un gran montón de monedas de diferentes valores. Cuenta cuarenta de cien y cuarenta de cinco duros sobre la desnuda mesa camilla de aglomerado.

—Mañana por la tarde os traeré material nuevo —anuncia Camarasa mientras se guarda meticulosamente el dinero: billetes en la elegante cartera de piel; monedas en el monedero de hombre, a juego con la billetera, y en los bolsillos—. Un marroncito claro, crema para la plata, o para la jeringuilla. A gusto del consumidor.

—¿Cuánto? —pregunta Luis.

—Doscientos gramos pesados.

Cantó Taco fuerte y claro desde su jaula en el patio.

—Ojú con el bicharraco —se quejó Camarasa.

Sonrieron los gitanos. Les hacía gracia la manía que le tenía al pájaro. Sonrió también el hombre. Se distendía el mal ambiente en casa de los Molina. Joaquín Camarasa igual te gruñía que al segundo te sonreía y te daba una palmadita en la espalda.

—Óyeme, Luis… te quería comentar… la esquina esa de Relator… el córner del Amparito, digo. El garito de la Mari.

—Sí, el Amparito. Qué pasa.

—Oye… ese córner deberías controlarlo tú. ¿Sabes la venta que tiene esa esquina?

—Y qué.

—Pues que el menda ese que trabaja para la Mari…

—¿El Gamba?

—El Gamba. No le pega nada estar ahí. No se merece ese córner. Ni la Mari se merece tener semejante socio. ¿Sabrá esa mujer que su socio se dedica a vender Cola-Cao?

—¿Cola-Cao?

—Como lo oyes. Acabo de verlo con mis propios ojos, hace un momento, en el Fausti. He visto como le vendía a un jipi un talego de Cola-Cao.

—A uno de gafas, ¿verdá? Qué cabrón el Gamba —comentó con regocijo Pedrito.

Volvieron las sonrisas. Siempre era graciosa una pirula de tales características. No había compasión para los juláis. Pero Joaquín Camarasa tenía otra opinión. Realmente… ¿qué necesidad tenía el Gamba de estafarle a nadie un paquetillo? Ese tipo de cosas se hacían cuando estaba uno desesperado, sin otros recursos. Pero no parecía el caso. El Gamba manejaba droga suficiente. Rafael Molina acudió enseguida a darle la razón al Viejo:

—Ese hijo de puta o está muy enganchao o está loco.

—Qué va, lo que pasa es que esta mañana no tenían ná en el Amparito, por eso le ha bisnao el Cola-Cao al primo ese de las gafas —aclaraba Pedrito los motivos del Gamba.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Ya sus lo he dicho. Porque esta mañana no tenían ná en el Amparito. No han podío emplear en ca'l Sorayo porque el barrio estaba empetao de monos y san quedao sin ná. Dice que la Mari estaba esperando a que su cuñao le trajera un par de gramos del Políngano.

—Bueno, sea como sea, no quiero esa gentuza en el barrio. Si queremos ganar mucho dinero necesitamos a toda costa que el barrio esté tranquilo. Dos cosas básicas, Luis: cuidar la clientela y evitar las broncas. No nos conviene. Te voy a decir lo que nos conviene. Lo que nos conviene es sacar a ese hijo de puta de ahí.

—Pa ponerme yo.

—Exacto. Para ponerte tú. Ese es el punto. Creo que a la Mari le convendrá también una renovación de socio. Y te digo una cosa, Luis. En ese córner triunfamos. Te lo digo yo. Triunfamos.

—¿Pero es que ya has cavilao argo?

—He pensado en que le propongas a la Mari un trato. Verás como acepta encantada.

Ahora estaban todos sentados en torno a la mesa camilla. Todos pendientes de los planes de Joaquín Camarasa y de la codiciada esquina del Amparito. Ya no había tensión o distancia entre el hombre y los Molina, principalmente porque le volvía a Camarasa el buen humor. Conquistarían la esquina del Amparito. Hasta la fecha los Molina controlaban la zona de Macasta con San Luis hasta la bodega del Cateto.

Hacerse con un punto mejor era casi imposible, a no ser, claro, que mediara una alianza con la dueña del Amparito. La Mari.

—¿Un trato?

—Sí. Sabemos que la Mari emplea en las Tres Mil. Un coñazo, ¿no? Tiene que ir dos o tres días a la semana a por los gramos. Es peligroso, pesado y caro. Nosotros le podemos ofrecer la heroína a domicilio, al mismo precio que la que consigue en las Tres Mil y de mejor calidad. No puede decir que no. Le interesa. A cambio solo le vamos a

pedir que despida a ese Gamba, no queremos trabajar con ese garrulo. Si la ves que no se convence cuéntale lo del Cola-Cao.

—Lo del Cola-Cao le importa a la Mari un carajo. Te lo digo yo —afirmó rotundo Luis Molina.

—Pues lo que sea. Da igual. Tienes que dejárselo claro. El Gamba sale, tú entras. Tú vendes con ella, tú la proteges, tú le garantizas el suministro. Pero el Gamba ese sale botado.

—Cuidao con ese Gamba que es peligroso tela —apuntó Pedrito.

Luis parecía pensativo. Pero no pensaba en el Gamba, ni en las esquinas del Pumarejo. Pensaba en la Mari. El Viejo interrumpió su ensoñación.

—¿Y tu hermano? ¿Dónde se mete?

—¿Quiéne? ¿Eduardo?

No contestó Joaquín Camarasa. La respuesta era evidente. Se levantó de la mesa camilla, alisó las arrugas de su chaqueta americana,

recompuso mangas, cuello de camisa, nudo de corbata, palpó bolsillos. Todo en orden.

—Bueno, me voy. Tengo muchas cosas que hacer. Nos vemos por la tarde. Y decidle a Eduardo que tengo interés en hablar con él. Que haga por verme, ¿estamos?

Luis afirmó con la cabeza. María se levantó de su asiento para despedir al hombre.

—Te acompaño hasta la cancela.

Joaquín Camarasa se encogió de hombros. Salieron de la casa, bajaron las escaleras, atravesaron el patio con Taco ahora en silencio.

—Tu hijo Eduardo no da la cara, ¿eh?

—¿Cómo?

—Eso… tu hijo Eduardo, que no quiere dar la cara. Al final has tenido que pagar tú los cinco billetes ¿no?

—No sé —respondió la gitana, abrió la cancela—. Adió, mi arma —se despidió del hombre.

Decían de él que era un trompetista excelente. Lo era. Confirmado por mí, que le había escuchado cuando vino a hacer una prueba para entrar en la compañía de teatro donde desde hacía algún tiempo prestaba mis servicios de clarinetista. Sí, no cabía duda, era él.

Carlos Serena. Me acerqué a su posición. A nuestro alrededor, el Fausti volvía a la normalidad. Los camareros devolvían discretamente las bolas de hachís y los fajos de billetes a sus propietarios. La parroquia comentaba la irrupción de la policía, la ocurrencia del agente calvo y con bigote de quitarle las llaves al Cerillo. Nadie se acercaba a Carlos Serena para preguntarle si estaba bien, si necesitaba algo… Había peleado por sus mil pesetas y había perdido. Capítulo olvidado. Sentado en una silla parecía reponer fuerzas, la vista perdida en las cristaleras que daban a la plaza. Me senté a su lado. Era él, el individuo de la trompeta. Temblaba. Le pregunté si se encontraba bien. Me sonrió, no con una sonrisa triste, ni apagada. Maltrecho, apaleado, estafado, tembloroso… Pero se marcó aquella sonrisa cautivadora.

A mí, desde luego, me cautivó.

—¿Te conozco?

—No sé —contesté.

—Es que no te veo muy bien —intentaba enfocarme con los ojos turbios.

—Ese cabrón te rompió las gafas.

Asintió. Vi que dudaba. Quería decirme algo. Le ayudé.

—Si quieres podemos ir en busca del Luis Molina.

—¿Sí?

Quedó unos instantes en pausa, inmóvil. Sorprendido, receloso quizás. No podía verme demasiado bien pero aun así sentí que me escudriñaba hasta convencerse de mi sinceridad.

Luego, expuso su realidad más inmediata.

—Yo no tengo un duro.

—Te puedo prestar algo.

Se puso de pie.

—Vamos.

Nos fuimos.

Salimos a la calle. No eran ni las diez de la mañana pero hacía ya mucho calor. Los olmos de la plaza filtraban la luz y formaban enrejados de penumbra en el enlosado, en los bancos de madera, en las fachadas de los edificios. Miré de reojo a Carlos; temblaba como una hoja. Parecía aterido.

—¿Tienes frío? —No me lo podía creer.

—Tengo un monazo del quince, chaval —contestó.

Me llamó la atención que en ningún momento se quejara de la agresión que acababa de sufrir. Ni del dolor que seguramente estaría sintiendo en aquellos momentos —

especialmente dolorosos son los rodillazos en el muslo—. Nada. Lo único que le turbaba y que pasaba por encima de cualquier desgracia

era que no se había podido quitar el mono que le fustigaba desde muy tempranas horas de la mañana. Ni siquiera parecía recordar sus gafas hechas picadillo. Recogí, antes de seguir camino, los destrozados fragmentos que quedaron tirados por el bordillo, y fui a mostrárselos. Hizo algún gesto desdeñoso y tuve que devolverlos de nuevo al pavimento.

—Me estoy cagando —dijo. Esbozó un gesto de dolor, se llevó las manos al estómago y se dobló por la cintura.

—¿Qué hacemos? —Yo no sabía en verdad qué hacer.

—Nada, nada. —Se estiró de nuevo, se recompuso—. Parece que ya pasa.

Lo cierto es que iba hecho una lástima. Y aún peor que las marcas de los golpes recibidos, que la nariz sangrante o que una ceja hinchada, lo peor, digo, eran los síntomas y señales del síndrome de abstinencia en su cuerpo: el descontrol muscular, los espasmos, el desdibujamiento siniestro de su rostro, la expresión ida, la terrible ansiedad que transmitía su sistema nervioso. Ah, y debido a la descomposición estomacal expelía unos fétidos gases, próximos a la toxicidad, que añadían urgencia a la búsqueda de un remedio.

—Si no te encuentras muy bien me puedes esperar en los bancos de la plaza. Si quieres. Mientras intento localizar al Molina.

—Me encuentro estupendamente —mintió con su sonrisa cautivadora.

Buscamos a Luis Molina. No estaba en su esquina de Macasta. Volvimos a la plaza.

Nada de nada. Carlos se arrastraba. Yo despotricaba.

—¿Dónde coño se habrá metido ese capullo? Coño, cuando uno vende caballo tiene ciertas responsabilidades. Pero a esta gente les importa una mierda dejarte tirado.

Sonreía Carlos y aprobaba mis palabras.

—Esto es la jungla, tío. Nadie es responsable de nada.

Si el amigo Serena iba hecho una lástima, tanto por la paliza como por el síndrome que le pone borrosa la cara, tampoco yo iba hecho unas pascuas. No lo sabía todavía, pero aquel desasosiego que me venía perturbando toda la mañana eran los primeros síntomas de que la

heroína se posesionaba de mi cuerpo. Además estaba lo de Sofía.

Presentía que cuando llegara a casa, tendría la última discusión con mi mujer y luego fin, llegaría la noche y dormiría solo, sin Sofía. Sin Sofía ya para siempre. Pero había algo. Algo al otro lado que acababa con el desasosiego: agujerear mi vena, el leve dolor del pinchazo, el calor interior, las arcadas de placer, el control de la realidad, la desaparición absoluta de la ansiedad. Aire, combustible, calor, realidad… ¿Qué es la heroína?

—Un espíritu. Un ente. Una conciencia. Un parásito, también.

Carlos Serena tenía una teoría. Él no la consideraba una teoría, juraba que era una realidad. Surgió en una conversación sobre el tiempo que llevábamos consumiendo heroína.

— ¿Tú llevas muchos años enganchado?

—¿Enganchado? Yo no estoy enganchado, chaval. Yo estoy poseído. Y creo que tú también. —Me miró con largueza. Me miró con sorna—. Sí. Tú también tienes el espíritu metido en el cuerpo.

Pero antes de llegar a esa conversación estuvimos buscando algún *dealer* por todas las esquinas, recovecos, callejuelas del barrio.

—¿Dónde se habrá metido ese capullo?

Cualquier capullo que tuviera algo de polvo para vender.

Nos quedaba probar suerte en el Amparito.

El Amparito era el tugurio de la oscuridad esquina Relator plaza del Pumarejo. Un garito diminuto y oscuro donde los rayos de sol se detenían tímidos, confusos e indecisos en el umbral de la puerta; techo, suelo y paredes pintados de negro, una bombilla pintada de rojo y cagada por las moscas, una barra al fondo de la que sobresalen y se destacan los ojos marrones y la melena castaña y espesa de la Mari. Poco más. Cero clientes. Entro. Silencio y oscuridad. Carlos espera fuera con los dedos cruzados. No he llegado a la barra cuando ya la Mari me desengaña.

—No hay ná.

Esas tres palabras odiosas y fatídicas: No hay ná. Dichas en nasal barriobajero de esa manera que parece que te las tiren a la cara cual escupitajo: No hay ná. Así que media vuelta. No hay ná y lo único que

queda es la oscuridad, el silencio, los marrones ojos pintados de la Mari.

Vuelvo a la luz. Carlos en la acera de enfrente.

—¿Qué? — pregunta, aunque sabe perfectamente que vengo con las manos vacías.

No necesita las gafas para adivinar mi desilusión.

—Me cago en la puta, la de piruetas que hay que hacer en este barrio para comprar un paquetillo de mojones. Esto no es serio.

—No lo es —apoya mi nuevo amigo.

—No hay ná, no hay ná —remedo, hago burla de la voz del camello—, su puta madre de no hay ná. Te juro que los estrangularía cada vez que me dicen que no hay ná.

Hijos de puta, parece que disfruten.

—No lo creo —disiente en un murmullo Carlos Serena. Y tiene razón. No disfrutan, pero cuando no hay negocio por en medio a los camellos no les gusta nada perder su valioso tiempo en atender a los yonquis pelmazos que nunca se acaban de creer que no hay ná.

Cambiamos el escenario, dejamos el Amparito a nuestras espaldas y caminamos por San Luis hasta la calle Ruiz de Gijón, entramos unos metros y torcemos a la izquierda, buscamos por las tapias y estrechos zigzags de la calle Macasta, donde habitualmente pululan los Molina, y sí, ahí está Eduardo el Bizco, quizás él nos pueda informar. Me adelanto unos pasos mientras Carlos queda esperando en retaguardia. Eduardo está en la primera revuelta de la calle Macasta, lía un cigarrito con pericia sentado en un poyete. No levanta la cabeza cuando me paro frente a él.

—¿Has visto a tu hermano por ahí?

—Está en la queli, canijo. ¿Por qué? ¿Quieres argo? —responde, pregunta y mira de reojo el tumefacto rostro de Serena. Pero lo que más llama su atención, más que la evidencia de una paliza reciente, es el espectacular síndrome que le rezuma por todos los poros de su piel.

—Ojú, ese colega… El monazo es menúo —comenta Eduardo. Con un experto movimiento de pulgares hace rular el pitillo sobre sí mismo, luego humedece con un lengüetazo la parte con pega del papelillo de

fumar y acaba la confección del porro, petardo, pitillo, *joint*, mail, canuto… Los noventa y nueve nombres de un cigarrillo liado con tabaco y hachís. Apoyado en una tapia forrada de carteles, anuncios y propaganda, bajo el agua refrescante que cae de las macetas recién regadas en los balcones por una vecina hostil, Carlos espera tembloroso, y no sé si es que habla solo o si es que está rezando.

—Bueno… ¿está o no está tu hermano?

—Ahora está ocupao.

—Pero… ¿sabes si tiene algo?

—Argo hay. Pero tiene pa rato. Mejor sus dais una vuertecita por ahí y vorvéis en media hora.

En las callejuelas del barrio arreciaba el trapicheo. En Arrayán, en el Espumarejo, en el Pasaje Valvanera, San Luis arriba y abajo, los vendedores de hachís entran a los clientes: Quillo… tengo chicle, gomita; tengo la potensia. No así quienes trafican con heroína. Estos esperan a que sea el cliente quien dé el primer paso, quien entre al vendedor: ¿Tienes algo? ¿Tienes caballo? ¿Tienes jaco? ¿Tienes polvo? ¿Tienes burro?

¿Tienes potro? Los noventa y nueve nombres del espíritu. Pero aquella mañana no se oía relinchar desde San Marcos hasta el Pumarejo. Solo los tontos que compraron Cola-

Cao creyeron escuchar el galope de algún pura sangre. Todo mentira. Quien sí triunfa hoy, esta mañana, es el Pureta, el mejor hachís desde San Marcos hasta el Arco de la Macarena. El Pureta es menudo y feo, su cara es simpática. Nos ofrece su goma con un peculiar movimiento de su mano derecha —el puño cerrado a media altura, horizontal y desplazado de derecha a izquierda—. Nada, no queremos hachís, vamos de otro palo,

¿es que no se nota? El Pureta menea la cabeza admonitoriamente, nos advierte con su gesto, cuidado con el caballo, primo.

—¡Agua! —alertó de pronto el aguaor. Se acercaba un coche de la Policía Nacional rodando lento por San Luis hacia el Pumarejo. Reacción fulminante de los camellos que desaparecen por callejas y callejones. Desapareció Eduardo, no vi cómo ni por dónde, Serena en la tapia apoyado se removió inquieto, inició camino hacia mi posición.

—Vámonos —dijo.

Se esfumaron grifotas y camellos, el aguaor se acuclilló en el bordillo y esperó el paso del coche policía. Ya le habían visto y sabía que si intentaba tangarse o simplemente tomar las de Villadiego iba a ser peor. No le quedaba más remedio que aguantar. Nosotros estábamos quizás algo protegidos por la esquina, pero no podíamos asegurar que no nos hubieran visto. Quise consultar a mi compañero, pero cuando fui a hablarle reparé en su gesto de angustia, sudaba pequeñas perlas que le punteaban la frente, el cuello… Tomó aire, se irguió:

—Paso de todo —se arrancó el amigo Serena, abandonó el inseguro refugio de la tapia, salimos por Ruiz de Gijón a San Luis, nos cruzamos con el coche de la policía y pude ver las caras de los dos agentes, pareciéndome que se interesaban por nuestras personas. Avanzaba Carlos en extraño caminar, el culo apretado, rígido el cuerpo, sin mirar hacia atrás, ni siquiera para comprobar si yo le seguía, dejó la bodega del Cateto a sus espaldas, pasó por la iglesia de Santa Marina sin dedicarle ni una mirada y tomó por Divina Pastora arriba, hacia la calle Feria. Yo detrás como un tonto.

—¿Qué pasa, tío? —pregunté tras de él, a la carrerilla o trotecillo. Serena daba unas zancadas de todos los diablos, no sé de dónde había sacado la fuerza. Acabábamos de doblar por Divina Pastora cuando mis oídos me delataron un frenazo y un coche que ponía la marcha atrás y retrocedía. Miré entonces a nuestras espaldas. Efectivamente, el coche de la policía maniobraba para encajarse en el estrecho callejón por el cual avanzábamos, se montaba en la acera, eludía el roce con las paredes, adelante, despacio hacia nosotros. Nosotros y el coche de los señores, no había nadie más en la calle.

Alcancé a mi compañero y me situé a su lado. Los dos teníamos buena zancada y caminábamos ligero, pero no es conveniente demostrar prisa con la ley a tus espaldas,

así que aminoramos la marcha. El coche igual, run run, no nos adelantaba, lo llevábamos pegado a la espalda y podíamos oír el soniquete del radio transmisor, tiru tit tiru, las órdenes cruzadas en el espacio, la voz metálica de otros agentes en otros vehículos; estábamos llegando a la plaza del Cronista, donde se abre el callejón Divina Pastora para transmutarse en la plaza del Cronista. La cara de mi compañero era un sufrimiento.

—¿Pero qué pasa? —volví a preguntar.

—Me estoy cagando —confesó mi nueva amistad. Luego, bostezó duro y seguido.

Luego, derramó un par de perezosas lágrimas—. No puedo más —declaró angustiado por la urgencia—. Como a estos hijos de puta se les ocurra pararme ahora lo voy a llevar claro.

Estaba blanco y sudoroso. Le lloraban los ojos. Pequeñas y desagradables perlas de sudor frío en su frente cerúlea. Se llevó las manos a la barriga y buscó con la vista un lugar donde aliviar. Realmente, no podía más. Un sitio, un sitio, por favor. Un sitio discreto. Entonces nos adelantó la madera.

—Oiga —dijo «oiga» el chofer por la ventanilla y nos paralizó. Detuvo el automóvil.

Las puertas abiertas, señores fuera.

—Me dan sus documentos, por favor.

Los reconocí al instante, el agente calvo que le quitó las llaves al Cerillo y el otro guardia, más gordo y de aflautada voz, la misma pareja que entró en el Fausti no hace ni una hora. No dan muestras de reconocernos. Mi amigo estaba desesperado, avergonzado, le dolía el estómago, le dolía el alma. El futuro se le acababa en una cagada incontrolable, a un paso de aquel sitio tan bello que llamaban la plaza del Cronista.

—¿Le pasa algo? —detectó el más gordo nada más enfocarle al rostro sus gafas de sol.

—No puedo más, agente. —Cómo le costaba hablar; grandes esfuerzos para no aflojar, para no irse en la gran cagada con el esfuerzo de las palabras—. Tengo la barriga descompuesta.

Les hizo un montón de gracia. La barriga descompuesta.

—Cagarrinas, vaya —tradujo chistoso el calvo.

Mucha gracia parece que le hizo al otro agente el chiste de su patrón, cabalgaron las gafas de sol en el puente de su nariz, juas juas juas, un poco de pelotilla que nunca está de más. Pero Carlos seguía igual de mal, absolutamente descompuesto. Hubiera suplicado que le dejaran un momento ahí detrás, en cualquier rincón, tras los contenedores de basura, ¿no cagan los perros en mitad de la calle? ¿No es él más que un perro? Pero no podía ni hablar, ni moverse… Solo esa letanía: Por favor, por favor… Un murmullo casi inaudible.

—Por favor, por favor, por favor…

—Un momento nada más y podrá usté ir a obrar sin más problema —prometió el alto, nuestros carnés en la mano—. Comprenda que… —Soltó una risotada. No terminó la frase. Comprenda que… Era igual. No había nada que comprender. Llamó por el radiotransmisor a la centralita mientras el chaparro se dedicaba a mirar a mi amigo con cara de guasa.

—Oye… sí… mira, te paso dos filiaciones: Carlos Serena Artola. Sin hache, Artola: Almería, Roma, Toledo, Orense, Lugo, Alicante. Eso es, Artola. 20 de noviembre de 1954. Hijo de Francisco y María José, natural de Huesca. Un momento, te doy la filiación del otro pájaro…

—Por favor, por favor, por favor…

El policía acabó de dar mis datos mientras Serena se doblaba por la mitad y gemía.

—Por favor, por favor, por favor… —Una letanía casi inaudible.

—¿Qué pasa? —preguntó con muy seria expresión el agente calvo.

Pero Carlos no podía ni hablar.

—Ya se lo ha dicho antes —intervine—. Se encuentra mal. Necesita hacer de vientre.

Como no se den prisa se lo va a hacer encima.

Nos acababan de tomar las filiaciones en el Fausti. Sabían perfectamente que estábamos limpios, pero los agentes insistían en su farsa.

—Es un momento. En cuanto verifiquemos sus filiaciones les dejaremos marchar.

—Por favor, por favor, por favor…

Mientras esperaban la respuesta de la central por el radio transmisor los señores hablaban de sus cosas, comentarios banales sobre el servicio, sobre tal o cual personajillo… Ni siquiera miraban a mi amigo, encogido sobre sí mismo, blanco, sudoroso, cerrados los ojos, concentrado en el supremo esfuerzo de aguantar las embestidas de su barriga descompuesta. Pasaron los minutos. Los viandantes también pasaban, quedaban unos instantes mirando la figura doblada de mi compañero, luego giraban de nuevo la cabeza, seguían camino. Sonó por fin el tiru tiru del aparato receptor. La confirmación de que yo

estaba limpio.

—Su carné —me devolvió la documentación—. Y ahora se va dándose patadas en el culo. Fuera, aire, no lo quiero ver más por aquí ¿entendido? —ordenó sin separar casi los labios el agente Quitallaves.

Tomé mi documento pero no me decidía a marchar. Carlos, un poco apartado, seguía igual, doblado por la mitad, las manos crispadas en el estómago, el rostro vuelto al lado, escondido.

—¿No ha oído lo que le acabo de decir? —insistió el agente muy severamente al ver que no me retiraba.

Se escuchó un sollozo. Con toda claridad. Mi amigo sollozaba. Un espeso, humano e inconfundible olor a mierda entró por mis fosas nasales; miré hacia los dos maderos, se podían ver los efluvios penetrando por los agujeros de sus narices, se podían casi tocar aquellos efluvios. Calló repentinamente el mandamás, mudo quedó, incapaz de seguir hablando, pues hablar es abrir la boca, y la intuitiva técnica era mantener cerrado el pico y tomar aire por la nariz en inspiraciones rápidas, muy breves. Mejor oler que tragar. Hedor insoportable. Los agentes ya no reían. El gordo giraba la cara, mantenía apretadas las mandíbulas y respiraba haciendo aspavientos, farfullando maldiciones. El otro, el Quitallaves, se abanicaba con la superficie mínima del documento de identidad de Carlos en la diestra, nadie decía nada, nadie abría la boca, se volvieron para dar la espalda a mi amigo, meneaban la cabeza. Yo estaba clavado en el sitio como una estatua.

—Hostia puta… —exclamó por fin el gordo.

—No me lo puedo creer. —No se lo podía creer el agente Quitallaves.

—Oiga… —añadí yo. Quería llevarme a Carlos Serena de allá.

Ni caso. El hedor arrecia, nos envuelve. Carlos vestía —con toda la mala suerte del mundo— camisa y pantalones blancos. Le miré por detrás, y sí, una gran mancha oscura crecía en todo su trasero. No dejaba de sollozar y de gemir.

—Este hijo de puta lo ha hecho a propósito —dijo el chaparro con cara de asco.

—Capaz —asintió el alto.

—No, no… capaz y capataz. Seguro.

—Luego lo explicará a los compinches como una hazaña: me cagué en la policía.

—Pues te vas a ir a atufar a tu puta madre.

—Has pinchado en hueso, cabrón.

Parecían enfadados, miraban con repugnancia a mi amigo que por fin había optado por ponerse en cuclillas para concluir lo inevitable.

Pasaron dos vecinas en dirección a San Luis, vestidos claros de verano, bolsas de la compra repletas. Cortaron el palique de cuajo, siguieron su camino sin dejar de mirar la figura que cagaba y lloraba comido por la vergüenza. Los agentes repararon en mí.

—¿Qué coño hace usté ahí todavía? ¿No le hemos dicho que se vaya? ¡Fuera!

—Oye… —Quise acercarme, pero el gordo me agarró del brazo y no me dejó avanzar hacia mi amigo. Todo sucedía despacio y pesado, como en los sueños. Un día desastroso. La mañana del Quitallaves. Un día para olvidar que no podré olvidar jamás.

Si había algo real aquella mañana en la plaza del Cronista era el nauseabundo olor a barriga descompuesta, porque todo lo demás parecía hecho de pasta de pesadilla, incluida la distorsionada mueca del policía chaparro intentando alejarme de la plaza, intentando no, lo estaba consiguiendo. Vecinos y vecinas asomados a balcones y ventanas señalaban la figura doblada y retorcida de mi amigo que se había quedado clavado en cuclillas allá donde se cagó, no se movía una pulgada ni hacia delante ni hacia detrás, los pies clavados en el pavimento. El madero alto, sentado ahora en uno de los bancos de piedra de la plaza del Cronista, lo observaba con curiosidad: Serena no se desplazaba pero sí se retorcía, las manos en el estómago pasaron a taparle la cara; se moría de retortijones y de humillación. Se quería morir, pero la vergüenza no le dejaba.

El chaparro me trasladó siempre por el codo hasta la esquina de Divina Pastora con San Luis.

—Ea… a chuparla por ahí. —Me propinó un inesperado puntapié en el trasero que me hizo perder el equilibrio y caer de bruces contra el suelo.

Carlos seguía clavado en el mismo sitio, en mitad de la calle, arrimado a la esquina donde comienza la plaza del Cronista. Pasaron algunos

vecinos y lo miraban, mi amigo hecho una bola, doblado sobre su estómago. Pasó una motocicleta y tuvo que sortearlo, casi se da un trompazo contra un poste por distraerse con ese hombre en mitad de la calle hecho un ovillo, y ese olor a podrido. Van llegando nuevos espectadores por Divina Pastora, forman grupos a prudente distancia del triángulo que ahora forman mi amigo, el policía chaparro y el banco de piedra donde sienta sus nalgas el agente del bigote. Curiosos por arriba y por abajo, curiosos por el flanco que va a dar a otra plaza, la de San Blas, una pequeña multitud por todos los accesos que desembocan en el Cronista. Sonó por fin el radiotransmisor. Como si estuvieran en las tablas de un escenario, los dos agentes comenzaron su función. Se levantó el flaco del banco de piedra, miró a diestra y siniestra, se llevó la mano a la culata de su pistola en la cadera, se llevó el aparato transmisor a la oreja. Escuchó, contestó. Dijo algo al oído de su subordinado. Luego se plantó junto a Carlos, todavía conservaba su documento en la mano. Alzó el carné a la altura de las gafas de sol. Lo leyó despacio y deletreó su nombre: Car-los Se-re-na Ar-to-la. Blanco. Estás limpio.

Lo dijo calmo, en baja voz y vocalizando bien. No parecía haber animadversión, ni odio ni desprecio en sus palabras. Era una máscara con gafas de sol. A su lado el chaparro disimulaba la risa, esbozaba grotescas muecas de asco, se tapaba la nariz con los dedos en forma de pinza.

En Divina Pastora, por el norte y por el sur, en las terrazas y en los balcones de las casas del Cronista, en el callejón que viene de San Blas, hombres y mujeres miran sin decir una palabra la función. Huele mal, huele fatal, pero nadie —solo el chaparro que sigue su actuación bufa— pone cara de asco, nadie se tapa la nariz, Carlos Serena separa sus manos de la cara, levanta la cabeza y clava la mirada en la faz de los policías, primero en la del alto, luego en la del chaparro. Ya no llora, sigue doblado, toma aire profundamente, se levanta y está temblando. No se oye una palabra, el silencio es absoluto; no, pasa una motocicleta, viene de la calle González Cuadrado, dobla por Divina Pastora, plaza del Cronista a su izquierda, pop pop pop pop, pasa despacio, mira la figura con todo el culo del pantalón manchado ostensiblemente de mierda, y huele mal, huele fatal, no aparta la mirada de mi amigo, va girando la cabeza conforme llega, lo sobrepasa, y con la cabeza vuelta, ¡scrachh!, se empotra, este sí, contra el poste de madera.

**11. El Amparito, julio de 1982.** Tiene fama de indestructible. No ha perdido una pelea nunca en su vida, ni en el colegio cuando niño, ni ahora en las calles del barrio, ni nunca. Jamás se ha sentido

amenazado por mortal ninguno. Eso no quiere decir que se confíe. Él siempre, antes de atacar, calibra las fuerzas del rival. Por muy fuerte que sea, el Gamba encontrará su punto débil, e igual de importante, su momento adecuado, el segundo exacto —así lo llama él: el segundo exacto— para asestar el primer golpe, si puede ser por sorpresa tanto mejor. El Gamba. Se contaban cosas tenebrosas de Rafael Narváez, el Gamba. Por la mañana, desde bien temprano, hasta las diez de la noche, Rafael vende paquetillos de heroína en el Amparito, o en los alrededores del Pumarejo, por la calle San Luis, Relator, Malpartida… El Gamba es camello deambulante. Aparte del Amparito su punto preferido es el Fausti, desayuna en el Fausti, se toma sus tapitas en el Fausti; y cuando se le presenta hace lo que ningún otro camello osó jamás hacer en el Fausti: vender la droga en el interior de la cafetería.

Lo primero que hacía Rafael al llegar por la mañana al Pumarejo era quitarse el mono en el Amparito, luego, antes de ponerse a vender los paquetillos que le entregaba la Mari, se dirigía al kiosco de prensa y «compraba» el *ABC*, con él bajo el brazo se metía en el bar cafetería Fausti y pedía su desayuno: café con leche —muy largo de café— y cruasán, y si no hay cruasán tostada entera con colorá, que es manteca de cerdo con pimentón. De vez en cuando pagaba, pero casi siempre lo dejaba a deber; los camareros ni se molestaban en apuntarlo, porque el Gamba no pagaba sus cuentas. Nunca nadie le llamó la atención. Era mejor dejarlo correr.

Nadie se atrevía con el Gamba. El peluquero de la calle Relator, a cincuenta metros de la esquina con el Pumarejo, no era una excepción. Cada poco, Rafael el Gamba se dejaba caer por la peluquería-barbería de Juan Rebollo, un hombre mayor ya cercano a la jubilación, para que le arreglara el cabello y le afeitara su rostro de niño. Siempre aparecía tras desayunar en el Fausti su café con leche y su cruasán, con el *ABC* debajo del brazo, el ceño fruncido, torva la mirada, el gesto de mal humor. Si en ese momento el maestro estaba ocupado con algún cliente, el Gamba se sentaba en una de las sillas dispuestas en la minúscula barbería y esperaba.

—Buenos días —saludaba el maestro mientras accionaba las tijeras en el aire tris-tras antes de acometer el cogote del cliente sentado en la silla barbera.

El Gamba no saludaba. El local era diminuto. El maestro trabajaba solo, de hecho solamente disponía de un sillón barbero y dos sillas para los clientes que tuvieran que esperar su turno. Una de esas sillas estaba ocupada por un hombre de mediana edad.

Rafael torció más el gesto cuando vio que había alguien por delante. Se sentó. Abrió el

*ABC*. Pero no leía. A su lado, el hombre que esperaba por delante de él estaba enfrascado en la lectura de un viejo y sobado *Mortadelo*; muy serio, movía levemente los labios a medida que su vista recorría las viñetas. Hubo unos instantes de silencio cuando entró el Gamba, pero luego Juan Rebollo, maestro barbero, retomó la conversación. Fútbol.

—¿Vio usté ayer el reportaje ese que echaron por la dos? Los mejores goles del mundial —preguntó sonriente a la imagen del cliente en el espejo, las tijeras ágiles en pos del peine arreglando las puntas del cabello ya escaso del señor.

—Vaya… vaya si lo vi —afirmó el hombre igualmente al espejo—. El italiano ese…

—Rossi —apuntó Juan Rebollo.

—Ese. Qué fiera.

—Digo. Vaya el golazo que le marcó a los alemanes, el primero que…

—Maestro —terció de repente el Gamba—, menos conversa que vamos a estar aquí toda la mañana.

Juan Rebollo quedó como paralizado. Las tijeras en el aire, inmóviles, el peine quieto en la coronilla del sujeto, la palabra a punto de salir detenida en los labios. El hombre que esperaba turno en la silla interrumpió la lectura y alzó la vista. Miró a Rafael en silencio. Tenía cara de niño el Gamba; de niño terriblemente malhumorado. Algo en su manera de encararse te decía que se te iba a lanzar al cuello cuando menos lo esperaras.

En el segundo exacto.

Rafael giró la vista al lector del *Mortadelo* y se encontraron sus ojos.

—Tú qué…

—Ná…

El maestro Rebollo odiaba al Gamba. Sabía que iba a tener que arreglarle el cabello y afeitarle la barba de balde. Gratis. Siempre lo mismo. Acabada la faena le diría aquello de: Maestro, ahora vengo a pagarle y de paso le traigo un cafelito del Fausti.

Un cafelito. Será mamón el cacho cabrón este, pensaba Juan Rebollo. Y además, y por si fuera poco, ahora le espantaba la clientela, porque más de uno se daría media vuelta al ver al Gamba sentado en la silla de la barbería, esperando su turno. Terminó el

maestro su faena, pasó el cepillo por el cogote del cliente ya arreglado y le quitó el delantal prendido en el cuello para sacudirlo en el aire.

—Ea, pues ya le hecho un buen pelaíto —dijo mientras sacudía la tela y caían al suelo los pelos recién cortados del hombre.

—Muy bien, ¿qué le debo?

Juan Rebollo vio por el rabillo del ojo cómo el Gamba cerraba el periódico y se levantaba de la silla, al mismo tiempo que lo hacía el otro cliente, el del *Mortadelo*, que estaba primero, por delante de Rafael. Pero al Gamba le daba igual, sin decir esta boca es mía se coló limpiamente por delante del hombre y se sentó en el sillón. El maestro no sabía qué hacer. El hombre recién pelado pagó su corte de pelo y se fue más rápido que lo cuento al ver que la cosa se ponía fea. Dijo adiós, abrió la puerta y se perdió calle Relator arriba. Dentro, en la barbería, subía la tensión. El lector de *Mortadelos* se había quedado estupefacto, de pie, sabiendo que su deber era protestar, reclamar lo que era suyo: el turno. Pero, por otra parte, veía que tampoco el maestro decía nada, no se ponía de su lado. Y tenía miedo. Por un turno de mierda se iba a buscar la ruina, pero había que ser valiente, qué coño, no te podías dejar avasallar por el primer hijo de puta que se te pusiera por delante. Sin embargo… el Gamba, justo es reconocerlo, imponía. Si la cosa acababa en pelea —por un turno de mierda— se podía pronosticar sin temor a errar quién resultaría vencedor y quién vencido. Eso es algo que se lleva escrito en la cara. Por otra parte, el hombre que lee *Mortadelos* no tiene tampoco ninguna prisa, no le espera nadie en casa, no tiene que ir a trabajar… es más, la verdad es que se encuentra muy a gusto ahí sentado, en la silla junto al perchero, leyendo un tebeo de *Mortadelo y Filemón*, que son tan graciosos. Si el Gamba se lo hubiera pedido por favor, él le habría cedido el turno con agrado. Así son las cosas. Ahora no sabe lo que puede ocurrir, cómo acabará esto. Le gustaría encontrar alguna solución, alguna salida digna. No sabe si será posible. No querría quedar como un tonto, como un cobardica. Lleva toda su vida en el barrio, es conocido, la gente le respeta. Y tiene un prestigio que mantener.

—Bueno, qué… —dijo el Gamba viendo que el maestro no se decidía a meterle la tijera—. ¿Algún problema?

—Rafaé… tú sabes que este señor estaba primero —dijo con toda la suavidad que pudo Juan Rebollo.

El Gamba se levantó de la silla barbera. Sin palabras. Se plantó enfrente del hombre que leía el *Mortadelo*, y que tampoco hablaba, no podía. Quiso decir algo, balbucear

cualquier excusa, pero no le dio tiempo. Fue cogido por el cuello, izado en vilo. La puerta de la barbería estaba cerrada.

—Abra usté la puerta, maestro —dijo Rafael con toda frescura y mientras mantenía en el aire al sujeto sin ningún esfuerzo. (Y ya no había prestigios que mantener con el terror alzándote a una cuarta del suelo).

Pero el maestro no abría la puerta. No reaccionaba.

—Rafaé… por favor —consiguió balbucear Rebollo con ojos suplicantes, con su guardapolvo azul, un par de peines en el bolsillo superior, las tijeras en la mano.

Soltó el Gamba su presa, el lector de tebeos tocó suelo con sus pies, lívido, descompuesto. Se arregló el cuello de la camisa, remetió los faldones que quedaron fuera del pantalón, recogió del suelo el tebeo que soltó cuando fue izado del suelo por las poderosas zarpas del Gamba y lo devolvió a la mesita baja repleta de revistas y periódicos atrasados. Luego, sin decir palabra, abrió la puerta y se fue. Rebollo quedó mirando la marcha de su cliente a través de los cristales de la puerta. Estuvo así unos instantes, de pie, sin reacción. Cuando se volvió vio que el Gamba se había instalado ya en la silla barbera y estaba enfrascado en el *ABC*, sección cartas al director.

Pero no leía. Divagaba la mente del Gamba mientras el maestro Rebollo le arreglaba el rubio y fino cabello, peine y tijera. El Gamba se miraba en el espejo y se sonreía. Se le desfruncía el ceño siempre arrugado. La Mari era una buena muchacha, quizás sí, pero era muy estúpida, muy débil. Y muy roñosa. ¿Es posible que me esté empezando a hartar de ella?, se preguntaba Rafael y por respuesta se lanzaba pícaras sonrisas al espejo, lo que encontraba ingenioso y divertido.

—Maestro, me afeita usté la barba cuando acabe de arreglarme la cabeza ¿de acuerdo?

—Sí, homme. La barba también —responde el maestro Rebollo y echa un furtivo vistazo a la navaja barbera que descansa cerrada en la

repisa bajo el espejo, entre la brocha y el pequeño balde para el agua caliente.

Luis Molina salió de su casa rumbo al Amparito en el justo momento en que Carlos Serena y su canijo acompañante torcían por Ruiz de Gijón hacia Macasta. Iban en su busca, se cruzaron, no le vieron. Luis caminó sin cambiar de acera hasta llegar a la esquina con Relator y allí se detuvo, frente al Amparito. Solo tenía que cruzar la calle, descender los dos peldaños, entrar en el negro recinto, llegar a la negra barra. Hablar

con la Mari. Pero se quedó plantado en la esquina. Cincuenta metros calle arriba el maestro Rebollo pasaba la brocha y enjabonaba el rostro pálido y aniñado de Rafael, pasaba luego la navaja barbera, flis flas, por la goma, la esgrimía con pericia barbera y pellizcándole levemente la nariz para alzarla lo justo empezaba por el labio superior, mitad derecha, seguía, ris ris, por la mejilla, una pausa para limpiar la afilada cuchilla de jabón y pelos de bigote y barba, y sigue otra vez, ris ris. Rafael cerraba los ojos. La caricia del filo de la navaja añadida al gustoso sopor que le causa el octavo de micra que se ha fumado esta mañana en la plata con las mil pesetas que le tangó al pringao de las gafas, terminan por dejar KO al Gamba en la silla barbera, los ojos cerrados parece que luchan por abrirse, Luis Molina se decide, cruza la calle, ya está dentro del Amparito, no hay nadie más que la Mari que lo ve entrar con una sonrisa, él sonríe también.

Sonríen los dos con placer evidente.

—¿Qué pasa? —saluda la Mari.

—Pueee… —El gitano parece que va a decir algo pero se contiene, retrocede, no quiere apresurarse—. Ponme una cerveza, ¿no?

Se toma su tiempo Luis Molina. La Mari ignorante de que el gitano viene con un plan trazado. Eso sí, lo que no ignora es que Luis está por ella. Y es que el hermano mayor de los Molina no es demasiado hábil a la hora de camuflar ciertos sentimientos.

Es decir, se queda embobado mirando la figura cálida, alegre y tan femenina de la Mari.

El gitano adora a esa mujer, se rinde ante ese rostro, esa caída de ojos… Cómo le gustaría acariciarle la piel, besar esos labios. Qué daría por besar su boca, su sonrisa. La Mari abre la ruinosa heladera donde deberían enfriarse los botellines, escoge entre los más fríos uno, hace saltar su chapa con el abridor del Betis.

—¿Quieres vaso?

Luis niega con la cabeza. Toma la botella, la alza, bebe despacio. Siente pasos a su espalda, alguien desciende los dos peldaños, entra, es alguien que viene a por su dosis.

—Dame un paquetillo, Mari. Pero de los gansos, Mari. Que esté gordito ¿eh, Mari?

Es Juan Melero, un habitual de la Macarena, vecino de la calle Escoberos.

—No hay ná.

Muy roñosa, la Mari. Se complace el Gamba en sentir desprecio por la supuesta roñosería de su patrona. Doscientas pesetas por paquetillo vendido. Una mierda.

—Una mierda, una mierda, una mierda… —susurra Rafael en baja voz mientras Rebollo desliza la navaja por su gaznate casi rosáceo. El maestro ignora los sonidos ininteligibles que surgen de la boca entreabierta del Gamba, así como también ignora cualquier mal pensamiento sugerido al sentir la aorta palpitando bajo la afilada hoja de acero inoxidable.

Se complace el Gamba en despreciar a la Mari. Una mierda. No me jodas, Mari. No me jodáis ninguno. La Mari es su patrona. Una mierda de patrona. Eso es lo que pasa.

Llevan meses vendiendo heroína en esa esquina del Espumarejo. En esa mierda de garito. Mierda la patrona, mierda el garito. El Amparito. Mierda el nombre del garito.

Tantos meses dando la cara con los yonquis de la Macarena ¿para qué?, para dos libras por paquetillo, y la primera plata de la mañana. Vaya cosa, la primera plata de la mañana. Como si le estuviera dando el oro y el moro. Vamos, no me jodas. Podría darle de hostias hasta matarla si quisiera. Pero no quiere. De momento. Cierra los ojos el Gamba, Juan Rebollo está terminando la faena, un toque con el dedo pulgar para quitar los últimos restos de espuma detrás de la oreja, afeitado el señor. El Gamba sigue con los ojos cerrados.

—Que te lo venda este —dice la Mari señalando al gitano— porque yo no tengo ná.

—Maestro, le traigo un cafelito del Fausti y le pago, ¿correcto? —abre

los ojos, habla al espejo mientras se mira en él Rafael Narváez.

—Como quieras, Rafaé. Como tú quieras —concede con expresión seria Juan Rebollo, desprende la azul tela protectora del cuello del Gamba, espolvorea su cogote y le pasa un cepillo, termina la faena.

—Enseguía vengo a traerle el cafelito, maestro. Y a pagarle —miente, recupera el ceño fruncido Rafael, el *ABC* bajo el brazo, abre la puerta de la barbería. Se va.

Melero sale del Amparito, enfila Relator arriba hacia la calle Feria, se cruza con el Gamba que sale en ese momento de la barbería.

—Ese Rafaé… —saluda Juan Melero.

Contesta el Gamba con un gesto mínimo, camina todavía metido en el globo del afeitado. Se lo ha pasado bien ahí dentro, se pasa la mano por la mejilla, afeitado impecable por la mano experta de Juan Rebollo mientras dormita narcotizado por una dosis de heroína. Una plata y un afeitado. He ahí la vida en su máximo esplendor, teoriza Rafael Narváez, el Gamba.

—Yo empleo en las Tres Mil —le confía la Mari a Luis que ella emplea en las Tres Mil. Emplea, es decir, invierte el dinero que gana vendiendo caballo en más gramos para vender más paquetillos y ganar más dinero. Hablan mirándose a los ojos, a los labios. Es la primera vez que están a solas en el Amparito, sin Rafael, sin otros clientes.

La verdad es que Luis no se esperaba que esto fuera a resultar tan sencillo, ni que la Mari se mostrara tan cordial, incluso le ofrece otro botellín mientras le comenta que no es la primera vez que se quedan sin paquetillos, sin material para vender. Las Tres Mil están lejos de la Macarena, hay que coger dos autobuses, o un taxi. Ni la Mari ni Rafael el Gamba tienen vehículo. Ha surgido la conversación de una manera espontánea, no es raro, los camellos, cuando están a sus anchas, hablan siempre de lo mismo: sus problemas de abastecimiento, la policía, la cárcel, las sirlas, la siempre decreciente calidad de la droga… Rafael Narváez, el Gamba, se aproxima por la calle Relator, camina lento y pensativo. La Mari… qué roñosa es. La acompaña a emplear a las Tres Mil dos o tres veces por semana, la protege de sirlas, garantiza un ambiente tranquilo en el Amparito, le vende buena parte del material… ¿y dos libras por paquetillo? ¿Dos miserables libras? Es poco. Es nada. —Se convence a sí mismo el Gamba de sus razones—. Dos libras por paquetillo vendido y la primera dosis de la mañana. Sí, y cuando vuelven de emplear, y mientras dividen los

gramos en dosis y confeccionan los paquetillos, nunca se olvida la Mari de invitarle a generosas gotas en la plata.

¿Generosas? ¿Quién dice que son generosas? De eso nada. Eso son caridades, limosnas, migajas, porque la parte del león… ¿quién se lleva la parte del león? Él no. Rafael no. A él solo le corresponden doscientas por paquetillo. Y las migajas. Pero se acabó. Piensa decírselo en toda la cara, con energía y resolución. Esto le produce cierto placer y enfado al mismo tiempo. Al Gamba el estado de enfado le produce una especie de cosquilla no desagradable en el estómago. Y se siente interesante, se siente más atractivo con su cara de niño agresivo, el ceño fruncido y el gesto de malhumor. Ese es el papel que mejor interpreta. Y le da todas las razones para golpear siempre el primero.

Me enfado con razón y golpeo antes que nadie. Esa es la filosofía. Se jacta el Gamba de que él nunca se corta, si tiene que tirarte un cenicero a la cabeza te lo tirará sin pensárselo dos veces. Esa libertad de acción, ese desahogo es lo que le permite luego dormir tranquilo, como un niño, por las noches. Hombre, hoy no le va a tirar un cenicero a la Mari, pero… bueno, si se lo tiene que tirar se lo tirará, qué coño, a ver por qué no se lo va a tirar, ¿porque es mujer? Dos libras por paquetillo es una puta miseria, decide el Gamba. Hoy, o mañana, o cuando sea, la próxima vez que vuelvan de emplear de las Tres Mil, se lo quitará todo a la Mari. Ahí mismo, en el Amparito. Cuando bajen la persiana para dividir los gramos y hacer los cartuchos. Puta presuntuosa. Eso de «los cartuchos» solo lo dicen los pringaos. Le quitará los veinticinco gramos, se lo quitará todo, y si le tiene que dar dos mascás se las dará con agrado. A la Mari y a quien se le ponga por delante. Y luego, con veinticinco gramos de heroína en el bolsillo se le abrirán todas las puertas, se le resolverán todos los problemas, fumará y hará negocios.

Pero cómo no se le ha ocurrido antes, cómo no lo ha visto, cómo aguantó tanto tiempo de miseria. Se excita, se irrita, se enfada. Se siente pleno y poderoso Rafael Narváez. El futuro esplendoroso que le aguarda ilumina y guía sus pasos. El futuro y la ira que le alimenta.

—Quiero proponerte una cosa —dice Luis a la Mari, mirándola directo a los ojos, y la Mari le devuelve la mirada, tiene suave la piel, lo adivina Luis, mirándola adivina la suavidad de su piel, mirándola la ve, mirándola la toca, mirándola la siente y le dice que la ama. Y la Mari le devuelve la mirada y le sonríe y coquetea feliz. Luis casi se derrite, queda absolutamente deslumbrado, intenta serenarse. No puede perder el control.

—¿Ah, sí? ¿Y qué cosa me quieres proponer? —pregunta la Mari burlona, con voz suave, no deja de sonreír, no se percata de la figura del Gamba recortada a contraluz en la entrada del Amparito.

—Que nos hagamos socios —responde con toda seriedad Luis Molina que sí ha sentido la presencia de alguien a sus espaldas, y no se vuelve pero sabe perfectamente quién es el individuo que se quedó frenado en la entrada lanzando mentales maldiciones.

—¿Socios? —Ahora sí, la Mari desvía la mirada del rostro del gitano y lo ve, quieto en el primer peldaño, adusto, serio, disgustado el aniñado rostro del Gamba.

—¿Tú qué dices, Rafaé? ¿Te camela o no te camela que la Mari y yo nos hagamos socios? —interroga el gitano, se gira, enfoca al recién llegado, sonríe mientras pregunta, pero sobre todo, vigila con absoluto disimulo los impredecibles movimientos de Rafael Narváez.

—¿La Mari y tú? —Desciende los peldaños el Gamba, avanza, se coloca al lado de Luis—. ¿Y yo qué?

—¿Tú?

Pausa. Unos instantes de pausa y silencio absoluto.

—Yo. — Se yergue, lanza poderosos rayos por los ojos, saca el pecho, aprieta los dientes, mueve imperceptiblemente los labios para susurrar ese «yo» Rafael el Gamba.

—¿Por qué no nos fumamos una plata ahí detrás? —propone Luis, señala con un gesto la diminuta trastienda detrás de la barra, repleta de cajas de botellines, envases

vacíos en su mayoría, trastos inútiles, botes de pintura negra de cuando se pintó el Amparito, pinceles tiesos incurables, periódicos atrasados, y, por supuesto, decenas de platas usadas, renegridas, acabadas.

La Mari no fuma, nunca fumó. Cigarritos sí. Algún que otro canuto. Pero heroína, nunca. Y se jacta de ello. De modo que se queda en la barra, mientras los hombres, sentados en sendas cajas de botellines, preparan los avíos necesarios para fumarse una plata: rectangular trozo de papel de aluminio —plata—, mechero, tubito manufacturado con ese mismo papel de aluminio, y, por supuesto, dosis de heroína. Brillaron los ojos del Gamba que no perdían detalle de la preparación. Luis Molina era meticuloso en sus movimientos, en su manera de

hacer las cosas, de desliar el paquetillo con lentitud y concentración, de volcar y apilar su contenido en un extremo de la plata, de aplicar por fin la llama del mechero por debajo del papel de aluminio para transformar por efecto del calor el montoncito de polvo en la ambarina gota deseada.

**12. Plaza del Cronista, julio de 1982.** Pop pop pop… contra el poste de madera…

¡sscrraachhh!, moto y hombre por los suelos, la gente corriendo, qué ha pasado, qué ha pasado, nada, nada, no ha sido nada, se levanta el motorista, parece ileso, dos o tres rasguños, menos mal que llevaba puesto el casco; se levanta y repasa la motocicleta tirada en el asfalto, tampoco nada, una abolladura insignificante en el depósito. Ni siquiera se detuvo el motor, pop pop pop, le ayudan a levantar la motocicleta, ¿seguro que está usted bien?, todas las miradas en el motorista que ya está otra vez a lomos de su máquina, pie al estribo, mano al puño, deseando partir cuanto antes del lugar de la vergüenza; en un momento todo cambia, el corrillo se traslada, las atenciones permutan, el poste de madera contra el que se estrelló el distraído motorista se erige ahora como un tótem en el centro del círculo de curiosos y el agente Quitallaves y su adlátere se olvidan de Carlos Serena y su espectáculo adjunto para enfrentarse a esta nueva situación, a ver señores, por favor, dejen paso, abran paso a la Policía. No se dan ni cuenta de la aparición de un nuevo personaje que a grandes zancadas cruza la plaza del Cronista directamente hacia nosotros. Es una mujer joven de largas piernas y rubios cabellos, alta y delgada, pálida y pecosa. Cruza la plaza y llega donde mi amigo y yo.

Sonríe. Se dirige a Carlos, es evidente que se conocen. A mí me ignora.

—Venga chaval, ánimo, que tengo en casa una cuchara sopera esperándote. —Le agarra por la muñeca, se lo lleva en dirección a los edificios más cercanos que rodean la plaza. Serena, sucio, maloliente y tembloroso, se vuelve hacia mí, reprime un bostezo y me enrola—: Vente, ¿no?

—Es que tengo ensayo a las diez —informo, pero la mujer echa a caminar con Carlos y nadie escucha mis palabras.

Así que me fui con ellos. Atrás quedaron, distraídos ahora con el asunto del motorista estrellado, los dos agentes de la Policía, olvidados ya de mi amigo Serena y del penoso episodio que le han obligado a vivir.

—Hijos de puta —insulto con rabia, pero, otra vez, nadie escucha mis palabras.

No tuvimos que andar mucho. Cruzamos la plaza y entramos en el portal de un edificio viejo y ruinoso, ascendimos la estrecha escalera en fila india hasta el segundo segunda, en silencio. En el rellano una pausa, nos miramos las caras, sonreímos.

Hacemos ver que no huele mal. Yo insisto.

—Qué hijos de puta los maderos.

Carlos se encoge de hombros, ella vuelve a sonreír, saca la llave, abre la puerta. Nos recibe un pequeño huracán de revuelto pelo negro que salta sobre la dueña del piso, ladra, da vueltas sobre sí mismo, la emprende luego con Serena, quiere oler a toda costa su trasero emplastado, pero mi nuevo amigo no está para nadie.

—Por favor…

—¡Kennedy! —reprende la mujer al animal, lo agarra por el pescuezo y lo levanta en el aire como un cachorrillo—. ¿Te vas a portar bien?

Entramos. Pequeño piso a rebosar de cagadas de perro desde cuyos balcones se domina la plaza del Cronista. Desorden brutal. No importa. Antes de limpiarse, antes de ducharse, antes de cambiarse, antes de cualquier cosa, lo primero que hizo Carlos Serena, fue quitarse de encima el inmundo mono, ¡por fin! Tal como le había prometido cuando acudió en su rescate, la mujer disolvió generosas dosis de heroína en una cuchara sopera, un fije expresamente diseñado para aplastar el dolor y la humillación.

Yo la miraba hacer sintiendo la ansiedad apoderarse poco a poco de mí. ¿Seré yo también invitado? ¿Me llegará alguna esquirla? La muchacha de rostro pálido entregó a Carlos la jeringuilla llena hasta el 20. Captó de reojo mi desasosiego.

—Oye, no te pongas chungo que hay para todos —me tranquilizó.

Hablaba correctamente en castellano, pero su acento era extranjero, alemán quizás.

Aparté mi atención de la jeringuilla y de Serena —que ya apretaba en torno a su antebrazo un improvisado torniquete con un vaporoso pañuelo de seda rescatado del suelo— y pude verificar que, efectivamente, estaba en la casa de una foránea. Una guiri.

Libros y revistas por el suelo, por las sillas, por cualquier rincón, con títulos en…

¿alemán? Sujeta al tabique por la última chincheta, una gigantesca ilustración firmada por Van Maertens de los famosos Gato y Avispa, que se hicieron tan célebres en los ambientes del cómic *underground*. Una raída alfombra con estampados morunos borrados ya por el desgaste cubría casi todo el suelo de la habitación. Kennedy tampoco había respetado ese espacio alfombrado y alguna tifa seca se eternizaba aquí y allá. Yo miraba a la mujer con curiosidad. Aparentaba cansancio y experiencia, pero en verdad era una muchacha todavía. Y bastante guapa. Una mujer silenciosa que miraba fijamente a mi amigo mientras este se buscaba la vena al tacto, también en silencio, concentrado, respirando fuerte por la nariz. Kennedy ladraba encerrado en el cuarto de baño. Entre ladrido y ladrido escuchamos dar las diez en las campanas de la iglesia de Santa Marina.

—¡Hostia, las diez! —exclamo con cierto sobresalto.

Pop pop pop, abajo, en la plaza, arranca por fin el motorista repuesto ya del susto y de la vergüenza, se disuelve el corrillo de los curiosos, los dos policías vuelven al Talbot, abren las puertas, suben al coche.

—Todavía huele a mierda por aquí —afirma el policía chaparro y asiente en silencio el Quitallaves mientras se acomoda en el asiento del conductor. Es cierto, quedan briznas de mal olor en el aire del Cronista. Y zumban las moscas en el aire de la plaza.

A Carlos —sin gafas— le costaba encontrarse la vena; la muchacha había cambiado de sitio y estaba ahora junto al potente equipo estereofónico instalado en el suelo, en el único rincón medio ordenado de la habitación; tenía un disco de 33 rpm en las manos y lo limpiaba con una suave gamuza de color amarillo.

—¿Qué pasa con las diez? —preguntó Carlos mientras por tercera vez la aguja perforaba su brazo en busca del camino correcto.

—Tengo ensayo. Me voy a tener que ir.

Pero no me fui.

—¡Por fin! —anunció Serena. La aguja había encontrado la vía. Aflojó el torniquete, empujó el émbolo, relajó el cuerpo, penetró el espíritu. La mujer puso el disco en el plato, accionó el brazo del tocadiscos, empezó a girar el microsurco.

—Simpatía por el diablo —presentó el tema de los Stones mientras mi nueva amistad resoplaba ya de alivio y las congas acompañaban los primeros instantes de placer, de calor interior, de serena expansión. Una sonrisa diseñaba el nuevo rostro de Carlos Serena; buscó con los ojos un lugar donde tomar asiento pero recordó enseguida que su trasero emplastado no se lo permitía.

—No te preocupes, siéntate donde quieras —le animó aquella extraña individua de rubios cabellos. Pero no se sentó.

Todo aquello prometía, pero yo tenía ensayo y estaba preocupado. Hice un cálculo, me convencí de que no pasaba nada si llegaba media hora tarde. Media hora, no más.

Me habían prometido un fije y era impensable renunciar a ello. Media hora, solo media hora. Mi jefe aguantaba mal las impuntualidades. Eso era preocupante. Más preocupaciones, más cosquilleo en el estómago. En cuanto a mi nuevo amigo Serena…

allá estaba, tan a gusto, como si no hubiera pasado nada. Bombeándose un chute de caballo como si no tuviera el trasero lleno de mierda. Y por parte de su salvadora, lo mismo. Nada. Ahí estaba, entre la música y el desorden, con una sonrisita de

satisfacción en su pálido rostro lleno de pecas. Tan tranquila, como si su amigo estuviera de visita normal, en un día normal, bien vestido, aseado y perfumado.

Kennedy ladraba desde el cuarto de baño, quería participar de la fiesta y no le dejaban; su dueña pasaba de él. Volvió la mujer a la mesita y preparó un nuevo fije en la cuchara sopera, renovadas dosis de heroína. Mientras Carlos seguía su particular baile con jeringuilla todavía clavada y haciendo los coros que se sabía de pe a pa en perfecto inglés, yo quise iniciar una conversación, necesitaba hablar de cuanto había ocurrido aquella mañana, pero la mujer de pálido rostro negaba con la cabeza.

—Olvídate, chaval.

—Yo no puedo olvidarme —protesté.

Ella sonreía.

—¿Ah, no?

Se dirigió a mi amigo.

—Oye, tío, de dónde has sacado a este menda. —Se lo preguntó como si yo no estuviera delante—. Dice que no se puede olvidar de tu cagada.

En el vehículo policial el agente calvo y con bigote conduce incómodo, algo le molesta, se le clava en la ingle, tiene que frenar el coche antes de salir a la calle San Luis.

—¿Qué pasa? —pregunta su compañero—. ¿Por qué nos paramos?

—Se me está clavando algo… —murmura, maniobra en el asiento para poder meterse la mano en el bolsillo—. ¿Qué coño es esto? —Extrae de su bolsillo el llavero del Betis con las llaves del Cerillo—. Hostia… las llaves del colgao aquel. Ya no me acordaba. ¿Y ahora qué hago con esto?

—Pues qué vas a hacer. Tirarlas a tomar por culo.

Pone la primera y despacio despacio salen a San Luis, gira a la izquierda despacio despacio hacia la plaza del Pumarejo. Cuando pasan por delante de los contenedores en la esquina de Arrayán, sin parar el vehículo, saca la mano por la ventanilla abierta y lanza el llavero con su manojo de llaves al primer contenedor que ve con la tapa abierta.

—¡A tomar por culo la bicicleta! —exclama el Quitallaves.

Música y ladridos atronaban en la habitación. Serena pasaba de nosotros. Tocaba una guitarra imaginaria. Nos dio la espalda y su gran mancha en el trasero me hizo sentir incómodo. ¿Por qué no se duchaba, cambiaba, quitaba de una maldita vez esos pantalones manchados de mierda? El próximo chute… ¿iba a ser para mí? Serena bailaba despacio y se bombeaba la sanguinolenta mezcla.

Yo estaba crispado, impaciente. Hasta las diez y media. A las diez y media partiría hacia el local. Con chute o sin chute. Comencé a pensar excusas para disculparme con la gente del ensayo.

—¿Qué te pasa, hombre? —preguntaba burlona la guiri—. ¿Qué te preocupa?

—Voy a llegar tarde al trabajo.

—Me gusta la gente que llega tarde al trabajo. ¿Llevas tu chuta encima? —preguntó de repente.

Pues no, no llevaba mi chuta conmigo. Carlos decía «uh-uhuh… uh-uhuh» y acompañaba con exactitud y entonación los demoníacos coros de *Sympathy for the Devil*, cual si fuera un verdadero Rolling Stone.

—Si eso voy en un momento a la farmacia.

—Como quieras, pero vamos… puedes utilizar la mía si quieres.

Lo pensé. Aquella muchacha tan rubia, tan guiri, no podía tener nada contagioso.

Ella se levantó sin esperar mi respuesta, se dirigió bailando a un mueble aparador que parecía a punto de desmoronarse en cualquier momento, y cuyos atascados cajones permanecían semiabiertos. Por la alfombra, entre las cagadas de Kennedy, abundaban los tebeos y la ropa sucia.

—Ya no sé dónde ponerlos —comentó cuando me agaché para recoger un Víbora cercano a mi zapato derecho—. ¿Te gustan los cómics? —preguntó luego mientras escogía una jeringuilla de un cajón del aparador.

—Sí, claro… —respondí. Y no mentía, siempre fui un forofo de las historietas.

Volvió a mi lado, a la mesita baja, a la cuchara sopera. Kennedy, desde el cuarto de baño, insistía con sus ladridos; quería recuperar la libertad.

—Kennedy es un fan de los Rolling Stones —dijo mientras tiraba del émbolo de la jeringuilla para succionar el líquido de la cuchara. Finalmente, me entregó la máquina preparada y lista para el pinchazo.

—Está usada por mí, pero la he limpiado a conciencia. ¿Cómo se dice? —Buscó durante breves instantes la expresión más adecuada—. ¿Desinfectada?

Asentí, había dado con la palabra correcta.

—Además… soy negativo de la hepatitis.

—Ah… —Tomé la jeringuilla de sus manos. La chica sonreía. Me guiñó un ojo.

Luego se levantó para desaparecer bailando en el interior de la vivienda. La música atronaba.

Hinqué la aguja en mi carne con suavidad absoluta, sin dolor, acerté en la vena al primer intento. Y sin necesidad de torniquete. Comenzaban justo entonces las guitarras de *No expectations*.

—Vas a tener el honor de meterte un pico con la chuta de Van Maertens —me informó Carlos Serena mientras daba ya por terminada su sesión de baile y bombeo y desprendía la jeringuilla de su brazo.

—¡¿Cómo?! —No entendía nada. ¿Van Maertens? ¿Quién era Van Maertens? Busqué en mi memoria. Había un Van Maertens dibujante de cómics. No entendía nada.

Comencé a empujar despacio, muy despacio, el émbolo de la jeringuilla, poco a poco…

poco a poco… La poderosa sustancia iniciaba viaje hacia mi cerebro.

—Lo que oyes. Que te estás pinchando con la máquina de Van Maertens. La dibujante de cómics —remarcó convenientemente el artículo femenino.

—¿Van Maertens? ¿El Van Maertens de *Gato y Avispa*? —quise preguntar, pero otras palabras salieron de mis labios:

—Quillo… qué bueno está esto.

La mujer entró en la sala donde estábamos. Llevaba doblada en su brazo una muda de ropa limpia para mi amigo.

—He encontrado estos pantalones de mi ex. Y estos calzoncillos —anunció en impecable castellano—. Ya sabes dónde está el baño.

Tomó la muda y se encaminó hacia el cuarto de baño donde le esperaba la ducha y el definitivo final de sus pesares. La chica y yo quedamos a solas. No me lo podía creer.

Van Maertens. ¿Esa mujer era Van Maertens? ¿Esa mujer que estaba delante de mí era el dibujante de *Gato y Avispa*?

—¿De verdad eres Van Maertens? —Había que hablar a buen volumen para competir con las guitarras de los Stones.

—¡Quillo! —gritó aquel quillo con su acento centroeuropeo—. ¡Quillo! —gritaba en dirección al cuarto de baño—. ¡Quillo…! ¿De dónde dices que has sacado a este menda?

No se cree que yo soy yo.

—No… Sí… Claro que me lo creo.

Pero la mujer no me escuchaba. Se preparaba un fije para ella. Kennedy, que había escapado del cuarto de baño al entrar Carlos para ducharse, entró en la sala de la música y comenzó a contorsionarse extravagantemente, a saltar con las cuatro patas en el aire y a soltar lastimeros aullidos.

—Está bailando —aclaró ella mientras se pinchaba en el dorso de la mano sin esfuerzo ni dolor—. Ya te dije que es fan de los Stones.

Acabada la inyección se acercó hasta donde la música y levantó la aguja del vinilo.

—Ya está bien de músicas —sentenció. Kennedy quedó quieto y mudo en el centro de la habitación. Tan mudo y tan quieto como yo. La muchacha vino a sentarse a mi lado. Se había metido un veinte de heroína en vena como quien se toma una aspirina.

Solo sus pupilas diminutas y punzantes la delataban.

Yo, como lector habitual de tebeos, sabía que Van Maertens era artista de culto entre los lectores de cómics de toda Europa. Pero siempre había creído que era un hombre.

Nada que ver con esta muchacha alta, rubia y delgada. Dirigí la vista hacia el cartel de *Gato y Avispa* en la pared. Era la portada a gran tamaño de un ejemplar de *El Kolekzionista*, la revista de cómics donde habitualmente Van Maertens publicaba sus trabajos.

—¿Te gustan *Gato y Avispa*? —me preguntó.

—Sí, claro. Soy lector de cómics, compro *el Kolek* todos los meses. Sigo las historias de *Gato y Avispa* desde que se publicaban en *Les amis d'Hergè*.

Era cierto. *Les amis* era una revista belga de la llamada «línea clara», herederos del gran Hergè. En ella comenzaron las andaduras de *Gato y Avispa*, un matrimonio delirante en un mundo futuro donde algunas especies animales se confabulan para derrocar al ser humano de su papel de rey de la creación. Gato, protagonista masculino de las aventuras, está casado con una colmena de avispas (donde todas las avispas son la misma Avispa) y aunque en un principio los guiones eran pura ciencia-ficción, pronto se decantaron por cargar más las tintas en la crítica social. Los personajes se hicieron más ácidos, más gamberros, tomaban drogas, eran procaces, violentos… y eso gustó

poco o nada en *Les amis*, de modo que cancelaron su contrato y Van Maertens adquirió reputación de maldita. Inmediatamente, los caza-talentos de K —una editorial catalana especializada en el cómic underground— la reclutaron para las páginas de *El Kolekzionista* ( *El Kolek*) y se trasladó a vivir a Barcelona. Me contó que se llamaba Martina. Martina Van Maertens. Había nacido en Bruselas, así que era belga, no alemana. Le pregunté qué hacía en Sevilla y me contestó que en Barcelona había conocido el éxito, había ganado mucho dinero, y, como su personaje favorito —Gato—, se había enganchado irremediablemente a la heroína. Entonces empezaron los problemas. Martina se gastaba todo lo que ganaba en comprar caballo, empezó a pedir adelantos en la editorial, a pedir dinero prestado a sus amigos… Pronto perdió el crédito entre sus amistades barcelonesas, huyó, aterrizó en Sevilla, conoció a Serena, se hicieron buenos amigos… Martina creía que en otra ciudad, en otros ambientes, encontraría quizás el remedio de su adicción, pero fue inútil, llegaba a la ciudad justo cuando la heroína imponía sus reales, desde la periferia hasta el centro. Como si hubieran venido juntas. Así que Martina Van Maertens, belga, dibujante de cómics, fue una de las primeras yonquis de la Macarena.

Carlos regresó de la ducha.

—¿Y tus gafas? —Reparó de pronto la muchacha en que Carlos no llevaba puestas sus gafas.

—Rotas —contestó sin más detalles.

La mañana había sido pródiga en sucesos y yo no podía reprimir el deseo de hablar.

—Se las ha roto un hijo de puta esta mañana, en el Fausti.

—Coño, Carlitos… Esta mañana te has levantado inspirado —comentó Martina admirada.

Serena se encogió de hombros.

—Hay que reconocer que esta mañana me han cazado repetidas veces. ¿Sabes por qué?, porque tenía el mono y era vulnerable.

Nos sentamos de nuevo en los sillones por cuyos desgarrados brazos surgían sus entrañas. Cansado de bailar, Kennedy jadeaba en un rincón y mordisqueaba un libro de poemas. La pregunta salió de mis labios:

—¿Tú llevas muchos años enganchado?

—¿Enganchado? Yo no estoy enganchado, chaval. Yo estoy poseído. Y creo que tú también. —Me miró con largueza. Me miró con sorna—. Sí. Tú también tienes el espíritu metido en el cuerpo.

Serena tenía una opinión formada sobre la naturaleza de la heroína:

—Un espíritu. Un ente. Una conciencia. Un parásito, también.

Martina escuchaba y sonreía.

—¿Tú también estás poseída? —pregunté a la muchacha.

—Por supuesto.

—¿Y también crees que la heroína es un ser, un ente consciente de sí mismo y de los demás, como tú y como yo?

—Por supuesto.

—Pero la heroína es un compuesto químico, es polvo. ¡Polvo! ¡Química! Así que no me puedo creer que me digas que estás… estáis —subraye el plural mirando significativamente a mi nuevo amigo— poseídos por una formula química. Poseídos por un… paquetillo.

Puso cara Serena de haberme pillado en falta.

—Pero, amigo mío… el caballo es un opiáceo, el opio es la resina de una planta.

Digamos que el espíritu de esa planta se mantiene vivo en cada una de las… de las transformaciones que… —Se interrumpió. Mi cara escéptica lo detuvo. Se echó a reír.

—Oye… tampoco te pongas tan serio. Solo estamos… ¿divagando?

Martina recordó algo de momento.

—Carlos… ¿recuerdas aquel cómic del que te hablé?… El guion que me pasó aquel chaval de Barcelona.

Desapareció unos minutos en el interior de la vivienda. Carlos y yo quedamos a la espera. Enseguida estuvo Martina de vuelta. Traía unos papeles escritos a mano. Textos y algunos esbozos de viñetas con multitud de tachaduras, correcciones y anotaciones en los márgenes.

—Mira, esto es el guion de un cómic. Una historia de toxicómanos y toxicomanías.

Lo ha escrito un tío de Barcelona con el que trabajo de vez en cuando. Igual lo dibujo para *El Kolek*. Me encanta como empieza.

Empezó a leer flexionando su voz como si fuera un cuento: *Eran los tiempos en que los agentes del narcotráfico, en connivencia con la policía, trajeron los primeros kilos de heroína a la ciudad. Claro que aquellos que planearon enriquecerse a costa de nuestra ruina ignoraban que la heroína albergaba sus propios planes.*

**13. El Templo del Jaguar. Calle San Luis, julio de 1982.** La iglesia de la plaza de San Marcos es mudéjar. Sobre su torre, chata y cuadrada, construyeron posteriormente una puntiaguda torre cristiana, donde repican y llaman a oficio las campanas. Los fieles se preparan para la misa, pero tú sigues camino por San Luis hasta que la calle se estrecha, se te acerca por derecha e izquierda y te roza brazos y costados con sus paredes encaladas, rejas y balcones por encima de tu cabeza y el Pumarejo al fondo. En el primer tercio de la calle, en la acera izquierda, el Metralleta —un siniestro semisótano donde se estuvo vendiendo grifa durante años con total impunidad— te lanza su aliento a la cara.

En la otra acera, justo enfrente del garito, detrás de una tapia, había un derribo. Un solar, casas en ruinas, escombros y matorrales. Abunda la mierda, pero por la noche no se ve tanto; corren las ratas con insolencia y con descaro, conviven con los gatos, aunque de vez en cuando algún felino irritado lance su poderoso zarpazo contra la garganta de algún roedor y corra la sangre.

Son las cinco de la madrugada y está oscuro. Eduardo Molina, con su cuerpo de oso y su ojo estrábico, trepa por las tapias que ocultan solares y derribos repletos de basura, las ruinas de lo que fue un corral de vecinos; trepa como un gato el hijo la gran puta, camina en equilibrio por el filo de una tapia, escoge con instinto el mejor camino y no se corta con los cristales de las botellas rotas, por mucho que vaya casi descalzo con sus chanclas de dedo. Eduardo es como un gato que tuviera cuerpo de oso. Y ve en la oscuridad. No necesita linterna ni velas para prepararse un rico chute en el derribo tras la tapia, bajo el gran felino de fauces abiertas que alguien dibujó en la pared medio caída, rodeado de secos mojones que dejaron de oler, cristales de cortantes filos que su instinto evita, ortigas que no le pican, mosquitos que no quieren su sangre. Ahí, bajo una piedra, a la vera de un muro derribado, esconde su jeringuilla, un trocito de limón, la cuchara y

una botella de plástico con agua. Prepara todo en una plana loseta de cerámica, un paquetillo de heroína turca, otro de blanca nieve de Colombia, la cucharilla del Bizco es internacional en estos momentos gloriosos. Por este momento lo que haga falta, cualquier cosa, todo. Por este momento, cuando la vida se explica y se ordena, sí que valió la pena escatimarle los talegos al Viejo Camarasa. Afuera, detrás de la tapia, la calle, la noche y el silencio. ¿El silencio? El fino oído del Bizco capta un rumor, Eduardo queda inmóvil, la jeringuilla en la diestra parada en el aire a centímetros escasos de la vena, Eduardo el Bizco abre los oídos, capta el motor de un coche, lo identifica, el Talbot de los señores. ¿Pasa de largo? No pasa de largo. Escucha los frenos, las puertas del vehículo se abren, a Eduardo ya no le cabe la menor duda, es la policía, la pasma, la estupa, la pestañí, los monos, la madera, los señores; los noventa y nueve nombres del enemigo. Un latigazo de adrenalina, pero el Bizco no sale corriendo, tendrá tiempo de meterse el chute mientras los maderos trepen la tapia y

avancen entre los cascotes, la porquería, la mala hierba del derribo; el Bizco cree que tiene el tiempo necesario de encontrarse la vena. Un rayo de luz rompe las tinieblas y baila rectilíneo en la oscuridad. Es una linterna registrando los rincones, escudriñando el solar sistemáticamente. Acabarán encontrándole. Sin duda. Pero hay tiempo. Primero toca tranquilizarse, acudir a la sangre fría que casi nunca le falla en los momentos de crisis. Escucha las voces de los señores que hablan en baja voz tras del chorro de luz. Se acercan. El derribo se hace pequeño, un solar cuadrado con los restos de lo que fue una casa de vecinos. Un solar cerrado entre tapias y con una sola salida. Difícil, imposible escapar. Cuando el primer cuerpo uniformado aparece delante de su vista ya ha perforado su carne la aguja, ya sabe que ha encontrado el camino correcto, y ya está presionando el émbolo cuando escucha la voz del señor agente conminándole a tirar la jeringuilla.

—¡Tira eso, chaval!

Ni caso. Eduardo siente ya el sabor de la cocaína ascendiéndole por la garganta hacia el pensamiento.

—¡Te he dicho que tires eso! ¡Qué pasa, estás sordo o qué!

Aparece el otro policía. Eduardo bombea la mezcla —inyecta, succiona— un par de veces antes de que lleguen hasta su posición los temibles señores. Cierra los ojos cuando el chorro de luz impacta en su rostro. Sabe que le han dado una patada en las costillas pero no siente dolor. Es un oso, la patada a pesar de su violencia no consigue

desestabilizarlo de su posición en cuclillas —Eduardo siempre se pone en cuclillas para pincharse—, entonces se levanta, desprende la aguja de su brazo, el mundo entero sabe a cocaína.

—¡Tira eso, hijo de puta! —aúlla el madero. Eduardo ni caso. Una bofetada hace diana en su mejilla derecha. Una pistola en la sien. Le pitan los oídos, enseña los dientes afilados. Bajo el gran felino dibujado en el derruido muro Eduardo el Oso Bizco se siente indestructible. Los señores tienen miedo. Poderoso como nunca en la vida, el Oso Bizco.

—¡Al suelo! ¡Al suelo, hijo de puta! —ordena el señor agente desquiciado. La linterna se apaga de repente, un mal contacto en el casquillo de la bombilla. Todo queda sumido en tinieblas.

—Qué pasa ahora. —Estupefacto el policía que porta la luz, mira la linterna, no se ve nada, pulsa el interruptor, una, dos, tres veces, nada, a oscuras, no hay manera. Para

entonces Eduardo vuela ya por encima de las tapias. Está fuera del alcance de los señores. ¡Qué suerte ha tenido! Eduardo Molina confirma que la droga le pone la suerte de cara, le facilitan la vida estas inyecciones de pura dinamita. Parecía imposible pero ha escapado; urgido por la necesidad ha encontrado la forma de acceder a lo que parecía inaccesible, el primer piso del inmueble en ruinas, y no es fácil, y menos en la oscuridad, pero Eduardo tiene ojos de gato y esta noche flota por encima de las tapias hasta llegar a los restos de una alcoba donde alguien —un desconocido artista— dibujó la figura de un jaguar en el muro medio caído de lo que fue la habitación de una casa.

Ahí estuvo el cuarto de baño, y ahí se adivina la escalera. Esa otra pared pintada de verde pudo ser el comedor. Y ahí, al final de la escalera, desde las ruinas de una alcoba, Eduardo Molina vigila, controla con ojos de felino la posición de los señores que no se han movido del sitio y siguen empeñados en hacer funcionar la linterna, click click, nada, ni modo, no hay manera. Oscuridad absoluta, luna nueva.

—Me voy a cagar en los muertos de la puta linterna —masculla irritado el agente de policía.

—No te sulfures, joé, que tampoco es para tanto —templa los ánimos su compañero—. ¿Qué le pasa? ¿Crees que podrás arreglarla?

—No lo sé… yo qué sé —rezonga, aprieta los dientes el agente de

policía. Están clavados en el lugar, no se aventuran a moverse demasiado entre las tinieblas. Es fácil pisar una mierda o un afilado clavo oxidado si no ves donde pones los pies—. ¿Tú no llevabas un mechero, Manuel?

—¿Yo? Claro…

Enciende un mechero el agente Manuel, la llama es débil, intentan ver algo en el poco espacio iluminado. ¿Por dónde huyó el fugitivo? Miran los policías en torno a sí mismos: matorrales, tapias, escombros… ¿Por dónde huyó? Miran y no ven nada.

Escucha sus palabras con toda claridad el Bizco, agazapado en la oscuridad. Hablan de él con cierta admiración, el hijo la gran puta se les ha escurrido de las manos, qué cabrón. Le reconocen la habilidad, pero si lo agarran lo machacan, que para eso son los representantes de la ley, la madera, los enemigos, sus enemigos de toda la vida. Pero Eduardo Molina, el Bizco, se sonríe. Flota. Comprende. Está en paz. Tiene por primera vez en su vida un destello de comprensión para con sus enemigos. Todo es sencillo y transparente debajo del Gran Jaguar. Surge de entre la negrura, abajo, en el derribo, la llamita azul y amarilla del mechero y se recortan en la oscuridad las figuras de los dos policías.

—Ya que has sacado el mechero nos podríamos fumar un cigarrito, aquí, tan a gusto.

—Claro, pero si encontráramos un sitio donde sentarnos… entonces sí que sí.

Pasan capítulo los señores y deciden olvidar al fugitivo gitano. Mejor fumarse un cigarrillo debajo de las estrellas. No Manuel, sino el otro, de quien desconocemos su nombre, echa mano de su paquete de Marlboro, ofrece, Manuel acepta, encienden los cigarrillos. Con la primera calada suben los humos hasta el refugio de Eduardo, desde donde el gitano controla todo lo que se mueve en el Templo del Jaguar. Eduardo se felicita por el hallazgo. El Templo del Jaguar; jamás se había inventado o se le había ocurrido nada tan bello como ese nombre, esa denominación que acaba de acudir a su cerebro: el Templo del Jaguar. Decide que este será su lugar preferido, su cuartel, su escondite, su retiro. El Templo del Jaguar. No tiene prisa Eduardo en moverse de su posición, saborea en cuclillas el momento intenso que ha conseguido, es verdad que la droga le pone la suerte de cara. Con la suerte de cara y la fuerza que le dan estos chutes de pura dinamita, se siente con poder suficiente para afrontar cualquier

reproche, cualquier acusación, lo que sea que le echen en cara cuando regrese a su casa después de haberse gastado los talegos de Joaquín Camarasa.

Terminaron los cigarrillos los agentes en el Templo del Jaguar. Comenzaba a clarear, Eduardo no se movió. Tenía todos los sentidos alerta y percibía la fragancia de la vida que amanecía, el poder de la luz que iba descubriendo poco a poco el mundo que le rodeaba. Comenzaba a sentir cierto dolor en el costado izquierdo. Recordó que el madero le había asestado una buena patada en las costillas que en su momento casi ni sintió, pero ha pasado el tiempo y los efectos sedantes del *speedball* empiezan a menguar. Ahora siente un pinchazo cada vez que toma aire, ¿le habrá roto alguna costilla? Escuchó los primeros gorriones bulliciosos y alegres, afinó más el oído, percibía el mundo con tanta claridad que se sintió capaz de ejecutar actos imposibles e impensables. Prestó atención entre los murmullos de la mañana que nacía, distinguió la carrera apresurada de una rata, el viento agitando algún papel. Calculó la trayectoria que iban a seguir los señores para abandonar el Templo del Jaguar, tenían que pasar forzosamente por debajo de su posición. Buscó entre las porquerías de alrededor, un ladrillo, un pedrusco, algo que fuera pesado, descubrió una maceta con geranios ya secos y agostados. Miró su reloj el agente Manuel.

—Joer, qué tarde se ha hecho. Tenemos que movernos ya de aquí.

Ya era casi de día cuando decidieron abandonar el derribo. Justo cuando pasaban bajo el dibujo del Gran Jaguar dejó caer el Bizco la maceta de los geranios secos con su carga de tierra y mantillo. Cayó como un peso plomo muerto y se deshizo en pedazos

contra la cabeza del agente Manuel insuficientemente protegida por la gorra de reglamento; la pella de tierra conservó la forma. Dio en tierra el agente y no se levantaba, miró el otro policía hacia arriba. No vio a nadie; Eduardo volaba ya por las azoteas.

**14. El Amparito, julio de 1982.** Mª del Carmen Maya (la Mari) y Luis Molina se hicieron socios para vender en el Amparito la heroína que semanalmente les proporcionaría Joaquín Camarasa. No hubo problema para ponerse de acuerdo: a medias en todo, para las ganancias y para las pérdidas, para lo bueno y para lo malo. El problema fue otro: el Gamba sobraba. Y otra cosa, Luis estaba enamorado. Nunca antes en sus 29 años de vida había estado así por ninguna muchacha. Desde el primer día que pisó las negras baldosas del Amparito hasta hoy, que ha entrado en el local con un propósito

claro dibujado en la frente, Luis no ha dejado de suspirar por esa mujer. Un propósito dibujado en la frente, una intención que se le trasluce en la sonrisa, se le adivina en la mirada, en el tono de su voz, aunque no lo digan sus palabras: Luis Molina ha venido a por la Mari, ha entrado a saco en el Amparito, viene a por ella. Sin complejos. Con la mejor intención del mundo, piensa Luis. Para ser socios en el negocio de la heroína. Y

con el tiempo —planea el gitano—, amantes.

Todo ello sucedió en la trastienda del Amparito, como en un sueño. El gitano y el Gamba fumaban el caballo hecho gota en una plata, sentados en sendas cajas de vacíos botellines de la Cruzcampo, rodeados de escobas, fregonas, cubos, en el negro ambiente del Amparito. Hacía mucho calor y era temprano por la mañana. La Mari había chapado el garito para que nadie los molestara y observaba a los dos hombres desde su taburete giratorio —que algún día guindara el Gamba del Bar Fausti— tras la negra barra del oscuro local. Con palabras sencillas y claras el gitano proponía una sociedad a medias con la Mari, con la inestimable ventaja de que los Molina poseían los contactos necesarios para tener la droga a domicilio, heroína turca de buena calidad a precios más bajos incluso que los que pagaba la Mari en ca'l Sorayo, en las Tres Mil Viviendas. Y por si fuera poco, la droga se pagaba una vez vendida, no antes, con lo que podían iniciar el negocio con una inversión inicial de cero pesetas. La Mari solo tenía que proporcionar a cambio el lugar físico donde vender la droga, es decir, el Amparito y sus alrededores. Y, por ende, la clientela. Era un trato ventajoso, pero había un problema: el Gamba sobraba. Luis Molina se encargaba de dejarlo bien claro. Con palabras sencillas y claras hablaba el gitano con la muchacha sin mirar a Rafael, sin nombrarlo en ningún momento, Rafael como si no existiera, ignorado a propósito con saña, y el Gamba no podía dejar de darse perfecta cuenta del mamoneo, así lo clasificaba él, como un mamoneo; pero no podía hacer nada. ¿Qué podía hacer? Como en los sueños, siente las viscosas fuerzas de la impotencia. Y lo que es más inquietante, su instinto le dice que el gitano no es un sujeto corriente, tiene algo extraño, algo raro, no sabría cómo o por dónde meterle mano. No le descubre resquicios por donde meter la uña, puntos débiles donde hurgar. Prudencia. Pero le causa gran desazón ese entrometido que habla y no le mira, solo tiene ojos el gitano para la Mari; ya se ha dado cuenta el Gamba de que

además de negocios, allá se cuece algo más. Ha detectado ciertas miraditas entre el Molina y la Mari… ciertas miraditas… que le dan asco, náuseas. Malos presentimientos.

El gitano le ha traído el mal bajío. El calorro hijoputa le pone furioso, lo mataría, pero tranquilo, el Gamba será prudente, sabrá esperar. Paciencia. Ni un solo segundo, desde que empezaron a fumar la sustanciosa gota de heroína, ha bajado Luis Molina la guardia. Si Rafael hubiera encontrado el segundo exacto de ataque, lo habría machacado sin dudarlo un momento, se le habría lanzado al cuello hasta estrangularlo.

Pero no existe el segundo exacto con los Molina. Ni la impunidad. Si atacas a un Molina los tienes que matar a todos. Hay que recurrir a la astucia, a otras mañas, otros ardides.

—Bueno… ¿y con este qué hacemos? —preguntó la Mari como de broma, refiriéndose al Gamba, cuando Luis hubo expuesto el plan maestro del negocio. De broma, pero ni Luis ni Rafael sonríen, todo lo contrario, quedan muy serios, disimulan como si no hubieran oído, miran para otro lado. Rafael sabe lo que harán con él. Lo sabe desde que vio a ese hijo de la gran puta vacilando con la Mari en la barra del Amparito.

Lo sabe, lo ve venir desde lejos. El hijoputa le trae mal bajío. Y además es verdad, el Gamba es el primero en saberlo: sobra. ¿Qué necesidad tiene ya la Mari de tenerlo en el Amparito? Ninguna. Ya queda la Mari suficientemente protegida, nada menos que socia de los Molina, que se atreva nadie a sirlar a la Mari. Lo revientan. Ahora sabe que sobra. Vale. Ha estado dando la cara por la Mari cada vez que tenían que ir a emplear, batiéndose el cobre por ella con los tunantes de las Tres Mil, los maleantes de Las Vegas, la chusma de las 624; ahuyentando a los sirlaores de la Macarena, velando por su negocio, para que ella pudiera enriquecerse mientras él se llevaba dos libras miserables por paquetillo, y ahora sobra. ¿Sí? Dirige Rafael su mirada hacia la Mari en busca de alguna explicación, pero la Mari se acaba de dar cuenta de que la pregunta que formuló como en broma: «¿Y con este qué hacemos?», se está convirtiendo en un serio interrogante, en una paranoia, porque el gitano no le va a dar cuartel al Gamba, y no van a saber qué hacer con él. O mejor dicho, no lo sabrá ella, porque el gitano sí que lo sabe, lo tiene más que claro, transparente. Pero hay confusión en el cerebro de la muchacha, que nunca había pensado que su asociación con Rafael Narváez pudiera acabar así, tan de sopetón, pero… ¿se tiene que acabar forzosamente? Todo depende de ella, de que ella apruebe los planes del gitano, que incluyen darle puerta al Gamba después de más de medio año de trabajar juntos, de dar él tantas veces la cara por ella.

Una fea maniobra. Reconoce la Mari que es una fea maniobra por su

parte, así que repite la pregunta, pero ahora totalmente en serio, sin asomo de risa y mirando directamente a los negros ojos del gitano:

—Luis… dime… ¿qué hacemos con el Faé? ¿Qué has pensao para él?

La humillación sube al rostro del Gamba en rojas oleadas. Tiene guasa que sea una perica quien tenga que interceder por él; interceder para nada, porque el gitano tiene clarísimo lo que quiere.

—Yo el trato lo hago contigo, no con el Faé.

Y punto. Se calla. Siguen sentados en las cajas de botellines, pero ahora se ha acabado la gota y Luis se guarda el tubito con el que aspiraron el humo entre cráneo y oreja, al estilo tendero. Luego dobla la plata ya fumada y ultimada, siempre en silencio, con cuidado y calma, casi se puede escuchar su respiración. Gira los ojos hacia el Gamba y vuelve a hablar.

—Rafaé, yo no quiero que tú te sientas ofendío. No me camela.

Hace una pausa el mayor de los Molina para que el Gamba entienda y asimile que no hay ánimo de ofensa en lo que viene a continuación. Rafael no dice nada, deja escapar de su rostro una media y desganada sonrisa. Imagina lo que sigue. Mira a los ojos de la Mari. Sigue esperando alguna explicación de la muchacha. Ella… ¿está de acuerdo con todo esto? ¿También opina que el Gamba sobra? El gitano se guarda la plata doblada y redoblada —solo tiene un uso y se puede utilizar para una próxima gota— en el bolsillo superior de su camisa negra y continúa hablando:

—Así que no te ofendas, Faé, pero yo he venío a tratar con la Mari. Esto es un bisnes entre ella y yo.

A la Mari le gustaba el gitano, pero se consideraba una mujer de ciertos principios y sentía que no podía hacerle eso al Gamba, no podía dejarlo colgado a la primera, así, tan fácil, llega un extraño al Amparito, le dice que ha de prescindir de los servicios de quien ha sido su hombre de confianza hasta ese mismo momento y ella accede sin pensárselo demasiado, a la calle, puerta. Claro que a cambio el extraño propone interesantes mejoras para el negocio. Claro que su hombre de confianza es un hombre de poco fiar.

Claro que, además, el extraño la seduce, la mira con sus negros ojos y la enamora. Pero enamorada o no, sentía que no podía portarse así con el Gamba. Hombre de fiar o no, a ella no le había hecho nunca una pirula. Pensó una especie de solución, la expuso desde su

taburete:

—Pero es que… Luis… no hace falta que tú trates ná con el Faé. Lo que haya que tratar con él lo trato yo. Porque si yo quiero que el Gamba me ayude a vender mi parte… ¿no? y le pago yo de mi dinero… ¿qué problema hay?

Pero mientras hablaba, mientras lanzaba su proposición, se daba cuenta la muchacha de que en verdad en verdad, en lo más íntimo, deseaba que el Gamba se marchara, con su ceño fruncido, su mirada torva y su continuo malhumor. Que se fuera, con toda su violencia y sus complejos. Y quedarse a solas con Luis Molina. Su negocio, su hombre, su local pintado de negro. Entonces dejó de estar confusa y se tranquilizó.

Sabía que el gitano no iba a aceptar ninguna propuesta que incluyera al Gamba en el negocio. Eso también lo sabía el Gamba. Y efectivamente, el gitano era inamovible y no cedió un ápice en su decisión de echarlo a la calle. Negó con la cabeza al escuchar la proposición de la Mari. Pero… ¿por qué ese mal rollo conmigo?, se lamentaba el Gamba

¿Por qué? ¿Qué le había hecho él? Nada. Ná. Ná. Ná. No le había hecho ná. Pero eso era lo de menos. Se odiaban desde la primera vez que se vieron, desde que los Molina llegaron a la Macarena. Eran machos rivales en el barrio. Y se caían mal. No, la solución, si la había, pasaba por presionar a la muchacha.

—¿Tú estás de acuerdo con eso? —preguntó el Gamba en baja voz, con la mirada fija en el suelo.

La Mari, ahora sí, mudó la expresión, se puso seria. Buscaba desesperadamente algo que decir, algo imposible para aliviar la situación. Pero nada. Sabía que el Gamba estaba tocado, hacía ver que pasaba del gitano, que estaba tranquilo, pero le temblaba un párpado, y le tembló la voz cuando volvió a dirigirse a la Mari:

—¿Qué pasa, no dices ná?

Estaba emocionado, se le notaba. Se sentía humillado, despreciado, agredido. Y no podía hacer nada. ¿Qué hacer con aquel gitano inabordable? Por primera vez se sentía inferior a un rival, impotente. Por primera vez se le cruzaba en el camino alguien que le torcía la voluntad, le imponía sus condiciones, ¡y venía a echarle de su casa!, porque durante todos aquellos meses el Amparito además de su trabajo había sido un poco como su casa, y, sobre todo, en el

Amparito había alimentado su enganche. Ahora…

ahora se le presentaba una terrible cuestión: conseguirse los paquetillos, buscarse la vida, la primera plata de la mañana. Sintió un pellizco en el estómago. Habló entonces la Mari.

—Faé… yo tengo que mirar por el negocio, ¿lo entiendes, no? Yo no tengo ná contra ti.

Quizás era cierto que no tenía nada contra él, pero ahora todo lo que deseaba era que el Gamba se fuera, quedarse a solas con el gitano, hablar con él del futuro. A la Mari también le sobraba el Gamba.

—Yo no tengo ná contra ti, Faé. Pero si este hombre me trae el polvo a casa… —

señaló con un movimiento de cabeza a Luis— no puedo decirle que no, Rafaé. Tú sabes lo angustiá que me pongo cada vez que tenemos que ir a ca'l Sorayo, a las Tres Mil.

—O sea —habló despacio el Gamba, controlando como podía su emoción desbocada—, que te pones al lao de ese, ¿no? O sea, que pasas de mí.

Quedó un instante en silencio y luego alzó la voz.

—¡Esto es una putada! —Pareció que de repente tomaba el Gamba conciencia de las dimensiones reales de lo que ocurría—. ¡Una putada es esto!

Se levantó de la caja de botellines, se irguió, desplegó sus manos, se hizo grande y poderoso, encaró al gitano con la mirada agresiva, el ceño fruncido; pero nada. Se percataba la Mari de que aquel Gamba no era el Gamba de siempre. No amedrentaba, no atemorizaba, no provocaba el terror. Fue a decir algo, pero el gitano, en guardia, inaccesible, el gitano, relajado como los gatos, le dijo que se fuera ya.

—Vete —dijo el gitano sin sobresalto, mirándole fijo a los azules ojos, sentado en la caja de botellines, en la trastienda negra del Bar Amparito.

—¿Y por qué me tengo que ir? —preguntó ahora engallado y con voz firme el Gamba.

—Porque lo digo yo —se levantó el gitano, escupió en las negras baldosas y el escupitajo quedó en el suelo, a un palmo de las sandalias

de Rafael Narváez, que palideció sin control, miró a sus espaldas y comprobó que la Mari había dejado su taburete, cruzado el Amparito y subía ya la persiana metálica para dejar franca la salida.

Parecía que le estuviera diciendo: huye, huye ahora que puedes, antes de que este gitano quede fuera de control. Huye antes de que sea demasiado tarde.

Pero no huyó. Estaban de pie, el uno frente al otro, ¿por qué tenía que huir? ¿Qué había hecho él para tener que huir?

—Yo no te he hecho ná. —Se humilló el Gamba frente a Luis Molina.

—No, a mí no me has hecho ná. Pero esta mañana le has vendío un talego de tierra a mi primo.

Abrió los ojos el Gamba, se le escapó hasta una sonrisa.

—¿Ese era tu primo?

Se interesó también la Mari.

—Faé, cojones, ya hemos hablado de eso. Aquí no quiero que le des jaramago a los chavales, quillo. Que la gente se mete eso luego por la vena y nos buscamos una ruina, Gamba, cojones —le reprendió molesta la Mari.

—¿Pero qué pasa? —se defendía el Gamba, acosado—. Yo no le he vendío aquí jaramago a nadie.

—Aquí no. En el Fausti. Esta mañana. No lo niegues, Faé. Te ha visto media Macarena —acusó el gitano con absoluta seguridad.

—Y qué. Yo no sabía que era tu primo. Yo qué iba a saber. Además, ese no era tu primo.

Impertérrito Luis Molina. Por supuesto que ese no era su primo.

—Da igual si era o no mi primo. Aquí ya no se vende más jaramago. No eres legal, Gamba.

¿Legal? ¿Pero… este tío de qué va? Rafael no entendía qué pasaba, pero todo su instinto le decía que no debía enfrentarse al gitano. Captaba de manera casi inconsciente la invulnerabilidad de aquel individuo que vestido de negro parecía difuminarse en la oscuridad del siniestro garito. Todo sucedía como en los sueños. El calor, junto con los efectos de la heroína, junto con la mirada del gitano, producía

todo ello la gran náusea en el estómago del Gamba. Tenía que salir de allí, ¿podía? Quizás, como sucede en los sueños, alguna fuerza le impediría mover sus piernas, le pegaría los pies al suelo cuando quisiera huir. Pero no, ninguna fuerza lo clavaba contra el suelo. Retrocedió unos pasos, se giró y ganó la puerta de la trastienda, la barra, cuatro pasos más, los escalones, la persiana y a la calle. La Mari, a un lado de la persiana metálica, le despidió cuando salía.

—Adió, Faé.

El Gamba no contestó, ni siquiera la miró. Iba pálido, la mirada al frente, salió al aire de la calle y respiró. No era un sueño, estaba despierto. Caminó rápido por Relator, pasó por delante de la barbería del maestro Rebollo, ganó la calle Feria, giró en dirección centro ciudad, se perdió entre la gente y los automóviles. Eran las diez y media de la mañana. No comprendía nada de lo que acababa de pasar. Jamás le había

ocurrido nada igual. Se le saltaban las lágrimas. Le habían echado, ¡a él! ¡Al Gamba! Le habían dado puerta. ¿Pero qué carajo había pasado ahí dentro? Pensó en que tenía que volver y matar al gitano. Y a la Mari. Pero sabía muy bien que no lo iba a hacer. Tenía ganas de llorar. El Gamba no lloraba desde que era un mocoso de seis años, por lo menos. ¡Llorar! ¡El Gamba llorando! Que nadie lo vea, por favor; que nadie sea testigo de la gran infamia, por favor, por favor, por favor. El Gamba llorando por la calle Feria.

Recién pelado y afeitado, todavía su cabeza huele a colonia, sus mejillas a loción de peluquería, pasa por delante del mercado, camina hacia la Encarnación, hacia su casa; si su mujer le viera ahora, llorando. O sus hijos.

**15. Plaza de la Moravia, julio de 1982.** Efectivamente, como acostumbraba a decir mi tía, el tiempo es una falacia. Siete años siendo el amante de Sofía se esfumaban, no significaban nada. Siete años de novios, de pareja, de matrimonio, de como lo quieras llamar. Siete años que en el platillo de la balanza pesaban menos que el aire, mucho menos, desde luego, que el plomo de las preocupaciones, de los celos, de la ira. Siete años que pesaban tanto como las falacias: nada.

Se lo había contado todo a mis nuevas amistades, Martina y Carlos Serena, y mientras lo hacía entendía cada vez con mayor claridad que la historia que alguna vez fue de amor entre Sofía y yo acababa definitivamente, para siempre, sin retroceso. No era un rebote provocado por la ira, no albergaba el deseo oculto de volver con ella.

Simplemente, estaba harto. No tenía ganas de verla, ni mucho menos de preocuparme más, ni por Sofía, ni por nadie.

La buhardilla navegaba a la deriva, sin control, nadie en el puente. Ahí seguían los platos en la mesa desde el día anterior, los cubiertos, la ensalada medio podrida, el pan duro como la piedra, la cerveza que estalló en el congelador, los macarrones tiesos que las gatas olisquean y desechan con cara de asco. El día anterior, por la noche, cuando Sofía me confesó lo suyo con ese Vicente Cortés, estuvimos llorando un poco, un ratito; Sofía, sentada a mi vera, me cogía de la mano, yo me quería desasir, pero ella insistía y me llamaba «cari», de cariño, cari. Nunca me había pasado, pero aquella noche me sentía ridículo con lo del cari. Me tuve que poner serio: —No, Sofía, por favor. No me llames cari, por favor.

Subió la gata negra a mi regazo, mimosa, y solté mi mano de la de Sofía para acariciar el sedoso lomo del animal. ¿Quién le había puesto de comer a las gatas? No parecía que estuvieran pasando necesidad.

—A ver por qué no te puedo llamar cari. Te he llamado así durante siete años.

Siete años deslizándose entre lágrimas mejilla abajo hacia los labios.

Sofía lo estaba pasando mal, se sentía culpable. Me cogió la mano libre, quería consolarme de alguna manera, pero aquella noche mi alma empezó a desconectar de Sofía. Aquella noche sentí que el hechizo se rompía, se quebraba —crack—, me sonó en el alma. Lo oímos los dos. ¡Crack! Nos asustamos. Nos soltamos de la mano automáticamente, con cara de susto. Saltó la gata de mi regazo. Ese sonido —crack—

deshizo el nudo de mi garganta. Dejé de llorar, aplasté el cigarrillo en el cenicero, me puse de pie, me miré en el espejo moro colgado en la pared sur del comedor.

Recompuse la expresión de mi rostro, se acabó el espectáculo de mis muecas. Pero, al contrario de lo que me sucedía a mí, Sofía perdía el aplomo. Algo la angustiaba.

Supongo que de alguna manera captaba su pérdida de poder. Se levantó, se plantó enfrente de mí.

—Cari… cari… —repitió mirándome a los ojos— cari…

Yo no decía nada, ella persistió en su cantinela.

—Cari… cari… cari… cari…

—Sofía… qué te pasa, ¿estás bien?

Se interrumpió al instante, me miró con sus ojos llorosos.

—Me estás preocupando, Sofía. ¿Estás bien?

—¿Tú? ¿Preocupado? ¿Qué sabrás tú de preocupaciones? —dijo con cara de saberlo todo Sofía.

—Tienes razón. Que se preocupe el maromo ese de tu trabajo, que seguro que se preocupa más y mejor que yo.

Hubo un silencio. Nos miramos a los ojos, Sofía ensombreció su rostro.

—Qué gilipollas os ponéis todos cuando os dan en la cresta —soltó Sofía mitad de guasa mitad de veras.

—¿En la cresta?

—Sí, chaval. En el orgullo, que es lo mismo.

—Tienes razón. Me jode infinito cuando me dan en la cresta —acepté con naturalidad.

—Pues no te jodas tanto, idiota. —Dijo Sofía aquel idiota con absoluta ternura, y negaba con la cabeza como diciendo: hijo, no tienes remedio. Yo ya me conocía aquellas mañas, no era fácil sustraerse a ellas, pero… ¡por favor!, me acababa de contar que tenía un amante. ¡Crack! Ella seguía con lo suyo—. No te jodería tanto si te pararas a pensar un poco, un poquito, las cosas. Si te dieras cuenta de una puñetera vez de que te sigo queriendo, idiota.

—Coño, menos mal que me quieres.

—¿No me crees?

—Me acabas de confesar que estás enamorada de un maromo del trabajo. No sé si lo recuerdas.

—Te acabo de confesar que estoy hecha un lío, canijo. Pero te sigo queriendo, idiota.

—Mira lo que te digo, Sofía. No te comas el coco y disfruta de tu nuevo romance. Va a ser lo mejor para todos.

—Para romance el que tú te traes entre manos.

—¿Yo?

—Hombre… que no soy tonta.

—Ya sé que no. Pero no sé de qué me hablas.

—De los pasotes que te estás dando últimamente. ¿Qué te crees, que no me doy cuenta? Si eso no es pasión que venga Dios y lo vea.

—Ah, ya, te refieres a…

—Sí, ya, me refiero a. Al mal rollo que te traes pinchándote un día sí y el otro también. Por lo menos la podrías esnifar. O fumar. Pero él, no. Él siempre de cabeza a lo más peligroso.

—Mira, Sofía…

Dejé la frase en el aire. Tuve repentinas e intensas ganas de que se marchara, de quedarme solo. Pero no se iba, al contrario, había llegado la hora de las reconvenciones.

—Y oye… te has pasado cantidad gastándote la pasta. Tú solito, tío, te has cepillado el alquiler de la buhardilla en esa mierda.

—Vale, vale… tienes razón. Pienso devolver…

—¡No! ¡No vale! ¡No me vas a devolver nada! ¡No quiero que me devuelvas nada!

Adiviné al instante el pensamiento oculto de Sofía: solo quiero que sigas fascinado por mí. En cuanto a lo otro tuvo razón. No devolví nada.

**16. San Luis 65, agosto de 1982.** Como un rito, cada vez que Camarasa llevaba los gramos de caballo a casa de los Molina, se celebraba una fiesta en el patio del corral de vecinos. María ha cocinado un perol de noricales (caracoles), y todas las familias del edificio mojarán sopas de pan en este sabroso guiso. También aquel lejano día, hace ya treinta años, cuando conoció a quien luego sería su marido, José Molina, recién aparecido en las chabolas del Roto, cocinó María Fernández un perol de noricales. Se lo sugirió su madre, María Barrul, que en la Gloria esté: «Niña, ves a la quinquina y calienta una poca pañí hasta que jierva. Vamos a hacer una piri de noricales para que ese gitano se chupe los panrós».

Camarasa llegó al crepúsculo. Se notaba que acababa de ducharse, venía fresco y contento con su cabeza cuadrada, luciendo sellos y cordones de oro. La cancela estaba cerrada, dobló su lengua con ambos índices y silbó fuerte y agudo. Pedrito hablaba en el patio con el canario Taco, la señora Emilia fregaba los platos en la pila cercana a la jaula colgada de una alcayata en la pared, pero, aunque aguzaba el oído, no podía distinguir las palabras del pequeño Molina. ¿Qué diablos le estaría diciendo ese niño a su canario?

Le gustaría saberlo porque sospecha que Pedrito es poseedor de algún tipo de artimaña gitana, algún truco indefinible con el que consigue dominar la voluntad del canario.

—Niño, deja la pulía y abre la cancela, que me parece que está ahí el Camarasa.

Joaquín Camarasa, el Viejo —camisa de seda estampada, pantalón blanco, mocasines de verano—, agarrado a los negros barrotes de la cancela, contemplaba con ojo crítico el desorden del patio. Se ocultaba el sol, se cernían las sombras sobre el sofá de las cucarachas, comenzaban las salamanquesas su turno de caza entre las grietas y los desconchones de las encaladas paredes que limitaban el lugar. Taco picoteaba amistoso el dedo índice de Pedrito entre los barrotes de la jaula vieja y oxidada. Se ocultaba el sol pero seguía haciendo demasiado calor.

—Niño… niño… deja er canario y atiende.

Era la voz de su madre. Pedrito alzó por fin la vista hacia la galería que rodeaba al patio y efectivamente, su madre, apoyada en la barandilla, transmitía sus órdenes con expresión agotada. Hacía mucho calor. María apoyaba la mano izquierda en la barandilla de madera, con la derecha manejaba con destreza el abanico con incrustaciones de nácar. Detrás de ella, poderoso, lanzaba chorros de vapor un abollado perol repleto de caracoles sobre un hornillo de Campingaz. Bailoteaba insegura la tapadera del perol, aguantaba como podía las embestidas del vapor; María sudaba, se abanicaba, miraba al patio, daba órdenes. Había instalado su tinglado de ollas y

caracoles fuera del piso, en la galería, y el olor de las salsas y los condimentos se esparcía por el aire quieto del atardecer. Como era su costumbre siempre que hacía caracoles o cabrillas —sus especialidades —, había guisado los suficientes para apartar un plato a cada una de las familias de San Luis 65. Camarasa volvió a silbar. Pedrito, como si tal cosa, separó la mirada de su madre y se enfrascó otra vez con el

canario. La gitana volvía a intentarlo:

—¡¡Niño!! ¡¡Niño!! Abre la cancela; y aluego coge la goma y dale una poca pañí ar patio.

Las nueve y media de la tarde noche. Camarasa silba agarrado a las rejas de la cancela, Pedrito se despide del canario y acude por fin con el pesado llavero para franquearle la entrada. Taco se calla en el palo de no cantar.

—Niño… aligera, cojones —apremia en tono festivo el Viejo.

Sin ninguna prisa Pedrito se plantó frente a la cancela y rebuscó entre las llaves hasta dar con la adecuada.

—Niño… —insistía el Viejo sin dejar de sonreír— estás ajigonao, niño.

Pedrito ni caso, introdujo la llave en la cerradura y con mucha parsimonia la hizo girar a un lado y al otro hasta que saltó la barra curva del candado, abrió la cancela y entró Camarasa mirando muy fijo a Pedrito que —gacha la cabeza— trajinaba de nuevo con la cadena y el candado para chapar la entrada al patio.

—Niño, a ti qué te pasa, niño. —Esbozaba Camarasa una despreciativa sonrisa casi mueca en su rostro recién afeitado. Pedrito, concentrado en la faena, no se dignaba contestar. Rafael Molina bajó a toda velocidad por la escalera que da al patio, saltó los escalones de tres en tres y tembló su estructura. Cruzó el patio como una exhalación, llegó hasta la cancela y sin saludar al recién llegado Camarasa, antes que nada, le dio un pescozón en el cogote a Pedrito.

—¡Tú qué pasa contigo, tunante!

Intentó darle otra vez en el cogote pero Pedrito hurtó el cuerpo y se escurrió por la pared. Camarasa iba a lo suyo:

—¿Está tu hermano?

—¿Luis? Arriba, en la queli.

Hizo amago Rafael de acompañar a Camarasa pero una mirada rápida de este le detuvo en seco. El negocio era con el hermano mayor. Camarasa cruzó el patio hasta la escalera. Pedrito desenrollaba ya la manguera para refrescar el patio con una poca pañí.

Taco, en el palo de no cantar, miraba todo con ojo inquieto. La señora

Emilia acabó su faena con platos y cacharros y se secaba las manos en el delantal. Abrió el grifo Pedrito y la manguera cobró vida, se retorció levemente, tembló, borboteó, escupió convulsivamente unas gotas primerizas y brotó por fin el gran chorro curvo que Pedrito controla con gesto de entendido regador de patios al atardecer. Pronto está la faena realizada; han bebido todas las macetas que adornan las encaladas paredes y los rincones estratégicos. Salen de sus viviendas los vecinos del 65, los que habitan el patio y los de arriba, los de la galería en el primer piso, todos salen al patio recién regado.

Mientras Joaquín Camarasa asciende los peldaños de la desgastada escalera que comunica con la galería, algunos vecinos improvisan mesa y asientos, alargan cables eléctricos desde sus casas, bombillas de luz amarilla iluminarán el patio al caer la noche.

La señora Emilia entra en su vivienda y sale enseguida con una fuente de tomate fresco cortado en rodajas con aceite, sal y diminutos trocitos de ajo. La señora Amparo y su marido, Pepe, aportan pan, palillos, cubiertos y vasos de Duralex. Arriba, en la galería, Camarasa saluda a María con palabras rápidas y confusas; como la puerta está abierta entra en el hogar de los Molina sin esperar a que le den permiso. Entra y gruñe o saluda. Sentados en la mesa camilla Luis y la Mari preparan y recortan paquetillos de papel cuadriculado de las libretas escolares de Pedrito que serán rellenados con 1/16 de gramo de caballo turco. En el centro de la mesa camilla, cual tótem extraplano, una balanza digital de precisión del servicio de Correos con numeritos rojos que indican el peso exacto del objeto a pesar, en este caso los doscientos gramos de heroína turca que les acaba de traer Joaquín Camarasa.

Camarasa echa un par de vistazos rápidos al interior de la vivienda, cierra la puerta de la casa y echa el pestillo, luego se gira —hay señoritas delante—, se afloja el cinturón, introduce su mano en la bragueta, saca de regiones tales un paquetito muy bien envuelto en papel estraza. El grato olorcillo de la salsa que acompaña a los noricales entra por la ventana abierta de la vivienda.

—Qué bien huele por aquí —apunta, sonríe, mira con arrobo a su gitano la Mari.

Afuera, en la galería, María Fernández apaga el pequeño hornillo, retira la tapadera del perol, acerca el rostro y aspira los vapores hasta quedar envuelta en ellos. Por último, asiente complacida.

—Doscientos gramos en pelotas —afirma rotundo Camarasa cuando

deposita sobre la balanza el rectangular paquete envuelto en papel de estraza. Ascendieron los numeritos rojos del cero cero cero hasta el doscientos.

Bajaron el humeante perol de caracoles entre Pedrito y Rafael Molina por la escalera hasta la mesa dispuesta en mitad del patio. Alrededor de ella, de pie o sentados, los comensales se sirven en tazas, boles, escudillas, los suculentos noricales en salsa de María Fernández. No tardan en llegar los primeros litros de cerveza, también algunos cartones de vino, pero las preferencias se inclinan claramente por la cerveza helada aportada por Juani Melero. Poco son dos litros de cerveza, habrá que ir a por más.

Antes de plantearlo siquiera aparecen nuevas botellas de la Cruzcampo.

—Niño… Luis… darse prisa, que los noricales se enfrían —alertaba a grandes voces María desde el patio. Está deseando que su hijo acabe de despachar con Camarasa y baje al patio a devorar sus correspondientes dosis de caracoles. Pero, alrededor de la mesa camilla, la Mari, Luis y Joaquín Camarasa prosiguen con la ceremonia del pesaje.

—Doscientos gramos en pelotas.

Camarasa miraba a la Mari, y la Mari le preguntó qué miraba.

—¿Qué miras?

—No miro ná.

Camarasa la miraba y sonreía.

—¡¡Niño!! ¡¡Luis!! ¡Bajarse ya, homme, que sus enfría el gañipeo!

—Tu mama nos llama para cenar —dijo la Mari con cara de hambre.

En el patio los comensales se ayudaban con los palillos para devorar los sabrosísimos caracoles. Palillo, chupetón, trago de cerveza. María utilizaba el pique para aderezar sus salsas y corrían sin tregua los litros helados.

—Anda, Mari, baja tú si quieres. Aquí hay faena. El Camarasa y yo tenemos que hacer algunos paquetillos. ¿No, Camarasa?

—Claro, claro —asentía burlón Joaquín Camarasa—. Mucha faena.

Pero no bajó. Se quedó la Mari con los dos hombres. Pesaron un par de gramos y los subdividieron en treinta y dos paquetillos. Ni Camarasa ni la Mari consumían heroína, pero Luis tomó una pizquita de polvo con la punta de su navaja recuerdo de Málaga y, sin ningún pudor, se preparó un chute en una cucharilla de café. Abajo, en el patio, continuaba el ritmo: caracol, palillo, chupetón, trago de cerveza. Preparados ya los treinta y dos paquetillos bajaron los tres socios a reunirse con los comensales.

La Mari es la invitada de honor esta noche. María está encantada con ella, ya la considera su bori, su nuera, la primera nuera de María Fernández, lástima que no esté su marido para disfrutar juntos de este importante momento. María adivina en la cara de su primogénito que está feliz, lleva poco más de un mes con la Mari y le va mejor que nunca, está eufórico, ama a su compañera y, de momento, la heroína no es un problema, no le provoca ningún tipo de perturbación, al contrario, sosiega su espíritu y gana dinero con ella. Es decir, mucho dinero. Su madre le observa mientras devora un caracol, se siente orgullosa de su hijo, sabe que los ojos negros de Luis Molina provocan algún que otro suspiro entre las muchachas de la Macarena, y procaces comentarios entre las prostitutas de la Alameda. Además de guapo es Luis el más legal de los cuatro hermanos, y el más callado, empatado en silencios con Eduardo, que es también gitano silencioso, si bien sus mutismos son diferentes, siendo el de Luis un mutismo más sofisticado, menos troglodítico que el de Eduardo, a quien le cuesta un mundo expresarse, hilvanar tres frases seguidas. El caso de Luis es de otra índole, Luis calla, escucha y observa, porque es gitano discreto y mesurado. En esto ha salido al padre.

Los Molina empiezan a asentarse en la Macarena. Han conseguido poco a poco, metódicamente, una buena clientela, y la mejor esquina de todo el barrio. La sociedad con la Mari funciona de maravilla —en todos los sentidos—. María puede verlo, puede sentirlo, todos respetan a los Molina, han alcanzado un buen nivel de prestigio, imprescindible para los negocios. La pena es que su marido José se lo esté perdiendo.

En el centro de Sevilla, a diez minutos de La Campana y de El Corte Inglés. Nunca habían estado tan cerca del corazón de la ciudad, del latido original, de la riqueza, del comercio, de la respetabilidad. Vecinos respetados, tratantes de heroína al por menor, gente legal. Los Molina.

Pero hay algún lunar. Por ejemplo, la mala relación que mantienen Joaquín Camarasa y Eduardo Molina. Ha pasado algo más de un mes, pero Camarasa sigue sin perdonar aquellas cinco mil pesetas que le

tangó el Bizco y que tuvo que poner de su bolsillo María. Mientras se trabaja con el palillo la extracción de un suculento caracol —

palillo, chupetón, trago de cerveza—, Camarasa informa, dice, se queja, insiste: está muy disgustado con Eduardo. La intuición —que funciona en él de manera sólida— le envía señales, indicios. No le gusta el Bizco. De modo que, aunque siguen haciendo

negocios y Eduardo continúa vendiendo la grifa que Camarasa le proporciona, el trato pende de un hilo, y si no fuera por Luis y por la presión que ejerce María a favor de su hijo, hace tiempo ya que Joaquín Camarasa le hubiera retirado la confianza al mediano de los Molina.

Ya se huelen los primeros *joints* en el patio de San Luis. El mejor hachís lo aportan, como casi siempre, los más puretas. Juani Melero fuma basuco en una esquina de la larga mesa, a su lado, brillantes los ojos de interés, el Matachulo con sus redondas gafas con un esparadrapo en la patilla derecha espera un gesto generoso de Melero. La gota

—mezclada con cocaína base— corre casi transparente por la plata inclinada. También Luis prepara algo bajo las bombillas al lado de la fuente de noricales. Todos esperan, que como camello mayor, haga correr la plata entre los invitados.

Se acaban los litros de Cruzcampo y los comensales juntan algunas monedas para reponer la bebida. Pacorro Moltó —el hombre que vive puerta con puerta de los Molina— a los litros de cerveza les llama «bombonas». Moltó, como le llaman las escasas visitas que recibe en su diminuta vivienda de una sola habitación, enarbola su monedero de hombre, lo vacía de su contenido, entrega cuatro doradas monedas de cien pesetas a Pedrito.

—Pedro, haz el favor, hombre. Acércate al kiosco y tráete ocho bombonas.

Todavía rescató una última moneda de cien en su monedero.

—Y esto para ti.

Pedrito se mostró agradecido. Aceptó la moneda y pidió luego una bolsa o capazo donde llevar las botellas de cerveza.

—¡Niño, abre la cancela!

—Un momento, joé, que no tengo mil brazos. ¿Ustedes me habéis visto careto de pulpo?

No cesa el comercio durante la cena. Llegaban clientes a la casa de San Luis.

Agarrados a la cancela, el Huelva y Antonio Mordía reclamaban la atención del pequeño Molina.

—¡Niño! ¡Pedrito! ¡Abre la cancela!

—Ya voy, joé… ya voy.

Había que tener un cierto grado de intimidad para ir a casa de los Molina a comprar los paquetillos. Quienes gozaban de él se sentían privilegiados. Y hasta le podían sacar partido a su privilegio. El Huelva venía con diez billetes recaudados entre los yonquis no privilegiados que deseaban a toda costa un paquetillo. Ninguno de aquellos diez billetes le pertenecía. Luis Molina realizaba ciertas ofertas: si comprabas diez paquetillos te regalaba uno. De modo que aquella noche el Huelva conseguiría su propio paquetillo de balde. No solo eso. Cuando hubo realizado la compra limpió a conciencia una esquina de la mesa y se dedicó a rapiñar bajo las bombillas una puntita de cada uno de los diez paquetillos encargados, con lo que engrosó convenientemente el contenido del suyo propio. Aquella noche el Huelva se iba a meter un chute de primera categoría. A su vera, Rafael Molina le miraba con envidia. Le hubiera pedido una pizquita, pero no podía, era el hermano del moro. Había que guardar las formas.

Antonio Mordía fumaba el caballo en la plata. Se sentó en el grupito de los puretas, saludó con un imperceptible movimiento de cabeza al Plátano, miró con interés el petardo de dos papeles que sostenía y dejaba quemarse con mucha parsimonia el Balines. Fumadores de toda la vida con reglas inamovibles: jamás calentar el *joint* con caladas largas o demasiado intensas. Conseguir que el cigarrito se queme de manera uniforme, la brasa apuntando siempre al suelo para que el humo suba en columna bañando el *joint* desde la brasa hasta el filtro. Otra cosa: lo enciende el que lo hace y se pasa por la izquierda o por la derecha, pero siempre a quien está a tu lado, no vale saltárselo, aunque tu amigo o tu novia o quien sea tenga que esperar turno. Por el contrario, fumarse una plata no tiene reglas, en realidad, no tiene una tradición como el hachís, no ha habido tiempo de creársela; ni tiempo ni ganas. Tú le pasas la plata a quien te dé la gana, sin turnos, ni corros, ni obligación siquiera de pasarla a nadie.

Aspiró el Mordía una calada y retuvo el humo en su interior. Los fumadores de plata habían desarrollado una curiosa técnica para hablar con el humo retenido, común a todos ellos. Les salía del cuerpo una voz con tonos aspirados. Parecía que el sonido, en vez de salir, entraba.

—Han pillao al Gamba. Esta tarde, saliendo de la farmasia de San Marcos —dijo el Mordía conteniendo la respiración.

—¿Quiéne? —preguntó Luis con interés.

—Los anti, saliendo de la farmasia de San Marcos. Con un hacha llena de sangre, el hijoputa; y la camisa, las manos, tó. Lleno de sangre

—¿Pero se ha cargao al farmacéutico?

—No sé, quillo. Eso no lo sé. La Flora, la chavalita del Papelino, dise que lo han cogío los antitirones en el mismo momento que salía por la puerta. Dise que le han puesto la pipa en la cabesa y que el hijoputa no soltaba el hacha, y que no la soltaba, y que no la ha soltao hasta que el otro mono no le ha metío una patá en la boca.

—Hijoputa el Gamba —dijo con admiración el Huelva.

No era en absoluto una mala noticia. Todos se alegraron. Uno menos. El barrio se despejaba. Rafael Narváez, el Gamba, no aportaba nada de bueno. Además, Luis Molina, desde que lo echó del Amparito, esperaba una puñalada por la espalda en cualquier momento. Había pasado ya un mes desde que le dieron puerta. Ni Luis, ni sus hermanos, ni por supuesto la Mari, daban un paso sin mirar antes detrás.

—Ahora tendrán que soportarle los presos —concluyó Rafael Molina.

Quien no dio las muestras de alegría esperadas fue Joaquín Camarasa, el Viejo. Se encogió de hombros, lo advirtió Luis.

—¿Qué pasa? ¿Te da lo mismo?

—Conozco el percal. —Voz con tonos de entendido en la materia—. Ya verás lo que tarda en estar otra vez en la calle.

—No me jodas, Camarasa. Si ha marelao al payo tendrá que pagarlo. ¿No está mi viejo en el talego pagando una muerte? Y mi viejo ha sío en una pelea, y este cabrón randando una farmacia. A ver qué es peor.

—Pero tu viejo es un gitano honrao, Luis. Y este hijoputa Gamba me juego el cuello a que es una chivata.

—¡Qué perro! —Escupió Luis en el suelo; y luego, escupieron todos.

El Mordía no lo tenía tan claro:

—Cuidao con lo que se dice; cuidao, cuidao… Que acusar de chivata al Gamba…

Hay que tener cuidao. Tampoco tenemos la seguridá de que el Gamba le haya dado a la mui.

—Bueno… ya veremos. —Se encogía de hombros Camarasa, se comía un caracol—.

Ya me lo dirás cuando le veas por aquí dando por culo otra vez.

Pero estaban de buen humor, todos. La noche era magnífica en el patio, se comían noricales y corrían las cervezas y los espesos *joints* que manufacturaban con cuidado y aplicación los puretas. Camarasa el Viejo miraba a la Mari. Luis vigilaba con disimulo las miraditas de Camarasa. Y faltaba Eduardo. Para que la felicidad de María hubiera sido completa tenía que haber estado Eduardo. ¿Dónde se metía el Bizco?

Todos habían disfrutado de los caracoles en salsa de María Fernández, todos menos Eduardo. El Bizco no había aparecido a la hora de los noricales. En realidad, llevaba muchas horas sin aparecer por su casa. Aquel mismo día se había levantado más temprano que nunca, con los primeros trinos de Taco, siempre el primero en saludar el nuevo amanecer. Sus hermanos no se coscaron, se puso en silencio la ropa, los pantalones, la camiseta, las chanclas. Salió al comedor, abrió la puerta para salir a la galería que circundaba el patio por arriba. Algunos gorriones contestaban al canto virtuoso del canario. Eduardo bajó las escaleras, el patio estaba oscuro, lleno de bultos informes: el sofá de las cucarachas, el triciclo sin ruedas, las sillas descalabradas… Entró en el retrete; mientras hacía de vientre contó el mazo de billetes de mil y cinco mil que aquella misma noche tendría que entregar al Viejo Camarasa. Ochenta y cinco mil pesetas. La parte del Viejo. Todo correcto y según lo convenido. Estuvo así, mirando los billetes largo rato. Mientras tanto, afuera clareaba ya el día; mirlos y vencejos se sumaban a los trinos del canario Taco y de los gorriones madrugadores; sonó un despertador en la vivienda de la señora Emilia. Sonó un instante y enseguida alguien lo hizo callar. Eduardo, la vista fija en el apretado fajo de billetes verdes y violetas,

reflexionaba entre bostezos. Ya comenzaban a llorarle los ojos y le dolía el estómago. No eran síntomas demasiado intensos, pero sabía lo que vendría a continuación si no le ponía remedio. Arriba, en su mismísima casa, su hermano mayor guardaba celosamente el remedio de todos sus males. Se sentía inquieto. No podía apartar de su mente la turbadora imagen de su propia satisfacción: una jeringuilla rebosante, una aguja desnuda de cuya punta cae —plic— una gotita sobre su antebrazo.

Salió del retrete y volvió a subir las escaleras, entró en el hogar. Sus hermanos dormían plácidamente.

—Luis… Luis… quillo… despierta.

No le costó mucho. Luis tenía el sueño ligero. Abrió un ojo y enfocó a su hermano que, reclinado sobre él, pronunciaba su nombre. Rafael, en el sofá cama, se dio la vuelta y siguió durmiendo.

—Luis, Luis…

—Quillo, Eduardo… qué pasa.

Abrió el otro ojo.

—Tranqui… no pasa ná. Es que… Toma. —Le entregó el sobre cerrado con su nombre (Eduardo) en el remite y el nombre del Viejo, Joaquín, en la parte de atrás.

—¿Está tó? ¿No farta ná?

—Ni una pe'eta —mintió el Bizco con toda naturalidad.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Ná, que me najelo. Tengo un asunto.

—¿Acana? ¿A las…? Tus mulas, Eduardo… ¿Qué hora es?

Se incorporó Luis para tomar el sobre con el dinero para Camarasa.

—El Viejo viene esta noche, hemos quedao aquí hacia las nueve —dijo Luis.

—Ya… por lo mismo. Como yo no voy a estar… le das tú mi parné.

Luis supo que su hermano se la estaba jugando al Viejo. Por segunda vez, y esta vez no habría más perdones. Les estaba pasando a todos,

con el enganche a la aguja cada día era más difícil mantener la transparencia en las cuentas con Camarasa. Sacó el Bizco del bolsillo de su tejano unos cuantos billetes de mil. Comenzó a contarlos. Le entregó tres billetes de mil.

—Dame cuatro paquetillos. Dos de cada.

Luis contó los billetes, torció el gesto. Sabía perfectamente que su hermano estaba metiendo la uña donde no debía. Sacó de debajo del colchón su bolsa de Cobreros repleta de paquetillos de heroína y coca. Separó dos de cada

—Cuatro paquetillos son tres mil doscientas. Fartan las dos libras —dijo a su hermano antes de entregarle los cuatro paquetillos.

—Bueno, quillo, te las debo.

—No, a ocho libras cada paquetillo le estoy perdiendo el parné, Eduardo. Son tres talegos doscientas.

—Quillo, que te digo que te las debo.

—Que no, que aluego tú nunca pagas ná.

No le faltaba la razón a Luis. Eduardo era mal pagador, sobre todo con sus hermanos, y el mayor de los Molina gobernaba su negocio con mano de hierro. No daba de fiado a nadie. Eduardo volvió a meter la mano en su bolsillo para sacar otro arrugado billete de mil. Torció levemente la cabeza y entornó los ojos mientras movía los labios como en gesto de calcular alguna suma.

—Entonces, si te doy otro talego, a ocho libras son… tienes que darme cinco paquetillos, ¿no?

—¿De dónde has sacao tó ese parné?

Llegó la pregunta. Eduardo la estaba esperando desde que sacó los arrugados billetes de sus pantalones tejanos.

—Qué pasa… —Hizo ver que se medio ofendía por la inquisitiva pregunta del hermano—. Son mis ganancias, lo que he ganao con la grifa.

—¿Lo que has ganao?

Bien sabía Luis dónde estaban las ganancias de su hermano. Cantó algún gallo; quedaban gallos en Sevilla.

—Eduardo, por nuestra mama, ¿vas a hacerle otra pirula al Camarasa? Se va a mosquear, y aluego ya sabes quién se come tus marrones.

Quedaron los dos hermanos en silencio. Eduardo esperaba a que su hermano se decidiera de una vez a entregarle los paquetillos.

—Quillo, ¿me vas a bisnar la droga o qué?

Extrajo Luis de la bolsa los cinco cartuchos demandados y se los entregó.

—Eduardo, joé, ¿me vas a decir acana lo que te pasa?

—No me pasa ná.

—Es por el Camarasa, ¿verdá?

—No es por el Viejo. Es por la pestañí. La otra noche descalabré a un mono ahí en el derribo.

—No me jodas, Eduardo.

—Le pegué un macetaso en la chola y se quedó tirao. Ayer me dijo el Papeleto que me habían reconocío en unas afotos.

—No me jodas, por favor, Eduardo.

—¡¿Qué quieres que haga?! Dise el Papeleto que lo junó en el Punto Cero. Estaba detenío y junó que chamullaban de mí.

—¿Pero eso cuándo ha sío? No me habías dicho ná.

—La otra noche. El mes pasao. Ya casi me se había orvidao. Además, al madero no le pasó ná. Tienen la perola muy dura. Pero me tengo que najar.

Quedaron en silencio. No tenía el Bizco ninguna gana de los sermones de su hermano mayor.

—Me estoy orinando —anunció Eduardo. Se abrió la puerta de la otra habitación y apareció la cabeza despeinada de María, la soñolienta expresión preocupada.

—Niño… ¿pasa argo? Es muy temprano.

—Ná, que me estoy orinando.

Eduardo descorrió el cerrojo y partió veloz. Desde la cama, Luis escuchó su precipitada carrera escalones abajo hasta el patio, luego la puerta del retrete y el pestillo echado.

—Vuerve a la cama, mama. No pasa ná.

Pero todo eso había ocurrido por la mañana. Ahora, han pasado las horas y son las nueve y pico de la noche. Camarasa silba agarrado a las rejas de la cancela, Pedrito

acude con el pesado llavero para franquearle la entrada. Taco queda en silencio en el palo de su jaula.

—Niño… aligera, cojones —masculla el Viejo.

**17. Calle Jerónimo Hernández, agosto de 1982.** Les invité el último día del mes de agosto. Para entonces ya éramos amigos y nos agradaba chutarnos juntos, en buena compaña. Estábamos en casa de Carlos Serena, un tercero derecha oscuro y diminuto en la calle Jerónimo Hernández, alrededor de una mesa enorme de madera de pino rodeada de sofá y sillones donde hundirse en la inconsciencia sin necesidad de conservar un ojo abierto. Degustábamos un excelente té moruno con hierbabuena y mucho azúcar cuando tomé la decisión. En realidad, hacía días que lo deseaba.

Ninguno de quienes estaban conmigo intentó disuadirme, todo lo contrario, les parecía de perlas que yo vendiera en las joyerías de compra-venta de la Alfalfa mi alianza de oro. Más aún si luego empleaba el dinero conseguido en invitarles a un rendido homenaje, como era mi intención. De todas formas, aquella alianza ya no aliaba nada.

Ahora tenía otros aliados, Carlos, Martina, y la mujer de Carlos, Engracia, que era la artífice de aquel dulce y tonificante té moruno —muy caliente, mucho azúcar, mucha hierbabuena—. No lo pensé dos veces, miré mi dedo anular izquierdo. Me decidí.

No sé por qué razón, pero preferí ir solo, les dije que me esperaran en el piso, que no tardaría, y ellos me rogaron que eso, que no tardara, que me esperaban impacientes. Salí poco antes de las ocho, con el tiempo algo justo para encontrar abiertas las joyerías de compra-venta de la Alfalfa. Salgo del piso, bajo las escaleras, calle Jerónimo Hernández, doblo por Sor Ángela de la Cruz, cruzo la calle Imagen, callejeo hasta llegar a la calle Alcaicería, busco con la vista las joyerías de la calle y sus anuncios —compro oro, compro plata—, dejo atrás la tienda de cucuruchos y capirotes Antigua Casa Rodríguez, sigo, me detengo justo debajo del número 31, retrocedo, localizo, se compra oro se compra plata, Joyería Martín Romo, diviso detrás del escaparate fragmentos del joyero en su taller —cabeza y rostro de perfil con un chisme especie de lente o lupa en el ojo derecho, también se distingue una mano y un trozo de hombro—, la puerta de cristal está cerrada, hay un timbre y ningún cliente, son las ocho menos un minuto de la tarde de este soleado día de final de agosto, verano de 1982.

Eché la última mirada a la alianza de oro, todavía en mi dedo anular. Lo que es la vida, me dije. Con los dedos de la mano derecha deslicé muy lentamente el anillo hasta extraerlo definitivamente de donde estuvo cumpliendo su misión de alianza y símbolo de compromiso

durante los últimos siete años. Llamé al timbre con el dedo anular desnudo. Vi como el joyero giraba su cabeza y me miraba con largueza antes de levantarse de la silla, luego se quitó del ojo el chisme entre monóculo y lupa y desapareció de mi campo de visión. Reapareció al instante por una puerta al fondo y atravesó la pequeña tienda en un par de zancadas. Abrió. Era un hombre de unos

cuarenta años, alto, delgado, de expresión desconfiada. No se permitió ni una sonrisa en todo el tiempo que duró la transacción. Era evidente que yo no le había gustado.

—Es mi anillo de casado —le dije mostrando la franja blanca que había dejado la alianza en mi anular moreno tostado por el sol.

No daba signos de escucharme. Raspó el anillo, le echó una gotita de no sé qué, lo pesó en una balanza de precisión, lo tomó entre sus dedos y lo estuvo mirando demasiado rato. Yo pensaba en Sofía, ¿era una afrenta vender aquella alianza? ¿Estaba quizás mal hecho?

—Necesito su carné de identidad —anunció mientras leía la inscripción en el interior del anillo: una fecha (la de nuestra boda) y dos nombres, el mío y el de Sofía. Luego depositó con sumo cuidado y muy despacio el objeto de oro sobre el mostrador, entre su persona y la mía. Lo señaló con la recortada uña de su dedo meñique.

—Puedo darle cuatro mil pesetas por él.

Me pareció bien. El día anterior le había calculado un par de billetes verdes, de modo que me pareció estupendo y yo sí me permití una sonrisa abierta y sincera.

—De acuerdo. Cuatro mil pesetas. —Acepté encantado el trato y le tendí mi viejo y baqueteado carné de identidad. Tomó el DNI y lo alzó con la mano izquierda, a la altura de sus ojos. Lo miró por delante y por detrás. Comprobó la foto. Sacó de algún cajón del mostrador una libreta de registro y copió los datos de mi carné, la fecha de la transacción y la descripción de la pequeña joya. Escribía muy rápido y con letra diminuta.

—Su documento.

Puso el gastado y roído por las esquinas documento nacional de identidad sobre el cristal impoluto del mostrador, y enseguida, de la caja registradora, extrajo cuatro billetes de mil.

—Y su dinero —concluyó depositando los cuatro billetes junto al

carné. Cuatro talegos con el destino más que decidido.

—Adiós —me despedí. El joyero no abrió la boca. Tampoco me quitó el ojo de encima hasta que no salí de su joyería.

Retrocedí por la Alcaicería hasta la Alfalfa, navegué radiante de júbilo bajo sus frondosos plátanos, sonreía a la gente que sentada en los veladores refrescaba el gaznate con cerveza helada. ¿Tenía algún remordimiento? Ni uno. Ni una duda. No sentía ningún lazo, ninguna obligación con aquel objeto circular de oro que había cumplido un cometido y que ahora iba a desempeñar otro. Los objetos siempre a mi servicio. No encontraba mejor destino para aquellos cuatro billetes que el de darnos un homenaje, mis amigos y un servidor. Frené en seco. De algún modo… ¿se podía tratar aquello de una venganza contra Sofía? Seguí mi camino, daba igual, una venganza, un homenaje, las palabras, como los objetos, también se ponían a mi servicio. Y además, iba a invitar a mis amigos. ¿Qué más se le podía pedir a la vida?

Aquella fue una buena tarde de agosto. Antes de la puesta de sol ya habíamos conseguido cambiar los cuatro billetes por cuatro paquetillos, dos de coca y dos de caballo. Todo había ido como la seda, fácil, rápido y sencillo. Circulaba buena cocaína aquel verano en Sevilla, y un aceptable caballo turco, marrón claro. Preparamos la mezcla en una cuchara sopera y la dividimos en cuatro partes exactas, igual para todos, un diez de caballo y coca en las cuatro jeringuillas.

Fue un chute intenso. Ya he dicho que la cocaína era de buena calidad. Alita de mosca, la llamaban. La coca tiene una subida fulminante, recuerdo que quise hablar, que abrí la boca y lancé mi aliento al mundo: aaahhhh. Luego, empezó a salir música de mis orejas. Carlos se moría de la risa, me miraba con mucha guasa, veía mi expresión estupefacta con la boca abierta y se meaba de la risa. No eran carcajadas, era una sonrisa infinita que le iluminaba la cara y emitía música. No, la música era de Martina que había rescatado una guitarra de algún rincón del piso y rasgaba sus cuatro cuerdas supervivientes, y cantaba. Cantaba con una hermosa voz en un idioma incomprensible.

—¿Eso qué es, en qué canta? —pregunté a Carlos, quien no bajaba la intensidad de su deslumbrante sonrisa contagiosa.

—En flamenco, amigo mío. En flamenco valón.

—La hostia. —Fue lo único que pude decir.

De pronto estaba de pie, de pronto no me sostenían las piernas y tuve que dejarme caer en el sillón más próximo. Engracia y Carlos sonreían felices en el desvencijado sofá de la inconsciencia. Martina soltó la guitarra. Hablábamos. A Carlos le encantaba teorizar sobre la droga.

—Esto de la droga… no se puede ir con menudencias, el truco es estar siempre al borde de la sobredosis, lanzarse a ciegas y confiar en ella, es una cuestión de confianza,

¿pero quién se fía hoy en día de nadie, o de nada? La droga solo vale la pena si realmente vale la pena, si se deja sentir, si te sube, si libera dentro de ti sus efectos, y eso no siempre sucede. Conozco un montón de gente que lo único que les produce es vómitos, vértigo y mal rollo a raudales. ¿Por qué? Porque la reprimen, no la dejan liberarse de verdad, la expulsan de su interior, la temen. Temen sus efectos. No la dejan expandirse, y la droga necesita espacio y expansión. Y nuestra confianza. Si te quieres enterar de verdad de los efectos de la coca… ponte un pedazo de raya de cocaína, sin miedo, joder, nada de rayitas de mierda para quedarse siempre a medias.

Serena teorizaba sobre la droga, yo hablaba de Sofía.

—Sofía no es mala gente. Sofía es un error. Un bello y hermoso error de negros cabellos. Un error en mi vida. No es mala gente. Tiene un ego poderoso, eso sí. Y cuida su imagen. Su prestigio.

—Entiendo. —Entendía Carlos, asentía comprensivo a mis palabras.

—Su prestigio de mujer deseable, su prestigio de buena persona, su prestigio de mujer moderna y sin prejuicios. Ese es su prestigio favorito.

Me zumbaban los oídos, me levanté del sillón, caminé flotando una cuarta sobre el suelo. Hablaba de Sofía y no sentía tristeza. ¿Debería? Me sentía con todo el derecho del mundo a demoler historias de amor. A desintegrar apegos y dependencias como se desintegraba todo en la nada detrás de aquel chute intenso. Todo. Incluso el amor, incluso el tiempo, incluso el miedo. Me sentía agradecido. Podía sentarme en el sofá de la inconsciencia, cerrar los ojos y soltar amarras sin miedo ninguno. Por mucho que el futuro pudiera ser espeluznante… por mucho que estuvieras a punto de ser tragado por el caos y el horror, si tenías una jeringuilla con un diez de caballo y coca todo estaba bien. Sin pegas.

Pero no era el caso. De momento no parecía que fuéramos a ser tragados por el caos y el horror.

**18. Estación de autobuses del Prado, agosto de 1982.** A las nueve y pico de la noche, en el mismo momento en que Camarasa llega a San Luis 65 con doscientos gramos de heroína turca en los calzoncillos, Eduardo deambula por la Ronda Miraflores, más bizco que nunca, planeando vagamente la huida no se sabe adónde. Sigue por María Auxiliadora, sigue por Recaredo. La triste verdad es que no tiene adónde ir. Sigue por Menéndez y Pelayo. Fuera de su barrio, lejos de su gente, es un animal frágil y comido por los complejos: el número uno, su bizquera congénita. El dos, su absoluta timidez.

No lo puede evitar. Qué más quisiera él que mostrarse cordial, amable, ocurrente, por lo menos con los suyos, con la familia. Pero ni eso. Como no sabe comportarse con normalidad parece un sujeto desabrido, esaborío, con mucho malaje. Eduardo solo pierde la timidez cuando arremete, cuando pelea, cuando pasa a la acción. El resto del tiempo, para no meter la pata, calla. Eduardo es un ser silencioso. Su otra particularidad: es muy devoto. Dice que el día más feliz de su vida fue el día de su primera comunión; pero esto es porque una vez, cuando niño en la escuela, una de las pocas veces que Eduardo pisó una escuela, el maestro de Religión explicó una anécdota de Napoleón. Dice que en cierta ocasión, tras una batalla gloriosamente ganada al enemigo, sus generales le preguntaron si era aquel el día más feliz de su vida, y Napoleón, bajando por un momento la arrogante mirada al suelo y con palabras humildes y sencillas les contestó que no, que el día más feliz de su vida había sido el día de su primera comunión. A Eduardo le cautivó la anécdota y se la apropió. Era una de las pocas cosas íntimas que Eduardo contaba de sí mismo. Pero en su interior, reconoce que el día más feliz de su vida fue aquel en que probó la heroína por primera vez. Y eso sí es verdad. Porque dejó de importarle el mundo, y porque calló —como siempre había callado—, pero esta vez calló a gusto, calló porque quiso, porque fue capaz de degustar el silencio que le acompañaba a todas horas. Eduardo el Bizco era un ser solitario y silencioso. La heroína le permitía seguir siendo así, exactamente tal como era, pero sin complejos. Años atrás, se había dado cuenta de que cuando bebía el alcohol le hacía ser más locuaz. Entonces sí, al beber perdía los complejos y era capaz de buscar compañía, de decir cosas que sobrio jamás diría, pero, en verdad, lo que ocurría era que se hartaba de decir tonterías de las que luego, si es que era capaz de recordarlas, se arrepentía. Con la heroína era otra cosa. Con la heroína Eduardo se acepta así, callado y solitario, no siente la necesidad de hablar, de ser ingenioso como su hermano Pedrito, o de ser deseado por las mujeres, como su hermano Luis. Ahora, después de un chute, la bizquera le importa un bledo y cuando se mira al espejo no es para sentirse feo,

bizco y estúpido. Se queda simplemente mirándose, sin necesidad de más, silencioso y solitario, con el pensamiento al ralentí. Más feliz que en el día de su primera comunión.

No se dio ni cuenta y ya dejaba atrás los Jardines de Murillo. Había pasado todo el día escondido en su Templo del Jaguar, sin decidirse a nada. Amargado por no haberse quedado con todo el dinero del Viejo. ¿Pero sería idiota? ¿Por qué no se había quedado con todo? Era una cosa incomprensible. Porque, vamos a ver… puestos a dar el palo ya daba lo mismo hacerlo por diez que por veinte que por mil. Si el plan consistía en fugarse lo lógico era haber arramblado con todo el dinero. ¿Por qué no lo hizo? No podía comprender cómo era tan idiota. ¿Por miedo? ¿El Viejo le daba miedo? No era un argumento: Eduardo sabía que Camarasa iba a ir a por él de todas maneras, daba igual la cantidad rapiñada. Eso era ya lo de menos. Entonces… ¿por qué había hecho el memo de esa manera? Le había sisado diez mil pesetas y le había devuelto ochenta y cinco mil.

¡Ochenta y cinco mil pesetas! Ahora podría viajar como los señores en su autobús para Coria. En vez de eso, se había gastado aquellos diez talegos miserables en paquetillos y ahora no le quedaba una peseta. Se hubiera dado de cabezazos.

Llegó por fin a la estación de autobuses del Prado. Una larga caminata sin dejar de cavilar. Tenía que irse de la ciudad como fuera. Quizás si pudiera llegar a Coria del Río… Coria era el único lugar conocido. Coria, la orilla derecha del Guadalquivir… Por un momento tuvo un sentimiento idílico. ¿Salían autobuses a Coria de aquella estación?

No tenía ni un duro para coger el autobús. Pensó en pedir dinero a los viajeros que esperaban en los andenes. Pero Eduardo inspiraba mucho temor. Detectó una pareja de Nacionales apostados en el vestíbulo de entrada, Eduardo pasó por delante de ellos sin mirarlos siquiera. Los andenes estaban sucios y muy poblados, los autocares efectuaban sus maniobras y trabajaban a destajo los tubos de escape. El lugar era desangelado y Eduardo se sintió triste y tuvo miedo. Todavía le quedaban un par de paquetillos en el bolsillo chico de sus pantalones. Estar merodeando por allá era muy arriesgado, en las estaciones de autobuses abundaban los señores. Discretamente, se dirigió a una pareja de jóvenes —chico y chica— que miraban los periódicos del kiosco de prensa. Preparó mentalmente las palabras y el tono en que las iba a decir.

—Oye… ¿Sabéis de dónde salen los autobuses pa Coria?

Le miraron con absoluta desconfianza.

—Ni idea. Pregunta en información.

—Es que quiero ir pa Coria y no tengo un pavo. ¿Ustedes me podéis ayudar con argo? Lo que sea.

Mueven casi imperceptiblemente la cabeza negando. Miran hacia el vestíbulo deseando ver aparecer a los Nacionales. Eduardo lanza una mirada aviesa con el ojo

desenfocado, se retira murmurando maldiciones por lo bajo. Cae al lado de una mujer de edad junto a sus maletas en el andén once.

—Señora, ¿sabe usté de dónde salen los autobuses pa Coria?

La señora ni se mueve, ni le responde, ni le mira. Eduardo se da por enterado y no insiste. Pasa una especie de jipi por su lado, con mochila y saco de dormir. Con este ya no se pone tan fino.

—Quillo… ¿dónde salen los autobuses pa Coria?

—No sé, tío. ¿Has preguntado en información?

—¿Información? ¿Eso dónde está?

—Ahí dentro, al lado de las taquillas, me parece.

—Lo que pasa es que tengo que ir a Coria y no me queda un guil.

—Ya. Pues yo soy igual de pobre que tú —dice, pero se rebusca en los bolsillos hasta encontrar una moneda de veinte duros—. No sé cuánto cuesta ir hasta Coria. ¿Te llegará con eso?

Le alcanza la dorada moneda, Eduardo la toma y no le da ni las gracias. Pero antes de subir a cualquier autobús necesita meterse esos dos paquetillos. Busca en los andenes un servicio de caballeros. Tiene el presentimiento de que lo van a pillar ya, en cualquier momento, cuando menos se lo espere. Que sea cuando me haya metido los paquetillos, pide por favor. No tarda en encontrar lo que busca: servicios. Caballeros, señoras.

Sucios y malolientes. Necesita un grifo y un váter con pestillo. Justo cuando entra en los meaderos ve por el rabillo del ojo a la pareja de guardias entrando en los andenes. Que me dé tiempo por favor que me dé tiempo por favor, reza a la Virgen del Rocío, de la que es ferviente devoto. Llena apresuradamente la jeringuilla en un lavabo sin

importarle la presencia de un hombre que se seca las manos con una toalla de papel; parece marroquí. Eduardo se mete en un retrete, comprueba que tiene pestillo. Preparar en tal sumidero el chute va a ser tarea complicada. Apoya la cuchara en la tapa del váter, vierte en ella el contenido de los dos paquetillos, el agua de la jeringuilla, mezcla con el émbolo. Alguien acaba de abrir la puerta de los servicios, puede que sea el moro que se va. No, alguien anda por los meaderos. Más de uno. Están hablando. Ya lo tiene todo listo. Solo falta encontrarse la vena y metérselo, rápido, rápido. Recuerda la noche en el Templo del Jaguar; también tuvo que meterse un pico apresuradamente, con el aliento de los monos ya en la nuca. En aquella ocasión lo consiguió. Pincha una vena del

antebrazo, tira del émbolo, nada, ni una gota de sangre. Otra vez. Saca la aguja, prueba en otro lugar algo más abajo, succiona, otra vez nada. Llaman a la puerta.

—Está ocupao.

Insisten:

—Oiga…

—Está ocupao.

—Abra la puerta, por favor. Policía.

Le dio tal brinco el corazón que casi se le cae la chuta al suelo.

—Un momento que estoy cagando.

—Abra la puerta o la tiramos abajo.

—Y yo le digo que estoy cagando. Espere por lo menos que me limpie el culo.

Eduardo seguía buscándose la vena mientras intentaba contener lo incontenible.

Arreciaron los porrazos en la puerta.

—¡Abra o tiramos la puerta abajo!

Pinchó por cuarta o quinta vez, succionó… la jeringuilla se llenó de sangre. Una patada de bota militar hizo temblar la puerta.

—¡¡Abre, hijo de puta!!

Otra patada que lo hace temblar todo. Eduardo aflojó el torniquete y empujó el émbolo hasta abajo, con una puerta un poco más resistente hasta se podría haber dado un par de bombeos. De todas maneras, la puerta se había portado. Eduardo se sintió muy agradecido. Ya le subía el sabor de la cocaína por la garganta. Qué buenas puertas se hacían antes; seguro que esta puerta es de las de antes. A la tercera patada se partió el pestillo, entró el policía, la porra en alto, arrasando. Eduardo Molina, con toda la mala leche, le clavó la jeringuilla en el dorso de la mano.

**19. Barrio de la Macarena. Invierno de 1982.** Pasó el tiempo. Sofía ya no estaba conmigo, vivía con su maromo en un pequeño piso de la calle Relator, muy cercano a la plaza del Pumarejo. Las gatas y yo seguíamos en la Moravia; la plaza seguía igual, su frutería, su marisquería Paco, su bodega Mercedes… pero yo no seguía igual, las cosas habían cambiado. Para empezar estaba solo, sin compañera, sin novia, aunque le tenía echado el ojo a una bonita rubia de doradas piernas que frecuentaba el piso de unos amigos, en Padre Manjón, detrás de la iglesia de Santa Marina. Más datos: estaba oficialmente enganchado. Había sufrido mi primer mono; tan desagradable que no me apetece siquiera escribir sobre él, describir sus síntomas, ni sus peculiaridades. Para terminar, la situación económica se presentaba crítica. La droga es todo menos barata, drogarme me salía por un ojo de la cara. Dejé de pagar el alquiler. No fue una decisión fría. Simplemente, no lo pagaba porque no podía, no me llegaba el dinero. Me lo gastaba todo en droga. Pero seguía no bastando, empecé a vender lo poco que tenía: libros, discos, mi colección de cómics. Pero seguía sin bastar: recurrí entonces a los sablazos. Amigos y familiares comenzaron a temer verme aparecer por sus hogares, o por sus puestos de trabajo: oye, mira… el caso es que necesito dos mil pesetas. ¿Tú me las puedes dejar? Te prometo que te las devuelvo mañana mismo.

Definitivamente, llegaron a Sevilla los kilogramos de heroína, se esparcieron por los barrios de la ciudad, el centro era una terminal de la red de distribución y venta.

Aunque en el Pumarejo se seguía vendiendo hachís, ahora reinaba la heroína. Los camellos se repartían las esquinas estratégicas, llegaron *dealers* de todos los barrios; llegaron también nuevos clientes, personal de todos los pelajes. Con el caballo llegaban también las pastillas, el Rohipnol, Trankimazin, Tranxilium y todas las demás.

Se espesó el ambiente. Se perdió la cordialidad.

El Márquez fue uno de los primeros en triunfar como camello de masas. Su territorio se extendía por la calle Arrayán, desde la esquina con San Luis hasta el número 17, otro edificio de leyenda para los yonquis de la Macarena. El Márquez vendía paquetillos de mil pesetas, gramos, medios gramos y cuartos de gramo. Con su 850 de color blanco llegaba tarde por la mañana, a eso de las doce; con él una pequeña multitud de primos, cuñados, lugartenientes en general que ejercían de aguaores y lo protegían de las sirlas.

Los Molina continuaban con el negocio. Heroína y hachís. El Amparito funciona a todo gas, la Mari y Luis son pareja, venden paquetillos y se aman en la trastienda del Amparito. Rafael y Pedrito seguían con sus bolas de hachís en la calle San Luis, o en el lóbrego y tenebroso zigzag de la calle Macasta, donde la familia de tapias. El Viejo no les permitía vender heroína.

Exactamente tal como lo predijera Joaquín Camarasa, el Gamba ya estaba en la calle, libre, cometiendo tropelías y vendiendo paquetillos de Cola-Cao. Comprando el *ABC* de balde, desayunando de balde, quitándole los paquetillos a los pringaos. Y de vez en cuando a los no-pringaos. El Gamba se atrevía (casi) con todos. ¿Quién más? Ah, sí…

los Papelinos, que eran familia del Márquez, tenían siempre la misma calidad que él y compartían su territorio. Y el Vinlora. El Vinlora trabajaba frente al Cateto, muy cerca de Pedrito y Rafael Molina. De vez en cuando peleaban a gritos y se mentaban la puta madre, pero nunca llegaba la cosa a ponerse sangrienta.

**20. Plaza de la Encarnación, diciembre de 1982.** Un par de meses tardó el Gamba en salir del centro penitenciario Sevilla 1. Todos murmuraban en la Macarena sobre lo pronto que lo habían puesto en la calle. Tras su breve estancia en la cárcel el Gamba todavía no ha vuelto a poner los pies en el Amparito. Ha utilizado el mes de noviembre para volverse a enganchar con especial saña. Todas las mañanas, cuando se despierta urgido por la necesidad de la droga, el Gamba se desespera, medita planes absurdos y desea horribles castigos al calorro hijo de la gran puta que vino a trastocárselo todo, a desmontarle el tinglado, a cagarlo todo. ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo! Ha sufrido la mayor afrenta de su vida y ha sido incapaz de vengarse, se quedó sin reacción, sin recursos, viendo cómo le arrebataban impunemente su lugar de privilegio en el Amparito. Nunca le había pasado nada similar. Nunca nadie había sido capaz de enfrentársele. Nadie.

Claro que nunca había tenido un enemigo tan formidable. Los Molina.

Porque no era solo Luis Molina. Era la familia en pleno. Si se enfrentaba a Luis se tenía que enfrentar luego con sus hermanos, y vete a saber si también contra primos y demás morralla familiar. Eso templaba los ánimos más exaltados. Pero el Gamba no olvidaba. Nunca.

Solo posponía su ansiada venganza en espera de una mejor oportunidad. Y mientras tanto, cortado el grifo del Amparito, se dedicaba a timar a los incautos. O a sirlarles droga y dineros. Abordaba a sus víctimas desde su bicicleta de paseo. En vez de bomba para hinchar neumáticos portaba en el cuadro de la bicicleta una pequeña y manejable hacha de un solo filo.

La mañana del quince de diciembre de 1982 el Gamba abrió los ojos a las siete en punto de la mañana. Sabía que era inútil tratar de seguir durmiendo, de modo que haciendo un gran esfuerzo levantó de la cama su cuerpo helado de plomo. Se sentía espantosamente mal. Con todos los nervios de punta. Pero se levantó. Paqui, su mujer, hacía ver que dormía, pero en realidad rezaba para que se fuera sin decirle nada, sin pedirle nada. Nada. Cuanto antes le perdiera de vista mucho mejor. Desde que pasó lo de Luis Molina en el Amparito estaba insoportable, peor, estaba peligroso. Tras salir de la cárcel había vuelto un par de veces a casa con la camisa manchada de sangre.

Afortunadamente, los niños estaban ya dormidos y no se percataron de nada. Por cierto, los niños como si no existieran, Rafael solo los nombra para jurar por ellos. La Paqui empieza a tener miedo de su hombre.

Se sentía el Gamba peor que nunca en su vida. Un retortijón agudo lo sacó del dormitorio y hasta se permitió una leve carrera de todos modos insuficiente para no llegar con los pantalones del pijama ensuciados.

—¡Mierda de Dios! —clamó el Gamba mientras se limpiaba como podía el trasero.

Luego se quitó los pantalones del pijama y los calzoncillos y los metió en el cesto de la

ropa sucia, pringando todo lo que tocaban. Se levantó, vomitó, más retortijones… Una odiosa y espesísima nube negra de desesperanza, tristeza y agobio absoluto se le instaló en el alma. Solo se sintió un poco mejor cuando se imaginó a Luis Molina apuñalado por la espalda y despojado luego de droga y dinero. Toda la droga. Tuvo Rafael una

especie de premonición. Un miligramo de esperanza que agarró por el cuello y no quiso soltar. Una puñalada por la espalda. Estableció un vaguísimo plan en su mente. No tenía fuerza para pensar. Solo para ver una imagen al final del camino: Luis Molina apuñalado por la espalda. Ese era el plan. Luego, quitárselo todo, droga y dinero. Se sentía espantosamente mal. Helado por el frío interior. Todos los nervios de punta. Se cagaba y vomitaba por las esquinas, solo tenía fuerza para conservar aquel pensamiento gratificante. Un miligramo de esperanza para caminar aquel sendero que acaba con un puñal en la espalda del gitano.

Salió del cuarto de baño, volvió a la alcoba para vestirse. Calzoncillos limpios, pantalones estrechos de pana, camisa de cuadros por encima del pantalón. La Paqui hacía ver que dormía, pero sabía que antes o después la despertaría para pedirle algo, un café, que le planchara la camisa, que recogiera el vomitado del cuarto de baño, porque a Rafael el Gamba le disgusta ver signos de desorden y suciedad en su casa.

Pero se fue. Se puso los zapatos y se fue, sin decir ni pío. Escogió una navaja automática de acero inoxidable de Albacete, un palmo de afilado acero. Dejó la bicicleta donde estaba, amarrada en un rincón del portal, tras la cancela. No hubiera podido dar una pedalada. Salió a la calle, comenzaba a clarear. Se estremeció desagradablemente, le pitaban los oídos y el corazón le latía desacompasado. Los calambres y los retortijones casi no le dejaban caminar. Y el paralizador frío. Recordó el día en el Amparito. El gitano le había escupido un gargajo a los pies. Y el Gamba había huido. Había huido, es verdad. Pues bien, ahora volvía, a la hora del alba, volvía dando camballás, enmonado como nunca en la vida, débil y con todos los nervios de punta, pero con una fría determinación en su mente. Daría muerte al gitano. Luego, Dios diría. Mantendría su miligramo de esperanza. No es difícil clavarle un palmo de acero a un hombre cuando se está determinado a ello. Tuvo que pararse a vomitar frente a las persianas echadas de Calzados Taconeo. Vomitó con saña, despreciaba a los comerciantes, despreciaba en general a la gente del barrio, pero ahora estaba solo, nadie por la calle, todos los comercios cerrados, solo en la plaza de abastos se veía animación, la gente de los puestos trabajaba. El Gamba era hijo de uno de aquellos puesteros, concretamente el puesto número 16 entrando a la derecha, un puesto de recova, pollos, queso fresco, cartones de huevos, pinchitos de pollo, hamburguesas y salchichas de pollo. Al Gamba le irritaba la visión de su padre en el mercado, rodeado de pollos, dando coba a las señoras, siempre obsequioso, siempre atento a su trabajo. Durante toda su primera juventud el Gamba luchó para dejar bien claro que no iba a entrar en el negocio del

viejo. Él tenía otras miras. Que no se creyera su viejo que tenía ilusión ninguna en heredar el puesto de la recova, porque no, porque la recova le daba asco.

Nadie sabe qué ambiciones alimentaba la peligrosa mente del Gamba cuando juraba que sus planes pasaban por desaparecer cuanto antes del barrio para que no le vieran nunca más el pelo. Pero se casó y se fue a vivir al edificio de al lado. Y tuvo dos hijos.

Puta recova. Puto gitano de mierda. ¿Y qué me dices de la Mari? A la Mari también le iba a dar lo suyo, pero desde luego, el primero en caer, eso estaba fuera de toda duda, iba a ser el calorro hijoputa que le había desmontado el negocio.

Todavía no vivían juntos la Mari y Luis Molina. El gitano quería hacer las cosas bien, complacer a su mama, a quien sus hijos —con Eduardo ya en presidio— daban más disgustos que alegrías. María veía con mucha inquietud cómo el dinero se gastaba con la misma pasmosa facilidad con que se ganaba. Su hijo mayor, Luis, alimentaba un enganche más que notable, y como él, su hermano Rafael; y el pequeño Pedrito iba por el mismo camino. Todo aquel dispendio, todos aquellos paquetillos consumidos por los tres hermanos día tras día, era alimentado por una sola ubre. La ubre que Joaquín Camarasa renueva todas las semanas sin fallar, 125 gramos a la semana, un cuarto de kilo quincenal, un kilo de heroína cada dos meses. Eran millones de pesetas, pues bien, en casa de los Molina seguía habiendo estrecheces económicas, y lo que es peor, a Camarasa le debían dinero y no había manera de rebajar la deuda. Rafael Narváez, el Gamba, consideraba que ya habían ganado todo el dinero que tenían que ganar, y que igualmente habían consumido toda la droga que tenían que consumir. Kilos de droga, kilos de billetes. Qué dispendio. Todo aquello lo disfrutaba ahora aquel hijo de la gran puta que se había permitido echarle del Amparito, el calorro de mierda, Luis Molina odiado, odiado, odiado, que se permitía mirarle con aires de superioridad, a él, ¡al Gamba! Se tuvo que detener a respirar, se estaba sofocando, pensar en el gitano le daba sofoco; se dedicó a imaginar una venganza dulce, placentera, a la medida de la terrible ofensa. No pasaba nadie por la calle. Caminó toda la calle Feria hasta su esquina con Relator y dobló entonces a la derecha hacia la plaza del Pumarejo. El Amparito estaba cerrado, se acuclilló detrás de un Seat aparcado en la otra acera, justo enfrente del garito. Alzó la cabeza y olió el amanecer. Se hacía de día. Mientras esperaba volvieron los retortijones, se bajó los pantalones y defecó a placer. Se limpió con el papel de una multa que por aparcar mal tenía sujeta entre cristal y limpiaparabrisas el turismo tras el cual se ocultaba. Juró que todo lo

pagaría el gitano convenientemente. Nada quedaría por cobrar. Lo juraba el Gamba. Pulsó —¡tchak!— el resorte de la navaja y besó la hoja de acero. Besó su filo. Se le acalambraban las piernas. Se sentía mal. Todo lo pagaría el gitano.

Pero llegó antes la Mari.

No había pensado en tal eventualidad.

Engracia y yo nos hicimos buenos amigos. Desde luego, ella estaba muy enamorada de Carlos, quizás más que él de ella, pero a mí me consideraba su amigo, y tenía conmigo confianzas que no tenía con su amante. Además, Carlos era arrollador y algo ególatra.

No dejaba hablar a nadie y siempre llevaba la razón. Si se discutía con él demolía al contrario con sólidos e impecables argumentos. De modo que, de vez en cuando, Engracia necesitaba de mi compañía, para charlar, para sentirse escuchada.

Enseñaba dibujo en un Instituto de Enseñanza Media, en Alcalá de Guadaira. Le gustaba la pintura, le gustaba pintar, pintaba cuadros oscuros y atormentados, coches que se salían de la autopista y emprendían vuelo tras perder el control en una curva peligrosa; hojas de guillotina en el momento de tomar contacto con el cogote del ajusticiado. Carlos, cuyos gustos eran algo morbosos, era su primer admirador.

También Martina, dibujante de cómics, le dedicaba sus elogios y estaban considerando la posibilidad de hacer algo juntas, pero eran divagaciones.

Engracia era una mujer atractiva, tenía treinta y tantos años cuando la conocí.

Cabellos negros y muy rizados, ojos marrones de mirada triste, cuerpo frágil y delgado.

Mujer melancólica y soñadora. Me gustaba Engracia, me gustaba mucho su nombre, Engracia. Nos hicimos buenos amigos.

El día quince de diciembre de aquel año fatídico Carlos Serena y Engracia García se habían levantado sin un duro en los bolsillos, y por supuesto sin droga. Nada, cero.

Aquel mes de diciembre estaba siendo especialmente duro para todos. Carlos no había podido realizar sus negocios habituales. Habían

detenido a su principal proveedor y tuvo que desistir de realizar su mensual viaje a Ubrique. En cuanto al cheque que recibía de su casa a primeros de mes ya se lo habían fundido. Engracia no sabía dónde pedir dinero prestado. En el banco la miraban con suspicacia y le daba vergüenza ir a suplicar a la ventanilla.

Era un lunes muy temprano, no más de las siete. Engracia tenía clase a las diez de la mañana. Tres horas para buscarse la vida. Panorama: Carlos en la cama hecho polvo, esperando quizás algún milagro, que la vida se mostrara compasiva por una puta vez.

Compasiva. Dos mil pesetas de compasión. No pedía más. Comprendía que no le convenía confiar demasiado en los milagros, pero es que no podía con su alma, yacía en el catre aplastado por toneladas de mono, de gorila inmenso. Por suerte, tenía a su compañera, y en ella confiaba. Engracia lo sabía. Podía sentir en sus carnes el apalanque

de su compañero. Y no era un peso baladí. Pero estaba enamorada y se lo perdonaba.

Engracia también estaba hecha fosfatina, pero respiró, se concienció, expulsó fantasmas y malos presagios de su mente y espíritu. Bajó las escaleras hasta salir al portal de su casa en la calle Jerónimo Hernández. Le pesaban plomo las pantorrillas y no menos el espíritu. Luchó contra la desesperanza, trazó un plan. Primero había que conseguir dinero, dos mil pesetas mínimo. Luego, comprarla, ¿dónde? En el Amparito Luis Molina daba buenos paquetillos de talego. Seguía siendo el camello de moda aquel invierno tras los mundiales de fútbol en España.

Encontrar dos mil pesetas a las ocho de la mañana, un lunes, no era tarea fácil. Tenía que pedirlas a alguien, a alguna amistad, o familiar, quizás a su amiga Marta Morón, la que trabaja en el Banco Santander de la calle Feria. Pero hasta las ocho y media no abrían al público. Media hora. Qué impaciencia. Media hora para conseguir probablemente nada. Los amigos estaban quemados, advertidos, suspicaces y muy hartos la mayoría. Era muy temprano, no podía ir a casa de sus padres, ni, por supuesto, pedírselo a su hermano. Con su hermano, bronca segura. Pensó en sus amigos de enganche, Martina, o yo, pero nos desechó rápido, a Martina porque se habían peleado el mes anterior por un problema con Kennedy, el perro de la dibujante belga. Por lo visto, Carlos le había endiñado una patada en el costado en un rapto de malhumor y sin venir demasiado a cuento. En cuanto a mí, bien sabía Engracia que, como ellos, estaba en la ruina más absoluta. Sí, no le quedaba otra que acudir a su amiga Marta Morón.

Dejó Engracia la calle Jerónimo Hernández para tomar por Regina y en línea recta por Feria hasta la puerta del Banco de Santander. Seguro que su amiga Marta ya estaría ahí dentro, en su despacho, preparando la jornada, ajena a los dramas yonquis; entró Engracia en la cafetería más cercana a pedir un vaso de agua. No tenía ni para desayunar. Olía a tostada y a café exprés, aunque tampoco tenía hambre.

—Engracia.

Oyó que la llamaban a sus espaldas, se volvió. Marta entrando en la cafetería con un compañero de trabajo.

Inmediatamente, supo Marta Morón que le iba a pedir dinero.

—Marta… hola. Precisamente… estaba esperando a que abrieran el Banco para entrar a saludarte.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

Engracia esperó a que el acompañante se retirara hacia la barra para pedir los desayunos. Su amiga se conocía ya todas las excusas, de modo que no demoró en explicaciones.

—Necesito dos mil pesetas. Mañana me dan un anticipo, seguro, y te las podré devolver, seguro, sin problema.

—Dos cafés con leche, una tostada y media y… —En la barra de la cafetería encargaba su comanda el amigo de la Morón. Dudó. No sabía si debía mostrarse cortés con esa mujer de cara compungida que hablaba ahora con Marta. Decidió que no le iba a costar demasiado esfuerzo. Se acercó hasta ellas y preguntó.

—¿Quieres tomar algo?

Engracia dudó. No le vendría mal calentar un poco los interiores. Empezaba a sentir frío.

—Vale… un café con leche.

—¿Tostada no?

—Gracias, te lo agradezco pero hasta dentro de un rato no me entra nada sólido en el estómago.

Pidió un café con leche el hombre que decidió ser cortés y se alejó discretamente para que las amigas pudieran secretear a su gusto.

—No tengo dos mil pesetas, Engracia, de verdad. Estamos a mitad de mes y no ando muy boyante.

—Pero es que te las puedo devolver mañana mismo, de verdad, te lo prometo.

Mañana me dan un anticipo en el trabajo y…

—Ya, pero es que no puedo, Engracia. Ya sabes que luego pasa lo que pasa, hay problemas, no te dan el anticipo o te dan menos de lo que esperabas. Yo sé que tu intención es devolvérmelo, de eso no tengo ninguna duda, pero luego la vida se te pone en contra y se te hace imposible cumplir. Ya nos ha pasado más de una vez.

Engracia sintió un desagradable calambre de ansiedad en el estómago. No lo iba a conseguir. Miró a Marta, miró luego al acompañante de Marta.

—¿Y tu amigo? A lo mejor tu amigo puede, no le importa. ¿Se lo pregunto?

—Engracia, por favor, no tengo confianza con ese hombre, somos compañeros de trabajo y a veces desayunamos juntos porque coincidimos en el turno, y ya está.

Engracia, te lo ruego, no insistas, comprende que hoy no puede ser.

—¿Ni mil pesetas tampoco? Aunque solo sean mil pesetas. Me sacarían del apuro.

Marta suspiró. Era un poco mayor que Engracia. Tiempo atrás había estado muy cerca de ser posesionada por el espíritu. El soplo le pasó rozando. Finalmente, con un poco de esfuerzo pudo vencer el embate. Comprendía medianamente a Engracia.

Decidió aliviar a su amiga.

—Bueno… mil pesetas sí que te las puedo dejar. Pero por favor, mañana…

—Te lo juro. Mañana te las devuelvo. Fijo.

Puso cara de dudarlo mucho Marta Morón. Sacó el billetero de su bolso, y del billetero un verde billete de mil pesetas. Pudo ver Engracia que en el interior del billetero había otro billete verde, pero no se atrevió a insistir. Llegaron los cafés, y un poco más tarde la

tostada y media.

La Mari se colocó frente a la persiana metálica dándole toda la espalda al Gamba, buscaba las llaves en el bolso de piel. La calle estaba desierta, ni un alma, el Gamba atisbaba a través de los cristales del coche estacionado. Dudó. No tenía mucho tiempo para pensar, podía rajar a la Mari ahora mismo. Y luego, quitarle la droga. Matar a la Mari significaba asestar un golpe terrible al gitano para toda la vida. Cuánto más hubiera preferido matar a Luis Molina, pero Luis no estaba. La Mari encontró las llaves, el Gamba flexionó las piernas y se levantó silenciosamente, enarboló la navaja, la Mari hurgaba con las llaves en la cerradura. Justo en ese momento aparecía la escuálida figura de Juani Melero por la esquina de Malpartida. Venía arrastrándose, tosiendo, parecía que iba a echar las tripas, vio a la Mari, contuvo las toses.

—Mari… vengo hecho porvo.

—Ya te veo… ya te veo. Pues no hay ná hasta dentro una mijita.

—¿No hay ná? —Desanimadísimo Melero con ocho monedas de cien y dos de cincuenta apretadas en la diestra.

—Hasta que no llegue el Luis, no.

Rafael Narváez volvió a acuclillarse detrás del turismo aparcado. No hay ná.

Aunque saliera ahora de detrás del coche y le abriera la cabeza a la Mari… No había ná.

Es decir, se daría el gustazo de enviarla con todos sus muertos, pero ni eso le iba a quitar el mono horrible que no le dejaba vivir. Sintió regueros de sudor helado corriendo por su espalda. Y además, ese no era el plan. El plan era ajusticiar al gitano para quitarle drogas y dineros. Sí, era un plan de lo más vago, pero era un plan. Y había un orden: primero, matar al gitano. Segundo, quitarle la droga. Tercero, quitarse el mono. En realidad, la prioridad absoluta era quitarse el mono. Quizás, quizás por delante de ajusticiar al gitano. Sintió que se echaba para atrás y aclaró definitivamente su línea de acción: quitarse el mono. Luego, con tiempo y la mente clara, ajusticiar al gitano. De momento, la Mari quedaba perdonada.

Aparecieron otros clientes. Venían del Pumarejo. Mientras la Mari subía la persiana metálica fueron informados por Melero, que se había quedado clavado en el sitio con la esperanza de ver aparecer a Luis

Molina en cualquier momento.

—No hay ná.

—¿No hay ná?

Eran dos chavales del Polígono Norte. ¿Qué hacían en la Macarena comprando caballo? Todo el mundo sabía que en el Polígono se despachaban paquetillos mejores y más grandes.

—No hay ná en ningún lao.

Su puta madre. Todo le salía mal.

—Gamba, ¿qué haces ahí agachao?

Era Miguel Niebla. No le había oído llegar. Se estaba descuidando. No contestó, le envió una mirada tenebrosa, el Niebla siguió su camino. Por la calle Relator aparecía ahora Engracia García arrastrando los pies, apretando en su mano derecha el billete de mil pesetas que le acaba de prestar su amiga Marta Morón. El Gamba se levantó como el rayo y abandonó su posición tras el automóvil, cruzó la calle, se apostó en la esquina de Malpartida; Engracia no se percató, iba distraída, ensimismada en sus pensamientos. Su amiga Marta le había resuelto un poco la mañana con aquel billete de mil. Pero solo un poco. Con algo de suerte, si conseguía un cartucho decente podría compartirlo con su hombre Serena, pero si le pasaban una miseria tendría que pinchárselo a solas en algún derribo, o quizás en los servicios de alguna cafetería. Era siempre el mismo dilema

cuando había poca droga: si la compartías, no le hacía efecto a nadie; si no la compartías te asaltaban sentimientos de culpabilidad. La mayoría de los yonquis no se habrían planteado ningún problema. Engracia conservaba los escrúpulos y los principios.

En eso estaba, que si sí que si no, cuando una garra se clavó en su brazo, tiró de ella,

¿qué es esto?, le hicieron doblar la esquina de un violento empujón. Engracia trastabilló, levantó la mirada y enfocó el rostro siniestro del Gamba. Todavía no entendía que era una sirla, que le iban a quitar su billete de mil.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras en su mente se hacía la luz.

El Gamba no hablaba. Llevaba en la diestra la pavorosa navaja.

Engracia se orinó encima, y luego, sin decir palabra, Rafael Narváez, el Gamba, le hundió el acero entre las costillas alcanzándole el corazón. Engracia cayó al suelo atónita, fue una caída lenta, se apoyó en una mano antes de quedar definitivamente tirada en el suelo, estupefacta, no podía creerlo, debía tratarse de una pesadilla, se esforzó en despertar pero no despertó. El Gamba arrebató de la mano crispada el billete de mil. Miró el ensangrentado cuerpo de Engracia García durante escasos segundos, luego se guardó la navaja sin limpiarla, se fue por Malpartida y salió a la calle Parras. Nadie le había visto, suponía. No era la primera vez que dejaba un cuerpo tirado a sus espaldas. No estaba demasiado preocupado. Al final siempre caía de pie.

No hubo consuelo. Hubo imprecaciones, juramentos, dolor, incredulidad. Carlos Serena quedó tocado para siempre; en cuanto a los demás, tardamos lo nuestro en recuperarnos. Además del sentimiento de angustia, de la tristeza, del sentimiento de pérdida… además de la estupefacción, el miedo. El horrible miedo, el miedo insuperable de que aquello se pudiera repetir. Otra vez. El asesino andaba libre y nos sentíamos incapaces de soportar otro episodio igual o similar.

Martina y yo estuvimos con Carlos aquellos días trágicos de funeral y cementerio.

La familia de Engracia, con los ojos hinchados de llorar y la mirada recelosa, se apartaba de nosotros. No vinieron ni a preguntarnos. Sabían perfectamente que éramos sus amigos pero nos ponían mala cara, estoy seguro de que nos consideraban responsables de su muerte. Tras hacerle la autopsia los médicos informaron a la familia de que Engracia tenía restos de heroína y coca en la sangre. Se lo comunicaron al hermano. No lo sabía, nadie de su familia lo sabía. No se lo esperaban en absoluto. Desde que supieron que Engracia había ingerido estupefacientes las malas caras se tornaron en agresivas miradas de odio absoluto. Optamos por desaparecer discretamente.

Sabíamos que la había matado el Gamba. Toda la Macarena lo sabía, pero nadie se atrevió a delatarlo y la policía lo dejó tranquilo. Nos lo cruzábamos casi todos los días por las calles del barrio. Él también sabía perfectamente quienes éramos nosotros y nos miraba provocativo, con una media sonrisa. Nos miraba fijo hasta que apartábamos la mirada.

Me sentía incapaz de hacer nada. Ni siquiera acudir a la policía. ¿Para qué? ¿Qué se podía hacer? Engracia estaba muerta y eso ya no tenía

solución. Por supuesto que hubiéramos hecho pedazos al Gamba con mucho gusto, pero nosotros éramos de otra pasta. Jamás nos habíamos visto en otra igual. No sabíamos pelear, odiábamos la violencia, no estábamos curtidos para enfrentarnos a una bestia de tal calibre. La venganza era un sueño, una idea disparatada. Algunos chavales de la Macarena empezaron a mirarnos con desprecio, a tildarnos de cobardes por no dar la cara. Luis Molina callaba, pero un día nos ofreció su ayuda. Fue una de las veces que entramos en el Amparito a comprar caballo. Concretamente, se lo dijo a Carlos Serena.

—Quillo, el día que tú quieras darle mulé al Gamba… cuenta con este gitano.

**21. Plaza de la Concordia, 11 enero de 1984.** En 1616 fue un Colegio, el conjunto del Colegio Jesuita de San Hermenegildo. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767 fue hospicio y correccional, albergó la institución de los Niños Toribios, que recogía a jóvenes huérfanos para darles educación. Fue también cárcel religiosa, sede de la hermandad de la Escuela de Cristo, reñidero de gallos y acuartelamiento de tropas de artillería. Y, en su momento de mayor gloria, sede de las Cortes, que estuvieron reunidas desde el 23 de abril hasta el 11 de junio de 1823.

El once de enero de 1984 la Sala San Hermenegildo fue el lugar donde besé por vez primera a Soledad, mi rubia de doradas piernas, la noche que la Compañía de Teatro Callejero La Pupa estrenó en la Sala San Hermenegildo, reconvertida en espacio teatral, su espectáculo *Nos Los Inquisidores*. Una noche de estreno y amor.

En nombre de Dios y por los clavos de Jesucristo, en nombre de los santos arcángeles San Miguel y San Gabriel,

¡huid! ¡Desapareced de mi vista, espíritus podridos y vomitados por la luna, enemigos del sol!

¡Tú, que te regocijas con el aullido del lobo y andas errante como un mal espíritu y rondas los sepulcros y nos traes el mal agüero…

en nombre de Dios, date preso, pecador!

El Gran Inquisidor Alonso Becerra entró en la sala montado en sus altísimos zancos de madera. Una gran capa roja como la sangre le cubría todo el cuerpo hasta los pies. No llevaba gorro cardenalicio, ni bonete, solo su larga melena negra cayéndole sobre los hombros. Iba tan alto que su cabeza daba casi contra los focos que iluminaban la escena.

Entró dando voces, a grandes zancadas, volteando el largo y pesado bastón que parece que vaya a salir despedido contra el público en cualquier momento. Hay tensión entre los espectadores de las primeras filas. El Gran Inquisidor está indignado porque Francisco Medrano le acaba de birlar a su amante Teresa utilizando sospechosos filtros de amor. Francisco Medrano, el brujo, el poeta. Todavía recuerdo algún fragmento del romance de Francisco Medrano:

Medrano se muere, la tarde es de piedra y forma paredes por donde la hiedra

de nuestro destino

crece y se enreda.

En definitiva, el Inquisidor no vacilará en enviar a la hoguera a su rival. Pero la Sala San Hermenegildo no es una sala de teatro, tiene el suelo de losa de mármol y patina como si le hubieran dado cera, de modo que la contera de goma de los zancos no se agarra lo debido en el piso y resbala, el Inquisidor Becerra recupera el equilibrio pero el zanco izquierdo vuelve a resbalar, recupera, resbala, quiere apoyarse en su bastón, pero el bastón también resbala, se agarra a un trípode que sostiene dos focos laterales y se lo lleva por delante, trípode y Gran Inquisidor por los suelos. Uno de los focos estalla con sordo estrépito —¡buum!— al dar contra el piso. Hay un murmullo general. Sorpresa

¿Estaba preparado? Nunca se sabe. Medrano el Hereje se dirige tranquilamente al trípode caído, lo levanta, retira de escena todos los fragmentos del foco roto que puede apilar y recoger. Lo hace en un santiamén mientras el Gran Inquisidor sigue con su perorata desde el suelo; el Hereje ha sido tan rápido en solucionar el incidente que no ha habido tiempo para que nadie se ponga demasiado nervioso, la obra sigue su curso y hay quien sigue pensando que estaba todo preparado. Alonso Becerra se reincorpora majestuoso sobre sus zancos para señalar al Hereje Medrano y condenarlo a muerte.

—Francisco Medrano, este tribunal os condena a morir ejecutado por procedimiento de garrote y condena asimismo a que vuestros hijos y nietos no tengan jamás alegría moral ninguna, ni tengan ni usen oficios públicos, ni honras, ni sean jueces, alcaldes, mercaderes, ni notarios ni otros oficios que públicos sean, y para que todo esto sea cierto y confirmado cúmplase de modo inmediato la dicha sentencia.

El público está concentrado y pendiente de la suerte de Francisco

Medrano. En las primeras filas mi rubia sigue atenta la obra. A veces mira hacia el sector de la orquestina, donde estoy situado. Y nos miramos. Saber que me está mirando me pone firme en escena. En aquel invierno, aunque la heroína ya comenzaba a estragar mi cuerpo, todavía conservaba la forma y cierta agilidad. En el tiempo que llevaba en La Pupa había aprendido las técnicas más elementales del teatro de calle, y aunque nunca tuve una gran musculatura, sí era bueno para el salto y la acrobacia. Fue un poco por eso que enamoré a Soledad. Me conoció en mi época de andar con las manos, de dar saltos mortales y de tocar el clarinete. Aunque ya entre mis propios compañeros se comenzaba a murmurar que si me pinchaba o me dejaba de pinchar. Y no me preocupaba mucho en acallar los rumores. Me gustaba que se hablara de mí. La vanidad tiene caminos insospechados.

El final del espectáculo era una animada pieza de música celta rescatada de antiguas partituras. Como colofón del espectáculo, y para no olvidar los callejeros orígenes de la compañía, se había dispuesto un pasacalle interior desde la escena hasta el vestíbulo de la entrada y se invitó al público a participar en él. Fue un estreno intenso, una noche intensa. Acabamos la función en la antesala, tocando nuestros instrumentos y bailando entre la gente. Finalmente, la compañía invitó a unas copas para celebrar el éxito obtenido. Además de la copa hubo música con el guitarrista Maky Cacahuey y una cantante colombiana, Liliana Montes, que tocaron su repertorio de tangos, boleros y *standards* de jazz. En la misma antesala había también una exposición: cuadros y dibujos de Manuel Oliveros. Busqué con la vista a mi rubia entre el público. Por ahí andaba, con una cerveza en la mano y un pitillo en la otra. Vi un montón de caras conocidas, Sofía, sola, sin el maromo. Y Martina Van Maertens. Busqué también la figura de Carlos Serena, que podía haber estado ahí, en la orquestina de la compañía, con nosotros —era un excelente trompetista—, pero no estaba. De hecho, no tenía ni trompeta. La había vendido por cuatro cuartos y no la echaba de menos. Carlos no tenía ya ninguna gana de trompeta. Le invité a venir el día del estreno, me dijo que sí, que vendría, pero no vino. Acabada la última pieza musical, actores y músicos fuimos retirándonos a los camerinos, pero antes pude saludar por fin a mi rubia, le cogí ambas manos, la miré a los ojos.

—Bésame —le pedí que me besara. Por el rabillo del ojo vi que Sofía no me quitaba el ojo de encima. No podía creerse que me gustara otra mujer.

—Acompáñame a los camerinos —le pedí con misterio a mi chica.

—¿A los camerinos?

—Sí, te quiero invitar. ¿No te apetece una rayita?

—¿Una raya de qué?

—De caballo y coca. Un *speedball*. ¿Lo has probado alguna vez?

—Con caballo, no. La coca sí la he tomado muchas veces.

Subimos por una escalera hasta la sala que cumplía funciones de camerino. Sillas, filas de bombillas sobre el espejo y la estrecha mesa a lo largo de toda la pared. Yo tenía un espacio y una silla asignados. Allí tenía mi ropa y otras pertenencias. Mis compañeros alborotaban mientras se cambiaban y desmaquillaban. Todos estábamos contentos, nos felicitábamos, la amante del Inquisidor descorchó una botella de

*champagne*. Además de mi rubia había otros novios y novias brindando por los presentes y futuros éxitos de la compañía. Descolgué de la barra del vestuario una percha con mis pantalones tejanos, busqué mi cartera en los bolsillos de detrás.

—Ven conmigo —cogí de la mano a Soledad y me la llevé a los servicios. Algún compañero me miró con guasa. Oí ciertas risillas a mis espaldas.

Dispuse un pequeño espejo de mano en la repisa del lavabo y mezclé en su superficie con una pequeña navaja el polvo marrón con el polvo blanco, heroína y coca.

Deshice algún grumo de polvo antes de formar sobre el espejo cuatro líneas que procuré exactas en grosor y longitud. Finalmente, enrollé un billete de mil cual canutillo y se lo ofrecí a la muchacha.

—Las damas primero.

—Muchas gracias, caballero.

Aplicó un extremo del canutillo en la fosa izquierda de su nariz, el otro en la punta de una de las cuatro líneas… y aspiró, swishhh, con fruición, swishhh.

—Ahora el otro agujero —informé.

—¿Qué?

—Que ahora el otro agujero. Es una raya por cada agujero de la nariz.

—¿Seguro?

—Claro. Venga, aspira.

Aspiró.

—Aspira.

Aspiró, swishhh, hasta la última molécula. No quedaba ni una mota y seguía aspirando sobre lo que fue su raya y era ya solo la superficie del espejo, swishhh. Echó luego el cuerpo hacia atrás y aplicó cual tapón las yemas de sus dedos en las fosas nasales para que no cayera ni una partícula de polvo. Dejó por fin el billete enrollado sobre la mesa.

—Te toca.

Ya me disponía a aspirar la primera raya cuando Soledad, derribando la silla donde estaba sentada, salió como una centella hacia el retrete. Aspiré las dos rayas mientras la oía vomitar. Salió del baño dando camballás.

—Qué a gusto me he quedado.

—¿Estás bien?

—Sí… Muy bien. Claro que estoy bien. Dame una fregona para recoger esto.

—Tú no te preocupes. Ya lo recojo yo. Tú siéntate tranquila.

Busqué cubo y fregona en el cuartito correspondiente, al lado de los servicios. Llené el cubo de agua. Podía escuchar el bullicio de la fiesta, la voz de la colombiana y el acompañamiento de la guitarra. La chica y yo solos. Me acerqué, la cogí de la mano, la besé. Sentí que no era el mejor momento. Ella estaba muy pálida.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—No sé si quiero vomitar otra vez. Pero estoy muy bien.

—¿Quieres beber algo?

—Un poco de agua.

—¿Seguro que estás bien?

—Que sí, hombre. No seas pesado. Déjame un momento que me pase este primer subidón. Necesito tomar un poco de aire. Voy abajo.

Quedé algo cortado, sin saber qué hacer o qué decir. Y se fue, bajó las escaleras y se fue y me dejó solo. Aproveché para volver al camerino, quitarme el maquillaje y cambiarme de ropa. Abajo seguía el bullicio. Yo pensaba en Carlos Serena. La última vez que hablamos me contó que se había abandonado al enganche de manera premeditada. La muerte de Engracia fue la excusa definitiva. Adoptaba aires trágicos para decir que no había nada en la vida que valiera la pena. Solo un buen chute.

—La muerte de Engracia me dejó esa enseñanza: es lo único que vale la pena, un buen chute. Todo lo demás, mierda. ¿O a ti hay algo que te guste más que un buen chute?

—Hombre…

—No, joder, sé sincero, tío, mírate dentro y responde con toda sinceridad. ¿Hay algo mejor, que te guste más, que te apetezca más en estos momentos que un buen chute de caballo y coca?

Carlos me preguntaba eso en la soledad de su casa, sentados en el sofá de la inconsciencia y yo no sabía qué decir. Quedaba en silencio. Me esforzaba en ser sincero, pero me daba miedo ir demasiado al fondo, a la incuestionable verdad. Una cosa era verdad: estábamos colgados.

Dejé los recuerdos y volví a la realidad del camerino. Estábamos colgados. Pero me había enamorado de Soledad. Otro cuelgue. Bajé las escaleras. Había gente por todos sitios, en la escalera, en el escenario, entre las sillas de los espectadores… Crucé la sala y fui hacia el vestíbulo, intenté localizar a mi rubia.

Nada. No daba con ella. Amigos y conocidos se acercaban para saludarme y felicitarme. La obra había gustado mucho.

—Canijo, enhorabuena. Me ha gustado mucho muchísimo. Sinceramente te lo digo.

Vi también a mis compañeros ya cambiados y desmaquillados. Seguían las felicitaciones. Gente sosteniendo vasos de papel con cerveza, Coca-Cola, vino. Patatas fritas y chucherías. Mucho bullicio. La rubia seguía sin aparecer. Saludé a mi amiga, la dibujante belga, Martina. Se mostraba impresionada por el trabajo de la compañía.

Todos le habían gustado: actores, músicos, técnicos… Martina era muy

buen público, adoraba el arte, la expresión, la belleza. Me estuvo contando que su cómic estaba ya a punto de salir en uno de los próximos números de *El Kolek*. Yo asentía.

—Bueno, pues nada, Martina. A ver si vemos tus dibujos este mes que entra en los kioscos.

—Sí, seguro en febrero. Y si no, seguro seguro en marzo.

Le miré las pupilas. Puntas de alfiler. Las mías debían de estar igual. Sonreí. Aunque fuera un poco rollista me gustaba Martina, me hacía gracia. Y hay que reconocer que dibujaba con maestría. Salí al fresco de la noche, estuve un buen rato hipnotizándome con la fuente de la plaza. Alguien me tapó los ojos por detrás, supe que era ella. Me inundó la felicidad.

# SEGUNDA PARTE

## ALAMEDA DE HÉRCULES

**1. Sevilla, la Alameda, 1987 (la primera migración).** Hacia la segunda mitad de los ochenta se produjo la primera migración de camellos de la Macarena. El Pumarejo empezó a dar signos de cansancio y aparecieron nuevos puntos para la venta de la heroína en la Alameda y más concretamente en sus aledaños, la plaza de la Mata y la calle Joaquín Costa, que alcanzarían merecido renombre durante el primer lustro de los noventa. Yo tardé en acudir a los camellos de Joaquín Costa, estaba hecho a la calle San Luis y al Pumarejo. Finalmente, acabé siendo, por supuesto, uno de sus habituales. Lo cierto es que los traficantes no pudieron competir contra las inmobiliarias que protegían sus inversiones en los pisos nuevos que ya configuraban nuevos ambientes y paisajes en el barrio de la Macarena, de forma que tuvieron que cambiar de aires.

En la Alameda comenzaron a comprar las putas, todas enganchadas al caballo y a la cocaína. Las putas y sus chulos, claro. Luego, llegamos todos los demás.

A finales de los ochenta se vende en todo lo que se puede denominar Zona Alameda: plaza de la Mata, la referida Joaquín Costa y sus traseras y perpendiculares: Juan Pérez de Montalbán, Niño Perdido, la calle Barcos… En los territorios de la Alameda está el Huelva, alto, fuerte y de voz suave, enfundado siempre en su chaqueta de piel —hasta el día que un atrevido osó robársela—; las Canarias, dos hermanas pelirrojas, peligrosísima la pequeña —dieciséis años— a la que le gusta pasear con un cuchillo de cocina en la mano; los Mohamed, que traen la heroína de La Línea y venden buenos paquetillos en las esquinas de Joaquín Costa. También se vende en la cancela de la calle Llerena, por donde asoman rostros en la penumbra y manos que recogen el dinero y entregan la droga.

Las cosas han cambiado en la Zona Pumarejo, hay menos camellos y los que hay se han pasado al polvo, ya casi no se vende hachís. Dispersos por la zona venden los pequeños camellos que emplean en los Polígonos y Tres Mil Viviendas: Rafael de la Muerte, las ventanas de San Marcos, los Papelinos, el Pavo, el Pocaslibras, sociedades como la del Balines con los Rosauros, los Mordía, los Niebla, y a veinte minutos del Pumarejo, en el Polígono Norte, el Tito, los Visos, la Tórtola…

En la plaza San Marcos mandaba el Márquez pequeño, hermano del gran Márquez que empezó su imperio en la esquina de Arrayán con San Luis. El Márquez mayor se había instalado en el número 15 de Arrayán. Otro edificio de leyenda. Ya la entrada era una trampa, una ratonera con escaleras por las que te podían aparecer sombras de

todos los pelajes. La droga se despachaba por las ventanas de los bajos que dan a la calle. El trasiego era continuo a cualquier hora del día y de la noche: compradores, yonquis, desocupados y sirladores, pues la configuración de la entradilla era ideal para

esconderse y aparecer en el momento justo para, ¡hop!, romperte la cara, quitarte la droga y desaparecer en las tinieblas. Rondaban pájaros de todas las calañas por dentro y fuera de la casa, bajando y subiendo escaleras, pidelibras a todas horas apostados en esquinas y poyetes cercanos al edificio. Los pidelibras qué temibles son. Solo una estrategia funciona con ellos, la estrategia del no, pero esto es algo fácil de decir y difícil de aplicar si no eres de una pasta similar a la de ellos. Los pidelibras prueban, tantean, y si te detectan miedo, entonces pasan al grado superior, el de sirlaores. Pero seamos justos, no todos los pidelibras son atracadores en potencia, los hay que no pasan del grado pelmazo. Pelmas de toda la vida, dame argo, compi, ¿te sobra una libra? Mírate bien los bolsillos, que me faltan diez duros para el paquetillo. Y tú: pues no, no tengo un duro, eso que suena son las llaves.

Comprar heroína se estaba poniendo cada vez más complicado. La plaza de la Mata era el vértice del ángulo agudo que forma la calle Joaquín Costa y Juan Pérez de Montalbán detrás de la Alameda. Tierra de prostitutas, yonquis, travestidos y policías. La sucia y abandonada plaza de la Mata con sus incombustibles limoneros que agradecen el maltrato ofreciendo todas las primaveras el gratísimo aroma del azahar que florecía abundante en sus polvorientas ramas. En el tronco de uno de esos limoneros había grabado el Pocaslibras su nombre y una fecha, 1987, con su navaja de siniestro resorte automático. Yo he visto esa navaja en acción —y no para grabar la firma de nadie en el tronco de un árbol—. Pero no eran ese autógrafo y esa fecha las únicas inscripciones a cuchillo en los limoneros de la plaza. Había leyendas: Aquí murió el Tiramillas, por cabrón. Era cierto. Al pie de ese limonero fue donde cayó de traicionera cuchillada por la espalda. Amenazas: Billi, te he de cortar los huevos. Billi, el temible Billy el Niño de la policía secreta del Grupo VI de Estupefacientes —son muchas las ciudades que han tenido un policía corrupto apodado Billy el Niño—. Eran realmente entretenidos aquellos limoneros, sobre todo si conocías los nombres grabados en sus troncos.

No pasaba ni un coche a las cuatro de la tarde de un día del mes de junio por estas calles nunca demasiado transitadas. Acababa de entregar mi dinero al Cateto, que trabajaba entonces, es decir, que daba la cara por el Gitano Mollerusa, también conocido como el

Cuatrolatas por el viejo Renault 4L que acostumbraba a conducir. La misión del Cateto era coger mi dinero y subir con él a la casa del Cuatrolatas, cambiarlo por los paquetillos pertinentes y bajar de nuevo a la calle para entregarme la droga. Este método, como se puede observar, ofrece todas las ventajas al dueño de la droga, una relativa seguridad al camello menor —o intermediario— y todas las desventajas al cliente —yo—, puesto que al entregar la pasta te tienes que fiar, primero: de que el intermediario no se fugue con ella. Segundo: de que el polvo sea de tu agrado, luego es muy difícil reclamar cuando ya te has desprendido del dinero y el camello está en su casa, a salvo de quejas y clientes descontentos, máxime sabiendo que la primera verdad

del drogadicto es: no te fíes ni de ti mismo. De ti menos que de nadie. Cumpliéndose también la segunda verdad: el cliente siempre lleva las de perder.

Así estaba yo aquella calurosa y vacía tarde, lee que te lee las inscripciones de los limoneros. Hacía algún rato ya que el Cateto había subido con mi dinero en busca de la droga y yo empezaba a impacientarme. Pero me gustaba el material que trabajaba el Cuatrolatas y creía que valía la pena esperar, ya lo dice la tercera gran verdad del drogadicto: el cliente siempre espera. El sol caía vertical, a plomo, sobre la plaza de la Mata, pero, si te digo la verdad, poco era lo que me importaba el calor en aquellos momentos, ni siquiera me daba cuenta de la despiadada potencia de los rayos solares.

Solo deseaba ver aparecer a mi hombre con los paquetillos para desaparecer cuanto antes del lugar. Cinco paquetillos, «tres y dos», tres mil pesetas de heroína y otras dos mil de cocaína arriesgadas en un futuro que se empezaba a mostrar incierto.

Soledad esperaba en casa, a mí y a los cinco paquetillos. Vivíamos en la calle Bécquer, en un ático muy parecido al de la plaza de la Moravia, de donde nos tuvimos que ir por orden judicial, es decir, nos embargaron por impago de no sé cuántos meses atrasados.

Pues bien, si ustedes han leído o leen tebeos quizás conozcan la página que con el título *13, Rue del Percebe* dibuja Francisco Ibáñez (el creador de Mortadelo y Filemón), un edificio cortado longitudinalmente de manera que cada viñeta está ocupada por la vivienda de un inquilino o familia de ellos, desde la portería hasta el tejado: la portera, el veterinario del primero, el creador de monstruos, los tres niños terribles del segundo, las viejecitas temibles que no se enteran de nada, el ladrón y su señora… y en la buhardilla, el moroso

que nunca paga. Los acreedores llaman y aporrean su puerta, pero el moroso siempre tiene alguna trampa dispuesta para quitárselos de encima.

Cuántas veces nos habíamos reído al compararnos con el inefable moroso de *13, Rue del Percebe*. Hasta tenía un gato, igual que Soledad y yo, que todavía conservábamos a Samara —Camelia murió envenenada cuando aún vivíamos en la plaza de la Moravia—

. Además de nosotros, el edificio ofrecía otras similitudes con la página del genial Ibáñez: un tendero en la esquina, una solterona enamorada de sus mascotas de todo tipo, y, por supuesto, la portera.

La portería de Bécquer era diminuta. La portera se llamaba Juana, bajita y regordeta.

Vivía con su hija Rocío, también gordita, dieciocho alegres años. A Rocío le gustaba cantar, le chiflaba la copla y entonaba por la Pantoja, es decir, cantaba sus canciones y la imitaba en todo: inflexiones de voz, el característico deje de la tonadillera, manera de moverse en el escenario… Convivía temporalmente con ellas el novio de Rocío, Emilio, un salmantino de afectada voz que estudiaba Filosofía. Emilio guardaba las formas delante de su futura suegra y no compartía dormitorio con Rocío, tenía su propia habitación y era asombroso ver cómo se encajaba en aquel cubículo, igual que verle

moverse casi de perfil entre las dos orondas mujeres en aquella casa en la que no faltaba detalle: el vídeo, la máquina de coser, una televisión enorme, tabla de planchar con mucha ropa siempre sin planchar y mueble librería atiborrado de figurillas, porcelanas, giraldas luminosas y flores de plástico. Juana no movía jamás el culo de su poltrona, siempre sentada frente a la mesa camilla que ocupaba lo menos tres cuartas partes del comedor. Allí atendía a los vecinos y fisgaba quién entraba y quién salía. Otra de sus aficiones era el aparato de vídeo. Rocío me confió en cierta ocasión que su madre se gastaba fortunas en cintas vírgenes de vídeo. Le tenía especial afición a grabar las programaciones enteras de las diferentes cadenas de televisión.

Aquellos cinco billetes de mil que yo le acababa de entregar al Cateto en la Mata me los había dejado la portera.

—Juana... ¿me puede usted dejar cinco mil pesetas para devolvérselas el jueves próximo?

La heroína se tragaba todos nuestros ingresos y aún más. Vivíamos

constantemente endeudados y nos buscábamos la vida de todas las maneras posibles; no era la primera vez que Juana nos quitaba el mono. Lo de los sablazos siempre fue cosa delicada.

Sableaba por necesidad, porque en la balanza pesaba más la urgencia absoluta de la droga que la vergüenza que tenía que tragarme y el descrédito que irremediablemente caía sobre mí y cuidado con ese tipo que cuando menos te lo esperas te pide mil duros y si te he visto no me acuerdo.

—Juana... ¿me puede usted dejar etc., etc.?

Juana nunca ponía mala cara, al contrario, parecía agradecer la confianza. Abrió un cajón del mueble librería y de él extrajo un sobre. Pude atisbar un buen fajo de billetes de todos los colores. Aclaró Juana que era el dinero de los alquileres. Efectivamente, estábamos a día 26 y algunos vecinos habían pagado ya sus recibos. Sentí que asomaban a mis ojos destellos de codicia, y, aunque en ningún momento sentí la tentación de robar aquel dinero, a mí me daba la impresión de que se me ponía cara de ladrón. Me contaba la portera que tenía que entregar aquel dinero a primeros del mes que entraba, julio, al casero. Me estaba prestando cinco mil pesetas que no eran suyas, pero confiaba en mí. Repetí mi explicación de que esperaba un ingreso en un tiempo muy breve y que, a más tardar, se lo devolvería el jueves próximo.

Pensando estaba en la portera cuando vi salir por fin al Cateto de la casa, se acercó hasta mi posición junto a los limoneros.

—¿Has tardado mucho, no?

No contestó el Cateto, me entregó cinco bolsitas de plástico selladas por arriba con fuego. Era la moda del momento, ya casi nadie daba paquetillos de papel, ahora se imponía el plástico.

—Quillo… cuidao por ahí que está la cosa mu mala, canijo.

Miré a mis espaldas. La calle estaba vacía.

Ya tenía lo que quería. Ahora la sensación era de regocijo y plenitud. Todo había salido bien, solo quedaba llegar a casa sin incidentes. Eché a andar. Conseguir la droga era un fin en sí mismo. Eran ya casi las cuatro y media cuando llegué a casa, subí los cinco pisos sin detenerme. Antes de pulsar el timbre se abrió la puerta. Soledad estaba tan ansiosa como yo.

—Ya era hora —me dijo con el alivio ya reemplazando en su cara los signos de la preocupación—. Estaba empezando a ponerme nerviosa. ¿Has traído algo?

Abrí la mano mostrándole el trofeo con ancha sonrisa.

—Qué bien —lo repitió dos veces—, qué bien.

Quizás Carlos Serena tenía razón y no había en la vida nada mejor que un buen chute de heroína y coca.

Por un buen chute de heroína y coca, Eduardo Molina pagaba seis años de prisión en Sevilla 1. Por una jeringuilla con un «veinte» de heroína, el Gamba había apuñalado a Engracia; y por ese mismo chute, Engracia había perdido la vida en una esquina de la calle Malpartida. Por un chute de caballo y coca, me habían desahuciado de la buhardilla de la Moravia tras más de un año de no pagar el alquiler. Por un basuco de heroína con cocaína base, Luis Molina perdía el amor de la Mari y se endeudaba hasta las cejas. Por un paquetillo de caballo, Pedrito dejaba definitivamente de jugar. Por un chute en la vena de caballo y coca, Carlos Serena vendió su trompeta y quedó sin nada más que la necesidad imperiosa de otro chute a cualquier precio. Todos nosotros, poseídos por el «Espíritu», orgullosos de nuestra condición de yonquis, conscientes de entregarnos sin condiciones a la ruina más absoluta por un buen chute de heroína y cocaína. Capaces de darlo todo, la vida, el amor, la amistad, el prestigio, el orgullo, la honradez y la hacienda entera. Todo.

Por un chute de heroína y coca.

**2. Calles Malpartida/Joaquín Costa, invierno de 1988.** En Sevilla, en el barrio de la Macarena, está la calle Malpartida, que es una calle de casitas bajas y antiguas, blancas y con balcones, una calle muy cortita y en forma de ele que conecta Relator con la calle Pozo. En los primeros números de la calle Malpartida tenía su casa Marta Morón, una casa que primero fue de renta pero que al cabo de los años terminó comprando mediante préstamo hipotecario concedido por el mismo banco en donde Marta trabaja.

Pero, en fin, estos son datos poco interesantes, lo que sí interesa es que en esa casa estaba guarecido el amigo Serena mientras trataba de resolver su delicada situación, sin vivienda, sin un cobre en el bolsillo y derrotado por la muerte de su compañera Engracia. En estos últimos tiempos se le habían acabado las teorías a Carlos Serena. Se había llegado a creer todas aquellas tonterías de que estaba poseído por el

espíritu de la droga. Pero ahora lo siente como una supina estupidez. Siempre dijo las cosas que dijo como para epatar. Siempre se había ocupado de mostrar una imagen al mundo de niño terrible. De rebelde incurable. Pero se murió Engracia y empezó la corrosión. Todo vino al mismo tiempo, sus padres, hartos de no hacer carrera de Carlos, aconsejados por terapeutas y psicólogos, decidieron acabar la política de los giros postales y cortaron el grifo. También el negocio en Ubrique iba cada vez peor. Habían detenido de nuevo a su proveedor habitual pasando la frontera con veinte kilos de hachís en el maletero de su automóvil, y no encontraba otro *dealer* que se lo pusiera a precios similares. Además, sospechaba que también él estaba vigilado. Por si las moscas, lo más aconsejable era dejar los viajes a Ubrique por una temporada. Justo ahora que ha dejado de creer en sus peculiares teorías acerca de la posesión es cuando de verdad la posesión del «Espíritu»

hace estragos en su cuerpo y mente. Se avinagraba su carácter y se estaba quedando sin amistades; menos mal que le quedaba Marta. Lo que Carlos no sabía era por cuánto tiempo querría Marta seguir siendo su amiga y protectora, pues hay que reconocer que en aquellos días difíciles no pasaba Carlos Serena por sus mejores momentos, y esa sensación de encontrarse como de prestado en hogar ajeno le hacía estar acomplejado, aburrido y triste, lo que venía a empeorarlo todo. Marta sabía que la estancia de Carlos en su casa carecía de futuro, pero tenía la esperanza de que fuera lo bastante hábil como para desaparecer de escena antes de llegar al agotamiento. Le suponía Marta a Carlos Serena esa prudencia, y por otra parte tampoco era cuestión de olvidar pasados favores

—tiempo atrás Carlos le había resuelto más de una papeleta, y Marta tenía buena memoria—. Pero Carlos no se engañaba, sabía que pasarían los días y las cosas no iban a variar un ápice, es decir, seguiría sin un real, sin un trabajo… sin Engracia. Sin el apoyo de su familia. Qué tiempos aquellos, cuando se preocupaban por él, le abroncaban y era el bala perdida de los Serena. Lo que siempre quiso ser hasta que lo fue de verdad.

Son las ocho menos trece minutos de la mañana cuando Marta Morón De Castro parte rumbo al banco donde trabaja y Carlos se levanta, se calza, se viste, se asoma a la ventana del dormitorio para confirmar que el Renault de Marta ya no está en su habitual aparcamiento. Sale luego del dormitorio asignado, baja por unas escaleras muy majas con cerámica de colores en los peldaños, localiza en la planta baja la alcoba de su amiga Marta, la puerta no se cierra con llave, gira el picaporte, abre.

Penetró Carlos Serena en la alcoba, rozaron las sucias perneras de sus tejanos con el impecable edredón estampado y saltó alguna chispa al contacto. Se dirigió a la mesita de noche, acababa de localizar un espléndido billete de a dos mil reposando delicadamente sobre la madera lacada de la mesilla nocturna de su amiga Marta. Un tentador billete solitario que, como en el cuento de Alicia, parece llevar un letrero prendido con un clip en el que se lee: tómame. La tentación era formidable, se encontraba sin un real, a las ocho de la mañana y bajo los primeros síntomas del síndrome de abstinencia. Sería tedioso ahora referir las mil excusas inventadas por su ansioso cerebro para tomar el billete sin sentirse demasiado canalla, y, desde luego, se autoconvenció de que devolvería el billete antes de las tres de la tarde, hora aproximada del regreso a casa de la Morón. Carlos tenía muy claro que si su amiga se enteraba de que había profanado su alcoba y, lo que es peor, su confianza, le iba a poner automáticamente y con todos sus (pocos) enseres en la calle. Si de verdad quería tener ese dinero antes de las tres de la tarde no podía perder el tiempo en inútiles dudas o escrúpulos. Se decidió: lo tomó con la pinza de sus dedos índice y pulgar, se lo llevó a la nariz, olía a nuevo, a recién extraído del cajero, y nuevo debía ser porque crujía al moverlo, no domesticada todavía por el uso su tersura. Lo dobló en cuatro para introducirlo en el bolsillo chiquito de sus tejanos. Y anda que no le iba a variar nada la mañana, de empezarla sin un duro y con la agonía del síndrome amargándole la vida, a empezarla con el problema económico resuelto (de momento). Y si la cosa comenzaba así de bien no sería de extrañar que la suerte se le aliara ya por el resto del día, ¿por qué no? Eso es, tendría un golpe de suerte y antes de las tres, qué digo, mucho antes, a la una y media del mediodía, Marta tendría su billete en la mesita de noche, como si Carlos nunca hubiera entrado en su dormitorio, como si Carlos nunca hubiese traicionado su confianza.

Frío hacía aquella mañana todo el que quisieras, frío por fuera y frío por dentro.

Carlos avanzaba arrugado y destemplado, cargando con la chepa que le sale cuando está malo y tiene frío. Sumido en sus pensamientos algo tenebrosos atravesó Carlos la calle Feria dejando atrás el barullo del mercado para desembocar finalmente en la plaza de la Mata: aquí no hay niños, ni mujeres que vayan a la compra, ni hombres al trabajo.

Este es un submundo habitado por la no-normalidad. Miró el reloj, pasaban ya de las ocho y media, echó sus cálculos, tenía más de seis horas para recuperar las dos mil

pesetas y restituirlas a la mesilla de noche de su amiga. Tal era el plan

del día. Por lo pronto, saltaban ya las dificultades porque no se divisaban camellos en lontananza. Sí, estaba Emilio Fragoso en la entrada de la calle, apoyada su espalda en la esquina que comparte Joaquín Costa con la Mata, pero Fragoso, por muy amable que se te presente, te la puede meter doblada si le es menester. Vestía aquel día su uniforme de cuero negro: chaqueta, pantalón y botas. Pendíale del cinturón un bate de *baseball* en cuyo mango apoyaba displicente la mano diestra y rascaba, casi cariñosamente, el barniz de la madera con sus uñas negras como sus intenciones. Emilio Fragoso se acompañaba del bate más para la defensa que para la agresión, temeroso de las posibles represalias de ciertos clientes tan engañados como enfurecidos. Carlos sabía que el día anterior, a primera hora de la mañana, Fragoso había vendido algunos paquetillos de Cola-Cao a mil pesetas, haciéndolos pasar por heroína o rebujao. Cuando el estafado abría el paquetillo, ¡zas!, mil pesetas, dos mil, lo que fuera que hubiera pagado, se esfumaban en la nada de unos pocos miligramos de Cola-Cao. Trágico. Normalmente no se disponen de otras mil del ala para consolarse —los yonquis no ahorran— con la compra de una nueva dosis, no quedando más que tragar rabia, impotencia, fatiga y síndrome al precio de nada. Y retornar a la conquista del no tan vil metal, cada uno ejerciendo sus facultades, quién pidiendo, quién sableando, quién robando, con el agravante del síndrome añadido, plomo en las pantorrillas y devastación en el alma, a más de la penosa sensación de haber hecho, una vez más, el idiota.

Parado e indeciso entre los limoneros de la plaza de la Mata, confiaba Serena en la llegada de un camello de más garantía que Emilio Fragoso. Fragoso lo sabía. Sabía que Carlos no se fiaba un pelo de sus tejemanejes, aunque no por eso dejaba de intentar endilgarle sus paquetillos. Paquetones, decía él.

—Quillo, qué… tengo de las dos cosas. Paquetones.

«De las dos cosas», heroína y base (cocaína cocinada con amoníaco). Pero Carlos recelaba y Fragoso se daba cuenta.

—Oye, que yo nunca te he engañao…

Y se lo decía tan tranquilo, con toda la caradura del mundo, que él nunca le había engañao, cuando no una, sino dos veces había caído Carlos en la trampa del Cola-Cao.

Carlos le contestaba con una media sonrisa:

—Venga, hombre, Emilio, por favor, que nos conocemos…

Y Fragoso le devolvía la sonrisa, una sonrisa que no desagradaba al amigo Serena; quizás no fuera sincera, pero era una sonrisa pícara y agradable, una sonrisa con trampa que estimulaba el deseo de compra, aun sabiendo el riesgo que supone creer en la palabra de Emilio Fragoso. Por esta vez fue juicioso Carlos Serena, pero el paripé seguía su curso:

—¿Yo te he engañao alguna vez? —se asombraba el camello Fragoso —. ¿Cuándo?

—Hace quince días, Fragoso.

—Pues no sé, compi. Si tú lo dices…

Si tú lo dices… No quedaba otra que la de reírse ante aquel maestro del cinismo que negaba lo innegable sin perder la compostura. Y no era el único. En el barrio abundaban los especialistas.

Seguía Serena su camino y Fragoso quedaba en su esquina, acariciando el bate disuasorio, sonriendo y meneando un poco la cabeza, como diciendo: ay, qué bromista es este Carlos. Mira que decir que yo le he tangao.

Dejó Carlos la plaza de la Mata y entró en la calle Joaquín Costa. Ni un colegial, ni una atareada madre con la bolsa de la compra, ni un trabajador apresurándose para llegar a la hora, ni un estudiante carpeta bajo el brazo; no hay gente normal en Joaquín Costa, a ninguna hora del día. Solo camellos, desocupados, prostitutas, yonquis, travestís, sirlaores, policías… no ciudadanos corrientes de los que trabajan y desarrollan funciones dignas en el conjunto de la sociedad. Aquí, a las nueve menos veinte de la mañana, todos los que comparten esquinas y poyetes desde la Mata hasta la plaza Europa, a todo lo largo de Joaquín Costa, comparten también la idea fija de la droga incrustada en el cerebro. Así no se puede ser normal.

Seguían sin dar la cara los camellos favoritos del amigo Serena. Tentado estaba de sucumbir a la sonrisa de Emilio Fragoso quien, estafas aparte, cuando tenía droga de verdad la tenía de primerísima calidad, pero no acababa de decidirse. Esperaba a que en cualquier momento apareciese alguno de sus habituales, o bien los Marqueses, o bien Nolo el de los perros, o Rosauro el Grande, o el Mohamed. Caminó casi hasta el final de la calle y se plantó frente al portal de la Yoli; un grupito de ansiosos dirigía sus miradas al balcón del segundo piso, donde vivían la Yoli y el José, su esposo bizco, camellos de pro y mucho genio que te vendían la droga como quien te hace un favor.

Los ansiosos que clavaban la vista en el balcón eran el Cerillo y el Títere Patético y mujer. A su vera se arrimó Carlos.

—¿Tú sabes chiflar, canijo? —le preguntó el Cerillo.

A su lado, el Títere Patético lo intentaba, fiss fiss, sin resultados. Sonaba trunco el aire saliendo de sus labios. Se llevaba los dedos a la boca e intentaba todas las posturas, con la lengua doblada, fiss fiss, nada, sin doblar, fiss fiss, peor, con dos dedos en las comisuras de los labios, fiss fiss, ni modo, con pulgar e índice formando un círculo sobre la lengua y remetiendo los labios en los dientes, fiss fiss fiss, de pena. No había manera, sonaba fallido, no tomaba calidad de silbido. La cosa es que está prohibido llamar a los camellos voceando sus nombres —precauciones por si la policía, según es ley bajo el balcón de la Yoli— y había que hacerlo silbando, fiss fiss, se aplicaba el Títere pero no lo conseguía. Su mujer, una chiquita, desgarbada y deslenguada pelirroja —

parecía guiri hasta que abría la boca y maldecía el orbe con inconfundible acento granadino—, sentada en un poyete y mirando al infinito, echaba pestes por lo bajo de su marido incapaz hasta de silbar. El Cerillo aguardaba paciente con las novecientas pesetas apestilladas en la mano izquierda. Pero Carlos tenía prisa.

Y sabía silbar. Claro que sabía silbar, pero solo doblando la lengua bajo dos dedos —

pulgar y corazón en círculo—, y hacía mucho frío y no le daba la gana de sacar las manos de los bolsillos porque, por otra parte, sabía que cuando la Yoli tiene y quiere venderla no hace falta que le silbe nadie, que ella solita se asoma al balcón con la natural prisa que tienen todos los camellos en deshacerse de la mercancía, de modo que si ahora no se asomaba era porque, casi con toda seguridad, no tenía nada que vender.

No hay ná, como dicen todos los camellos de Sevilla cuando lo han vendido todo y cuentan las ganancias para emplear de nuevo en las Tres Mil Viviendas o en el Polígono Norte. No hay ná, las fatídicas palabras del desánimo pronunciadas con voz nasal; el acento del lumpen. No hay ná, a chuparla.

Aquella mañana de diciembre, silbó por fin claro y potente el Títere Patético, apodado así porque ejercía de títere en los soportales de la céntrica y comercial calle peatonal de San Eloy, frente al supermercado que entonces se llamaba como la calle. La función era

como sigue: se subía el hombre a un cajón de fruta puesto del revés, con una sábana mugrienta envolviéndole el cuerpo de la cabeza a los pies, y la cara entera, barba y bigote incluidos, maquillada con pintura colorada. Tomaba delicadamente entre el pulgar y el índice una ramita de olivo, o de romero, o de lo que fuera y tuviera a mano, y la movía así, de arriba abajo, con un movimiento mecánico que parecía querer ser el de los títeres. El texto del espectáculo era: «Señora, un duro me falta para un bocadillo».

Tenía además este sujeto una especie de sucursal que regentaba su mujer dos esquinas más al sur, en la misma calle San Eloy; claro que ella no ejercía de títere, solo se sentaba en algún poyete con una vieja maleta a su vera —creo que para dar sensación de trashumancia— y se dedicaba a pedir con un cestillo que invariablemente contenía una

dorada moneda de 100 en su fondo. Trabajaba la pelirroja sin texto, en silencio, la mirada suplicante y el gesto desmayado.

Silbó, pues, el Títere, tan fuerte que provocó la inmediata y furibunda salida al balcón de la Yoli en pijama. Se doblaron todos los cuellos y giraron las cabezas en Joaquín Costa hacia el balcón del segundo por donde asomó desgreñada e iracunda la Yoli, tan congestionada por la rabia que no le salían las palabras, se le atascaban y al no salir le inflaban los carrillos, dando la impresión de que podía estallar en cualquier momento, pero, por fin, pudo hilvanar algunas frases: ¡Que no hay ná, joer! ¡Que te digo que no tengo ná! ¡¡Que te vayas, perro!! ¡¡Fuera de aquí, maricón!!

Lanzaba toda su ira desde el balcón, y con palabras rajadas por el pincho mañanero que debía tener en la garganta insultaba al pobre Títere que con cara de circunstancias aguantaba el chaparrón como si no fuera con él.

—Y er tío, no es pesao ni ná con er silbidito. Toda la mañana chiflando debajo de mi balcón, er gachó, y no se entera de que no hay ná. ¡Y que sigue ahí, la perra! ¡Y que no se va!

Decía esto la Yoli a grandes voces, hablando a toda la calle desde su balcón, un poco faraona de gestos, ampulosa. Pero el Títere no se daba por aludido.

—Mira tú er Barbarroja —le señalaba despreciativa—. Por aquí no vuervas con esta facha, porque no te vendo, ¡desgraciao, Barbarroja, muerto hambre!

Llevaba el Títere Patético la sabana con la que se disfrazaba hecha un

guiñapo por encima de los hombros y alrededor del cuello, a guisa de bufanda. Esa pinta, y la calma que parecía emanar del figurón arrugado y astroso sacaban de quicio a la Yoli, molesta por la presencia en la calle y bajo su balcón de aquel sujeto. Decía que la comprometía, que la iban a meter presa por culpa de aquel payo, que le traía mal bajío.

—Mira, oye, y que sigue ahí er colorao ese de la gran puta que me quiere buscar una ruina, la perra mamona.

Abandonó el balcón y se metió dentro, pero aún se podían escuchar los denuestos, atemperados al introducirse en el interior. Hubo un momento de silencio y enseguida se reanudaron las maldiciones al reaparecer la Yoli en el balcón, más furiosa cada vez, acarreando con las dos manos los restos de un tablero de madera conglomerada.

Avanzó la gitana hasta la baranda y alzó la madera por encima de su cabeza.

—¡Perro, cabrón, chivata! ¡¡Fuera de aquí!! ¡¡Fuera de mi casa!!

Pero el Títere no se movía y la gitana, en el paroxismo de la ira, arrojó el improvisado proyectil desde el balcón, cayó a plomo y se destrozó contra el asfalto, a los pies del Barbarroja, quien apenas se movió algún centímetro.

Por la esquina de Niño Perdido, que es bocacalle que va a dar a la Alameda de Hércules, llegaron los Pescaos, padre e hijo, veinte veces más golfo el hijo, que venía soplándose la punta de los dedos, gorrito de lana y negro tabardo hasta los pies. El Pescao padre llegaba un paso atrás, tocado con gorra marinera y arete de plata en la oreja izquierda. Habían sido importantes camellos de la Alameda pero en la actualidad estaban arruinados y sobrevivían dando palos aquí y allá. Al padre, de su época de vendedor, le había quedado el hábito del malhumor y del silencio. No hablaba si no era indispensable. Como los camellos de verdad. El hijo hablaba por ambos. Venían en busca de un par de cartuchos, un tanto desencajados por el síndrome que empezaba a estragarles cuerpo y espíritu.

—¿Quién tiene algo por ahí? —preguntó el Pescao hijo a modo de saludo y dirigiéndose al Cerillo, quien en mitad de la calzada examinaba con mucho detenimiento los restos del tablero que momentos antes lanzara por el balcón la Yoli.

Eran trozos de madera de conglomerado pintados de color verde, lo que les daba aspecto de haber pertenecido a una mesa de ping-pong.

—No hay ná en ningún sitio —respondió por el Cerillo el Títere Patético, que seguía aguantando esquina como si tal cosa.

Terminó su examen el Cerillo y levantó la mirada al balcón donde la Yoli, ya más calmada, se componía las greñas y miraba la calle con ojo crítico y experto. El flujo de compradores no cesaba. Qué pena —se lamentaba para sí la gitana— no tener un par de gramos en estos momentos de gran demanda, cuando el cliente, acuciado por el mono, lo compra todo, bueno o malo, grande o pequeño. Son momentos ideales para quienes gustan del engaño del Cola-Cao. Pero la Yoli tenía un prestigio que mantener.

Miraba el Cerillo hacia el balcón del segundo y le preguntaba a la Yoli señalando los restos del tablero esparcidos por la calle:

—¿Eso era una mesa de ping-pong?

—Sí, canijo. La encontremos en las basuras y er Jose la quería arreglar.

Pero no la arregló.

Seguían llegando nuevos elementos, por Niño Perdido, por la plaza de la Mata, por Cruz de la Tinaja, que conecta Joaquín Costa con Pérez de Montalbán. Poco faltaba para las nueve de la mañana, arreciaba el frío, el día estaba gris y desolado. Llegó la de la trenza, llegó luego el Juani Melero:

—¿Cani, qué pasa? —saludaba Melero al Cerillo que, con toda su figura de cerilla y su endeblez, era respetado por los más feroces lobos que se disputan los territorios de la Alameda.

—No hay ná —se dignó anunciar el Cerillo.

—No hay ná —repitió la de la trenza.

La negativa rebotando de boca en boca, de corrillo en corrillo. No hay ná.

Sonaron las nueve en el campanario de Omnium Sanctorum. Las esperas son terribles en Joaquín Costa, el camello no se presentaba, afluían más compradores por la Mata, por el callejón sin nombre, por Niño Perdido. Se abrió la cancela de hierro en el portal de la Yoli y apareció la gitana, recompuestas las greñas y ya del todo calmada, atravesó la calle con la cabeza alta, marcado el trasero en las muy ceñidas mallas y caminando al vaivén impuesto por los zapatos de

tacón de aguja. Muy faraona, sí, pero las ojeras, las arrugas, y sobre todo, la mirada desgastada chivaban su edad. Se llegó a la vera del Cerillo.

—¿Cerillo, te pagas un taxi a medias para ir al Polígamo?

El Polígamo. Una alternativa para cuando la sequía azota la Alameda y el Pumarejo.

El Polígamo y sus poligameros. Importante zona camellera, como las Tres Mil Viviendas, o el otro Polígono, el de San Pablo. Pero el Cerillo no tenía ganas de taxi (ni de Yoli) y la gitana se tuvo que ir sola.

Se fue la Yoli rumbo al Polígono Norte y seguían afluyendo nuevos elementos a la calle Joaquín Costa, y la peña crecía, crecía…

Empezaba a estar preocupado Carlos Serena, sobre todo porque este retraso en la compra de la dosis podía alterar sus planes de devolver a la Morón sus dos mil pesetas.

Y eso no podía suceder. No podía llegar Marta del trabajo sin él haber resuelto la papeleta de los dos talegos. Pero el tiempo pasaba y los camellos no aparecían. Algunos de los allí presentes tomando el ejemplo de la Yoli marchaban a los Polígonos, o a las Tres Mil, pero por cada uno que tomaba camino venían otros cuatro. Todos escuchaban lo mismo: no hay ná.

Y la peña cada vez más numerosa, crecía, crecía…

Eran más de las nueve y raro era que no se hubiesen presentado ya los antitirones, que así se les llamaba a los motoristas de la Policía Nacional, o algún patrullero. Uno de los agentes más temidos en la Alameda era aquel calvo y bigotudo a quien llamaban el Quitallaves. Si te encontraba el llavero con las llaves de tu casa y no le habías gustado, o sospechaba cualquier cosa de ti, entonces, sin más problema, tiraba las llaves por el husillo más próximo. O se las quedaba, si pensaba que pudieran serle útiles en un futuro. El Quitallaves. Carlos llevaba en su bolsillo las llaves de Malpartida. Solo faltaría que cuando Marta llegase a las tres de su trabajo en el Banco lo encontrara en la calle, sin las llaves y sin los dos talegos. No lo quisiera Dios.

Deseaba la aparición de un camello, le daba igual el que fuera, pero sabía que cuando llegara sería asaltado por la turba, todos querrían ser despachados al mismo tiempo, todos le entregarían puñados de nueve monedas, o dieciocho, o las que fueran, dame dos, dame tres,

dame un rebujao, ¡no empujéis, joder!, algún codazo: ¡de uno en uno o no despacho! ¡De uno en uno o no le vendo a nadie! Conocía ese fenómeno, había que ser un camello muy bragado para hacerle frente.

Les llamaban los Mohamed, y fueron camellos de moda a finales de los ochenta en la Alameda de Sevilla. Bien vestidos, bien parecidos, buenos relojes de pulsera en sus muñecas, anillos de oro en sus manos de impolutas uñas bien recortadas. Vendían paquetillos de heroína y cocaína base ya mezcladas: el rebujao.

Llegaron a la plaza de la Mata y se detuvieron entre los limoneros.

El Cerillo fue el primero en darse cuenta de que los magrebíes acababan de llegar y estaban allá, bajo los limoneros de la plaza de la Mata, y disimuladamente, sin llamar la atención, abandonó su puesto entre dos contenedores de basura y, poco a poquito, como el que no quiere la cosa, se fue acercando hacia los dos camellos.

—Dame dos paquetillos —pide el Cerillo.

Pero ya los han visto. En Joaquín Costa alguien ha visto la maniobra y ha saltado hacia delante como impelido por un resorte, hacia la Mata, hacia los camellos.

—Aquí no, canijo. Aquí no —reprende suavemente en castellano Mohamed al Cerillo por la precipitación y tiene el Cerillo que volver atrás las manos con las monedas, aguantar el ansia y ver con angustia como la turba se abalanza ya hacia los

Mohamed con los brazos extendidos, los dineros en la mano: ¡dame un rebujao!, ¡una pareja!, ¡dame uno, que yo estaba primero!, ¡qué dices chalao, primero estaba yo!

—¡Fuera, fuera, joder! ¡No me hagáis corro que no le vendo a nadie, que no despacho! ¡Allí, allí! —señalaba Mohamed hacia un punto de la calle Joaquín Costa y la turba retrocedía con la ansiedad y la impaciencia pintadas en los semblantes. El magrebí había trocado su habitual placidez en una dura expresión, determinantes sus gestos y el tono de su voz. Se veía que tenía experiencia en el manejo de la chusma porque rápidamente consiguió controlar el desorden amenazante de los ansiosos del rebujao. Todo Joaquín Costa pendiente de los más mínimos gestos de los norteafricanos que ya se encaminan hacia el rincón natural que se forma entre dos casas de ruinoso aspecto.

Mohamed puso en cola a la impaciente turba, establecía el orden a

gritos, a bufidos, profiriendo insultos y maldiciones, cual si fueran revoltosos colegiales, y con la amenaza permanente de dejar sin rebujao a quien no se portara debidamente.

—Bueno, venga, de uno en uno y sin empujar, que hay cartuchos para todos.

Pero era mentira. No había cartuchos para todos. Y eso lo sabían los Mohamed y lo intuían los ansiosos solicitantes.

—Venga, los dineros preparados en la mano. Una cosa ligera. Y no empujarse, copón. Al que empuje no le vendo. Se queda sin rebujao.

Iban pasando los compradores de uno en uno, ordenadamente, sin demasiada pelea.

—Vamos a ver, Mohamed, un rebujao para aquí el colega —decía Mohamed en perfecto castellano, y el otro Mohamed, según los pedidos, sacaba del pequeño descosido en la manga de su abrigo los cartuchos demandados.

—Joé, Mohamed —comentaba muy sonriente Juanito Melero, ya tranquilo y relajado con la droga en el bolsillo—. Mohamed tú, Mohamed este, Mohamed también el otro.

¿Qué pasa? ¿Es que allí en el moro todos os llamáis Mohamed?

—Todos —contestaba imperturbable Mohamed—. Bueno, todos no. Todos los que no tenemos un dirham. Los pobretones —bromeaba el magrebí en un castellano excelente—. Porque los ricos se llaman Hassán. Y los gordos, Mustafá. Los flacos, Ibrahim. Allí, en el moro, hacemos así las cosas.

Reía el otro Mohamed con los comentarios de su paisano, a quien le daba siempre por bromear cuando despachaba paquetillos.

Pasaba de cuando en cuando algún coche y se interrumpía el trapicheo ante la posibilidad de que fuera el grupo, la policía secreta que se cuida del tráfico de estupefacientes. Pero la mañana parecía tranquila, la policía no aparecía de momento y se reanudaba el trapicheo, los Mohamed despachaban a buen ritmo, y además, empezaban a mostrarse más activos los rayos de sol y amainaba el frío. Llegó la Toñi, vestida en su versión más miserable, con su rota y sucia falda hasta los pies y un pañuelo por la cabeza que le enmarcaba la cara llena de moretones, rasguños y churretes. Parecía que le acababan de pegar una paliza, sin embargo estaba sonriente como la

que más. Pretendía un rebujao pero le faltaba una libra, una dorada moneda de cien pesetas.

—No, canija, lo siento pero no. No te lo puedo dar. Imposible. Fíjate que ya te estoy rebajando una libra, porque la verdad es que estos cartuchos son de talego. Pero ya no lo puedo rebajar más, novecientas vale, ochocientas no vale. No puedo dártelo por ochocientas porque entonces le pierdo el dinero, ¿entiendes?, y yo estoy aquí para ganarme algo, no vengo a la Alameda a pasar el rato, por la cara. No insistas, joder. Te he dicho que no y es que no, a ver si me entiendes. Ya te puedes poner como te quieras poner. Venga, el siguiente. ¡Pero mira que eres pesada! ¡¿No te he dicho que no?!

Búscate una libra, que no es tan difícil, joder. Una libra. Yo te guardo el cartucho, te lo prometo que te lo guardo, pero deja paso, por favor. ¡¿Pero quieres dejar paso me cago ya en la hostia?! Venga, chaval, espabila, que si no esta pesada nos tiene aquí hasta mañana. ¿Cuántos, dos? Marchando.

Manejaba Mohamed el castellano que daba gusto. Hasta ese «marchando» lo dijo de manera que parecía un camarero español de toda la vida.

—Mohamed, dos para este compi. Dame los dineros, ¿está todo?, me fío. ¿Pero todavía estás aquí? No es pesada ni ná esta con las ocho libras. ¿¡Pero tía, te quieres ir ya por ahí al carajo!? ¡Me cago en tó! ¡Qué castigo! ¡Que no, joder! ¡A ver si me entiendes, que no te voy a dar un rebujao por ocho libras, ea! ¡A chuparla! Vamos con el siguiente.

Tú, Cabeza, ¿cuántos?, ¿uno? Dame los dineros, ¿cuánto hay aquí? Está bien. Sácate un rebujao para el Cabeza, Mohamed. Mira qué paquetillos, compi, estos paquetillos han ido a la universidad —se ufanaba el árabe del tamaño y calidad del género—. Estos paquetillos los echo a pelear con los de cualquiera, coño, que compráis cada mierda por ahí…

Carlos Serena aguardaba paciente el momento de comprar sus dos cartuchos.

Apretaba el billete de dos mil en su mano. Compró el Melero, compró el Cerillo, compró la de la trenza. Era complicado meterse entre la turba, encararse con los agresivos compradores dispuestos a partirse la cara por un lugar en la cola. En fin, hablar de cola es mucho decir. Serena prefería esperar tranquilo, pero no estaba nada tranquilo, sabía

que en cualquier momento se les acabarían los paquetillos a los Mohamed, o llegaría la policía, o pasaría cualquier cosa negativa y se quedaría otra vez a verlas venir. No era el único, también el Títere Patético y su mujer y algún yonqui más aguardaban en la esquina de Niño Perdido que aquello aclarara un poco, porque de momento no era fácil el acceso al barullo. Justo cuando le llegó el turno al Pescao hijo se acabaron los paquetillos. Cuando ya se las prometían felices.

—Joder, hostia, qué mala suerte. Me estoy poniendo de una mala leche… —dijo y miró el Pescao hijo a su alrededor, como buscando culpables. Los Mohamed le quitaban importancia y aseguraban estar de regreso en diez minutos con nuevos cartuchos.

—Cuanto antes nos vayamos antes volveremos —aseguraba uno de los magrebíes con lógica impecable a los ansiosos que les rodeaban y no se acababan de creer que, efectivamente, se habían acabado los paquetillos.

Diez minutos, dijeron. Ya. Diez minutos en el tiempo de los camellos pueden ser un par de horas, o toda la mañana. O nunca.

Carlos vio partir por fin a los Mohamed, doblaron veloces la esquina de Vulcano y desaparecieron de su vista.

Desaparecieron los Mohamed por la esquina de Vulcano y apareció el Gamba por la plaza de la Mata. Se dirigió como una flecha al grupito donde estaba Carlos Serena con el Títere y los Pescaos.

—Quillo, enrollarse que el Paco me deja los paquetillos a ocho libras.

Quiso quitarse de en medio el Títere Patético. El Gamba detectó al instante el gesto de huída. Repitió la orden.

—Quillo, enrollarse que el Paco me deja los paquetillos a ocho libras. ¿Quién tiene argo por aquí?

Clavó la mirada en el Títere y este tuvo que detenerse y responder.

—No, nadie, aquí nadie tiene ná. El Mohamed dice que van a venir en diez minutos.

—El Paco tiene paquetones, en la ventana, canijo —insistía el Gamba —. ¿Tú cuánto vas a pillar?

Iniciaba Rafael Narváez la maniobra de involucrar a su víctima, de llevarla a su terreno. Pero el Títere intentaba escabullirse:

—No, ná, me voy. Ya volveré dentro de un rato, a ver si ha venío el Mohamed.

—Quillo, que te estoy diciendo que el Paco tiene paquetones y que a mí me los deja por ocho libras, ¿te enteras?

—Sí, ya… pero es que…

La pelirroja mujer del Títere miraba con alarma la escena y efectuaba claros ademanes de retirada. Pero el Gamba no cedía. Todo su empeño era llevar al Títere a ver los paquetones que el Paco despachaba por la ventana de un bajo de la calle Hiniesta, muy cerca de la plaza de San Marcos.

—Si quieres le entramos juntos. ¿Con cuánto le vas a entrar, canijo?

—Pues… con lo que tengo, con nueve libras.

—¿Solo tienes nueve libras? —preguntaba con desánimo el Gamba—. Venga, quillo, búscate en los bolsillos a ver si tienes otra libra, hombre, mira a ver.

—No, no, de verdad. Solo tenemos nueve libras, y se lo queremos pillar al Mohamed.

Abrió el Gamba su manaza derecha donde apretaba también él un puñado de monedas. Las contó. Setecientas pesetas.

—Siete libras tengo yo, canijo. Si las juntamos con tus nueve libras y le entramos con un talego seiscientas nos da los dos paquetillos seguro. El Paco nos los da por un talego seiscientas. Fijo.

—No, Faé, de verdá, no quiero ir ahora hasta San Marcos. Prefiero esperar por aquí.

—Pero si aquí no hay ná, ¿no te enteras de que aquí no hay ná?

Intentó terciar la mujer del Títere.

—Faé, quillo, de verdá que… no es por ná, es que…

Lanzó terrible mirada el Gamba a la menuda pelirroja, luego se volvió de nuevo hacia el Títere:

—Quillo, dile a tu mujer que se calle.

Quien calló fue el Títere, miró al suelo, estaba metido en un buen

laberinto.

—Bueno, qué… ¿te vas a enrollar o no? —insistía el Gamba.

En la calle todos miraban la escena sabiendo perfectamente cuál iba a ser su final. El Pescao hijo, para dar coba al Gamba, azuzaba al Títere.

—Venga, tío, enróllate ya, si vais con las mil seiscientas el Paco os da los dos paquetillos fijo. Hazle el favor, homme.

—Es que el Paco no me lo da por siete libras —se explicaba el Gamba — uno solo no, pero si voy con las mil seiscientas me da los dos, fijo que sí. Me lo ha dicho antes a mí.

Se acercó amenazante el Pescao hijo, y parecía que también el padre se añadía.

—Venga ya homme, a ver si al final te lo voy a quitar tó. A ver cuánto tienes ahí.

Ven aquí, maricón —lanzó la zarpa el Pescao hacia el cuerpo del Títere.

Con todos sus aires de estar en Babia, el Títere esquivó sin gran esfuerzo el zarpazo.

Tanto él como su mujer eran rápidos a la hora de la huida. Sabían correr con desespero.

Así lo hicieron sin más preparación que la de mirarse a los ojos. Sin mediar palabra, sin mirar siquiera a los agresores, escaparon en rapidísima carrera, sorteando con habilidad cualquier obstáculo que se les interpusiera por delante. Quedaron burlados los Pescaos

—que no tenían ninguna gana de correr— amenazándoles a gritos con la muerte si se volvían a cruzar en sus caminos. En cuanto al Gamba, buscaba ya otra víctima. Carlos vigilaba a prudencial distancia. Había tenido la suerte de poder alejarse del Gamba cuando este intentaba llevar al huerto al Títere Patético. Miró el Gamba a su alrededor.

Los Pescaos ni pensarlo; vio a un par de desconocidos acercándose a la esquina de Niño Perdido. Se metió la mano en el bolsillo, sacó la navaja, la misma con la que tiempo atrás acabara con la vida de la pobre Engracia. Todo transcurría veloz, de manera acelerada, solo los Pescaos advirtieron la maniobra; sin pensarlo más, Rafael Narváez fue hacia ellos. No le vieron venir. Iban discutiendo animadamente, dos

chavales muy jóvenes de barriobajero estilo. No se lo esperaban. Llegaron a la esquina, se dirigieron a los Pesca:

—¿No está la Yol…?

No pudo terminar la pregunta. Recibió un pinchazo en el muslo y manó la sangre. El Gamba enseñó feroz los dientes, pinchó de nuevo en la barriga y el chaval cayó al suelo con expresión de espanto. El compañero estaba pasmado. Los Pescaos hicieron mutis discretamente por Niño Perdido hacia la Alameda.

—¡Venga, maricón, dame er dinero! —masculló el Gamba al estupefacto muchacho.

El agredido se sujetaba la herida del vientre. No se atrevía a mirar el destrozo, comenzó a gemir. Brilló de nuevo la navaja del Gamba. Carlos Serena, desde la distancia, estaba descompuesto. Quiso alertar al otro chaval.

—¡Tío, cuidado! ¡¡Cuidado!!

—Toma, toma —cedía atemorizado su cartera al Gamba el muchacho. Echó luego mano de sus bolsillos buscando todas las monedas—. Toma, ya no tengo más, te lo juro, Faé, tío, no tengo más.

Arrancó de un zarpazo la cartera que se le tendía. También las monedas. Largó una última estocada al rostro del chaval, pero este retiró la cara y solo le arañó la mejilla.

—Quillo, como te atrevas a denunciarme te busco y te descuartizo, maricón. Más tarde o más temprano te busco y te descuartizo, y además es que me suda la polla buscarme una ruina, ¿te enteras? Venga, perro, y ahora fuera de aquí. ¡¡Fuera!! ¡¡Largo, gilipollas!!

Se giró el Gamba hacia Carlos Serena, que, a media distancia, contemplaba aterrado la escena.

—¡Y tú también! ¡Fuera, largo de aquí! ¡¡Vete o te rajo, maricón!!

Quería quedarse a solas el Gamba con el herido en el suelo para registrarle los bolsillos cómodamente sin público. Pero el muchacho se resistía a dejar a su compañero allá tirado en la calle. Todo se volvía siniestro y gris. Carlos Serena pensó que había que llamar a una ambulancia sin más tardanza. Y a la policía. Todo seguía exigiendo velocidad. Corrió raudo hacia las cabinas de la Alameda. No llevaba suelto. Buscó alguien que le pudiera ayudar. Vio un individuo parado

sobre el albero en la parte central del paseo. Corrió hacia él.

—Oiga, por favor. Por favor. Oiga…

El hombre le miró con absoluta desconfianza.

—No tengo suelto —le dijo con mala cara.

—No quiero pedirle nada. Es que han apuñalado a un muchacho ahí en…

Salió echando pestes el individuo, sin mirar atrás.

Escuchó Carlos sirenas, quizás la policía. Sí, ahí estaban, un Talbot entrando a contramano en Joaquín Costa. Seguramente habían sido avisados por algún vecino.

Ellos se ocuparían del herido. Se calmó Carlos Serena. Estuvo dudando si volver a Joaquín Costa. Había presenciado la agresión, sabía quién había sido, era la ocasión de denunciar al asesino de su mujer. El asesino de su mujer, tal como suena. Demasiado fuerte. Tuvo ganas de llorar, pero no lloró. No tenía ninguna confianza en la Justicia, menos todavía en la policía. No era momento de llorar. Dejó la zona a sus espaldas y emprendió camino hacia el Polígono Norte.

**3. Calle Bécquer, enero de 1989.** Un mediodía del mes de enero me hallaba comprando calamares fritos y adobo en la Freiduría Bécquer, a la vera de mi casa, cuando Marta Morón me vio desde la calle y entró en el establecimiento.

—Canijo…

—Marta… Qué sorpresa.

—Te he visto desde la calle.

Pepi, la dueña de la freiduría, tarareaba una cancioncilla mientras pesaba las presas de adobo, y luego los aros de calamares fritos.

—Ea, un cuartito de adobo y otro de calamares. ¿Nada más?

—Sí, ponme también una regañá; y dime lo que te debo.

—Ciento cincuenta, mi arma. ¿Te lo apunto?

—Sí, Pepi, por favor.

Apuntó con cierta sonrisilla irónica la cifra a deber en una libreta roñosa y llena de tachaduras. Olía fuerte en la freiduría e inmediaciones. A pescado podrido. También llegaba el olor de los pollos asándose en las barras que giraban y giraban lentas y monótonas sobre el fuego. Pollos a l'ast, pescado frito, cervezas de litro, pan, tabaco y toda clase de bebidas con y sin alcohol. Soledad y yo éramos buenos clientes de la Freiduría Bécquer, teníamos cuenta abierta. Antonio y la Pepi, los dueños del establecimiento, eran nuestros vecinos de rellano y teníamos cierta confianza con ellos.

De vez en cuando hasta les pedíamos mil pesetas prestadas; entonces se sentían superiores ante nosotros, pobres y miserables drogadictos sin un cobre en el bolsillo, y nos prestaban el dinero, o no nos lo prestaban. Sé positivamente que Antonio y Pepi —

buenos conocedores de todo lo que se cocía en el barrio— sabían que consumíamos heroína, y si nos dejaban tener cuenta en su tienda, o si alguna vez nos prestaron mil pesetas, fue para sentirse mejores que nosotros. Pero cuando pides para quitarte el mono te da igual que te miren como te miren, el yonqui pasa de todo y la opinión de los demás le importa menos que nada.

Pepi me entregó la bolsa de plástico con las papelinas de pescado y Marta y yo salimos del establecimiento. Observé que Marta llevaba un brazo enyesado hasta el codo.

—¿Qué tienes ahí? ¿Te has hecho daño?

—Nada grave. Me caí el otro día de la bici y me hice una pequeña fisura.

Quedó la Morón callada, como a punto de decirme algo.

—Qué pasa… ¿sucede algo?

—¿Tienes tiempo de tomarte una cervecita conmigo? Quiero comentarte un par de cosas.

Acepté la invitación de Marta y entramos en el Bar Bécquer, justo enfrente de la freiduría. También en el café-bar teníamos cuenta. Pepe, el dueño del negocio, siempre se portó muy bien con nosotros.

—¿Nos sentamos en los veladores?

El Bécquer tenía unas cuantas mesas en la acera de la esquina con Fray Luis Sotelo.

Nos sentamos, puse las papelinas de pescado sobre la mesa.

—¿Aquí se pueden comer cosas de otros establecimientos?

—Sí, mujer. Todo el mundo lo hace. No hay problema.

Desenvolví el adobo y los calamares fritos.

—Come —invité mientras daba ejemplo y pillaba un aro de calamar frito—. ¿No tienes hambre?

Vino el camarero de la mala cara. Ni siquiera saludó, a la espera de que le pidiéramos.

—Dos cervezas.

Sin decir ni pío, Alberto, camarero adusto, partió en busca de las cervezas.

—Bueno, y qué. ¿Cómo andas? —pregunté.

Marta escogió una presa de adobo y respondió:

—Bien, bueno… regular. ¿Ya sabes lo de Carlos, no?

—Sí… claro… me enteré de que lo tuviste que echar de tu casa.

Marta arrugó el ceño, chasqueó la lengua. Quedó callada unos instantes mirando al suelo, como pensando lo que iba a decir.

—Mira… me supo muy mal y lo sentí mucho, pero sí, lo tuve que echar.

Quedé en silencio, masticando mi calamar frito.

—No tuve más remedio. El primer día que durmió en casa, canijo, el primer día ya me dio el palo.

—…

—El primer día, canijo. Llego a casa después del curro, entro en mi habitación para cambiarme de ropa y lo primero que veo es que faltan dos mil pelas que había dejado en la mesilla de noche. Tío, nada más llegar… la primera en la frente.

—¿Y sabes seguro que fue él?

—Sí, sí… no lo negó, lo reconoció enseguida. Se lo pregunté yo cuando llegó a casa por la noche: Carlos, ¿tú has cogido dos mil pelas que tenía en mi habitación sobre la mesilla de noche? Y ya te digo, me dijo que sí, que las había cogido pero que pensaba devolvérmelas, que se había pasado todo el día intentando conseguir la pasta pero que le habían pasado no sé qué rollos… En fin, que no tenía las dos mil pelas. Rollos, rollos, y más rollos. Y te digo una cosa, canijo: aunque me las hubiera devuelto lo hubiera echado igual, joder, que no es por las dos mil pelas, es que entró en mi habitación, canijo, donde no tiene que entrar sin mi permiso, y revolvió y miró entre mis cosas.

—Claro, claro… —asentía yo con expresión de comprender la gran putada que es que entren en tu habitación y revuelvan tus cosas.

—Así que sintiéndolo mucho le dije que cogiera su petate y se fuera inmediatamente de mi casa.

Llegó el camarero de la mala cara con las dos cervezas.

—¿De tapita vais a querer algo? —preguntó mirando de reojo las papelinas de pescado.

—Yo no quiero nada. ¿Y tú, Marta?

—No sé… unas aceitunas, o avellanas… o lo que tengan para picar —pidió Marta, que siempre fue mujer de buen comer.

Volvió la Morón sobre el tema.

—Luego me quedé hecha polvo, te lo juro. Tú sabes que yo siempre he apreciado mucho a Carlos, y que Engracia era muy amiga mía.

—Lo sé, lo sé. —Era cierto, lo sabía.

—Y cuando le echaron de Jerónimo Hernández no esperé a que me lo pidiera, fui yo quien le ofrecí mi casa. Pero así no, canijo. Para que me diera el palo, no.

—Es que el mono es muy duro —intenté disculpar de alguna manera el comportamiento de Carlos Serena.

—¿Sí? ¿Tú crees que eso es disculpa? ¿Que me puede robar porque «el mono es muy duro»?

—No he dicho eso, no he dicho eso. Calma. Robar, y mucho menos a quien confía en ti, no tiene justificación.

—Ah.

—Pero sí explicación. Seguramente Carlos tenía un mono de mil demonios, vio el billete encima de la mesa y no tuvo huevos para aguantar la tentación.

Pensaba en mí mismo. En lo que hubiera hecho yo. Nadie soporta un mono si tiene la posibilidad de echar mano tan fácilmente de un billete de dos talegos. Probablemente Carlos había pensado en devolver el billete antes de que Marta volviera del trabajo y se enterara de la ratería. Conocía los mecanismos de un cerebro yonqui. Luego, aunque se consigan de nuevo las dos mil pesetas, tienes necesidad de otro chute y vuelves a encontrar las excusas para gastarlo en más paquetillos. Cuando uno está enganchado, el cerebro trabaja siempre a favor del enganche. Y hace un buen trabajo, todo hay que decirlo.

—No, canijo, no. No me convences. —Marta no aceptaba mis razonamientos—. No se encontró un billete abandonado en una mesa. Entró en mi habitación porque buscaba dinero. Iba decidido a robarme. No fue una cosa accidental.

—Sí, eso es verdad.

Tuve que retroceder. Se estaba enfadando y no tenía ninguna gana de indignar a Marta con mis justificaciones de yonqui. Máxime cuando Marta era una de las pocas amigas que me quedaban y a la que acudía de vez en cuando en busca de ayuda.

Convenía tenerla siempre a favor. De hecho, aquel mismo día, lo primero que pensé cuando nos encontramos en la freiduría fue pedirle un par de talegos prestados. Luego, cuando la conversación tomó el rumbo que tomó, desistí de aquella primera idea.

—¿Y sabes algo de él? ¿Por dónde para?

—¿De Carlos? No tengo ni idea. No sé, canijo. No lo sé. Igual se ha vuelto a Huesca, con su familia. Yo no lo he vuelto a ver por aquí.

—Ni yo. Yo no lo veo desde antes que tú.

De pronto, cambió Marta su expresión. De la indignación pasó a la tristeza.

—Pero no era eso solo lo que te quería comentar.

Trajo el camarero un platito con cacahuetes, que en Sevilla llaman avellanas, y lo depositó en la mesa con el tique de la consumición. Yo, como ya era tradición, no tenía un guil.

—Yo no tengo un duro.

—Tranqui, ya te he dicho que invito yo. — Sacó Marta su monedero, escogió dos monedas y las entregó al malhumorado camarero.

—Ahora le traigo la vuelta.

Esperé a que se fuera el camarero para hablar de nuevo: —Bueno, qué —apremié a la Morón. Ya me había despertado la curiosidad.

Escogió Marta un cacahuete, le quitó la cáscara, se lo llevó a la boca.

—El otro día, cuando me caí de la bici, me dolía mucho el brazo y… bueno, el caso es que tuve que ir a urgencias. ¿Y sabes a quién vi en la puerta del hospital?

—¿En el Hospital? No sé, joder, a quién.

—A Martina.

—¿A Martina? ¿A la Van Maertens?

—Sí, sí, a Martina, ¿cuántas Martinas conoces?

—¿Qué le pasa?

—Está hecha polvo. Venía de recoger unos análisis. Tiene el sida.

—¡Hostia, no me jodas! —Un escalofrío. Sentí que el corazón aceleraba.

—Como lo oyes. Dice que le empezó a doler mucho la cabeza y le mandaron hacerse unos análisis.

—Me dejas de piedra. No sabía nada.

Recordé que años atrás, el mismo día en que la conocí, compartí con ella su jeringuilla.

—Ya… Nadie sabía nada.

Recordaba la escena con toda exactitud. Hacía ya algunos años, pero… quién sabe, podía estar ya infectada, aunque lo más probable

fuera que no. Lo del sida parecía cosa más reciente, y el chute en cuestión fue allá por el 82. ¿O quizás en el 83? Fue el mismo día en que conocí a Carlos Serena. ¿Estaría Carlos también infectado? Sentí pánico por la posibilidad de estarlo yo. Me obligué a pensar en Martina. Lo debía de estar pasando fatal.

—Pobre Martina. Qué putada. Estuve con ella hace unos días. Ella fue quien me dijo que habías tenido que echar a Carlos de tu casa. Estaba tan normal.

—Pues ya ves. Dice que no quería decir nada hasta saber algo seguro.

—¿Y ya es seguro?

—Pues sí.

—¿Y cómo está? ¿Cómo la viste?

—Pues… ¿cómo quieres que esté?, aterrorizada, canijo. Aterrorizada.

—Qué putada. Justo ahora que estaba a punto de salir ese cómic suyo en *El Kolek*.

—Bueno, sí… así lleva mucho tiempo.

—No, pero esta vez sí que va de veras. Me lo dijo el chaval que escribió el guion.

Martina llevaba tiempo queriendo publicar en *El Kolek* su historia: *El gran plan*. Era uno de esos proyectos que parecían imposibles, y por una u otra razón no había forma de que saliera publicado. Martina, como todos nosotros, ocupaba mucho tiempo buscando la dosis diaria, y el poco tiempo que le quedaba lo empleaba en dibujar las historias de *Gato y Avispa*, que eran las que le daban de comer. La primera vez que oí hablar de ese proyecto fue precisamente el día en que la conocí, el mismo día que me pinché con su jeringuilla y el mismo día que a Carlos le rompieron las gafas y se cagó encima. Recordé los bocetos que nos enseñó Martina, y el texto con el que comenzaba el cómic: «Aquellos que planearon enriquecerse a costa de nuestra ruina ignoraban que la heroína albergaba sus propios planes».

El autor del guion parecía compartir las teorías de Carlos Serena y otorgaba a la heroína categoría de ser, de ente; y cierta consciencia de sí misma.

**4. Calle San Eloy, marzo de 1989.** Tenían el campamento instalado

al amparo de los soportales de la calle San Eloy: cartones para eludir la humedad, mantas viejas, una bolsa roñosa de deporte, bolsas de plástico. El campamento. Él estaba subido en su pedestal —una caja de fruta vuelta del revés—, envuelto de la cabeza hasta los pies en la sábana mugrienta, maquillado el rostro de colorado y con una ramita de romero entre índice y pulgar cuando le vio venir como una flecha en su bicicleta BH, sorteando viandantes por la calle sin coches, la mirada clavada en su objetivo: él. Tragó saliva pero no interrumpió su letanía: señora, un duro me falta para un bocadillo. Nadie le dedicaba una mirada. La gente circulaba indiferente a los cuelgues ajenos, hombres y mujeres frente a los escaparates de los comercios, haciendo cola para pagar en las tres cajas paralelas del supermercado, desayunando tostadas y calentitos en las cafeterías abarrotadas. La mañana no pintaba mal. Pero el Títere Patético no lograba despertar la compasión de nadie. Los comerciantes invertían sus mejores sonrisas en la clientela y pasaban del resto. Hacía sol y se estaba bien en las calles de Sevilla. Pasó un señor de buen humor y le dio un duro, pero el Títere no estaba para duros, no le quitaba ojo al ciclista que ya llegaba a su lado, descabalgaba de la máquina, se dirigía hacia él directamente y sin pausa:

—Quillo, ¿te han echao argo o qué?

—La cosa está fatal, Faé. Mira —le enseñó el duro que le acababa de dar el sonriente caballero—. Un duro de mierda. Miseria y compañía.

Ensayó el Gamba su sonrisa más incrédula, y no le salió mal.

—¿Solo te han echao un duro en toa la mañana?

Llevaba unos días extorsionando al Títere Patético y a algún otro yonqui desprotegido, obligados a tenerle preparadas mil pesetas todos los días, sin excusas. Las primeras mil pesetas que con tanto esfuerzo conseguía el Títere en los soportales de San Eloy y que significaban quitarse el primer mono del día. Y podía agradecer que no extorsionara también a su pelirroja mujer. Decía el Gamba que no quería abusar. Pero hoy el Títere necesitaba desesperadamente fumarse una plata, estaba malísimo, desfallecía.

Rafael Narváez, el Gamba, no podía entender que por mil miserables pesetas tuviera que ponerse así de malo. Mil pesetas eran una mierda. A toda esta gente que tenía un sueldo fijo todos los meses y sus ahorros en el banco, qué le importaría darle un billete, si no se iba ni a enterar. Eso lo sacaba de sus casillas. Le negaban el dinero por sistema,

por decir que no, por mala leche, porque en realidad, ¿qué son mil pesetas para cualquiera? Nada, miseria. En cambio, para el Gamba, ahora mismo, mil pesetas significarían el fin del tormento. Cada vez se le hacen los monos más insoportables a Rafael el Gamba, y si quitarle el dinero a un señor era cosa mala, peor todavía era tenerle a él hecho mierda, enmonao y muerto frío por mil pesetas asquerosas. ¡Eso sí que era una putada con todas las de la ley! Estos comemierdas no sabían lo que era pasar un mono. Ellos vivían tan contentos, tan felices, ignorantes de la desgracia ajena, tan remisos a echar una mano. ¡Egoístas!

Se dio cuenta el Gamba de que el Títere ocultaba algo, pero hizo ver que no se coscaba.

—Quillo, con esa pinta de mamarracho… no me extraña que nadie te dé ná.

Sí, estaba seguro, ocultaba algo. Observó las dilatadas pupilas del Títere hasta convencerse de que el hombre tenía tanto mono como él. No se había metido nada en toda la mañana y estaba helado de frío. Moqueaba y bostezaba.

—Quillo, espabila que estás ennortao. Dentro de una hora quiero aquí mi talego, ¿te enteras? Así que espabila.

—Señora, un duro me falta para un bocadillo —proseguía el Títere su letanía sin mirar al Gamba, como si nadie le estuviera amenazando.

—Quillo, qué, ¿te enteras o no te enteras?

—Que sí, Faé, que me estoy enterando, que me he enterao.

El Títere no variaba jamás la expresión triste de su cara, no se alteraba, como si todo le diera igual. Unos metros a la izquierda, acurrucada en los últimos portales de San Eloy, su mujer de pelo rojo hundía la cabeza entre los hombros, se abrazaba las rodillas y se concentraba en el fondo de su cestillo donde languidecía una moneda de cien. No quería ni mirar, no quería saber qué cojones le estaba diciendo el Gamba a su hombre.

Es decir, ya lo sabía. Lo sabía perfectamente. Lo único que no quería era que aquel monstruo se le acercara, le exigiera también su tributo, pero Rafael no se le acercaba y ella se lo agradecía en el alma.

El Gamba montó en la bicicleta.

—Quiero mi talego dentro de una hora. Y quítate las legañas, joé; que se nota que no te has lavao ni la cara.

Pedaleó lento entre la multitud hacia La Campana y pasó por delante de la pelirroja.

—Vaya el mamarracho que tienes por marío. A ver si espabilas y te buscas algo mejor, ese tío no vale ná.

Escupió en el suelo, prosiguió la marcha, los peatones le cedían el paso sin protestar.

El Títere le vio doblar la esquina y desaparecer. Esperó unos instantes, bajó del pedestal y se encaminó hacia donde su mujer. Dudaba.

—¿Qué hago? —preguntó a la pelirroja.

—¿Qué haces de qué?

—¿Voy a por un paquetillo?

La mujer también dudaba.

—¿Le has dao algo a ese?

—Ná. Tengo un talego cien, ¿voy a por un paquetillo?

—Yo tengo dos libras. Si el Paco te lo pasa por nueve libras nos sobran cuatrocientas pe'etas. ¿Cuándo te ha dicho ese que va a volver?

—Ha dicho que una hora.

—Bueno, pues entre las cuatro libras y lo que saque yo mientras tú vas a por el paquetillo ya le tenemos algo pa cuando vuelva. Y si no le gusta… que le den por el bul.

Puso cara de duda el Títere. Veía la situación con realismo. Además de estar hecho una mierda, sucio, miserable, mal vestido, enmonado… ahora le caía aquel castigo, la obligación de pagarle al Gamba su tributo todas las mañanas, por la cara, porque era el yonqui más débil del barrio. Poderosa razón para extorsionarle sin más razones. Pero esta mañana, el terror no podía contra el deseo. Miraba el Títere a su mujer como esperando algo de ella, quizás que le dijera: ve, vete ya y emplea ese talego en nosotros.

No lo pienses más. Había conseguido con su esfuerzo aquellas mil pesetas y ahora no se podían quitar el mono porque ese hijo de la gran

puta las reclamaba para él por derecho. Era intolerable.

El Gamba pedaleó hasta la esquina con La Campana, dobló por la calle Velázquez unos metros y se detuvo. Bajó de la bicicleta y la amarró a una señal de Prohibido Aparcar, dio media vuelta, volvió a la calle San Eloy, se ocultó entre las sombras de un portal. No tuvo que esperar mucho. Al poco rato vio venir con paso ligero al Títere Patético mirando con paranoia hacia todos lados. Sonrió el Gamba: tenía razón. Se la estaban jugando. Pobre idiota. Surgió de las sombras, se le plantó enfrente, el Títere frenó en seco, abrió la boca pero no tenía palabras, tampoco saliva: ehhhh… Gamba.

Eso dijo: ehhhh… Gamba. Abrió el Gamba sus manos inmensas.

—No me vuelvas a llamar Gamba en tu puta vida, mamarracho.

Sonó un bofetón como un tiro contra la mejilla izquierda del Títere, quien sufrió un ligero vahído por la violencia del impacto, se tambaleó pero volvió enseguida a su precaria estabilidad.

—Dame tó lo que tengas o te pateo el hígado aquí mismo.

Como no se daba la prisa exigida sonó otro bofetón y enrojeció ahora la mejilla derecha del Títere. Los transeúntes pasaban sin detenerse a mirar el espectáculo, y aunque sentían verdadera curiosidad, la prudencia les impelía a seguir camino sin volver la cabeza. Bien, sí, alguno hubo que se detuvo, pero a lo lejos, a salvo de bofetadas fuera de control. Introdujo el Títere la mano en el bolsillo de su astroso pantalón con movimientos apresurados y sacó un buen montón de monedas: de cien, de veinticinco… duros, pesetas… las depositó sumisamente en la gran mano abierta del Gamba. Apretó Rafael las monedas, cerró el puño y lo descargó con toda su alma contra el estómago desprevenido del Títere.

—Para que no me vuelvas a llamar Gamba en tu puta vida, ¡mamarracho!

Se dobló el Títere sobre sí mismo, dobló las rodillas y cayó al suelo sin respiración, aferrándose el estómago.

—Mañana a la misma hora —dijo el Gamba a modo de despedida.

Y se fue. No había dado tres pasos cuando sintió que le agarraban del brazo.

—Eh… oye, oye… ¿dónde vas tan rápido?

Vio uniformes de refilón y detuvo el impulso de girarse y lanzar un cabezazo contra el individuo que interceptaba su camino. Era, efectivamente, una pareja de la Policía Nacional.

—Dame el dinero que le has quitado a ese chaval.

—Yo no le he quitao ná a nadie.

Miró el Gamba con todo desprecio hacia donde el Títere se arrodillaba, todavía encogido sobre sí mismo, con las manos en el estómago, intentando restablecer la respiración. Ahora sí que con la protección de la policía se detenían los curiosos y se empezaba a formar corrillo.

—Oye, ¿te he quitao yo ningún dinero? —alzó la voz el Gamba hacia el Títere que acababa de recobrar la respiración—, ¿qué pasa?, ¿no dices ná, hijoputa?

—Eh, tranquilo, deja al chaval en paz. ¿No ves que no puede ni respirar? —Se plantó el agente delante del Gamba con la mano extendida—. Y dame de una puta vez ese dinero.

En silencio, con sonrisilla impertinente, el Gamba entregó el montón de monedas al guardia.

—Dame tu documento de identidad —añadió muy serio el otro policía —. Me parece que hoy vas a pasar la noche en comisaría.

—¿Yo? ¿Por qué? Yo no he hecho ná, señor agente.

Esperaba el señor agente a que el Títere Patético recobrara el resuello.

—¿Estás mejor, chaval?

A treinta metros de distancia la pelirroja mujer del Títere vigilaba la escena con desconfianza. No se atrevía a acercarse demasiado. Ni del Gamba ni de la policía cabía esperar nada bueno. Desde su posición escuchaba los comentarios de la gente. La gente hubiera tomado partido por el Títere, pero iba demasiado sucio, no parecía mucho de fiar. El Gamba se defendía:

—Diles a estos caballeros que yo no te hecho ná. ¿Te he hecho yo algo? ¿Te he quitao el dinero?

Respiraba ya el Títere. Murmuró algo en voz muy queda.

—No… no… no ha pasao ná. Ya estoy bien… estoy bien.

—Venga, chaval, tú te crees que somos idiotas. Sí que te ha quitado el dinero. Lo hemos visto nosotros. Verás como si le pones una denuncia no te lo vuelve a quitar.

—No…no… es igual. No ha pasao ná. Estoy bien. De verdad que estoy bien.

—Sí, chaval, bien jodido.

—Tú, venga, sácate todo lo que lleves en los bolsillos —apremió el primer agente al Gamba. Rafael se lo miró con sorna.

—¿Yo? ¿Pero yo qué he hecho? ¿De qué se me acusa?

—Que te saques todo lo que lleves en los bolsillos te ha dicho mi compañero.

Sonrió con suficiencia el Gamba, introdujo las enormes manos en los bolsillos de su ajustado pantalón tejano. Las sacó y mostró vacías.

—No llevo ná.

Los faldones de la camisa que llevaba por fuera tapaban el considerable bulto que llevaba en el bolsillo de atrás. Uno de los agentes se le acercó por retaguardia y se los levantó sorpresivamente.

—¿Qué es esto? —Le metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja automática.

—Oiga, esa navaja es mía —protestó el Gamba con toda frescura.

—Me parece que al final va a ser verdad que te vienes con nosotros —amenazaba el policía mientras probaba con mucho interés el resorte con muelle del arma: tchak, aparecía veloz la hoja de acero por la ranura en el extremo de la navaja. Tchak.

Sonreía orgulloso el Gamba ante la demostración, tchak. El corrillo de peatones parecía igualmente impresionado —¡tchak, tchak!—. Parecía que el espectáculo ralentizaba el paso de los peatones que pasaban ahora a cámara lenta, girando la cabeza según se iban alejando para no perder detalle del suceso. Le pareció al Títere el momento de poner pies en polvorosa.

—Tú qué pasa contigo, chaval. ¿Ya te quieres ir?

—¿No quieres recuperar tu dinero? —preguntaban inquisitivos los guardias.

—No… es igual. No ha pasao ná. —Repetía una y otra vez el Títere que no había pasado nada. No quería recuperar su dinero. Solo quería irse.

—¿Qué pasa, por qué estás tan nervioso?

—Si no estoy nervioso. Pero es que de verdad, señor guardia, es que no ha pasao ná.

Sonreían escépticos los dos justicias. Pasó uno de ellos de la sonrisa al gesto agrio sin transición.

—Venga, dame tú también tu DNI.

—¿El carné de identidad? Pues… es que no lo llevo encima.

La cosa se complicaba. La pelirroja mujer del Títere recogió libra y cestillo e hizo mutis por la primera esquina. Solo el Títere se percató de que se le marchaba la mujer.

—Dime tu nombre y apellidos.

Al Títere le temblaba la voz mientras daba su nombre y fecha de nacimiento.

—¿Qué te pasa, por qué tiemblas? —preguntaba suspicaz el agente.

—¿No lo ve? Está acojonao —aclaró el sonriente Gamba.

—Tú a callar —cortó el guardia.

Era verdad. Estaba asustado. Más que los nacionales le aterrorizaba el Gamba, no tenía nada que hacer contra él. El Títere tenía claro que no iba a denunciarle; era la ley de la calle: jamás se acudía a la policía para resolver un problema. Nunca era nunca. Lo mejor era siempre chapar la boca. Llamaron los guardias a la centralita por el radiotransmisor para comprobar ambas filiaciones. Pasó un buen rato hasta que contestaron de la central, el agente más sonriente contó las monedas requisadas.

—Mil cien pelas, para un paquetillo, ¿no? —dijo el guardia con sonrisa de complicidad.

Sonrió también el Títere con timidez. Eso era, para un paquetillo.

—¿De dónde has sacado esas mil pelas? —se dirigió al Títere el otro policía.

—Yo es que me pongo ahí al lao y hago la estatua. La gente me da lo que quiere.

—Ya, ya… tú eres el que va de colorao con la ramita de romero, ¿verdad?

—Un duro… para un bocadillo… —imitó el policía las palabras y gestos del Títere para regocijo de su compañero y también del Gamba. Como llevaba el rostro maquillado de rojo no se pudo ver el rubor apareciendo en las mejillas del Títere Patético.

—Entonces… ¿ese dinero es tuyo o no es tuyo?

—Se lo debía a Rafael —encontró por fin una buena excusa, miró al Gamba buscando su aprobación.

Sonó el radiotransmisor; ahí llegaba la respuesta. El Títere era blanco, pero Rafael Narváez tenía una orden de búsqueda y captura en su contra.

—Al final te vienes con nosotros —anunció el guardia sin sonrisa al Gamba mientras le ponía las esposas.

Están en un cuartucho de la comisaría de la Gavidia, muy cerca de la plaza del Duque.

Desde donde está Rafael se ve por un ventanuco parte de la fachada lateral de El Corte Inglés y un cartelón anunciando la temporada primavera-verano con alegres muchachas de vaporosas cabelleras flotando en el viento. Al Gamba, que se ha tomado dos Trankimazines a primera hora de la mañana, también le parece flotar, sobre todo cuando cierra los ojos. Flota y evoca la imagen de su odiado enemigo, Luis Molina, dueño y señor del Amparito. Los Trankimazines ejercen su función y el Gamba está relajado, a gusto, no siente ningún temor pese a estar en estos momentos detenido frente al terror de la Macarena, el justicia apodado Quitallaves, ningún temor, los Trankimazines desatan su lengua, toda su obsesión es denunciar a los Molina. Ya no sabe cómo decirle a los agentes de la policía que Luis Molina se harta de vender paquetillos en el Amparito.

—Mire usté, señor agente… es que además ya ha enviado a no sé cuántos jipis al hospital, porque corta la heroína con mármol molido, y eso si te lo metes por la vena…

Era mentira. Los Molina jamás cortaron el material que ellos mismos consumían, podían darte más o menos cantidad, pero no lo

guarreaban más de lo que ya lo estaba.

Que el Gamba era confidente de la policía nos lo imaginábamos todos. Entraba y salía de la Gavidia con toda fluidez. Como entró y salió el día de las mil pelas que le

birló por la fuerza al Títere: entró por la mañana y salió al mediodía. Con las mil cien pesetas, por supuesto. Y con la navaja. Los nacionales que le detuvieron, testigos directos de la agresión y robo, cuchichearon un rato y luego se olvidaron del tema, no se podía tocar a los confidentes, especialmente al Gamba, que era el protegido del Quitallaves.

Insistía el Gamba en denunciar los trapicheos en el Amparito y pintaba escenas de verdadero escándalo, donde se manejaban los kilos de heroína y coca como si tal cosa y los gitanos se drogaban y follaban como descosidos con niñas yonquis menores de edad. Pero ni el Quitallaves ni los agentes del Grupo 6 comandados por el conocido Billy el Niño parecían tomárselo muy en serio. Además, sabían que con el caballo se folla más bien poco.

—Tranquilo, hombre. Tranquilo que no se va a ir. Ahí está, ahí le tenemos para detenerlo cuando queramos.

No se le escapaba al Quitallaves que Rafael le tenía especial manía a Luis Molina.

—Ya le cogeremos. A él y a quienes se la pasan.

—Eso os lo puedo decir yo, se la pasa el Viejo, Joaquín Camarasa. ¿Sabéis quién es ese, no?

—Un pringao de puta madre, Gamba. Como tú.

Alguna mano poderosa cuidaba a la familia Molina y al Gamba se lo llevaban los demonios. Con parecidas palabras se expresaba Billy el Niño, del Grupo 6 de Estupefacientes.

—Oye, oye… no te confundas, tío. No me vengas con historias raras. Si tienes algo con el gitano mátalo, o haz lo que quieras, pero no vengas aquí a que te solucionemos tus malos rollos.

Pero pasaba el tiempo y se seguían vendiendo paquetillos en el Amparito con toda impunidad. Hasta se le ocurrió al Gamba denunciar inventadas peleas en el Amparito y acusó a Luis de haber dado unas cuantas puñaladas en el curso de una discusión. Pero ni por esas.

Alguien untaba las manos de la policía para proteger los intereses de Luis Molina, o mejor dicho, los del Viejo Camarasa.

Por mucho que las peleas que denunciara el Gamba en el Amparito fueran inventadas también las hubo de verdad, pero el gitano cortaba de cuajo las agresiones, y

aunque volara alguna cuchillada ninguna llegó a rozarle siquiera. Ya había quien comentaba en el barrio la misteriosa invulnerabilidad de Luis Molina. El Limones, uno de los escasos amigos del Gamba, le había dicho en una ocasión que entre los calorros se hablaba del don de Luis como de algo bien sabido, algo que no era nuevo: Luis era inmune a las puñaladas, a los golpes, a las agresiones. Pero luego, si uno quería indagar, enterarse bien, informarse del asunto, todos respondían con evasivas, nadie sabía nada, los gitanos negaban todo, ¿qué cosa?, nadie había oído nada de semejante asunto. En todo caso, había que mantener la discreción si no se quería atraer el mal bajío. Además, no era la primera vez que un Molina tenía el don. Luis lo había heredado de su tío abuelo Pancracio, muerto a los ciento dos años de edad de puro viejo y que fue toda su vida inmune a las cuchilladas. No es que el Gamba diera mucho crédito a la leyenda, pero tenía que reconocer que nunca le vio herido, nunca le alcanzaban golpes ni puñetazos, y por supuesto, nunca hurtaba la cara cuando había que darla. Entre una cosa y otra, el Gamba veía cada vez más difícil cumplir el voto de acabar con el gitano, de aplastarlo como se merecía, de aniquilarlo. En un principio creyó que la manera iba a ser denunciándolo a la policía, pero tampoco. Empezaba a temerse el Gamba que al final fuera cierto lo de la invulnerabilidad.

Con lo que no contaba el Gamba era con los otros frentes de combate que se le abrían a la familia Molina. La Mari estaba cada vez peor, no se encontraba a gusto, se mostraba cada vez más decepcionada con su hombre, todo el día pendiente del trapicheo y de meterse toda la droga que le cabía en su moreno cuerpo. Luis estaba cada vez más enganchado y cada vez más distante, no por nada, sino porque ni se enteraba siquiera del malestar de la Mari. Además, la muchacha le estaba cogiendo verdadera manía a los estupefacientes, ella nunca quiso probar la droga, es más, le empezaba a dar como asco, y más que asco, celos. La Mari, que jamás tuvo motivo para sentir celos de otra mujer, estaba celosa de la heroína que le arrebataba a su gitano. No se sentía con fuerzas para luchar contra tan formidable competidora. Se daba cuenta de que, en estos momentos, ya no era la favorita. Claudicaba. Luis le gustaba mucho, pero no estaba dispuesta a amargarse la vida por ningún hombre, ni por una situación a la que no se le veía final. Finalmente, soportar a un yonqui no es tarea de

gusto para nadie.

—Que le soporte su madre, si quiere.

El caso es que la Mari empieza a estar harta de los Molina, harta de escuchar siempre las mismas historias a María, que parecía no querer hablar de otra cosa que no fuera su Eduardo, o su marío, condenado a pagar doce años por la muerte del Chino; harta de Rafael, que se está quedando en el chasis y se pasa todo el día detrás de ella pidiéndole una dosis fiada; harta de Pedrito, más fullero que ninguno aprovechándose de su corta edad para provocar penas y simpatías; y más que harta de su Luis, todo el

día trajinando gramos, dinero, todo el día hablando de lo mismo, droga, cárcel, policía, estafas… La Mari está harta y aburrida.

La pena es que en el Amparito sigue fluyendo el dinero, aunque todo se vaya por el mismo sitio, pero qué lástima no poder aprovecharlo con más sensatez. Ella no fuma, no se inyecta… Nada. Algún gin-tonic de vez en cuando, y dos paquetes diarios de Fortuna. Se hubiera hecho millonaria si su hombre no estuviera tan enganchado.

Millonaria, no es broma. Como el Camarasa. Menos mal que lo del casorio no llegó a materializarse. La Mari impuso como condición que Luis tenía que estar desenganchado. Si no había desintoxicación no había tampoco boda. Condición que María siempre reprobó en público pero que íntimamente comprendía. Vivir con un yonqui era agobiante. Ella lo estaba comprobando en carne propia con sus propios hijos. María era la que lo estaba pasando peor, desde que su Eduardo cayó preso ya no era la misma. Ahora temía que en cualquier momento se llevaran a otro de sus hijos, que vinieran a por Rafael, o a por su Luis. Y más intranquila se hubiera sentido de saber que el Gamba jamás había renunciado a la venganza.

María le daba pena. No le podía contar la Mari a su futura suegra que le pasaba por la cabeza abandonarlo todo, dejar el negocio y dejar también a su hombre. Tales cosas no las entendía María. También la gitana estaba atrapada en aquel caos que suponía el irremediable enganche de sus hijos a la droga, pero ni se le pasaba por la cabeza otra posibilidad que la de apechugar con la crisis y todas sus consecuencias. El negocio era familiar, todos ganaban y todos perdían. Pero la Mari no era su hija. En verdad, ni siquiera era de la familia. Estuvo enamorada de Luis y nada más. Se acabó el enamoramiento, se acabaron por tanto los cuñados, la futura suegra y la familia política.

Luis se podía meter tranquilamente dos o tres o cuatro gramos diarios de caballo y base. O más. No paraba nunca. Lo primero que hacía cuando abría el ojo por la mañana era recostarse en la cabecera del lecho, sacar la bolsa de los paquetillos y fumarse una buena gota en la plata, para comenzar el día. Y no había nada en el mundo que le pudiera amargar ese momento. La Mari le había dicho que le quería dejar, que no se encontraba a gusto, que ya no estaba enamorada. No habían hablado de lo que iban a hacer con el Amparito, si se seguiría vendiendo o, si por el contrario, chaparían el negocio en espera de tiempos mejores. No lo habían hablado. No había mucho que hablar, a Luis le tiene sin cuidado el futuro del Amparito. Puestos a preocuparse le preocupaba más su hermano Rafael. Rafael estaba enfermo, llevaba por lo menos veinte días con fiebre, dolores de cabeza y perdiendo peso a ojos vista. Habían pensado incluso en llevarle a las urgencias del Virgen Macarena, pero Rafael se había negado en redondo. Nada de hospitales, seguramente no era más que algún chute mal puesto, no era la primera vez que le pasaba, en unos días volvería a estar como siempre. Pero al

contrario, pasaban los días y la cosa iba a peor. Reclinado en la cabecera de su cama, Luis aspiraba el humo acre de la heroína. Su hermano enfermo dormía en el colchón de al lado. Raro era que no se hubiera despertado para mendigarle una calaíta, un pa-pú (una fumada de ida y otra de vuelta) en la plata. Luis aspiraba el humo, retenía, expulsaba, y la vida volvía a tener sentido. Observó la respiración regular de su hermano dormido. Rafael era un gitano fuerte, seguro que en unos días volvería a estar en forma. Necesitaba un poco de descanso, eso era lo que pasaba. Cambió de preocupación: pensó en la Mari. No quería peleas con su novia. No se habían casado, no existía compromiso, podía dejarlo cuando quisiera. Tampoco él estaba ya enamorado.

Aun así se sintió triste al evocar la imagen de la muchacha. Era una buena mujer.

Pensaba en todo ello cuando descubrió en el suelo junto al colchón la jeringuilla de insulina de su hermano. Aunque Luis se considerara fumador de rebujao o basuco, no desdeñaba de vez en cuando un fije de caballo y coca, un *speedball*. El impacto máximo.

Aquella misma mañana en que Luis Molina pensaba en el futuro, tomó prestada la jeringuilla de su hermano Rafael para meterse un buco de cuatro paquetillos. Para celebrar un futuro en el que todos los problemas se iban a resolver satisfactoriamente.

Ni siquiera la desinfectó con lejía.

**5. Hospital Virgen Macarena, abril de 1989.** El día estaba radiante y frío. Las mujeres iban y volvían del mercado de la Feria con bolsas y carritos. Mujeres jóvenes, mujeres mayores, amas de casa en las mesas del café de la calle Amargura tomando su desayuno con copita de aguardiente. En una de las mesas tres mujeres ya veteranas mantienen un pequeño negocio de alquiler de inmuebles. Son las corredoras de la calle Amargura, un tanto por ciento de la primera renta para ellas si te encuentran piso. Me gustaban aquellas mujeres bravas y mal habladas, sumamente astutas. Tal como iba todo, era muy posible que en un futuro próximo tuviera que recurrir a ellas, porque otra vez debíamos un montón de meses del alquiler del piso de Bécquer y el casero amenazaba con el desahucio. Pero yo no quería pensar en cosas desagradables. No me aportaba beneficios. La acción se retoma en el momento en que yo compro en el kiosco del Pumarejo la revista de cómics llamada *El Kolekzionista*. Es el número 96, la revista va por su octavo año, y además de que yo soy comprador habitual de *El Kolek*, este mes tiene un interés añadido: se publica por fin la historieta dibujada por Martina con guion del amigo de Barcelona que vive encima del Metralleta. El cómic, titulado *El gran plan*, tenía buenos diálogos y mejores dibujos. Martina dibujaba muy bien. Verdad es que le costaba un mundo concluir sus proyectos, pero dibujaba con toda maestría y sus historias tenían guiones estupendos, fueran propios o ajenos, como era el caso de *El gran plan*. Había, pues, comprado la revista y me disponía a echarle un primer vistazo en la barra del Amargura cuando entró Soledad, mi dorada novia, acompañada de Marta Morón. Era la semana de Feria en Sevilla y Marta disfrutaba de un par de días de descanso.

Nos saludamos:

—Hola, hola, ¿queréis tomar algo?

—Dos cafés con leche.

Pedí al camarero los dos con leche y pasé enseguida a mostrarles *El Kolek*.

—Mira… mirad lo que acabo de pillar en el kiosco del Pumarejo.

—¿Sale lo de Martina?

—Sí, claro. Sí que sale.

Abrí la revista por las páginas centrales, ahí estaba. Ocho páginas a

todo color en la parte central de la revista.

Se le pusieron los ojos llorosos a la Morón. Marta y Martina se cayeron bien desde que se conocieron por Engracia, amiga común de ambas. A las tres les gustaba dibujar, la imagen, el diseño, las revistas de cómics… y el caballo. Pero Marta no se enganchó jamás. Según las teorías de Carlos Serena sucedía tal porque nunca fue escogida, y por tanto poseída, por el Espíritu. Lo cierto es que Marta tomaba cuando le apetecía y lo dejaba cuando quería. Era perfectamente capaz de estar dos o tres días fumando heroína y de parar cuando creía que tenía que hacerlo. Carlos lo explicaba diciendo que lo de Marta era un acto de voluntad propia, mientras que lo nuestro lo era de voluntad ajena. La voluntad depredadora del Espíritu.

—Dos con leche —anunció el camarero mientras depositaba ambas tazas sobre sus platillos.

Estuvimos un buen rato ojeando la revista en el Bar Amargura, Soledad y yo, porque Marta no podía, estaba muy emocionada y se le saltaban las lágrimas.

—Está genial.

—Me encanta.

—Esto es para leerlo con calma, tranquilamente, en casa… tú ya sabes, con una copita, unos pitillos…

Martina seguía ingresada en la octava planta del Virgen Macarena. Era su primer ingreso, luego vendrían muchos más. Cada vez peor, cada vez más cerca del ineludible final.

—Tendríamos que ir a verla —sugirió mi rubia Soledad.

—Pues sí. —Apoyé la idea. Marta asintió en silencio; se secó los ojos, se tranquilizó.

—Primero vamos a fumarnos una plata —sugirió, a lo que Soledad y yo asentimos encantados. Cualquier excusa era buena para fumarse una plata. Por supuesto, pagaba la Morón. Siempre pagaba la Morón.

—¿Quién tiene algo bueno por ahí?

—No sé. Habrá que preguntar. Quizás en el Amparito.

—El Amparito está cerrado —informó mi rubia.

—¿Cerrado?

Ascendimos la escalinata y entramos en el Hospital Virgen Macarena.

—No me gustan los hospitales —declaraba la Morón.

Había gente en cualquier sitio que miraras, un guardia de seguridad vigilaba el flujo del personal que entraba y salía. Pasillos e indicaciones por doquier, gente despistada buscando su camino.

—¿No te gustan, verdad? Pues te diré una cosa —argumentaba Soledad—, yo, la mejor cara de la gente la he visto en los hospitales. Donde la gente es más solidaria, más amable, donde se dejan más de tonterías y se ayudan, y donde la gente se deja de tanto fardar y presumir y se vuelve más sencilla… En los hospitales.

—Vaya… ¿frecuentas tú mucho los hospitales o qué?

—Bueno… es que tuve a mi madre ingresada mucho tiempo, aquí, en este mismo hospital, en la planta séptima. Y te digo, Marta, que aquí es donde mejor me reconcilio con mi especie. No sé… tenía un pariente que decía algo parecido de las guerras.

Señalé el mostrador de información. Soledad cortó la charla.

—¿Preguntamos en qué habitación está?

—Claro.

Dos personas atendían la ventanilla. Había cola pero corría rápida. Enseguida llegó nuestro turno.

—Buenos días. Estamos buscando la habitación de una persona que está ingresada en…

—Dígame el nombre de la persona ingresada, por favor.

—Sí, claro. Se llama Martina Van Maertens. Creo que está en la…

—¿Van Maertens?

—Sí, sí… Martina Van Maertens.

Consultó la mujer la pantalla de su ordenador. Enseguida dio con lo que buscaba.

—Martina Van Maertens, habitación 812, planta octava.

Llegamos a los ascensores. Más gentío esperando. Marta apretó los botones de llamada inútilmente. No fue la única. La gente llegaba, miraba los indicadores y apretaban varias veces y con fuerza los botones de subida y bajada, pero los ascensores seguían a su aire. Al poco tiempo se abrieron las puertas del ascensor central, salió una pequeña multitud y entró otra, entre ellos nosotros. Todo el mundo apretaba los botones, a la primera, a la octava, a la primera otra vez, a la séptima… Venga a darle a los botones; pequeñas sacudidas en cada planta, algún rostro intranquilo, pacientes con el pijama puesto, llegamos a la octava. Buscamos el ala correspondiente, enfermos fumando en el vestíbulo, ceniceros rebosantes de colillas. Un grupito de enfermos toma café y fuma junto a la entrada del ala A. Esa es la nuestra. Entramos en el pasillo, una fuentecilla metálica, batas blancas presurosas, batas verdes con zuecos blancos al trote, todas las batas van deprisa por el pasillo, habitaciones a ambos lados, las batas van deprisa, los holgados pijamas azules de los pacientes van despacio. Un mostrador en mitad del pasillo donde se atiende a los familiares. Hay cierto ambiente en el ala A, conversaciones, risotadas… carritos con instrumental médico diverso: vendas, tijeras, yodo, habitación 808… huele fuerte el hospital, a formol, a desinfectante, a hospital, habitación 810… habitación 812, esa es la nuestra. La puerta está abierta, entramos, tres camas ocupadas por tres enfermas con pijamas azules. Familiares varios rodeando las camas, no todas las camas, en la que está más cerca de la ventana no hay familiares, solo la enferma que parece dormir. Las tres enfermas llevan mascarillas. Las tres enfermas de sida. El ambiente es lúgubre. Distingo a Martina en la cama central. No parece ella; pero es ella.

—Buenos días —saludo a las personas que rodean la cama de Martina. Miro a la enferma. Está con los ojos cerrados. Nadie responde a mi saludo.

—Buenos días —saludan también Marta y Soledad. Persisten el silencio y los ojos cerrados de Martina.

Nos acercamos. Hay una mujer sentada en uno de los tres sillones para las visitas, uno para cada cama. La mujer se levanta de pronto, nos interpela.

—¿Queríais algo? —pregunta con acento extranjero.

—Somos amigos de Martina.

La mujer dice algo en un idioma incomprensible. Parece enfadada. Los dos familiares de la otra cama vuelven sus cabezas hacia la mujer con

curiosidad. De pronto parece darse cuenta de que no nos enteramos de nada y cambia al castellano, pero no nos habla a nosotros, sino a un hombre de pelo cano que está de pie en la cabecera de la cama y tiene entre las suyas una mano de Martina.

—Mira, papá, estos son los hijos de puta que le han contagiado esa mierda a tu hija.

Nos quedamos helados. Los tres.

—Oiga, oiga… no… —intenta decir algo la Morón, sacarlos del error.

—Déjalo, déjalo, Marta —interviene Soledad—, venga, vámonos, vámonos. —Coge del brazo a la Morón. Yo estoy un poco retrasado, mirando la faz pálida, delgada, casi irreconocible de Martina. Entra entonces una enfermera para cambiar los goteros. Los familiares de Martina siguen mirándonos con franca hostilidad.

—Oiga, señorita —dice en castellano con acento extranjero el hombre del pelo cano—, hágame el favor. Esta… gentuza… no los queremos aquí.

—Ya… mire, señor… nosotros no podemos echar a nadie… —dice la enfermera visiblemente turbada mientras nos echa inquisitivas miradas. Ciertamente, estábamos muy delgados, descuidados en el vestir, no demasiado aseados… en fin, dábamos talla de yonquis. Marta era otra cosa, pero venía con nosotros, y entre la plata que se acababa de fumar y los ojos irritados de llorar emitía vibraciones igualmente sospechosas.

—Pero es que no los queremos aquí. ¡Que se vayan! —alzó la voz la mujer del sillón.

—Oiga, por favor, aquí no se puede armar escándalo —se puso seria la enfermera.

Luego se dirigió a nosotros, concretamente a la Morón, que era la que tenía mejor aspecto.

—Oiga, mire, por favor…

—No, no… no se preocupe. Ya nos vamos —se anticipó Marta.

Martina no abrió en ningún momento los ojos. Acudieron lágrimas a mis ojos.

Salimos llorando los tres. En el pasillo otra vez batas verdes y blancas, pijamas azules, enfermos con mascarilla fumando. La enfermera salió también de la habitación y apresuró sus pasos hasta alcanzarnos.

—Oiga, oiga…

Nos detuvimos.

—Oye… lo siento; esta gente está destrozada, perdonad por el numerito. Y gracias por no ponerlo más difícil —se disculpó la enfermera.

Fue en ese momento cuando se abrió la puerta de la 806 y salieron dos personas. Las reconocí al momento.

—¿Ese no es el Luis Molina?

—Sí que es el Molina —confirmó mi novia—. Y esa debe de ser su

madre, ¿no?

—Creo que sí.

Era efectivamente Luis Molina con su madre, María Fernández. El gitano no tenía buen aspecto, amarillo y en los huesos. Caminaban cogidos del brazo hacia el vestíbulo.

—Luis… Luis…

Se volvió el Molina al oír su nombre.

—Eh, canijo… ¿qué pasa? ¿Qué haces por aquí?

—Hola —saludé a María. La gitana, con los ojos hinchados de llorar, no tuvo ni fuerza de responder a mi saludo. Soledad tomó la palabra.

—Hemos venido a ver a una amiga. Ahí, en la 812. Martina, una chavala guiri del barrio, ¿sabes quién te digo?

Puso cara de no saber Luis Molina. Estaba realmente muy desmejorado. Señaló hacia la habitación que acababan de dejar.

—Hemos venío por mi planó, mi Rafaé, que está… está fatá, el pobre.

Sollozó María y tuve muchas ganas de desaparecer de allí.

—¿Qué le pasa? —pregunté compungido.

—Tiene el sida, canijo.

—Nos han dicho los doctores que no hay ná que hacer. Que está desahuciao, que…

—No, mama, no… ya verás como no se muere —cortó Luis a su madre —. ¿A que no, canijo? —me preguntó de pronto Luis Molina—. ¿A que no se va a morir nuestro Rafaé?

Yo no sabía qué decir. María miró a su hijo, luego a mí. Ni siquiera esperó una respuesta.

—El pobre Faé —murmuró.

No contesté, no dije nada, principalmente porque no podía ni hablar.

Se fueron los gitanos a darse una vuelta por los pasillos y nosotros tomamos los ascensores.

—Ya sabes por qué está el Amparito cerrado —señaló mi rubia.

**6. Calle Hiniesta, junio de 1989.** Caminaba hacia la ventana del Paco, por la calle Hiniesta. Carlos Serena pagaba quinientas pesetas diarias por una habitación maloliente en una pensión clandestina de la calle Pérez de Montalbán, paralela a Joaquín Costa.

Tenía que pagar todos los días por adelantado, sin baño, pequeña, sucia, con un ventanuco que daba a un patio interior por el que era mejor no asomarse… Aun así, lo peor de todo era tener que soportar la mala cara del dueño; pero fue lo más barato que encontró. Aquella misma tarde, en un golpe de suerte, había conseguido una buena ganancia ejerciendo de intermediario en una venta de hachís. Quiso celebrarlo por todo lo alto, comprar dos de cada y darse un merecido homenaje. El Paco tenía buen caballo y hacia la ventana que fue con sus cuatro mil pesetas en la mano.

Antes de llegar, ya casi desde la plaza de Santa Isabel, vio la figura del Gamba. No estaba solo; a su vera, el Limones sostenía una escopeta de aire comprimido. ¿Qué cojones hacían? Si le tenía miedo al Gamba, tampoco el Limones era como para estar tranquilo. Era un sujeto raro el Limones, rubio teñido, pendientito de oro en el lóbulo izquierdo, a veces parecía un chuloputas, a veces un maricón reprimido. Siempre un individuo impredecible y violento.

Estaban en las revueltas de la calle Hiniesta, a la vera del Bar San Julián, un garito mínimo que abría solo a la hora de la tapa del mediodía, pero ahora anochecía y estaba chapado. No hay casi tráfico por calles tan estrechas, ni rodado ni peatonal, y el Gamba y el Limones conversaban tranquilamente de sus cosas mientras ejercen la puntería con una escopeta de perdigones. Un tiro cada uno. Su blanco preferido eran las salamanquesas que cazaban en la gran tapia blanca del solar junto al obrador —donde se despachaban los más ricos pasteles de San Julián—. Carlos escuchó el sonido blando de la escopeta de aire al ser disparada.

—Huyyy… qué suerte ha tenío la jodía por culo —se lamentó el Gamba del fallido disparo. Le pasó el arma a su compañero.

—Quillo… Faé —hablaba el Limones con un perdigón en la boca mientras abría la escopeta para cargarla—, yo tampoco puedo ver al Molina. Yo a los gitanos les tengo hecha la cruz. Te digo que no los quiero a mi lado.

El Gamba callaba y asentía.

El Limones era un sujeto muy peligroso a quien le importaba todo un carajo. Había aparecido en la Macarena de repente, no lo conocía nadie, no tenía amigos, excepto Rafael el Gamba; lo mejor era evitarlo, ni mirarle siquiera, si notaba que le estabas

mirando se te encaraba instantáneamente, sin transición y nunca sabías por dónde te iba a salir. Aseguraba que había dado la vuelta al mundo embarcado en un mercante. Pero era mentira, por supuesto. Como casi todo lo que te contaba. El Limones era un trolero de marca mayor. Elaboraba sus trolas conscientemente, con toda cordura. Yo escuché muchas veces sus mentiras en el chiringuito de la calle Hiniesta, donde fui algún mediodía a beber cerveza a la hora de la tapa. Incluso llegué a escuchar alguna vez sus planes de atraco al feudo de los Molina.

Tentado estuvo Carlos de retroceder y buscar otro punto de venta, es más, iba a hacerlo cuando el Gamba giró en ese momento la cabeza y le vio. Carlos se dio perfecta cuenta de que le había visto. No supo cómo parar y echar marcha atrás, siguió caminando y conforme se acercaba se hacía más difícil retroceder. El Limones cerraba un ojo y apuntaba. En la tapia, un par de salamanquesas esperaban agazapadas el momento de lanzarse sobre las polillas atraídas por la luz de la farola cercana. Todo sucedía en el plano vertical de la encalada superficie. El Limones afinaba la puntería sobre el cuerpo de los pequeños reptiles.

Charlaban sobre los Molina. El Gamba sabía que las cosas funcionaban regular en el Amparito. Los paquetillos ya no iban tan bien pasados, y además, la mitad de las veces estaba cerrado, lo que implicaba que la ruina asomaba el hocico por algún resquicio. El Limones añadía argumentos.

—¿El Molina? Está dando paquetillos de juguete. Yo se lo pillo al Paco en la ventana.

El Molina está arruinao, que te lo digo yo.

—Sí, arruinao, pero se fuma todos los días un viaje paquetillos, el hijoputa.

—¿Tú sabes quién es el Camarasa? —preguntó el Limones.

—Pues claro que sé quién es el Camarasa, ¿no lo voy a saber? El Camarasa. El Viejo.

—El Camarasa les lleva todas las semanas más de cien gramos de

caballo. Me lo ha dicho el Papelino, que está enterao de tó. Todos los lunes, Faé.

Carlos dejó atrás los vacíos bancos de Santa Isabel, daban ganas de quedarse en la plaza contemplando la fuente ya sin agua —donde dicen que antaño nadaban los tritones—, pero se sentía incapaz de corregir la ruta que le llevaba directo a su cazador.

Decidió que era mejor no hacer movimientos bruscos para no llamar su atención, así que siguió, como pajarillo hipnotizado por una culebra; únicamente aminoró el paso.

Seguía el Limones insistiendo sobre la magnífica oportunidad que se le presentaba a Rafael Narváez.

—Quillo, no te lo pienses, aprovecha y métele un palo que se cague vivo.

Escúchame: Eduardo está en el talego, ¿no?, con su viejo; los dos tienen para una buena temporada. Piensa un poco, Faé. Rafael en el hospital, ¿no?, porque el Rafael está en el hospital hecho polvo, tú lo sabes. ¿Quiénes quedan en la queli de San Luis? El Luis; y el Pedrito, pero el chico no cuenta.

—¿Quiéne? ¿Pedrito? Ese es más peligroso que una caja bombas.

Se llevó el Limones la escopeta a la cara. Una salamanquesa reptaba sigilosa por la tapia hacia una polilla de considerable tamaño. Una farola iluminaba la escena. Se detuvo el reptil y calculó el ataque. La polilla voló de repente, pero su vuelo era torpe, se golpeaba contra la tapia como si quisiera atravesarla, finalmente volvió a posarse a pocos centímetros de su primera posición. Entonces atacó la salamanquesa, reptó con rapidísimas ondulaciones y abriendo las fauces se abalanzó contra el insecto, sonó un disparo seco y silbó el perdigón, pegó contra la tapia, más cerca de la polilla que de su cazadora. Pero la caza se frustró, la salamanquesa quedó inmóvil en el sitio, sin saber lo que acababa de suceder, intuyendo algo no bueno. Voló la polilla y se daba otra vez contra la tapia, como mosca contra cristal.

—Qué malo eres, Limones. Anda, déjame a mí.

Le pasó el Limones el arma al Gamba.

—Todavía sigue ahí —señaló el Limones hacia el pequeño reptil—. A ver si es verdad que eres tan bueno.

—Más bueno que tú, cualquiera —se mofaba el Gamba y reían de sus amigables provocaciones. El Limones era una de las pocas personas con quien el Gamba se sentía relajado. En ese instante, casi de puntillas y sin mirar siquiera a los dos sujetos, pasó Carlos Serena justo por delante de ellos en dirección a la ventana. Por suerte, parecía que estaban en otra historia, que no iba a tener problemas, aunque no le hacía ninguna gracia tener que comprar los paquetillos tan cerca de los depredadores. Pasó tan a la vera de ellos que pudo escuchar incluso algún fragmento de la conversación.

—Lo que te decía, niño; que el Pedrito, por mucho que sea una caja bombas… no cuenta. Es un niño. Y la madre tampoco te ha de preocupar. Es tu momento, Faé, no vas a tener otra oportunidad así.

—¿Sí? ¿Y tú… por qué estás tan interesao en que yo madrugue al gitano?

—¿Yo? No, no… para nada. Yo lo decía por ti, pero ya me callo. No he dicho ná.

—No, si tienes razón. Voy a dejarme de hostias. Va a flipar ese hijo de puta.

Pero ya se había molestado el Limones con el comentario del Gamba y puso la cara mustia de no responder. Insistía el Gamba:

—¿Estás pensando algo? ¿O lo has pensao ya?

Estuvo el Limones unos instantes en silencio, ofendido, sin responder, pero finalmente decidió que era mejor seguir de buenas. Era lo más aconsejable con el Gamba.

—Si es que no hay ná que pensar, Faé.

La escopeta abierta, el perdigón en la boca, escuchaba el Gamba con mucha atención las palabras de su compañero; sin perder de vista los movimientos de la salamanquesa.

—No hay que pensar ná. Solo la manera de partir la cerradura de la cancela y entrar en el patio, subir a ca los Molina con la recortada y quitarles todo, la droga y tó lo que tengan. Y si tanto te toca los huevos le metes un cartuchazo en la cara al Molina. Ya lo pensaremos. ¿Qué dices?

Pero no respondió el Gamba. Cambió de tema:

—Mira, esa lagartija, ¿la ves?, esa lagartija es Luis Molina. Tiene todo su careto.

—No es una lagartija, es una salamanquesa.

—Lo que sea; le queda un segundo de asquerosa vida. Atento.

Disparó el Gamba su fusil. Plop. Cuando se acertaba en el cuerpecillo de la indefensa salamanquesa los resultados eran absolutamente deplorables, el perdigón le destrozaba la cabeza o el blando abdomen, y el animal quedaba clavado contra la pared, o a veces caía a tierra. Plop, pero esta vez falló. No hubo destripamiento. El perdigón impactó en la tapia a un centímetro largo de la salamanquesa que, según el Gamba, tenía el careto de Luis Molina. Rafael Narváez tendría que haber interpretado aquel augurio. En vez de eso, le pasó el arma al Limones y se quedó mirando fijo a Carlos

Serena, que había llegado a la ventana y entregaba sus cuatro talegos a cambio de los cuatro paquetillos.

En la ventana de un bajo que daba a la calle Hiniesta en su última revuelta, despachaba sus paquetillos de heroína Rafael de la Muerte, así llamado por apuñalar hasta matarlo a otro Rafael, hacía ya unos años, frente a la puerta de La Carbonería, a la vera de la plaza de Las Mercedarias. La droga era propiedad de un tal Paco, a quien se le veía siempre merodeando por los alrededores de la ventana, enviando clientes a Rafael, echando un ojo, poniendo orden si se formaban colas o alguna bulla, o dando el agua si presentía la llegada de los maderos. Paco había llegado a una especie de trato con el Gamba, le daba un paquetillo de balde a cambio de no molestar a sus clientes. Pero Rafael incumplía sistemáticamente el acuerdo. Si lo necesitaba se apostaba en las revueltas de la calle Hiniesta y atracaba al primer incauto que se acercaba por la ventana en busca de una dosis.

Ahora, tras el fallido disparo contra la salamanquesa que tenía la cara de Luis Molina, el Gamba no le quita ojo a Carlos Serena, que acaba de comprar sus dos y dos y se marcha tan contento a darse un homenaje a su habitación. El Gamba conocía perfectamente a Serena. Recordaba cuando le partió las gafas y le quitó un talego en la puerta del Fausti, y recordaba, por supuesto, el día que apuñaló a su novia en la calle Malpartida. Rafael pensaba poco en Engracia. Se la cargó y ya está. No había que pensar en ello. También a él le habían lanzado más de una vez alguna cuchillada y pudo haber muerto, pero tuvo suerte; en verdad lo que pasó con Engracia no fue más que eso, que tuvo mala suerte. Rafael solo quería las mil pesetas, nunca planeó matarla. Pero

la mató y no quedaba más que hablar. Peor era la maricona de su novio que no tuvo dos cojones para vengar su muerte, que nunca se atrevió a decirle nada: ni una palabra, ni un puto reproche, ni un insulto; nada. El Gamba lo encontraba repugnante. Estaba acojonado, eso era lo que le pasaba.

—La maricona esa… —cavilaba el Gamba mientras le veía marchar de la ventana con los cuatro paquetillos— le matan la mujer y se queda igual el hijoputa. Es incapaz de decirme algo con un par de huevos. Es que ni me mira la maricona.

Era un julay de cojones aquel pardillo. Se iba a enterar.

Plop, disparó el Limones. Tampoco. Aquella noche no daban ni una.

—Quillo, Limones, me marcho —anunció el Gamba.

—¿Ya te vas? —El Limones se había dado perfecta cuenta de a dónde y a qué se iba el Gamba—. Espera, homme, que me voy contigo.

Pero el Gamba no quería compañía.

—Quillo, Limones, no te enteras. Digo que me voy. Yo solo.

—Vale, vale… perdona, homme. Lo que tú digas.

Dejó al Limones con su fusil de aire comprimido y se fue murmurando una despedida o algo que lo parecía.

Por delante de él, Carlos Serena enfilaba San Luis y doblaba enseguida por la calle Maravillas para zigzaguear por callejones estrechos y solitarios dirección Alameda.

Carlos Serena, el decepcionado de la vida. Serena, el irritado con el mundo. Carlos, el abandonado en la calle que sabía de buena tinta la calaña de sus amigos. Carlos Serena, el verdadero conocedor de la miseria humana, empezando por su familia. Sus padres…

había que tener huevos para pasar de un hijo como habían pasado de él sus padres.

Pese a tales pensamientos sobre la condición humana, Carlos caminaba contento hacia su miserable habitación. Daba igual si era triste y oscura, tenía lo que necesitaba, una cama para dormir, y lo más importante, intimidad y espacio para meterse un chute en paz, en soledad y en armonía con el universo. Tampoco era cosa de culpar de

sus miserias a los demás; Carlos era muy inteligente y le costaba engañarse a sí mismo. Se trataba de él contra él. No era sano ni bueno ni recomendable meter a nadie más en la pelea. Lo que pasaba es que no tenía ninguna gana de batalla, de guerra, mucho menos contra sí mismo. Prefería posponerlo y dejarse ir; meterse buenos chutes en su habitación triste de la Alameda y esperar tiempos mejores, porque lo que era ahora no se sentía con fuerzas para nada; entonces dejaba que esa misma inteligencia le consiguiera las mejores excusas para justificar el enganche que le consumía.

Pero ahora estaba contento. Los paquetillos del Paco le devolvían a la vida.

Callejeó por Clavellinas, por Amapola, salió a la plaza de los Maldonados; antes de llegar a la plaza de Montesión ya se había dado cuenta de que le seguía el Gamba.

**7. San Luis 65, junio de 1989.** Una de aquellas mañanas tenebrosas que se levantaba uno con el mono instalado como plomo en cuerpo y alma acudí, con mi billete de mil estrujado en la diestra, al mercado mañanero del Pumarejo con la esperanza de dar pronto con algún camello de fiar. Ya abre el Faustino —rasss— las persianas metálicas, algunos automóviles bajan por Relator y se detienen en el *stop*. El sitio del Pocaslibras está vacío. Nadie. El Amparito —en esa misma esquina — está cerrado.

Recuerdo que fue el Huelva, gitano grande y oscuro, quien me orientó aquella mañana: —Canijo, la María… paquetones…

—¿La María? —De momento no caía en la cuenta. ¿La María?

—Canijo… la madre de los Molina —puntualizó el Huelva irritado por tener que repetir la información.

—Eh… ah, claro, sí. La María.

Serían alrededor de las ocho de la mañana, algo más temprano, porque estábamos parados frente a la bodega del Cateto y la persiana metálica estaba todavía echada. Un vistazo a mi alrededor: nadie de interés. Todavía no acababa de asimilar que fuera María, la madre de los Molina, quien estuviera despachando los paquetillos de heroína que siempre despachó su hijo Luis. Apareció por la calle Macasta el Cateto, saludó con un gruñido al Huelva, a mí, por supuesto, me ignoró pese a los sonoros buenos días con los que le obsequié. De qué poco me estaba sirviendo la buena educación que me enseñó mi padre desde que era bien pequeño. Amable y educado, prioridades de la vida

que llegaban a ser un lastre en los estrechos callejones de la Macarena. El Cateto, que era del Aljarafe, de Bollullos de la Mitación, abrió el oxidado candado que cerraba su no menos oxidada persiana metálica. Abierta la bodeguita entró el Huelva como primer cliente de la mañana. Desde la calle le pregunté por última vez: —Huelva,

¿dónde dices que se pone la María?

—Ah, canijo, no sé… Yo he ido a su casa.

Su casa. Yo nunca había ido a comprar a casa de los Molina. Más o menos sabía dónde vivía. Es decir, sabía que vivían en el 65, pero no sabía en qué puerta. Solo tuve que cruzar la calle y andar unos metros hasta llegar al portalón de madera. Todo estaba abierto, el portalón y la cancela. Penetré en el sombrío patio donde se desgañitaba un canario en una jaula de finos barrotes de alambre. Los trinos de la avecilla compensaban un poco el general aire de miseria que se respiraba allí. ¿No había nadie? Sí. Se abre una

puerta, aparece una mujer en el quicio, no es María, ¿le pregunto? Dudo. Me siento totalmente ajeno y sé que la mujer lo percibe. Es una mujer de unos cuarenta años, o cincuenta. Imposible un cálculo aproximado, parece mayor pero su rostro carece de arrugas.

—¿Buscas argo, muchacho?

Vaya, parece una mujer amable. Lleva una bata con estampado de flores y el pelo recogido en un moño.

—¿Sabe cuál es la puerta de los Molina?

—¿No lo voy a saber, criatura?

Silencio. Esbozo una sonrisa y espero la respuesta.

—Tienes que subir la escalera, y es la… una, dos, la segunda puerta a tu izquierda.

—Muchas gracias.

Subí la escalera, abajo el canario seguía contribuyendo más que ninguno de nosotros a lustrar la mañana. Escogí una puerta entornada por la que parecía salir una voz, no, es un quejido, un lamento entonado que va subiendo el volumen y caracolea en cuartos de tono hasta quebrarse, tomar aire y empezar de nuevo; abajo calla el canario, interesado en la voz que baja por la escalera y llega hasta su

jaula. Me quedé pasmado en el quicio de aquella puerta. Una voz de mujer, no, de niño, que me hizo entender por primera vez el significado del cante jondo. Una descarga emocional que me dejó en el sitio, conmocionado, estupefacto. La destemplada voz de Luis Molina me sacó del marasmo.

—Canijo, qué quieres.

Jamás he vuelto a escuchar algo semejante en boca de un cantaor. Y fue Pedrito, el pequeño de los Molina, a quien nunca en la vida había oído canturrear una sola nota; Pedrito, que acababa de llegar del hospital tras pasar quince días hospitalizado y con la funesta noticia de que también él, como su hermano Luis y el recién fallecido Rafael, estaba infectado por el virus del sida.

La puerta permanecía entornada.

—Pasa, cojones.

Entré en la estancia. María subdividía en la superficie de un espejo sobre la mesa camilla un par de gramos de heroína en rayas paralelas de polvo marrón claro. Enfrente de ella, Luis sentado en una silla se buscaba la vena con afán. Tuve muchas ganas de meterme un chute.

—¿Tenéis algo?

—¿Cuánto quieres? —preguntó María. Luis estaba como ajeno a todo. No se encontraba la vena y regueros de sangre le corrían codo abajo. Estaba pálido y muy delgado, afiladas las facciones, y como un poco atontado y lento de movimientos.

Pedrito me miraba fijo. Se había dado cuenta de que estaba impresionado. Quizás pensaba en cómo sacar partido de mi estado de ánimo.

—Quillo, habla, cuánto quieres.

—Eh… uno, un paquetillo de caballo.

Con una hoja de afeitar trasladó María un montoncito de polvo marrón a un cuadrado de papel, lo dobló, lo cerró y me lo entregó a cambio de mi arrugado billete de mil. No sabía qué decir. Luis seguía insistiendo en buscarse la vena, pero era obvio que le había entrado sangre en la jeringa y se le había coagulado. Cuando esto sucede se pierde el chute. Era una escena penosa.

Al final sí que nos habían tragado el caos y el horror.

**8. Plaza de la Mata, julio de 1989.** Tú… maricona, ¿dónde vas tan corriendo? Tú eres una maricona, homme.

Lo tenía a metros escasos, a su espalda, le había estado siguiendo desde la ventana del Paco, siempre a la misma distancia, siempre a la misma velocidad, los dos tenían buena zancada y habían llegado en poco tiempo a la plaza de la Mata. Carlos estaba asustado, tenía ya tan cerca la habitación, el resguardo, la madriguera, que le daba especial tristeza aceptar que posiblemente fuera antes abordado, despojado, humillado… Estaba ya muy cerca, dejó la Mata a su espalda y dobló por la esquina de Pérez de Montalbán tras echar una rápida mirada a su espalda, ahí estaba, lo tenía pegado a su espalda, me cago en la hostia déjame en paz hijo de puta, por favor… Solo tenía que avanzar unos metros más hasta la puerta de su pensión. Pero no iba a ser sencillo. El Gamba tenía unas piernas muy largas, añádele que Carlos empezaba a estar agotado, con pinchazos de flato en el costado y la respiración que le quemaba, no podía más, un último esfuerzo, lo tenía demasiado cerca, aun así, si esprintaba con fuerza y confianza tenía cierta posibilidad de llegar al portal antes que Rafael. Para su tranquilidad vio al dueño de la pensión con su mala cara apostado en el portal, justo en la entrada, fumando y escupiendo, fumaba y —¡tchrup!— escupía pausadamente y observaba el escupitajo en el suelo. Levantó la cabeza y los vio venir a toda prisa, Carlos por delante, el Gamba detrás. Ya casi estaba, Carlos miró a los ojos de la mala cara suplicando en silencio un poco de ayuda, pero la mala cara se limitó a sonreír, a fumar, a escupir con desprecio, ¡tchrup! Suponía Serena que el Gamba no se atrevería a entrar y a perseguirle por las escaleras. Y echó a correr. Echó a correr con todas sus fuerzas y toda su desesperación, como si fuera lo último que iba a hacer en su vida.

Tenía la seguridad de que si lograba franquear la puerta de la pensión estaba salvado. El Gamba no salió detrás, no se inmutó, no aceleró, se limitó a darle una orden al dueño de la pensión:

—¡Quillo, Joselito, no le dejes entrar a esa maricona! —voceó el Gamba, y Joselito, se interpuso entre la entrada y Carlos Serena.

—Agárralo, agárralo… que es una maricona y va a flipar.

Le dio perfectamente igual que fuera su cliente, Joselito López España le echó la garra y lo atrapó por el codo cuando ya viraba hacia su izquierda, buscando escapar hacia la Alameda. Ahora sí, aceleró Rafael, dio un par de zancadas y se plantó frente a Serena, que hacía

esfuerzos desesperados por soltarse de la garra de hierro de Joselito.

—Tú qué pasa, maricona. De mí no se escapa ni Dios. Ven, que te voy a patear el hígado —dijo el Gamba y le cruzó la cara de un guantazo.

Joselito López España, el dueño de la pensión donde pernoctaba Serena, se dedicaba en cuerpo y alma a sacarle la pasta a los yonquis. España —así le llamaba mucha gente en el barrio— no estaba enganchado y se aprovechaba bien de la situación: alquilaba las habitaciones de su caserón a los heroinómanos sin techo de la Alameda, vendía cachos de papel de aluminio para los yonquis fumadores a cinco duros, y jeringuillas y trocitos de limón para deshacer la heroína en la cuchara. Y, por supuesto, cigarrillos sueltos para después del chute. Y paquetillos, claro, a medias con el Cuatrolatas que vivía en la casa justo al lado. Joselito trataba a sus clientes como puta escoria, inconmovible frente al mono ajeno y el dinero siempre por delante, jamás un comentario amable, una sonrisa, jamás. Siempre la expresión adusta, siempre la mala cara, y si encima te podía follar, te follaba, como aquel día con Carlos Serena, lo atrapó con su zarpa y se lo entregó al Gamba, que ni siquiera le dio las gracias.

—Qué maricona, míralo, ahí acojonao, tú eres un mierda, homme, un desgraciao.

—Será perra la maricona —abundaba el España en los insultos del Gamba—. Quillo, a mi casa no vuelvas, ¿te enteras o no te enteras? No te quiero ver más por aquí, perra.

Ya hemos dicho alguna vez que Carlos Serena era un individuo de buena estatura, del tipo buen mozo, pero estaba totalmente negado para la violencia, y mucho más desde la nefasta mañana en que el Gamba le quitó las mil pesetas y le partió las gafas cuando ya creía que tenía controlada la situación. De modo que no se vio capaz de responder a la agresión que estaba sufriendo y se quedó mudo y acoquinado, avergonzado también por las miradas de sorna y desprecio que le lanzaba el dueño de la pensión.

De pronto se le ocurrió al España, cuya mente para la rapiña era infatigable, que le podía sacar producto a la situación.

—Quillo, ahora que me acuerdo… tú me debes un par de días, perra.

—¿Yo? Yo no te debo nada —protestó débilmente Serena perfectamente consciente de la inutilidad de su protesta.

—Venga, maricona, dame el dinero que me debes —Joselito se embalaba, pero eso al Gamba ya no le pareció tan bien.

—¿Qué dices, homme? ¿Pero qué estás diciendo? Esta mierda se viene conmigo.

Luego te pagará lo que te debe, José. Tú no te preocupes que esta perra pagará todo lo que debe.

Le cogió por el brazo y se lo llevó de mala manera hacia la calle Joaquín Costa.

Joselito quedó en mitad de la calle, mascullando maldiciones contra el Gamba, pero en voz lo suficientemente baja para no tener problemas. Otra vez le iba a ayudar su puta madre.

—De todos modos — se consolaba Joselito—, no quiero mariconas en mi casa.

Carlos se quería fundir. Podía ver sonrisillas de burla en la cara de los chavales que presenciaban la escena. Siempre era mejor pasar por hijo de puta que por julay, por pringao. No valías nada en la Macarena si no eras capaz de dar la cara por ti mismo.

Desde su posición en el comienzo de la calle Joaquín Costa, Fragoso no pierde detalle del desarrollo de la sirla, al mismo tiempo que despacha sus paquetillos a los pocos clientes que se fían de él, uno de los cuales es Paco el Burro que se lleva dos rebujaos y una base.

—Se prepara una sirla —advierte Emilio Fragoso a Paco el Burro, quien mira la escena con cierta curiosidad.

—Ozú, tío, la lleva clara el Grande ese —comenta con sorna—. Tó lo que tiene de grande lo tiene también de maricona.

Carlos Serena tiene buena estatura y en el barrio quienes no saben su nombre le llaman «Grande».

—Con todo lo grande que es… le van a partir la cara por todos los costaos.

—Fijo —confirma el Burro al tiempo que recibe sus «dos y uno».

Se marcha el Burro con la compra resuelta y Fragoso sigue con la oreja y un ojo aplicados a la pareja que, tras los contenedores, forman Carlos Serena y Rafael Narváez, pero, debido a que hay alguna

distancia y que hablan como murmurando, Fragoso no distingue las palabras, ¿qué le estará diciendo? Solo los travestís en la esquina de Vulcano demuestran alguna simpatía por el pobre julay.

—Lo mejor que hace el chaval es entregar la droga.

—Pobrecillo… con lo que cuesta ganarse un talego.

—Le va a meter un viaje en cualquier momento, cuando menos se lo espere.

No se ven brillar las navajas.

—Mira, no llevo ná —le mostraba el Gamba su bolsillo vacío, desprovisto de cualquier arma.—. Si quieres nos vamos ahí atrás —señalaba vagamente un lugar indeterminado—, y nos partimos la cara.

Era la humillación absoluta. Pero Carlos Serena no tenía ni ganas ni posibilidades de enfrentarse al Gamba. No estaba habituado a las peleas, y menos contra el Gamba, por quien sentía verdadero terror. Mejor si entregaba los paquetillos sin violencia. La alternativa era llevarse cuatro mamporros y por supuesto perder igualmente la droga.

De una forma u otra iba a quedar como un idiota delante de todo el mundo. No había piedad para los sirlados. Nadie se compadecía de un julay. La obligación de los tunantes era engañar todas las veces que se pudiera, y se celebraban las hazañas de gente como Emilio Fragoso, expertos en el engaño y timo del Cola-Cao. Engañar y sobrevivir eran habilidades muy valoradas en el barrio. En realidad, la mayoría de los habituales de la Macarena admiraban el punto salvaje del Gamba, y por supuesto, le respetaban. Era un individuo respetable el Gamba. No como Serena, incapaz de enfrentarse a una pelea, a una humillación, a una sirla; incapaz de provocar el necesario latigazo de adrenalina para ponerse como una fiera y saltar a los ojos de este hijo de puta que sin hacha ni navaja le está despojando de la droga y del honor.

—¡Venga, maricona, dame los paquetillos! —y le soltó el segundo guantazo.

También de repente, como ocurría muchas veces, la calle cobró animación en cuestión de instantes. Llegaron otros camellos, el Marqués, el de los Perros, los Mohamed, cada uno por un punto, por una esquina. Carlos se dio cuenta de que en los poyetes había un grupo de yonquis esperando la llegada de algún camello más de fiar que el Fragoso. Oyó algún silbido, voces ásperas de los *dealers* pidiendo calma.

—Quillo, quillo… no me hagáis corro que no os despacho.

Carlos percibía con inusual conciencia la siniestra realidad que le rodeaba, la calle estrecha y sucia, mal iluminada, los ojos brillantes y las sonrisas de burla de quienes contemplaban divertidos cómo el Gamba desvalijaba al Grande. El Grande la llevaba clara.

De un empujón le precipitó el Gamba contra la pared.

—¡Que me des la droga, maricona! ¡Dámela o te machaco aquí mismo! —le retuerce el brazo, lo abofetea, le lanza un puntapié a la pantorrilla, le agarra del pelo y le retuerce la cabeza, luego el brazo, otro bofetón. No es que Carlos no quisiera darle los paquetillos, sino que el Gamba no le daba ni ocasión, porrazo tras porrazo sin atender a nada, hasta que por fin deja un resquicio entre las patadas y los porrazos y Carlos puede entregar los cuatro paquetillos que recoge el Gamba con sonrisa de desprecio, zas, un penúltimo bofetón antes de la despedida—. ¡Maricona, que eres una maricona!

Joaquín Costa está ambientada esta noche. Los hermanos Palas, Paco y Betina, entran con dinero y salen con paquetillos de ca la Carmen, tú cuánto, uno y uno, ¿y tú?, dos rebujaos. De vez en cuando pasa algún coche, los aguaores a cada extremo de la calle informan con señales convenidas si se trata de posibles clientes, o si por el contrario, es la policía. Putas en los portales de las dos o tres casas de ambiente y los pidelibras, siempre alrededor de los camellos, pendientes de satisfacer los deseos del *dealer*, hacer algún recado, lo que sea por un pa-pú, una fumada de ida y vuelta en la plata.

Todo el mundo ignora a Carlos Serena que ha quedado tirado detrás de los contenedores, muy cerca de ca la Carmen. Nadie le dirige una mirada. Solo el Rufi, un sujeto con muletas y mochila de sin techo a la espalda se acerca a él.

—Quillo, qué… —le dice guasón el Rufino García—. ¿Cuántas veces te ha quitao ese la droga? Unas cuantas… ¿no? Mira cómo te ha puesto.

Era cierto. Le había dejado hecho una pena: se le había salido un zapato, estaba sucio, ensangrentado, tirado entre bolsas de basura… y otra vez le había roto las gafas.

—Yo no me hubiera dejado quitar así la droga —concluye el Rufino, se marcha con los rebujaos que acaba de comprar al de los Perros. Esta noche hay rebujao para todo el mundo; las cosas son así en Joaquín Costa, o no viene ningún camello, o vienen todos a la vez.

**9. Calle Bécquer, septiembre de 1989.** No habían dado las ocho de la mañana cuando me despertó el mono con sus muy poco amables maneras. Abrí los ojos y tomé conciencia en el acto de la situación: sin droga, sin dinero; inmediatamente me inundó una sensación de malestar y se me soltó la barriga; salté presuroso de la cama al cuarto de baño, abrí la puerta de un empellón, alcé la tapa del váter de un manotazo y me bajé los calzoncillos a la velocidad de la luz justo para evacuar en el ultimísimo instante.

Escuché tras la puerta del baño las risas de Soledad, la pobre, todavía tenía ganas de reír. Y cagué. Mientras defecaba elaboró mi cerebro el plan a seguir, pero ya Soledad aporreaba la puerta del cuarto de baño: ¿te falta mucho? date prisa, por favor, canijo, date prisa, déjame pasar que me lo hago encima, canijo, por favor date prisa por favor no puedo más, y abro la puerta para que entre un torbellino bajándose las bragas mientras yo me subo los calzoncillos y discreto me retiro para que ella evacue a gusto mientras mi mente persiste en la elaboración de un plan de ataque a la vez que ya los bostezos se abaten sobre mí y bostezo una, dos, tres, seis, diez veces seguidas, diez bostezos que cuajan de lágrimas mis ojos y luego uno, dos, tres, diez estornudos que me ponen los pelos de punta y acto seguido, sin dejar un resquicio a la tranquilidad, el frío, el frío, el frío, el frío en los huesos que me hace regresar al calor de la cama y todo a la vez, la depresión más absoluta, qué mierda, qué mierda, qué mierda, qué puta mierda, pienso y me cago en mi puta estampa y otra vez los bostezos, el frío intolerable, me lloran los ojos, se me caen los mocos y me meto congelado debajo de las mantas en busca de un poco de paz, de sosiego, quizás al sentir el agradable calorcillo de la cama me sienta algo mejor, pueda estar por lo menos unos segundos tranquilo y a gusto, y me acuesto, me arrebujo entre las sábanas y al instante siento la vejiga que me va a estallar, me meo, me orino patas abajo y otra vez a correr, una exhalación que se cruza con otra: Soledad muerta de frío en dirección a la cama, deshecha en congelado sudor; llego al baño, nuevo manotazo a la tapa del váter, zarpazo para bajarme los calzoncillos, orino. Regreso a la cama entre bostezos, lágrimas, estornudos y temblores, me meto en la cama pero los calambres me sacuden en cuanto adopto la posición horizontal, calambres de ansiedad, descargas eléctricas que te hacen botar las piernas y gritar,

¡¡nooo!!, y me pego un cabezazo contra la pared, un cabezazo voluntario para aplacar el mal rollo y hay que levantarse, imposible permanecer acostado, hay que levantarse, me siento en la cama. Un plan, un plan, un plan… algo que hacer, por favor. Sin dinero, sin droga, el mundo se nos viene encima. Miro a Soledad de reojo y me doy cuenta de que reprime los sollozos, la desesperación más negra se

abate sobre mí porque no puede ser, no puede ser, no puede ser, mono intolerable, mono inaguantable, no me siento capaz de aguantar esta mierda, me pongo de pie, mis pantorrillas de plomo, me dispongo a vestirme, me siento sucio, pringoso, sin afeitar, no encuentro calcetines limpios, no hay nada limpio y me pongo la misma ropa que ayer, que anteayer, que la semana pasada.

Soledad, entendiendo que por fin voy a intentar algo, deja de sollozar, me echa una mirada de aliento, suplica una brizna de esperanza, por favor, por favor, por favor.

Acabo de vestirme, enfilo el pasillo, puerta de la calle, escaleras, cinco pisos más abajo llego a la portería. No sé ni qué hora es cuando llamo a su puerta.

—Juana, por favor, déjeme usted cinco mil pesetas hasta la semana que viene que cobro yo un trabajo.

Juana con los pelos desordenados, recién levantada de la cama, la mirada somnolienta me recuerda que no hace ni un día que le devolví otras cuatro mil pesetas.

—Pero hijo, canijo, no sé para qué me devuelves el dinero si después me lo vuelves a pedir inmediatamente.

—Ah… —farfullé.

Si Juana tenía ese aspecto de recién levantada… cuál sería el mío, con el monazo que llevaba en todo lo alto, sin haberme lavado siquiera la cara, tan canijo, tan blanco, tan hecho polvo. No me había mirado en el espejo, así que no lo sabía. Mejor no saberlo.

Surgió la certeza en mi cerebro roto de que estaba metiendo la pata hasta el fondo.

Estábamos en el período de la prudencia, así llamábamos a los días que dejábamos pasar entre sablazo y sablazo. Sabíamos que no era buena tanta reiteración; había que dejar pasar un tiempo prudencial, lo dictaba el instinto, y yo había quebrado la norma.

Intenté sonreír, Juana seguía en la puerta, sin decir nada, sin invitarme a pasar como era costumbre.

—Bueno… —Busqué algo que decir pero no encontraba nada—. Pues… —Y

mientras yo balbuceaba la portera me echó una sonrisa que hizo renacer mis esperanzas.

—Pasa —me hizo pasar la portera—. Siéntate un momento.

Me senté en la silla donde me sentaba siempre, Juana se dirigió torpe de movimientos a su mueble aparador atiborrado de figurillas y chismes diversos y abrió uno de sus cajones para extraer el sobre donde guardaba el dinero de los alquileres. ¡Sí!, me dije a mí mismo que sí, que me lo iba a dejar, que la Juana me iba a resolver otra vez la mañana; una esperanza loca me dio vueltas en el estómago, ¿o fue más bien una incertidumbre? Había bajado los cien escalones que distanciaban mi ático de la portería torturado por la duda: ¿conseguiré el dinero o no lo conseguiré? Pudiera suceder que Juana no estuviera en la portería, o que me dijera que no, harta ya de tanto sablazo, y se

negara a dejarme los cinco billetes solicitados. Pero no, parecía que todo tomaba un tranquilizador camino, sacó Juana el sobre del cajón y yo pensé que aquello estaba ya cantado. O quizás no, porque una especie de presentimiento impedía mi tranquilidad.

Juana abre el sobre y mira en su interior, y lo que ve allá dentro solo ella lo ve, porque yo, desde mi posición, no puedo atisbar lo que Juana sí ve, o mejor dicho, no ve, porque levanta la vista y sonríe y anuncia: —Pues ahora que me acuerdo… ayer le di al administrador las cuarenta mil pesetas del sobre. Mira.

Y me tendió el sobre para que mirara el vacío, pero qué más da, Juana, me lo creo, no me hace falta mirar.

—Lo siento —añadió finalmente la portera con acento sincero.

No quise aceptar la realidad; se me agolparon en la cabeza las alternativas: pues mire en su monedero, o pídaselo a su hija, o al calzonazos de su yerno, pero haga algo, se lo suplico, haga algo, por lo que más quiera, Juana, ayúdeme.

—Yo es que no tengo una peseta, hijo —decía la portera como si me hubiera leído el pensamiento.

Se abatió sobre mí el más negro desánimo. Reprimí el enésimo bostezo y acudieron en tropel las lágrimas a mis ojos, nuevos escalofríos, nuevos retortijones, nuevas angustias sacudieron mi cuerpo y tuve miedo de que Juana se diera cuenta, notara algo extraño. Opté por retirarme, además de que allí quedaba poca cosa por hacer.

—Ay, chico, sí que lo siento, no sé si mi Rocío tendrá algo en su monedero.

Corté en seco el inicio de la retirada. Nuevas esperanzas acudieron al instante.

—Pero es que ahora está durmiendo todavía —completó Juana la información.

Otra vez el negro desánimo. Qué poco había durado la esperanza. No sabía Juana el devastador efecto de tanto vaivén en mi estado de ánimo. Pero de nuevo removía la portera mis ilusiones: —Si quieres pásate dentro de un rato, es que aún es muy temprano.

La hora. Era cierto, ¿qué hora era? No sabía ni la hora que era. ¿Era muy temprano?

Igual estaba siendo muy imprudente pidiendo dinero a horas tan tempranas.

—¿Lleva usted hora, Juana?

Se miró el reloj de pulsera.

—Las nueve, casi.

—¡Las nueve! Huy… perdón, no sabía que era tan temprano. —Fingí escándalo y sorpresa—. No la molesto más; me voy.

—Ven dentro de un rato, niño. A ver si se ha despertado ya mi hija.

Un rato. Un rato es la puta eternidad, Juana. Pero en vez de soltarle tan profundo pensamiento me despedí con una sonrisa triste: muchas gracias, Juana, si eso ya me pasaré después. Y perdone por la hora, ¿eh?

—Ay, hijo, sí que me sabe mal. —Se daba cuenta Juana de mi total angustia—. Tú sabes que si yo puedo te lo dejo. Siempre te lo he dejado.

—Claro, claro… no se preocupe, Juana; yo sé que si usted puede me lo deja. No se preocupe. Si acaso ya volveré luego, a ver si la Rocío me lo puede dejar.

No me lo creía ni yo.

Juana insistía y la despedida empezaba a eternizarse.

—Si estuviera mi yerno, Emilio… pero ayer se fue a Salamanca, a ver a sus padres.

Es que él es de por Salamanca; creo que su padre…

Pegaba la hebra la portera y corté sin piedad. Me encontraba demasiado mal para cortesías.

—Bueno… me voy, Juana. Gracias y hasta luego.

Era la primera vez que Juana no me dejaba el dinero. Qué mal síntoma. También había sido la primera vez que no había dejado transcurrir los días de la prudencia. Me perdía la ansiedad. Si tenía tan claro que había que tener paciencia y no asestar los sablazos de forma tan seguida… ¿por qué me precipitaba en vez de contenerme y considerar otras posibilidades? Que me sirviera de lección para la próxima vez.

—Pues ya se podía ir a la mierda la lección —contraargumentaba yo conmigo mismo—, y su puta madre de la lección, de la paciencia y de la prudencia.

Si no me lo tomaba con un poco de humor estaba perdido.

Salí a la calle. Pensaba en Soledad. Debía de estar en el piso, comiéndose las uñas, ansiosa, sintiendo tan lento el paso del tiempo, esperándome, deseando con toda su alma oír mis pasos por la escalera para abrir la puerta y verme aparecer con los deseados paquetillos; Soledad sabía que yo no iba a volver hasta conseguir la droga, y yo, en aquellos momentos, no sabía qué hacer, a quién acudir, por dónde tirar.

Salí del portal, crucé la calle, el Román y la freiduría, dos lugares donde a veces daba alguna estocada, estaban cerrados; solo el Bar Bécquer tenía abiertas las puertas. Me senté en un poyete junto a la cafetería. Solo deseaba una cosa: un pico, y, por supuesto, una plata para mi Sole. Desde luego, no pensaba en: vaya una vida que llevo, siempre igual, no puedo continuar así, debería desengancharme. Nada de eso. Solo pensaba en un pico, y una plata para mi Sole.

Mi Soledad. Qué suerte había tenido. Por mucho que estuviéramos tan enganchados y por mucho que la droga nos trastornara la vida, estábamos muy enamorados. Nos sentíamos bien el uno con el otro. Yo confieso que no supe lo que era que una mujer te quisiera y te deseara hasta que conocí a mi Soledad. Lo de Sofía, ahora me daba cuenta, era otra cosa. Sofía se dejaba querer y seguramente le

encantaba mi forma de quererla, pero no sé hasta qué punto me quiso ella. Creo que nunca me deseó de verdad, como puede desear una persona a otra, como Soledad me deseaba a mí.

Así que eso era todo lo que quería: un par de paquetillos. Pasaban los coches por la calle Bécquer, toda aquella gente yendo a sus trabajos con los niños en los asientos traseros de los automóviles, con los problemas derivados de sus quehaceres: llegar puntuales a trabajos y escuelas, cumplir con los deberes propios de cada uno, qué sé yo… pues los problemas propios de la vida, pero no esto, ¡joder!, este puto mono que te bloquea cuerpo y alma, que no te deja hacer otra cosa que prestarle atención, que te impide funcionar con normalidad, que te reduce, eso sí, todos los problemas a uno solo: una dosis. Sentía envidia de la gente normal, de los no enganchados, de las vidas rutinarias, del trasiego cotidiano de la gente que se saluda. Hola, don Jaime. Hola, señora Paca. Hola tú, quien quiera que seas. Hola, hola, hola, estoy aquí, fuera del mundo, con un pensamiento único en la mente, una idea fija enroscada a tornillo: un pico. Sentado en el poyete, sin saber qué hacer, cómo quitarme de encima este mono inmundo que no me deja disfrutar de esta excelente mañana de septiembre, de este aire matutino que debe de ser excelente pero que soy incapaz de apreciar, aquí estoy, sin ganas de desayunar, sin ganas de nada, ni siquiera tengo ganas de un cigarrillo, solo un pico, ahí sentado en el poyete, sucio, sin afeitar, desaliñado, con mal color, mala cara, mal aspecto, mal olor. Un pico. Entró Esperanza con las gemelas en el bar Bécquer.

Esperanza era vecina mía, una mujer muy delgada y muy menuda, madre de tres hijas, Blanca, la mayor, y las dos gemelas, de las que no recuerdo sus nombres pero sí que

eran dinamita pura. Las llevaba todas las mañanas a la escuela, a los Altos Colegios que tienen la entrada por la calle Pacheco y Núñez de Prado. Esperanza refunfuñaba, se le hacía tarde y todavía no habían desayunado, problemas, pero bueno, ahí estaba, llegaba tarde al colegio, de acuerdo, pero estaba en marcha, funcionaba, llevaba a sus hijas al colegio, no como nosotros, impotentes, rotos, inútiles, fijos en un solo pensamiento: un pico… y una plata para mi Sole.

Estuve así no sé cuánto, mucho tiempo, esperando algún milagro, incapaz de otra cosa, mucho tiempo, hasta que de pronto levanté la cabeza y la vi, doblaba la esquina de Feria con Bécquer y se acercaba a buen paso por la acera contraria a la que estaba yo.

Caminaba mirando al suelo, ensimismada, fue a meterse en el portal

de mi casa cuando la llamé.

—Marta, Marta —la llamé desde el poyete.

Enseguida me percaté de que algo iba mal, Marta llevaba la cara descompuesta, los ojos rojos, hinchados. Se detuvo al oír su nombre. Yo me levanté del poyete y crucé la calle.

—¿Canijo, qué hacías ahí sentado?

—Tengo un monazo…

—Ya te veo.

Instantáneamente volvieron las esperanzas. Con la Morón al lado todo adquiría nuevas perspectivas.

—¿Te pasa algo? —Era obvio que le pasaba algo—. ¿Por qué no estás currando?

Se echó en mis brazos y rompió a llorar sin consuelo.

—Martina… Martina… —No podía ni hablar, pero yo ya sabía lo que había ocurrido. Sentí mucha pena, pero también sabía que nos íbamos a quitar el mono. Y el alivio relajó mi cuerpo y mi espíritu.

—¿Ha muerto Martina, verdad?

La Morón seguía sollozando, sin poder hablar.

—¿Quieres subir? Soledad está arriba.

Yo solo esperaba el momento de que me dijera: toma este dinero y ve a por unos paquetillos. Pero cuando por fin pudo controlar el llanto otras palabras salieron de su boca.

—Bueno… vamos arriba, sí. ¿Tenéis café?

—¿Café? Sí, claro —respondí con desilusión.

¿Café? No tenía ganas de café. Solo quería escuchar lo que quería escuchar. Me sentía un poco hijo de puta por no sentir con más tristeza lo de Martina, pero es que hasta para sentirme triste necesitaba antes quitarme el mono.

—¿Y tabaco? ¿Hay tabaco arriba? —Marta era una gran fumadora de cigarrillos.

Necesitaba tener siempre a mano un paquete de rubio.

—¿Tabaco…? Dos o tres cigarrillos como mucho.

—¿Quieres comprar un paquete de Marlboro?

Ya se estaba retrasando demasiado. Por un momento sentí esfumarse la esperanza.

¿Es que no pensaba mandarme a por paquetillos? Decidí dar yo el paso.

—Oye… Marta, mira… es que tenemos un monazo…

Sonrió Marta Morón con tristeza.

—Claro, no te preocupes. He mandado a Carlos a por paquetillos. No creo que tarde mucho.

—¿A Carlos? ¿Has visto a Carlos?

—Sí, canijo. He visto a Carlos. Le he dicho que Martina había fallecido y se ha hinchado a llorar.

—¿Os habéis reconciliado?

—Más o menos.

—Me alegro muchísimo. Carlos está muy mal.

—Está fatal, canijo. Me ha dado mucha pena. Está fatal.

Quedó un instante en silencio y enseguida recuperó el discurso.

—Pues tú tampoco tienes muy buen aspecto. Estás…

—Ya —corté las palabras de la Morón—; ya lo sé, Marta. Hecho polvo total.

—Ya.

—Bueno, subimos o qué.

—Sí, vamos.

Cinco pisos sin ascensor y con el cuerpo totalmente cortado era para tomárselo con mucha calma. La Morón estaba en mejor forma que yo, pero adaptó su velocidad a la mía.

Me detuve en el rellano del segundo para tomar aire.

—¿Cuándo ha muerto?

—Esta madrugada. Esta mañana he llamado a las siete para preguntar por ella, porque sabía que estaba en las últimas, y me han dicho que había fallecido a las tres de la madrugada.

—¿Has hablado con su familia?

—Qué va, canijo. Imposible. El fallecimiento me lo han comunicado en la información del hospital.

Su familia. Curiosamente, por mucho que la familia Van Maertens nos acusara de ser los causantes de la muerte de su hija, era yo quien debía estar preocupado por la posibilidad de un contagio. Yo sí que me había pinchado con una jeringuilla de Martina, y no al contrario. También Carlos había compartido la máquina con Martina, también, por tanto, tenía motivos para la preocupación, pero ni Carlos ni yo decíamos nada al respecto, de eso no se hablaba.

Llegamos al quinto; Marta parecía más tranquila pero nada más entrar en nuestra casa y ver a Soledad tuvo otro ataque de llanto.

—Marta… ¿qué pasa? —Soledad hacía esfuerzos para consolar a la Morón, pero en verdad otras cuestiones copaban su cerebro, y sobre todas ellas se abría en su ánimo la

posibilidad de que la Morón nos invitara a unos paquetillos. Respondí a las preguntas de mi rubia.

—Martina… se ha muerto esta madrugada.

—Me lo estaba imaginando. Joder… pobre Martina… Qué mala suerte ha tenido.

Soledad ignoraba que un día yo me había metido un chute con la jeringuilla de la Van Maertens. No había ninguna necesidad de que lo supiera, ¿para qué? Igualmente, tampoco pensé en hacerme pruebas o análisis para saber si era positivo o negativo.

El sida no tenía remedio a finales de los ochenta. Si lo pillabas… ¿de qué te servía saberlo? De nada. Era mejor suponer que no lo tenías y esperar la indulgencia de los dioses.

Una vez comunicada la noticia del fallecimiento pasé a informar

enseguida a mi Soledad, que todavía no sabía si nos íbamos a quitar el mono o no.

—Carlos ha ido a por unos paquetillos. Marta nos va a invitar.

—Por Martina. Es el mejor homenaje que le podemos ofrecer —dijo Marta todavía entre lágrimas.

En fin… tratándose de la Van Maertens… sí que era un buen homenaje, pero sobre todo, quienes sí que se iban a homenajear éramos nosotros. Gracias a la muerte de Martina nos íbamos a quitar el mono, cosa que producía en mi cerebro pensamientos de los que no quería saber nada, no quería pensar en ello, llegar a ciertas conclusiones; mejor poner la mente en blanco, empresa siempre difícil, casi imposible, pero no quería seguir por ese camino de causas y efectos en los que ya me estaba empantanando. Miré a Soledad, estoy seguro de que sentía lo mismo que yo. ¡Fuera! Había que ser práctico.

Era primordial quitarse el mono aquella mañana. No tenía nada que ver con la muerte de Martina.

Con las seis mil pesetas que le había dado la Morón para recordar a Martina a la manera yonqui, Carlos repasaba la lista de camellos y no se decidía. En la ventana del Paco seguían vendiendo buenos paquetillos de coca y heroína. A talego. Los paquetillos iban muy bien pasados y Rafael de la Muerte, el que daba la cara por el Paco, no toleraba rebajas: a talego, y si te falta una libra no te molestes en venir. Pero Carlos le había cogido miedo a la zona. El Gamba seguía merodeando por las revueltas de la calle Hiniesta y lo último que deseaba en el mundo era tropezarse con él. ¿Pero dónde ir? Los Molina lo daban cada vez peor, y el Polígono estaba muy lejos y había cierta urgencia.

Le esperaban en el piso de Bécquer. Quizás en la Alameda. Si tuviera la suerte de dar con los Mohamed…

Cada vez que se encontraba con el Melero le soltaba el mismo discurso. Y el caso es que tenía bastante razón, fardadas aparte.

—Pues yo te digo una cosa, Grande… yo no me hubiera dejado quitar así la droga, tío, yo me hubiera batido el cobre, o él o yo, y seguramente al final se la llevaría él, pero yo te digo que fácil no se lo iba a poner. Mira, recuerdo que cuando estuve en el talego la primera vez, el Huelva, ¿sabes quién es el Huelva, no?, tú lo conoces, es más alto y más fuerte que tú y que yo, y una fiera, niño, cuando se enfada

es una auténtica fiera.

Bueno, pues se me acerca el Huelva y me pide un cigarrillo: quillo, dame un cigarrillo.

Ni por favor ni ná: quillo, dame un cigarrillo. Como una orden. Yo tenía un paquete de Fortuna casi entero y a mí no me costaba nada haberle dado un cigarrillo, pero no me dio la gana. No, porque si ese día le doy un cigarrillo el tío me pierde el respeto y al día siguiente me pide el tabaco y al siguiente me pega una hostia y me lo quita tó y encima quedo como un pringao. Bueno, pues, quillo, te lo juro, estaba todo el patio mirándonos, todos los jipis pendientes de mí y del Huelva. Y le dije que no, que a chuparla, que se buscara otro primo para fumar gratis. Mira, Grande, el Huelva no se lo podía creer, se quedó a cuadros, pero enseguida se vino pa mí y yo lo vi venir y me dije, ya está, aquí acabate. Pero igual que se venía hacia mí, sin preguntar ni pensármelo más

¡bimba! le endiñé una hostia, así, sin pensarlo, ¡bimba!, en todo el careto, pero qué va, niño, el tío ese es una roca, se vino pa mí y me dio de hostias hasta en el cielo de la boca, pero yo aguanté, canijo, di la cara y me la partieron, pero no le di el cigarrillo. ¿Y sabes qué?, me gané el respeto de los jipis y desde ese día el Huelva estuvo como una seda conmigo. Ya no hubo más problema.

Fardaba el Melero de sus cojones en la cárcel y Carlos Serena lo escuchaba con cierto escepticismo. Hombre, aparte del farol algo de razón tenía. El respeto había que ganárselo. Aquella noche fatídica en Joaquín Costa, el Gamba le había dado la oportunidad de batirse el cobre sin navajas, a puñetazos; tenía que reconocer que hubo cierta nobleza en el gesto del Gamba, y se atormentaba pensando que había actuado como un cobarde. Era verdad: el Gamba le había perdido el respeto. No solo el Gamba, el barrio entero se reía del Grande.

Carlos siempre había creído que la ley más real era la ley del más fuerte. Cuántas veces le habíamos oído decir que la vida era un desafío; no valía llorar, no valía compadecerse, la autocompasión era un sentimiento nefasto y debilitador; lo único que nos quedaba era la opción de luchar. Pero a la hora de la verdad la violencia le

superaba, podía con él. Se sentía incapaz de generar la adrenalina suficiente para batirse el cobre con cualquiera, y especialmente con el Gamba.

Aquel día se había levantado con un mono brutal y seis pesetas en el

bolsillo. Ahora vivía en las ruinas de un convento abandonado en la calle Amparo, compartía un hueco con Pepito el Colgado y los amigos ocasionales que este aportaba. Pepito era buena persona, estaba muy colgado pero era buena gente. También Pepito había sufrido robos y sirlas, víctima propiciatoria de los depredadores de la Macarena, pero Pepito se lo tomaba sin complejos, reconocía humildemente que era débil y se conformaba, no le preocupaba pasar por cobardica, se sentía con derecho a ello; las cosas eran así, ni siquiera culpabilizaba o sentía demasiado odio por quienes le acechaban; Pepito aceptaba la ley del más fuerte con absoluta serenidad: era débil y escuchimizado, qué se le iba a hacer. No había nada que se pudiera hacer.

Serena abrió un ojo y vio que Pepito, tumbado a su vera, le miraba fijamente mientras se mesaba la barba larga y algo canosa. Debía tener la misma edad de Serena pero, entre la barba y que había perdido casi todos los dientes, parecía un abuelo.

Siempre estaba sonriente.

—Me ha fichado el Sevilla —le soltó de buenas a primeras.

—¿Cómo?

—Que me han fichado, niño. Para jugar de diez. Mañana mismo empiezo a entrenar.

—Joder, Pepito… ¿qué me estás contando?

Pepito el Colgado hablaba completamente en serio.

—Me van a dar una porrada de millones, dicen que la ficha será como la de Polster, y que el diez lo llevaré yo a la espalda.

—Coño, Pepito, enhorabuena. ¿Y no te han adelantado algo para celebrarlo?

—No, niño, no me han dao ná. Se lo tenía que haber pedío, ¿verdá?

—Claro, hombre, Pepe, es que no estás en lo que estás. Ahora nos podríamos fumar una plata los dos tan a gusto.

—¿Tú te lo metes por la vena, no, Carlos?

—Psee… a veces.

—Yo quiero probarlo un día. Dicen que es más fuerte, ¿no? Lo que pasa es que a mí las agujas…

—Déjate, déjate, Pepito. Mejor fumada y te quitas de problemas.

—Angelito el Mongolo siempre dice que el que prueba las agujas ya se puede hacer la cruz.

—El Mongolo dice muchas tonterías, pero en eso tiene razón. Mira el Rafael Molina cómo ha acabado.

—¿Cómo?

—Joder, muerto.

—¿Quiéne? ¿El Rafael? ¿Qué Rafael?

—Es igual, Pepito, déjalo.

Se llevaban bien Pepito y Carlos. Pepito se buscaba la vida pidiendo a la gente del barrio, y fue uno de los primeros aparcacoches de Sevilla, cuando todavía no se les llamaba gorrillas. También tenía una exigua paga por su enfermedad mental. Sus padres pasaban de él y se crio y vivió con su abuela hasta que esta murió a los casi cien años, y como el piso era de alquiler y estaba a nombre de la mujer lo pusieron en la calle sin piedad ninguna. Pero a él parecía no importarle. Nunca tenía frío, ni hambre. Solía estar de buen humor pero a veces sin venir a cuento le entraba la tristeza y lloraba horas seguidas, sin lágrimas, gimiendo como un animalito.

—Bueno, Carlos, ya cuando me paguen la ficha nos fumaremos una gota gigante, o un chute de puta madre.

—Que te digo que te dejes de agujas, Pepito, que no hay ninguna necesidad.

—No, si solo es probarlo, un día. Por probarlo. Tengo esa curiosidad.

—Bueno, pues cuando te den el dinero de la ficha lo celebraremos con un chute, ¿de acuerdo?

Pero ya Pepito estaba en otra cosa; contaba las monedas que poseía aquella mañana.

Trescientas pesetas.

—¿Tienes seis libras y nos metemos un paquetillo a medias?

Carlos suspiró.

—Qué va. Ojalá. Ojalá tuviera yo seis libras en estos momentos.

Se accedía al convento en ruinas por un agujero en el muro de piedra. Pepito y Carlos compartían lo que era literalmente un hueco. Los mejores sitios estaban ocupados por otros indigentes desposeídos de casa y patrimonio por la droga y los cuelgues mentales. Carlos Serena se levantó, se puso los zapatos. Con un poco de suerte igual conseguía un talego para un paquetillo, ¿por qué no? Pero le duró poco el buen ánimo, recordó al Gamba y sintió una conocida sensación de desvalimiento y terror.

Joder, el Gamba. Los chavales tenían razón. Tenía que haberse enfrentado a él desde el primer día, desde que le partió las gafas en el Fausti, y sobre todo, tenía que haber vengado la muerte de Engracia. Carlos había cerrado los ojos, no había querido ver, ni saber. Procuraba alejar el recuerdo de Engracia cada vez que acudía a él, porque se sentía un miserable, sentía que de alguna manera la había traicionado. Joder, el Gamba.

Si se hubiera enfrentado a él ahora no estaría en esta situación intolerable. Metió la mano bajo los cartones sobre los cuales dormía y palpó hasta encontrar un destornillador con mango de cristal. Se lo metió en el bolsillo de su holgada chaqueta, en diagonal para que no sobresaliera. Carlos sabía que llegado el momento iba a ser totalmente incapaz de utilizarlo, pero de alguna forma le servía de consuelo. Quizás si volvía a tener un mal tropiezo pudiera bastar con mostrarlo, a lo mejor demostrando que iba armado le dejaban tranquilo. Sabía perfectamente que no iba a ser capaz de utilizar jamás ese destornillador, pero se lo metió en el bolsillo.

—Pepito, yo me voy.

—Y yo también.

Salieron por Amparo a la calle Feria. Los dos desastrados, encorvados, despeinados, lacrimosos. Caminaron juntos hasta llegar a la iglesia del Omnium Sanctorum junto al Mercado, a partir de ahí cada uno siguió por su lado; siempre era mejor buscarse la vida por separado. Carlos no se podía concentrar para elaborar un plan, el Gamba le ocupaba el cerebro; era verdaderamente incómodo vivir así, y lo peor es que no le veía solución. No podía denunciarlo a la policía, ¿para qué?, todos en la Macarena sabían que era confidente. Además, aunque no lo fuera, la policía no se metía en peleas de

yonquis, que se arreglaran entre ellos, al fin y al cabo el que era

yonqui era porque quería, que apechugara pues con las consecuencias.

Nueve libras. Necesitaba un golpe de suerte. Canturreó algunas notas de esa canción para darse ánimos: *necesito tener un golpe de suerte*, y emprendió camino hacia la Resolana. Qué hubiera dado Carlos Serena en esos momentos por meterse un chute de uno y uno, un *speedball*; sintió que el deseo era doloroso, se lo reclamaba el cuerpo. Y

justo en el momento en que comenzaba a rezar una especie de padrenuestro modificado vio a Marta Morón en la acera opuesta, caminaba paralela a él, en su misma dirección y con la cabeza baja. Cruzó Carlos la calle y pudo verle la cara, lloraba, caminaba sollozando sin dejar de mirar al suelo. No se atrevió a llamarla; en otro tiempo hubiera sido su salvación, Marta le hubiera financiado una dosis, seguro, pero no se hablaban desde que lo echó de su casa por el incidente de los dos talegos. Marta iba llorando,

¿qué podía haber pasado? Quizás ese fuera el momento de reconciliarse, de pedir perdón. Eso es, le pediría perdón, y desde luego, le ofrecería toda su ayuda, si es que podía ayudarla en algo. Entonces Marta levantó la cabeza y le vio casi a su lado.

—Carlos…

Carlos le dedicó una sonrisa a medias, temerosa, a ver por dónde van los tiros.

—Marta… cuánto tiempo.

—Sí… vaya… ¿Cómo estás? —preguntaba Marta y se pasaba la mano por los ojos reprimiendo ya los últimos sollozos.

—Estás llorando.

—Sí.

Silencio. Carlos esperó a que fuera la Morón quien se arrancara.

—Martina ha fallecido esta mañana.

**10. Calle San Luis, septiembre de 1989.** Eduardo Molina había cumplido seis años en prisión —desde que pinchara la mano de un Nacional con su jeringuilla— cuando le dieron la condicional, en el verano del 89, para ver morir a su hermano Rafael en una habitación del hospital Virgen Macarena. Su madre, María Fernández, se llevó tal disgusto que fue incapaz de atender el negocio familiar, y los hijos, sin

el control de la madre, y con la excusa de que también ellos estaban enfermos y locos por la muerte del hermano, acabaron en poco más de una semana con todas las reservas de heroína, luego vendieron el hachís, y con el dinero del hachís compraron más heroína y más coca para soportar, decían ellos, la muerte del hermano. Viendo tal panorama la Mari cortó definitivamente con Luis y se cerró el Amparito.

El padre, José Molina, seguía en presidio. María fue a verle un domingo de visita y le expuso la situación. Había perdido el control y había sucedido lo inevitable, los tres hijos habían arrasado con todo. José Molina tuvo que ponerse en contacto con su compadre, el Viejo Camarasa, y rogarle hasta conseguir que le fiara de nuevo a su mujer la heroína suficiente para volver a poner en marcha el negocio. Pero no conseguían remontar, no había forma de controlar el consumo de los tres hermanos que, desmoralizados por la muerte de Rafael, y por el siniestro futuro que les aguardaba, se entregaban sin esperanza al enganche. Todo comenzaba a fallar, todo se desmoronaba en la casa de los Molina. El Camarasa, por supuesto, ya no les fiaba grandes cantidades, tenían que conformarse con vender de gramo en gramo, y en cuanto dejaron de pagarle un par de gramos Joaquín Camarasa cortó el grifo. Luego, fue la electricidad. Un mes no se pagó el recibo de la luz y cortaron el suministro. Durante un tiempo tomaron de cables exteriores la corriente, hasta que alguien se chivó a la compañía y hubo una inspección. Nunca volvieron a reengancharla; tuvieron que recurrir a las velas. Todas las tiendecillas del barrio venden velas, pero nadie tantas ni tan baratas como el señor Eulogio en su pequeño comercio de la calle Macasta, donde junto a las velas vende cigarritos sueltos, todo tipo de chucherías, latas de refresco y cerveza, botellines, y también te prepara por diez duros bocadillos de chope, salchichón o mortadela. Más de un vecino afirma que los chivatazos a la compañía —los Molina no fueron los únicos denunciados por tomar la corriente eléctrica de manera fraudulenta— corrieron a cargo del señor Eulogio.

Les cortaron la luz, y no tardaron mucho en quedarse también sin suministro de agua por idénticas razones. Tuvieron que recurrir a llenar baldes y botellas en los bares y comercios más próximos, lo que trajo no pocos conflictos con los dueños de los establecimientos. Pero los Molina eran respetados y, todo hay que decirlo, algo temidos en el Pumarejo, de manera que nunca les faltó un cubo de agua. Ni una vela.

El Gamba esperaba.

**11. Calle San Luis, 18-19 de septiembre de 1989.** Cuatro carajillos, tres Winstons patanegra. Temprano por la mañana. El Manuel del Metralleta bebe su cuarto carajillo y abre el Metralleta para despachar los primeros cafés y las primeras posturas de hachís de la jornada. El garito es un semisótano alargado y estrecho con una barra y dos taburetes, iluminado por un tubo de neón. Empezaron a asomar los primeros caretos; asomó el Slober, calvo por delante y melenita por detrás: uno con leche, y un par de libras, Manuel, pero de las buenas, ¿eh? El Manuel, hombre curtido con mujer y tres hijos ya casados, era muy respetado en el barrio; controlaba toda la franja de la calle San Luis que va desde la plaza San Marcos hasta Santa Marina; a partir de Santa Marina ya mandaban los camellos del caballo: los Molina, el Márquez, los Papelinos… Pero ahí, en ese trozo de San Luis, mandaba su jeta picada por la viruela.

Ya antes de descender de las motos estaban pidiendo documentaciones.

—Venga, tú, el DNI.

—No lo llevo encima, señor agente. —Con los guardias sí se mostraban siempre muy educados los habituales de Joaquín Costa.

—¿Tú no sabes que no se puede ir indocumentado?

Con su inconfundible aspecto de yonqui a Carlos Serena le paraba la policía una y otra vez, pero aquella mañana, por alguna jugada del destino, pasó desapercibido.

Pararon al Melero, al Pesca hijo, al Matachulo —así apodado por dar muerte al chulo de la Paqui Desiré—, al Orejas y a un hermano Orce que acababa de entregar sus nueve libras para que le bajaran un paquetillo de ca la Yoli. Mala suerte.

—Mi buena estrella me protege —se convencía a sí mismo Carlos Serena.

Cero dosis de heroína, un cigarrillo Bisonte. A las siete y media de la mañana Eduardo Molina se despertó con la negrísima losa del desconsuelo aplastándole los pulmones. Había malas vibraciones en el hogar de los Molina. La Mari ya no aportaba por San Luis, ni el compadre Camarasa. Además, faltaba Rafael. Su planó Rafael, que en la Gloria esté. Al lado del Bizco, en el mismo colchón, dormía Pedrito, la respiración agitada, el sueño inquieto. Se puso la camisa, los pantalones, los zapatos, salió de la habitación; encontró a su madre, su gruesa figura morena encorvada sobre la mesa camilla, preparando

paquetillos para la cotidiana venta. Luis dormía en el sofá cama.

María no se fía un pelo de nadie, y menos de sus chavorés. Desde que murió Rafael, con Eduardo hecho un trasto y Luis y Pedrito enfermos, solo la gitana conserva cierto

control y es capaz de llevar el negocio adelante, pero por supuesto sin dar cuartel a ninguno de sus hijos. Que se busquen la vida. Demasiado hace con buscársela ella para conservar la casa, la manutención, la familia. Eduardo percibe el desastre ineludible, y no tiene ni idea, no sabe qué hacer, vienen tiempos horribles. Ante el infortunio se siente con derecho a todo y le exige a María que le fíe un par de paquetillos, pero su madre no opina lo mismo: sin pasta no hay droga. Entonces el gitano se muestra violento y descarado, sin llegar al extremo de ponerle la mano encima a su madre, pero le monta numeritos de muebles destrozados, amenazas de suicidio, porrazos en las paredes y alaridos desgarrados. Y no es el único, también Luis y Pedrito la presionan cada vez que están bajo los efectos del síndrome, estos más proclives a las caritas de pena y a las promesas de devolución de lo prestado o de que esta es la última vez que te pido algo, te lo juro, maíta, por mi planó Rafael, mama, que pasó lo suyo, hazlo por él.

María era tajante al respecto, nadie, nadie se iba a quitar el mono a su costa. A sus hijos, por ser sus hijos, les hacía precio especial. Pero aquella mañana el Bizco no tenía ni para precios especiales. Se puso hecho una fiera, gritó, amenazó, prometió, lloró… la gitana no cedía; despertó Luis Molina, pálido, transparentes las orejas, afilados los pómulos.

—Quillo, Eduardo… ya está bien ¿no? Deja a la mama tranquila, homme, ¿no chanelas que no pué ser?

Se le desenfocaba a Eduardo la expresión en los momentos de crisis, se le desviaba el ojo bizco y le aparecía un gesto salvaje de oso enloquecido, pero ni su mama ni su hermano se dejaban impresionar por los trucos del gitano.

—Ojú… —se dirigía el Bizco a su madre ignorando las palabras de su hermano Luis—, mama, no me dejes tirao, por favor te lo pido. Un pico solo, una punta, mama, te lo suplico, no me digas que no puedes, que sí puedes, mama, por mi planó Rafael te lo pido.

—Eduardo… —insistía Luis.

—¡Quillo, que me dejes, hostias, que me dejes!

—No te puedo dejar, Eduardo, no te puedo dejar. Deja tú a la mama en paz. ¿No quilas que no pué ser? ¿No lo chanelas? Yo también estoy enmonao y me aguanto. ¿Le vas a dar er palo a tu mama, desgraciao?

—Quillo, vaya puta mierda de escopeta.

El Gamba se enfadaba con el Limones. Rafael Narváez fardaba de buen tirador, y aquella escopetilla con el punto de mira desviado le hacía quedar fatal. El Limones aguantaba los malhumorados reproches con cachaza. Había que tener paciencia con el Gamba. Por supuesto, comentarios así no se los aguantaba a nadie más. Existía, además, un interés: el Limones tenía planes y quería a toda costa que el Gamba entrara en ellos.

Pero Rafael no se fiaba un pelo. Es cierto que le gustaba disparar a las salamanquesas en su compañía, y que era su confidente, la única persona a quien le confiaba sus fobias y sus sueños, pero de ahí no pasaba a más; sabía que el Limones era el gran trolero de la Macarena y no tenía ningún interés en escuchar planes descabellados. Por último, no le gustaba actuar acompañado. Para fumar droga y dar palos prefería la soledad.

Vicente Guardia Arroyo, el Limones, era como de otra especie, de una calaña diferente, un tipo raro en los ambientes barriobajeros de la Macarena. Incluso en la manera de vestir, con sus cubanas de azul celestito, su pelo teñido, sus zapatos de rejilla… nadie vestía así en el barrio. Se pirraba por el Rohipnol, un poderoso hipnótico que mezclado con alcohol te sumía en estados de inconsciencia absoluta. El Limones manejaba con pericia tales estados, era un verdadero experto en la sirla con Rohipnoles.

Mientras te acogotaba con su albaceteña te dabas cuenta de que podía quedarse dormido en cualquier momento, se le cerraban los ojillos, se le enredaba la lengua, le flojeaban las piernas, pero al final, dormido o despierto, te levantaba la cartera, el tabaco, el mechero… Cualquier cosa que llevaras en los bolsillos. Nunca fallaba.

Aquellos días tenía metido en la mollera el asunto del Camarasa. Los doscientos gramos que todos los lunes dice que llevaba el Viejo a San Luis 65. Se lo había sugerido infinidad de veces a Rafael Narváez:

—Quillo, cojones, vamos a darle un palo al Molina. Está chupao.

—¿Chupao? —preguntaba el Gamba y se quedaba luego en silencio.

—Pero… coño, piensa un poco… es cuestión de encajarse un lunes en

su casa…

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

No era tan fácil. Eduardo Molina había conseguido la condicional y estaba de nuevo en la calle. Y Eduardo, quién podía ignorarlo, era una fiera. Rafael Narváez había dejado pasar la ocasión —su segundo exacto— y ahora el Molina estaba de nuevo protegido. Lo que el Limones ignoraba es que ya hacía mucho tiempo que el Camarasa les había retirado la confianza a los Molina. Es decir, los doscientos gramos semanales.

Con todo el dolor de su corazón, porque el Amparito siempre fue un negocio boyante para todos. Pero Luis Molina ya no era Luis Molina y el negocio se había acabado.

Vicente insistía. Aparte del interés que le pudiera suscitar cualquier botín, tenía una verdadera fijación en impresionar al Gamba, en demostrarle que era capaz de toda hazaña, hasta de acabar con la inmunidad de Luis Molina. Todos los días al ponerse el sol le esperaba en la tapia de las salamanquesas con la escopeta de plomillos para charlar mientras destripaban indefensas salamanquesas a perdigonadas. Le gustaba al Limones estar con el Gamba, mostrarse a su vera, y si por él fuera habrían sido buenos amigos. Pero el Gamba era un ser solitario.

Un Trankimazin, una plata de heroína y coca, dos copas de ponche. Once y media de la mañana. Entró el Gamba en el Metralleta, echó un vistazo, distinguió en la barra a Fernandito y se acomodó en un taburete, a su vera. Manuel tuvo que forzar una sonrisa, no le gustaban ni el uno ni el otro, no eran clientes de su gusto, ni siquiera se les podía llamar clientes, nunca consumían, nunca compraban una postura de grifa, y peor todavía si lo hacían porque luego no la pagaban, pero el Manuel del Metralleta, el mismo Manuel que te apabullaba con su sola mirada cuando entrabas a comprarle doscientas pesetas de goma, era de lo más prudente cuando se trataba del Gamba y sus amistades. Fernandito vivía justo enfrente del Metralleta, en la misma calle San Luis, en un bajo diminuto que compartía con su madre. Sacó de su bolsillo una pastilla de Rohipnol envuelta en papel de plata.

—¿Quieres un cuartito, Faé?

Le gustaba madrugar. La mañana estaba fresca y agradable. Se

acercaban nubes por el suroeste. Vicente Guardia sentía que aquel iba a ser un día señalado. Se sentó en la cama, en calzoncillos, sacó un par de Rohipnoles de su caja y se los metió en la boca, los masticó, mientras los masticaba se llegó hasta la cocina, se sirvió una copa de aguardiente, se la bebió de un trago para acabar de trasegar las dos pirulas.

—Si el mierda ese no quiere lo haré yo solo.

Alguien trajinaba en la cocina. Vicente vivía con sus padres, ya muy mayores, y su tía abuela Concha en un piso viejo de la calle Juzgado, a menos de cien metros del Obrador de San Julián. Yo le había escuchado decir en el chiringuito de la calle Hiniesta que había estado embarcado en un mercante estos pasados años, pero el Papelino, que estaba enterado de todo, nos desveló que había pagado diez años en la cárcel de Huelva por una muerte. Ahora, había cumplido y estaba de nuevo en casa, con sus padres y tía Concha, que aceptaron resignadamente la vuelta del Limones al hogar. Miró su reloj, era muy temprano por la mañana, clareaba y cantaban los gorriones, volvió a la

habitación, se encajó su chaqueta tejana, su novísimo pantalón a juego, sus mocasines de rejilla. Se miró en el espejo: el pelo teñido de rubio, cordones de oro en el cuello y uno de plata con la Virgen del Rocío, pendientito dorado en la oreja izquierda, bajito, feo, achaparrado… el Limones no tenía complejos, se sentía poderoso, fuerte, la gran cicatriz en la mejilla derecha le daba el aspecto de truhán que él creía que encandilaba a las muchachas. Finalmente, tras darse el visto bueno en el espejo, una pirula más y otro trago largo de coñac. Salió al comedor, encendió la televisión, se sentó en el sofá, cerró los ojos y trazó algún plan. Así estuvo hasta que le dio el avenate, cogió el portante y salió a la calle con su bardeo de siete muelles. Conforme caminaba y le iba subiendo el efecto de los Rohipnoles se le difuminaban los planes, lo de sirlar a los Molina iba perdiendo prioridad, iba quedando en nada, perdía fuerza la idea de aparecer en San Luis 65, ¿y si se daba de bruces con Eduardo? Eduardo era una fiera, el mismo Luis era temible; tenía el don. ¿Existía realmente la necesidad de enfrentarse a los gitanos?

Empezó a invadirle el sueño, una sensación agradable. Utilizó los últimos restos de su consciencia para cambiar el rumbo y encaminarse hacia el barrio de San Julián.

Remendadas las gafas con cinta aislante y un cristal quebrado, despeinado, sin afeitar, negras las uñas y churretes en la cara, Carlos

Serena palpó los seis talegos en su bolsillo.

Le esperaban en la calle Bécquer. Salió a la Alameda. El día se había nublado. Comenzó a lloviznar. Un grupito de prostitutas bromeaba a costa de un paraguas que no quería abrirse. Recordó a Martina, su amiga Martina Van Maertens… muerta. No se lo podía creer. Muerta. Estaba muy enferma, sabían que se iba a morir, era incluso, a la vista de su estado, lo mejor que le podía pasar, pero así y todo… muerta; definitivamente muerta. No podía evitar un sentimiento de incredulidad. Le asaltó con toda intensidad el recuerdo de Engracia. Más de seis años muerta. Muerta. Engracia sí que estaba muerta. No había ya incredulidad en la muerte de Engracia García. Ahora sí, por primera vez desde que la apuñalara el Gamba en la calle Malpartida, fue consciente Carlos Serena de que su amiga, su mujer, su amante Engracia García había muerto.

Nunca más estaría con ella, nunca más la vería, nunca más podría tocarla, nunca más para Engracia, nunca más. Consciente. Después de seis años se atrevía a pensar en ello.

Y en ella.

Tres Rohipnoles, una copa de coñac, un trago de aguardiente. Once menos cinco de la mañana. El Limones estaba parado a la vera del estanco, frente a la iglesia de San Julián; flotaba a una cuarta del enlosado, sin saliva en la boca, sin tener muy claro dónde estaba. El estanco era pequeño, bien surtido de toda clase de artículos para el fumador.

En las estanterías tras el mostrador se exponían buen número de marcas de tabaco negro y rubio; puros y puritos en pequeñas vitrinas de cristal sobre el mostrador. El Limones paseó su mirada perdida por el escaparate. Alzó la cabeza, leyó el rótulo:

—Ex… pen… deduría… —silabeó la palabra, quizás para demostrarse a sí mismo que todavía era capaz de pronunciar sonidos difíciles. Luego, se persignó y entró en el estanco.

El estanquero, pequeño y frágil, vio entrar aquella figura achaparrada y adivinó en el acto que pintaban bastos.

—Un… Camel.

—¿Con filtro o sin filtro? —preguntó el estanquero tan amable que sonó falso por todos los costados.

—¿Tú… tú qué crees? ¿De qué tengo yo cara? ¿De fumar con… o sin filtro? —Le costaba hablar al Limones, le costaba un mundo vocalizar y además tenía la boca seca, le parecía que en vez de saliva tenía algodón, bolitas de algodón que no conseguía escupir.

—Venga… homme, sin miedo, de qué tengo yo cara —insistía el Limones con gesto hosco.

—Pues… —Sentía el hombre subirle una cosquilla de terror por las piernas hasta la boca del estómago.

—Sin filtro —decidió de pronto el Limones y respiró aliviado el hombre, casi agradecido de que el sujeto se hubiera respondido a sí mismo en vez de quedarse colgado en aquella pregunta engañosa. En verdad… ¿de qué tenía cara aquel individuo? ¿De con o de sin? Cogió un paquete de Camel sin filtro y lo puso sobre el mostrador.

—Un Camel sin filtro.

Sonó la sirena de una ambulancia lejana. No, eran las sirenas de la Policía.

—Esos van fijo para el Espumarejo —comentó el Limones con aire de entendido. El estanquero se relajó medio grado. Le había parecido percibir un tono medio amistoso.

Quizás se había alarmado sin motivo, después de todo.

—¿Qué se debe, jefe?

El estanquero, ahora sí, creyó que el Limones iba a marcharse con su tabaco sin más problemas, y se sintió tan agradecido que quiso tener un gesto.

—Es igual, no te preocupes, hombre, ya me lo pagarás mañana.

—¿Quieres un cuartito, Faé?

No contestó el Gamba. Tampoco insistió Fernandito, se limitó a prepararlo sin más preguntas. Machacó el Rohipnol hasta pulverizarlo y lo dividió en cuatro partes, cuatro rayas de Rohipnol en la barra del Metralleta. El Gamba le pidió al Manuel un billete de mil.

—Déjame un momento un billete de mil, Manué.

—Rafaé, cojone… —Rafaé cojone, pero Manuel le entregó el billete.

Esnifaron Fernandito y Rafael las rayas de Rohipnol sobre el mostrador. Mañana no recordarán nada. Hoy serán capaces de realizar las empresas más salvajes. Los Rohipnoles eran buenos para dar el palo a la brava, flotando en la inconsciencia a una cuarta del suelo, sin saliva, sin escrúpulos.

Medio Buprex, una Perdureta. Miseria. Fue todo lo que Luis Molina pudo proporcionarle a su hermano Eduardo, que salió a la calle rebotado, desconsolado, sin fuerzas para salir del barrio. El Bizco rezaba para encontrar por las cercanías el remedio a su desconsuelo, una víctima fácil y adinerada, una cartera en el suelo, un jipi que tangar, un pico, un pico, te lo ruego Virgen mía de la Macarena, y se besaba el escapulario que siempre llevaba encima. Llegó a la esquina con Relator, contempló la plaza, sus olmos y sus kioscos, uno para la prensa, otro de chucherías, enfrentados uno en cada uno de los extremos de la plaza, cara a cara, prensa contra bolsas de patatillas y cigarritos sueltos en los dos. El Pumarejo. Contemplaba Eduardo la plaza como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. Estaba en libertad condicional y sabía que si le volvían a echar el guante iría de cabeza al trullo. No debía estar ahí. No debía.

—¿Pero tú te crees que yo soy gilipollas, me cago en tu puta madre? —preguntó de un tirón, casi gritó el Limones con voz estrangulada de ira. El hombre se dio cuenta del terrible error, pero ya era demasiado tarde.

—Me voy a cagar en tos tus putos muertos. Te he preguntado cuánto vale el paquete de Camel. ¿Te lo he preguntado o no?

—S-s-sí… sí…

—A ver por qué cojones tiene este imbécil que regalarme el tabaco. ¿Tengo yo cara de tirao o qué? ¿Tengo cara de miserable? Eso es lo que tú crees, ¿verdá?, que soy un

matao, un colgao, un muerto hambre. Pues yo me jiño en toda tu raza y en tu puta madre —insultaba el Limones con lengua estropajosa y se excitaba a sí mismo mientras echaba mano de la navaja de muelles en el bolsillo trasero de sus pantalones tejanos. Cla cla cla clac, sonaron los muelles del arma al desplegarse.

—No, no… oye no… por favor… no te he querido insultar, por favor… no tengo nada contra ti, te lo juro, no me hagas daño, por favor.

Hubo un momento de silencio. Por mucho que quisiera hacer ver que

estaba fuera de sí, el Limones controlaba absolutamente la situación. ¿Cómo se podía tener tanta calma en momentos de tanta tensión? Le hubiera gustado al estanquero tener el mismo relajo que su agresor, pero le era imposible, le podía la ansiedad, el maldito calambre en el estómago, el terror. En la calle entraban los feligreses a misa de once.

—Venga, abre la caja ya, cojones. ¡Vamos!

Con los nervios, se le atascó al hombre el cajón de la caja registradora.

—¿Qué pasa? ¿Tengo que ir yo pa'llá?

—No, no… no sé qué pasa… está atascada.

—No me vengas con rollos, como vaya yo pa'llá y sea mentira que está atascada…

vas a flipar. Te lo prometo.

—Es que no puedo… con los nervios… no puedo, te lo juro. No me hagas daño, por favor —suplicaba, tiraba del cajón atascado, rezaba, sudaba, ábrete maldita ábrete de una puta vez.

Un último tirón abrió por fin la registradora con tanta violencia que saltaron las monedas y cayeron por suelo y mostrador. Eran solo las once y poco de la mañana pero en la caja había una buena cantidad de billetes, aun así al estanquero le pareció poco y experimentó renovadas dosis de pánico.

—Por favor, oye… coge todo lo que hay, pero no me hagas daño por favor. Es todo lo que tengo, te lo juro.

—Ojú… vaya mierda de caja, al final me voy a buscar una ruina.

Una dosis de heroína y coca. Luis Molina salió a la calle confortado por la gota que se acababa de fumar, gentileza de su madre que tiene debilidad con su mayor, y le ve tan

enfermo… tan delgado y débil. Ahora se parece más que nunca a su hermano Rafael, que en paz descanse. Y su Pedrito… pero lo de su Pedrito no podía ser verdad, tenía buen aspecto, se había recuperado mucho desde que le dieron el alta en el Macarena.

Allá estaba, todavía durmiendo. Y cuánto más tardara en despertar, mejor. Y si no despertaba nunca… mejor todavía. Una ola de caos y terror la revolcó sin misericordia.

Tuvo que cerrar los ojos y aguantar la embestida sin respirar.

—Manuel, cojone, pon el ventilador, que nos vamos a asfixiar, joé, qué mal ventilao tienes esto, ¿no? Aquí se asfixia uno y no te das ni cuenta.

Asentía Fernandito derrengado sobre la barra del Metralleta:

—Sí que hace una jartá de calor.

Era muy joven, veinteañero con cara de nene, barbilampiño de sonrisa contagiosa y alegre, Fernandito era la pasión de su madre que hacía todo lo posible y más para que su hijo no tuviera que pasar los rigores del mono, desde limpiar escaleras hasta pedir limosna por la calle. Manuel enchufó el ventilador y comenzaron a girar las aspas por encima de las cabezas. Por la televisión daban las noticias, en San Sebastián había estallado un artefacto y salía en pantalla el político de turno condenando el atentado.

Manuel ponía cara de asco infinito.

—Hijos de puta. Pero es por la mierda de este gobierno que son una pandilla de maricones. Te digo yo que la próxima vez les va a votar su puta madre. Los vascos fusilaos. Qué coño tanta pamplina, y tanto… mamoneo. Fusilaos, hostias. O un tío encapuchao con una recortada. Yo… si yo supiera que estos hijos de puta iban a por mí, me ponía una capucha, cogía la recortada y, niño, me iba ahí, a las tabernas esas donde ellos se reúnen, ¿no?, niño, con toda la calma, abría la puerta y sin decir ná, tranquilamente, ¡pam pam!, dos cartuchazos por la espalda; luego abriría la escopeta, metería dos cartuchos nuevos, así, lento, sin prisas… y ¡pam pam!, dos tiros, otros dos tíos muertos. Verías como así ya no se metían más conmigo.

Fernandito escuchaba emocionado las aventuras de Manuel, con sonrisa aprobatoria, como diciendo: yo haría exactamente lo mismo. El Gamba no escuchaba, le resbalaba el discurso de Manuel.

—Qué coño tanto rollo, tanto juicio, tanto hablar de derechos, es que hay que ser gilipollas, coño, al enemigo ni agua. Yo a estos hijos de puta de la ETA… coño…

fusilaos. Ni juicio ni ná. ¿Tú eres de la ETA? Cuatro tiros. Verías qué rápido se

solucionaba el problema. Pero es que estos políticos que tenemos… son unos acojonaos.

Unos maricones. Ya te digo, la próxima vez los va a votar su puta madre.

El Gamba tenía un paquetillo en la mano.

—Manué, quita el ventilador, homme, haz el favor.

Nadie fumaba en el Metralleta drogas ilegales. El Manuel lo tenía absolutamente prohibido. Pero aquella mañana, obediente, apagó el ventilador para que Rafael Narváez se pudiera fumar su rebujao a gusto, sin el ventilador zumbando sobre su cabeza con el evidente peligro de volarle el finísimo polvo, flash flash flash, a tomar por culo el paquetillo. Fuera el ventilador. Era, por supuesto, el único cliente del Metralleta con ese privilegio: fumarse una plata en la barra, y ahora me pones el ventilador y ahora me quitas el ventilador, Manué, hazme ese favor.

Le gusta trasegar pirulas y beber coñac y sentirse luego capaz de dominar los estados de inconsciencia, como ahora, esta mañana, que sale del estanco, dando alguna ese, sí, pero con un aceptable botín en los bolsillos de la chaqueta y pantalones. Finalmente, no había estado tan mal. Eso que ahora sentía debía de ser euforia. Puso el Limones proa a la ventana del Paco con la idea fija de comprar algunos paquetillos de caballo y cocaína.

Calle Duque Cornejo, calle Lira, calle Hiniesta. La ventana del Paco. Comenzó a llover.

La ventana estaba cerrada pero dejaba una rendija para adivinar que había alguien dentro.

Todavía no podía creer que Martina ya no estuviera aquí, en el mundo, en la habitación 812 del Virgen de la Macarena. Joder… Martina. No era justo. Echó a caminar por el tramo central de la Alameda, la mirada clavada en el albero amarillo. Se detuvo bajo las ramas de un plátano viejo, acarició la corteza, un árbol vivo donde cobijarse. También su mujer estaba muerta. Cobijo. Necesitaba una dosis para tanta confusión. Necesitaba detener con una dosis las sensaciones que se le desbocaban, la tristeza inmensa. Y

entonces, de repente, pero no tan de repente, la tristeza comenzó a reconvertirse en rabia, sus amigas morían, ¿por qué tener miedo?, lo que tenía que ocurrir había ocurrido ya. Engracia estaba muerta, podía tocar esa certeza como se toca un trozo de madera. Y existía un responsable. Lo entendía todo, todo estaba claro en su mente. Un enemigo al que había que enfrentarse. La aceptación absoluta de la

realidad hacía desaparecer todos sus temores. No sabía muy bien por qué era así, pero las grises sensaciones de pena e impotencia comenzaron a cambiar sus colores mates por el granate intenso de la furia que nunca había conseguido desatar, la ira debida, el latigazo necesario de adrenalina. Palpó el destornillador en el bolsillo de su chaqueta. No sentía miedo. Cuando llegara la hora de la verdad… ¿conseguiría mantener este estado de

consciencia? Se encaminó hacia el Pumarejo examinando sus sensaciones: no, no detectaba el ya conocido y angustioso sentimiento de terror; no se le puso la boca seca, no se le agarrotaba el cuerpo, no le superaba el pánico. En el campanario del Omnium Sanctorum dieron las once en punto de la mañana. Bajó por Relator y a la altura de Amargura se cruzó con el Burro.

—Paco… ¿sabes si hay alguien vendiendo en la plaza?

—No sé. Yo se lo he pillado al Rafael en la ventana.

—¿Están bien pasados?

—Sí, homme, ya sabes, el jaco del Paco. Paquetillos de talego. Le tienes que dar el talego, pero vale la pena.

—¿Y tiene de las dos cosas?

—Sí, sí. De las dos cosas. Yo le he pillado uno y uno.

Sintió sensaciones nuevas Carlos Serena caminando tranquilo por la calle San Luis, compró un cigarrito suelto en el kiosco del Perales. En el Dioni los parroquianos tomaban café y copas de aguardiente. Comenzó a llover.

Conocía a esa mujer. La había visto muchas veces por el barrio, era ya bastante mayor, muy gorda, muy torpe, le costaba caminar y llevaba siempre el carrito de la compra por delante, como un andador, para apoyarse en él y guardar así mejor el equilibrio.

Amparado en las sombras de un portal, Eduardo Molina la vio entrar en el Horno San Luis y pagar dos bollos y tres vienas con un billete de cinco mil. Puso mala cara el panadero al recibir el billete.

—¿No tiene usted algo más chico, Rafaela? Es que por cuarenta pesetas…

—No, mi arma, si lo tuviera te lo daba, Antoñito.

Tuvo que salir el panadero, rezongando, a por cambio. Se llegó hasta el Fausti, donde casi siempre disponían de monedas y billetes.

—Niño, Manué, mira a ver si me puedes cambiar esto, homme, hazme el favor —

pidió mostrando el billete desde la puerta de la cafetería. Eduardo no perdía detalle, salió del portal para vigilar mejor desde la acera de enfrente, disimulando, haciendo ver

como que esperaba a alguien. Una vez cambiado el billete retornó el panadero a su tienda.

—Guárdese ese dinero en el bolso, Rafaela, y lleve usté mucho cuidao, que hay por aquí muy mala gente —no se le escapaba detalle al panadero y se había percatado de la presencia del Bizco afuera en la calle.

—No pierdas cuidao, mi arma —contestó la mujer y salió del Horno San Luis, el carrito siempre por delante.

—Rafaé, Eva —llamó el Limones con estropajosa voz. Había alguien ahí adentro pero no se coscaba, o no quería coscarse. Intentó atisbar por la ventana; efectivamente, pudo ver el cuerpo enorme con cara de bobo de Rafael de la Muerte, desnudo por entero, en el centro de la habitación vacía. A su lado, su mujer, la Eva, también de pie, le buscaba la vena con una jeringuilla de insulina, regueros de sangre le corrían por el antebrazo a Rafael que parecía murmurar algún tipo de letanía. El Limones entreabrió más la ventana y tuvo una panorámica completa de la situación. Dos niños, que debían de ser los hijos del Rafael y la Eva, miraban boquiabiertos la escena desde un cuartito al fondo.

Rafael de la Muerte parecía que estaba totalmente ido, era la Eva quien una y otra vez pinchaba sin éxito el brazo de su marido. La Eva era el contrapunto de Rafael de la Muerte, pequeña y astuta, le sobraba la malicia que le faltaba a su marido.

—Vete tú a saber —reflexionó el Limones con envidia— la cantidad de caballo que le ha metido ese bestia al chute.

Un rebujao, otra raya de Rohipnol. El Gamba se fumaba el rebujao y no hacía gestos de ir a compartirlo con nadie. Fernandito hacía esfuerzos desesperados para que le invitaran a una calada. Aquella mañana, momentos antes de encontrarse con el Gamba en el Metralleta, había sido testigo de algo que le podía interesar. Calculó

con optimismo que aquella información bien podía valer un pa-pú.

—Se han llevao al Bizco esta mañana, niño, ahí en el Espumarejo. Los antis. Es que el gitano es gilipollas. ¿Cómo se le ocurre dar un palo al lao de su casa? Hay que ser gilipollas.

—¿Estaba dando un palo? —se interesó Manuel.

—Le ha dao un tirón a una vieja y lo han cogío a la primera. Dice que se quería najar por Malpartida, por el peor sitio, niño, y lo han acorralao en el solar. Le han dao de hostias pocas.

—Ea, un hijo de puta menos —afirmó Manuel mientras pasaba la bayeta por la barra.

—Ese es tonto, homme. Tonto del culo —peloteaba Fernandito (que no ignoraba la inquina del Gamba con la familia Molina) sin dejar nunca de mirar fijo la gota menguante.

Rafael se fumó entero el rebujao sin mirar siquiera a Fernandito, se levantó del taburete y salió a la calle sin decir ahí os quedáis ni devolver el billete de mil que le dejó el Manuel para hacerlo canutillo, se lo guardó en el bolsillo como sin darse cuenta; también Manuel hizo ver que no se daba cuenta. Salió a San Luis, respiró hondo, arrugó la plata que aún conservaba en la mano, hizo una bola con ella y la tiró al suelo. Asomó la cabeza de Fernandito por la puerta del garito.

—Quillo… Faé.

Pero el Gamba ni caso, miró a su derecha, Carlos Serena venía a lo lejos, seguramente de la ventana del Paco, caminando bajo la lluvia por en medio de la calle.

¿Era el Grande? Fijo. No había otro con más pinta de pringao. ¿Cuántas veces le había dado caña de lomo? Unas cuantas. Venía a lo lejos, despacio. Pero el Gamba tenía el pensamiento en otro lugar: Eduardo estaba fuera de combate. Su hermano Luis quedaba solo, enfermo y desprotegido. Había llegado el momento de saldar por fin cuentas con el calorro hijoputa. Estaba en su segundo exacto.

—Va a flipar; se va enterar ese hijo de puta de quién es Rafael Narváez.

Siguió a la señora Rafaela por San Luis hasta el Pumarejo. Eduardo Molina improvisaba carente de cualquier plan. La mujer empujaba

trabajosamente el carrito de la compra.

Eduardo la había visto meter el dinero en un monedero, y el monedero en el bolso que dejó caer dentro del carrito. Doblaron por la esquina de Relator. La mujer caminaba torpemente, apoyado todo el peso sobre el carrito de la compra, era una mujer gruesa con un amplio y oscuro vestido de verano, las piernas hinchadas, parecía conocer a todas las mujeres que se le cruzaban en el camino, también como ella con sus bolsas y carros de la compra. Todo el barrio conocía a Rafaela. Eso no era conveniente para dar un palo. Pero a Eduardo parecía darle todo igual.

Cuando más absorto estaba contemplando la escena, alguien le tocó en el hombro.

—¡Hostias, Paco, qué susto me has dao!

—¿Qué pasa, Limones? ¿No te atienden? —se interesaba Paco por la marcha de su negocio.

Sintió una oleada de sueño. Al Limones se le iba la cabeza. De pronto no recordaba si le habían despachado ya o no. Los Rohipnoles enseñaban los colmillos. Se percató Paco inmediatamente del brutal colocón que arrastraba el Limones.

—¿Vas a pillar algo o qué?

—Quillo, Paco… qué pasa, que soy el Limones. Claro que he venío a pillar algo.

Asomó Paco la cabeza por la ventana entreabierta.

—¡Eva! Venga, a despachar.

Pero Eva estaba concentrada en su marido.

—Niño, Rafaé, tienes la chuta atascada, no hay manera. Otra aguja. Necesitamos otra aguja o se va a coagular ya.

—¡Eva, coño! ¡Atiende a los clientes, copón! —exigía el Paco en su papel de amo del polvo.

—Un momento, cojones, Paco. Un momento ¿No se puede esperar un minuto?

Coño, que está mi pobre marío hecho porvo y va a perder el buco de siete paquetillos, niño. Estamos nosotros como para perder un chute

de siete paquetillos.

—Esto es la hostia. Como vengan los monos verás tú —rezongaba el Paco, y temía, por otra parte, que en cualquier momento se le fuera la cabeza al Limones e hiciera algún disparate, o cayera redondo al suelo. Conocía bien los efectos del Rohipnol. Había que estar majara perdido para meterse tres Rohipnoles y tres copazos sin tregua. El Paco intentó asegurar el tiro.

—Niño, Limones… ¿cuánto vas a pillar?

Dudó el Limones unos instantes, ¿cuánto iba a pillar? Bueno, de momento… no sabía. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y la sacó con un buen fajo de billetes.

El Paco se alarmó, vendía heroína y había que ser prudente. Si ese majara había dado un palo por algún lugar cercano… podía aparecer la Policía en cualquier momento. No le convenía tener al Limones rondando su negocio.

—Bueno, qué… Limones, joé, una cosa ligera.

—Dame cinco y cinco.

Tendió la mano el Paco

—Dame el dinero.

—¿El dinero? ¿Cuánto dinero?

Odiaba Paco el estado pegajoso de los hipnóticos; Vicente Guardia parecía en aquellos momentos subnormal.

—Diez talegos. Diez paquetillos. Son a talego; para todo el mundo.

—Ya, claro… diez mil… pesetas.

Paco esperaba con la mano tendida y abierta. Asomó el rostro astuto de la Eva por la ventana

—Ozú… qué mal bajío, Paquito. Al final ha perdío el pico.

No dejaría pasar la ocasión. Caminó por San Luis hacia el Pumarejo. Intuía el Gamba que el gitano rondaba cerca. Arreció la lluvia. Sintió el peso de la navaja en el bolsillo trasero de sus pantalones. Estaba nervioso. Respiró hondo; aunque debilitado por la enfermedad, Luis Molina seguía imponiendo mucho respeto. Se preguntó si el gitano iría

armado. Probablemente no. O sí. De pronto le vinieron las dudas: ¿y si la información de Fernandito era falsa? Los rumores corrían con facilidad por el barrio. No era momento de dudas. Había tomado ya la determinación de acabar con el gitano.

Tenía que aprovechar el impulso. El precioso impulso necesario para cumplir las hazañas más difíciles. Sin impulso no había hazañas.

Dos dosis de heroína, otras dos de cocaína base. El Limones se homenajeaba en un poyete del Pasaje Valvanera. Todo había salido de la puta hostia, se felicitaba el Limones. Todavía estaba consciente, la cocaína le despejaba la mente y era capaz de disfrutar aquel momento estupendo y luminoso. Ah… qué buen material pasaba el Paco, y qué bien se lo montaba el Limones.

—Qué bien me lo monto —se felicitaba a sí mismo.

Le gustaba especialmente fumar sus platas en los poyetes del Pasaje Valvanera, donde no circulan los coches y solo pasa de vez en cuando algún vecino discreto, de los que optan por ignorar lo que sucede en los poyetes.

—Qué bien me lo monto —repetía, alzaba la mirada hacia las azoteas donde galerías y pasadizos por encima de su cabeza conformaban el extraño paisaje del Pasaje Valvanera—. Me gusta este sitio —se decía en voz alta el Limones, se alababa el buen gusto, hacía correr la gota para aspirar el humo amargo—. Al final me lo he hecho de puta madre, le he sacado un pastón a la maricona del estanco.

Lo que más echaba de menos en estos instantes era el público. Hubiera disfrutado con un par de espectadores a quienes contar sus hazañas, un par de testigos que pudieran escuchar su grito de guerra: ¡Yo soy el Limones, chavales! ¡Yo soy el que fuma la mejor droga de toda la Macarena! Tuvo un vahído, se le cerraban los párpados, dio una cabezada. Enseguida recuperó la consciencia.

—Me fumo esta plata y me abro de aquí —decidió el Limones mientras le asaltaba ya el sueño incontrolado.

Se quedó profundamente dormido. Comenzó a llover fuerte.

Se abalanzó contra la señora Rafaela en el mismo momento que aparecían en su campo de visión las motocicletas de los antitirones. Mala suerte, parecía que le estuvieran esperando. Derribó a la mujer pero no tuvo tiempo de meter la mano en el carrito, escuchó rugir los motores a sus espaldas y tuvo que salir de naja porque se le echaban

encima los señores. Esquivó el primer zarpazo de uno de ellos, se metió por Malpartida sabiendo que se metía en una ratonera, corrió, corrió, corrió… Al final de la calle, en la desembocadura a Parras, le esperaba el otro motorista con la defensa en alto y una ofensiva sonrisilla de burla. ¿Cómo había sido tan estúpido? Él solito se había metido en la ratonera. Fernandito le vio salir por la misma calle Malpartida a gomazos en la espalda, sin piedad, un gomazo, otro gomazo, salió a Relator, cayó al suelo, se escucharon algunos aplausos mezclados con la cantinela de la señora Rafaela.

—Ay, ay, ay, ay…

Finalmente, lo que no consiguieron las navajas, ni las pistolas, ni los puñetazos, ni las patadas, ni la violencia humana en todas sus variantes, lo estaba consiguiendo esa cosa diminuta que le infectaba el cuerpo y le debilitaba día tras día. El bicho. Tuvo que dejar ese pensamiento, pensar en la enfermedad no le conducía a ningún sitio bueno. Ya no quedaban sitios buenos. ¿Qué quedaba? No pensar, meterse toda la droga posible. No

daba con una solución mejor. Lo sentía infinito por su hermano chico, Pedrito. No se lo merecía. Era increíble que estuviera sucediendo un drama de tales dimensiones.

Inconcebible. No les podía estar pasando a ellos. A él. Tal era la realidad. Era demasiado horrible como para dignarse a dedicarle un segundo de atención. No se lo merecía, la despreciaba, despreciaba esa realidad horrible y absurda. Moriremos escupiendo al suelo. ¿Qué quedaba? Otra plata, no le pedía otra cosa a la vida, otra dosis de heroína y base. ¿Pero cómo? No era tan fácil. Nadie le iba a fiar un paquetillo, igual que él nunca se lo fio tampoco a nadie. Así era la norma. Se dirigió cansino hacia la plaza del Pumarejo.

En el kiosco del Perales, Carlos Serena compraba tabaco suelto.

—Un cigarrito suelto, Perales.

—Joé, niño, a ver cuando te compras un paquete entero. Menudo negocio tengo yo con vosotros.

—Venga, Perales, no te quejes, no te quejes que cigarrito a cigarrito te estás forrando a nuestra costa.

—Ja, forrando dice el gachó. Tiene guasa. Forrando.

Siguió San Luis adelante. Encendió el cigarrillo, lo saboreó, estaba

bueno. Le gustaba fumar a Carlos Serena, lo disfrutaba. Se cruzó ahora con Joaquín el Negro.

—Joaqui, ¿vienes de la ventana? ¿Está despachando el Rafael?

—Sí, pero aligera que se le acaban. ¿Tienes un cigarrito?

—Qué va; este lo acabo de comprar suelto en el Perales.

Aligeró Carlos el paso, arreció la lluvia, llegó a San Marcos y dobló hacia la calle Hiniesta. La ventana. No tuvo ningún problema. Se asomó la Eva, le dijo lo que quería y le entregó las seis mil pesetas. Minutos después efectuaba el camino de retorno hacia la calle Bécquer, donde le esperaban la Morón y el canijo y su mujer. Martina… otra vez el recuerdo de Martina. Y la lúcida consciencia de la muerte de su amante, Engracia. Pasó por delante del Metralleta en el mismo momento que el Gamba salía del garito. Se miraron. Rafael arrugó la plata que acababa de fumarse y la tiró al suelo. En la puerta del bar asomó el Fernandito.

—Quillo… Faé.

Dos coches de la policía, revuelo, una mujer gorda y atacada de los nervios sentada en un poyete de Relator y atendida por un Nacional. Fernandito fue quien se lo dijo, habían detenido a su Eduardo, él lo había visto todo.

—Ha sío ahora mismito, lo han pillao los antis justo cuando iba a quitarle el bolso a esa vieja. Quillo, parecía que le estaban esperando. Tu hermano ha querío najarse por Malpartida y él solito se ha metío en la boca del lobo.

Callaba Luis. Seguía necesitando una plata de caballo y coca. Cada vez con más urgencia. Le vino a las mientes su madre, tendría que decirle que se habían llevado otra vez al Eduardo, pero apartó el pensamiento de un manotazo. Primero la plata, y luego ya pensaría en eso. Sentada en el poyete, la mujer no cesaba en su ataque de nervios.

Ay, ay, ay, ay. No le habían quitado nada, Eduardo no había podido arrebatarle el dinero, pero la mujer no se calmaba. Alguien arrastró el carrito, que había quedado en mitad de la calle, hasta la mujer en el poyete.

—Tenga, mujer, su carrito.

Comprobó que el bolso seguía en su lugar, lo abrió, vio que no faltaba

nada y lo apretaba contra el pecho.

—Ay, ay, ay, ay… Grasias, mi arma, grasias.

—Esto está que trina —comentaba Fernandito a la vista del despliegue policial—, no nos conviene estar por aquí, Luis. Te invito a un café en el Metralleta. ¿Te vienes?

Pero el Molina no tenía ganas de café. Se fue Fernandito al Metralleta y siguió el gitano por Relator. Dentro del Talbot blanquiazul de los Nacionales estaba su hermano Eduardo, se obligó a sentirse apenado pero no lo conseguía. Quién sabe, igual iba a estar mejor en el talego. ¿Qué le esperaba al Bizco si se quedaba en San Luis? ¿Pillar también el bicho? Mejor para Eduardo si le quitaban de en medio y le ahorraban lo que se cernía sobre la familia. Finalmente, qué era la vida. La vida era esto, la vida era morir.

No iba a ser el primero. Su muerte sería tan insignificante como la muerte de todos los hombres muertos de este siglo y del pasado y del más pasado y del otro y del otro.

Dentro de unos años… ¿quién recordaría a Luis Molina? Nadie. Luis sería como los muertos que tampoco él recordaba. Qué carajo le importaría a nadie su muerte. Todo era una cuestión de tiempo. Llovía. Entró en el Pasaje Valvanera sin saber por qué.

Galerías y terrazas se cruzaban sobre su cabeza. Buscó algún portal donde resguardarse de la lluvia. No se veía un alma; sí, distinguió un cuerpo sentado en la entrada de una casa, parecía estar durmiendo, pero… estaba en una extraña postura. Se acercó más.

Conocía aquella chaqueta tejana, esa cabeza rubia teñida… Claro, por supuesto: era el Limones. Se llegó hasta su vera, sí, estaba durmiendo, se había quedado dormido mientras se fumaba una plata de heroína y coca, ahí estaba, una plata en su mano derecha con una gota enorme y casi intacta. Conservaba el tubito de aspirar en la mano izquierda, un hilito de saliva se le deslizaba por la comisura y respiraba profundamente llegando al ronquido en alguna inspiración. El Limones. Se acuclilló a su lado y le tocó ligeramente el hombro.

—Limones… —dijo en voz muy baja el gitano.

Le zarandeó levemente el hombro. Nada. Los Rohipnoles hacían bien su trabajo, y la combinación con el caballo multiplicaba sus efectos narcotizantes al extremo. Olvidó inmediatamente Luis Molina todas sus desventuras y dio gracias con toda sinceridad a la Virgen de la

Macarena por su buena suerte. Con toda suavidad le arrebató la plata de sus manos, luego el tubito, y ahí mismo, de pie, sacó del bolsillo su mechero Bic recargable y se fumó un pa-pú con todo el placer del mundo. Ahhh… mezcla divina.

Cerró los ojos y respiró con absoluto placer. Ahhhh… aquello le devolvía la vida. Hizo correr la gota por toda la plata, una calada, y otra, y otra, el Limones seguía lo mismo.

Estuvo fumando así, entregado al placer sin reservas, sin fisuras, hasta que hizo desaparecer la gota sobre el papel de aluminio. Metió luego la mano en un bolsillo de la chaqueta del Limones y encontró un fajo de billetes de mil y de cinco mil pesetas. No había tenido que buscar mucho. Metió la mano en el otro bolsillo: una navaja de muelles, enorme, terrorífica. Confiscó el arma y la guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones. Continuó el registro y siguieron las sorpresas: tres paquetillos de heroína y otros tantos de base. Luis Molina sonreía feliz. Todavía encontró algún Rohipnol suelto entre monedas de cien y de quinientas. El gitano trazó un plan sencillo: iría a su casa a fumarse todos aquellos paquetillos —gracias Virgen mía de la Esperanza Macarena, dijo agradecido en voz alta mientras se persignaba—. Irradiaba olas de placer al caminar, le resbalaba la lluvia por el rostro —todo está bien ahora y este polvo está del carajo, se decía complacido el gitano—. Giró la vista atrás, el Limones se removía en el portal,

¿estaba despierto?, aceleró el paso. Salió a San Luis. Comenzó a tronar a lo lejos. El 70, el 68, el Horno, la tienda del señor Eulogio, el kiosco, Luis Molina a punto de alcanzar su domicilio.

Miró en el Dioni, miró en el interior también del Cateto, echó un vistazo al kiosco del Perales desde la otra acera y otro vistazo a la tienda del señor Eulogio, miraba, atisbaba, observaba, vigilaba, la gente se cruzaba con él y él les miraba a todos. ¿Dónde estás, Luis Molina? Podía olerlo, podía intuirlo, el Gamba sabía que llegaba el segundo exacto, no cabía el error, no cabía la duda. Corazonadas así jamás le habían fallado. Entonces le

vio: saliendo del Pasaje Valvanera apareció la figura de Luis Molina. Se escuchaban truenos a lo lejos.

El Limones se levantó, no sabía ni dónde estaba, dio un paso hacia delante, había visto de manera borrosa… alguien que parecía huir, ¿lo había soñado? ¿Y la plata?, la plata no la tenía. ¿Dónde coño…? ¿Se la había fumado ya? Miró en el poyete, miró alrededor del portal, ¿pero

qué…? ¿Y el tubo? Y de repente el recuerdo, sí, recordaba haber comprado algunos paquetillos. ¿Ya se los había fumado?, no podía ser. Una ira sofocante le empezó a subir por las piernas hacia el estómago. Buscó la navaja en el bolsillo: ¡no por favor no por favor no! ¡La navaja no!, estaba desarmado y tambaleante, desequilibrado, no podía centrar el paso, recuperar el equilibrio. Había visto a alguien, estaba seguro, no había sido un sueño. Quiso serenarse pero no había manera, el retumbar de un trueno le dio un susto de mil demonios, ¿qué hostias era eso? Le asaltó la terrible certeza de que al día siguiente no iba a recordar nada. Haciendo un esfuerzo sobrehumano se dirigió por el pasaje hacia San Luis, camballá tras camballá.

Por la esquina de San Luis con el Pasaje Valvanera apareció la figura de Luis Molina.

Luis ya no era Luis. Vibraba a enfermo, afilada la nariz, encorvado, amarillo, chupado hasta los huesos, enormes los ojos redondos, los dientes asomando entre los labios resecos. Caminaba muy despacio, torció a su derecha sin dejar la acera, hacia su casa. Se detuvo en seco el Gamba, sonaban los truenos cada vez más cercanos. Ya te tengo, hijo de puta. Se aplastó el Gamba contra la pared, buscó la protección de un portal, se deslizó hasta el más próximo. Luis Molina seguía su camino, solo le faltaban unos metros para llegar a la negra cancela del 65. Débil y enfermo, en los huesos, con aspecto de pollo mojado, y aun así, en aquellos momentos caminaba Luis con una sonrisa, ajeno a la lluvia, todavía con el sabor de la cocaína en la garganta, en la boca, en el aliento, caminaba con fatiga pero no le importaba. Había tenido un golpe de suerte y estaba feliz. Gracias al Limones; qué arte. Se detuvo un momento a tomar aire y entonces le vio, gran sobresalto, fuera sonrisa, le vio cruzar la calle, rápido, fuerte, decidido, imparable. A por él. Rafael Narváez no estaba enfermo. Eso sí que era tener suerte.

Adivinó sin esfuerzo sus intenciones, no tuvo que devanarse los sesos. La buena suerte se transformaba sin transición en mala suerte, la felicidad en desdicha. Respiró, no sabía qué hacer, hasta para eso estaba enfermo, no tenía ni fuerzas para tomar una decisión.

Ya lo tenía encima, no había ninguna posibilidad de huida, recordó que llevaba la navaja del Limones en su bolsillo trasero, pero no había tiempo, no había fuerzas, no había remedio: estaba muerto. Sintió el terror hacer temblar su frágil cuerpo, se le secó la boca, no encontraba fuerza para sobreponerse, para controlar esta realidad que se le venía encima. Ahora sí, vinieron lágrimas a sus ojos. Apuñalado por el Gamba era la última muerte que hubiera deseado. Recordó el don que

siempre le había acompañado.

¿Inmune? Ya no era inmune. En verdad quien le derrotaba era el inmundo bicho. Sí,

había perdido el don. Iba a morir. El Gamba no se detuvo, le dio igual si le miraban como si no, si había testigos o si no los había, era su oportunidad, su segundo exacto, no podía dudar. Asomaron por el Dioni varios trabajadores de las obras eternas frente al Cateto, charlaban, reían ajenos al drama que se gestaba. Supo el Gamba que se iba a buscar una ruina, al final iba a ser verdad lo de buscarse una ruina. Le daba igual.

Volvería a caer de pie, estaba seguro. Sacó la navaja, pulsó el resorte —¡tchak!—, asomó brillante la hoja de acero. Supo con certeza que Luis Molina iba a ser incapaz de parar el golpe, se plantó enfrente del gitano y sin más historia lanzó el navajazo: ¡plop!, qué pasa, algo pasaba, algo que no le dejaba… que le trababa… le impedía… ¿qué coño?…

Alguien le abrazaba por detrás, otros brazos trababan los suyos, quiso liberarse, quiso revolverse, ¿qué cojones estaba ocurriendo? Inició un movimiento de giro con toda su rabia, intentó liberar la mano armada, se revolvió, lanzó un cabezazo hacia atrás que impactó de lleno en la cara de su rival y sintió que el abrazo aflojaba, eso era, a cabezazos, ya lo tenía, nadie podía con el Gamba, quiso lanzar un segundo cabezazo pero sintió que algo helado le penetraba en las entrañas por el costado, entre las costillas, lentamente, sintió girar el hierro en su carne, sintió el desgarro irreparable, el destrozo, y luego ya no le abrazaban, estaba libre, pero no tuvo fuerzas ni para alzar la mano que conservaba la navaja. Giró con gran trabajo el rostro para ver la cara de su agresor, ese hijo de puta… ese julay… la maricona… había sido la maricona. ¿Qué coño le habían clavado? Distinguió muy borrosamente el mango del destornillador asomando por su costado, ¿sangraba?, no veía sangre, llegó el dolor y tuvo que arrodillarse, no se sostenía, ni siquiera de rodillas, quedó tendido en el suelo. Estaba acabado. Oyó a lo lejos voces de gente espantada, sintió que algo le resbalaba por la mejilla, un escupitajo amarillo, esos eran los botos negros del gitano. Y esos otros zapatos… al lado de su cara… esos eran los zapatos del Grande. Dio un par de boqueadas, se asfixiaba, murió. Atónitas, algunas personas contemplaban la escena sin atreverse a acercarse demasiado. Salieron los parroquianos del Dioni, también los del Cateto, hasta el mismo Cateto abandonó su lugar en la barra para asomarse y ver qué ocurría. Frenó un turismo, asomó la cabeza del conductor.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba con espanto.

—Han matao al Gamba.

Han matado al Gamba, han matado al Gamba, han matado al Gamba, corrió como la pólvora la noticia. Algún ama de casa se compadecía del cuerpo tirado en la acera.

—Qué pena… un muchacho tan joven.

Nadie se atrevía a tocar el cuerpo. Seguía inspirando temor aquel cadáver todavía caliente que apretaba en la mano diestra una navaja abierta.

—Fíjate, alguien le ha escupido un gargajo en toda la cara.

Apareció Fernandito. La noticia había llegado hasta el Metralleta, pero no fue capaz de acercarse hasta él, de comprobar su pulso para saber si de verdad había fallecido, ni de llamar a una ambulancia. No estaba apenado, era un puto egoísta que se había fumado su última plata y no le había invitado ni a un miserable pa-pú. Ahí lo tienes.

Tirado como un perro. Veintiocho años a la mierda. Su cadáver estuvo más de veinte minutos tendido en la calle San Luis, sin que nadie se atreviera a acercársele, a tocarlo, ni siquiera a llamar a una ambulancia. Luis Molina, apoyado en la pared al lado de su casa respiraba fatigosamente. Carlos Serena se había esfumado, de repente ya no estaba, había desaparecido de escena.

Pero apareció el Limones, tambaleándose, hizo unas cuantas eses hasta llegar al cadáver del Gamba en la acera. Se detuvo frente al difunto Rafael, se arrodilló, se persignó. En su mente confusa apareció la posibilidad de que sus pertenencias robadas estuvieran en los bolsillos del Gamba, no podía pensar con cordura, no podía recordar, sueño y realidad se mezclaban en su pensamiento, ¿era Rafael quien le había robado?

No, claro, pero aun así… registró con cierta timidez algún bolsillo del difunto. Solo cuando le llovió el primer gomazo en las espaldas se percató de que acababa de llegar la policía. Arreció con furia la lluvia.

**12. Calle Feria, Mercado del Jueves. Octubre de 1989.** Paquillo y su novia Encarni se buscaban la vida vendiendo postales de la Virgen a los guiris que pululaban por la entrada de la basílica de la Macarena.

—¿Una postal, caballero? Es la voluntad. ¿Ve usted?, por detrás lleva

una oración que le traerá suerte.

Cada cual se las buscaba como podía. El Negro, el Vinlora y el Segovia abrían coches con habilidad pasmosa, tchaka, la puerta abierta, o el capó. Nunca pude averiguar cómo lo hacían, se plantaban frente al vehículo, miraban a un lado y a otro, no moros en la costa y, tchaka, la puerta abierta.

La de la trenza pedía por las mesas de los bares. Caminaba infatigablemente por las calles de Sevilla, desde la Macarena hasta Los Remedios.

—Señor, por favor, estoy juntando para comprarme un cartón de leche.

El Gordillo —apodado así por su gran parecido con el futbolista— pedía en la estación de autobuses.

—Buenos días, caballero, soy de Huelva y estoy en el paro. Tengo dos hijos.

Pedrito, ya en las últimas, se ponía en las paradas del autobús a llorar diciendo que había perdido el dinero para volver a su casa. Como de verdad era un niño y estaba visiblemente enfermo la gente se conmovía. Era de los que conseguían mejores ingresos en menos tiempo.

Los gitanos de la Catedral tocaban sus astrosas guitarras por las mesas de los restaurantes y luego pasaban el platillo. Cantaban infatigablemente una y otra vez la misma rumba: *Si me das a elegir…* Y si era Navidad, el mismo villancico: *Olé, olé, Olanda ya se ve.*

—Una moneda para el músico, señores, sean ustedes tan amables.

Lupe y su hermana Francisca robaban ropa en los grandes almacenes. Las pillaron tantas veces y estaban tan fichadas que al final tuvieron que cumplir condena por hurto en la cárcel de mujeres.

Los hermanos Ponce de Sevilla —no confundir con los Ponce de Huelva—

desvalijaban a los yonquis en el momento de comprar la droga. Se apostaban en las cercanías de los puntos de venta y escogían al más débil. Se te acercaban sonriendo y te soltaban al oído frases premonitorias.

—Quillo, qué ganas tengo de quitárselo tó a un jipi.

El Matachulo explotaba a una puta. Y la puta se iba con los mendas más impresentables por un talego.

—Nene… ¿echamos un ratito?

El Vespino daba tirones a los bolsos de las viejas en la misma calle San Luis, y el Polilla por las calles del centro con las motocicletas del taller familiar donde trabajaba.

Y todos ellos en cuanto reunían lo necesario marchaban como el rayo en busca de su camello. Cada cual se buscaba la vida como podía y los días transcurrían entre pedir dinero, buscar al camello y el breve momento de meterse un chute, o fumarse una plata.

Soledad y yo hacíamos lo que podíamos. La portera ya no nos dejaba dinero. Nunca supe por qué aguantó tanto, quizás porque salí un día por la televisión con La Pupa, en *Cajón Desastre*, el programa que presentaba Díaz Aroca y que la catapultó a la fama.

Verme en la televisión generó crédito inmediato en mis vecinos, y especialmente en la portera, que hasta el final me mostró sus simpatías y nunca dejó de preguntarme cuándo se iba a repetir lo de salir por televisión. Pero no se repitió y perdí mi crédito con la Juana.

Un día vendí mi clarinete; un día horrible de mucho mono y mucho frío. Se lo cambié a un camello por cinco paquetillos de heroína y otros tantos de coca. Al principio Soledad no quiso, se opuso de manera radical al trueque, pero luego, cuando vio tan cerca los diez paquetillos, claudicó y murmurando débiles protestas se fumó su parte. Poco después me fui de La Pupa. Estuve un tiempo trabajando en un grupo de pintoresco nombre, Moralmente Muertos; Soledad trabajaba a rachas como profesora, cuando la llamaban para alguna sustitución, pero los ingresos no bastaban ni de lejos para cubrir el agujero sin fondo del enganche.

Los jueves y los domingos acudíamos a los rastrillos de la calle Feria y la Alameda, allí vendimos nuestro patrimonio.

—¿A cuánto tienes los *Víboras*?

—A cuarenta duros. Están muy bien cuidados.

—¿No tienes el número seis?

Estábamos en el rastrillo de la calle Feria. Poco a poco vendíamos nuestra hacienda en los mercadillos del Jueves y la Alameda. Sobre una manta en el suelo habíamos colocado la colección casi entera de *El Víbora*. Libros como *La guerra del fin del mundo*, de Vargas Llosa; *La Regenta*, de Clarín; los *Sonetos* de Quevedo en una edición de lujo que me había regalado mi padre tiempo ha, cuando yo vivía aún en la casa familiar… Al lado de Quevedo, Soledad había dispuesto un rallador de cebollas y un pelador de patatas. Y una cámara de fotografiar que no funcionaba y cintas de casete: los Beatles, David Bowie, King Crimson…

Una señora miraba nuestras cosas. Se interesó por el pelador de patatas.

—¿Cuánto quieres por el pelador?

—Deme usted diez duros.

La señora cogió el pelador, se lo miró y remiró, lo volvió a dejar sobre la manta.

—Está muy viejo —dijo y emprendió la retirada.

—Señora, señora —intenté retenerla—. ¿Cuánto me da usted por el pelador?

Pero la señora no contestó y se fue. Soledad bregaba con el cliente de los *Víboras*.

—Es que los primeros números están agotados todos. No te los puedo dejar por menos de cuarenta duros.

—Joder, rubia, más caro que si fueran nuevos.

—Pues intenta comprarlos nuevos, a ver si los encuentras.

—Te doy ciento cincuenta.

—Que no, canijo, que no. Su precio es cuarenta duros. Por menos prefiero no venderlos.

Soledad negociaba muchísimo mejor que yo. Yo los hubiera vendido ya todos por cuatro perras, pero ella sabía tener paciencia. Gracias a su paciencia no nos fue nunca

mal en los mercadillos. Yo, desde luego, no sabía valorar lo que tenía, y en cuanto me apretaban un poco cedía.

El mercadillo estaba a rebosar de gente, no se podía casi caminar por el pasillo entre las dos hileras de puestos. Allí se vende de todo y casi todo usado: ropa, discos de pizarra de flamenco, zapatos, libros, antigüedades, vajillas de porcelana, artículos de ferretería… y también objetos absurdos e incalificables, bombillas fundidas, zapatillas de estar por casa rotas y desgastadas por el uso, mecheros sin gas… Además, eran buenos días para relacionarse, tomar una cerveza al mediodía en el Vizcaíno si era jueves, o en Las Columnas si era domingo.

De una u otra manera eran días buenos para los yonquis del barrio que como nosotros vendían su hacienda semana a semana. O el producto de sus rapiñas. Como el chaval de al lado, que estaba loco por vender cuanto antes las herramientas robadas que exponía sobre el suelo desnudo.

—Chaval, qué pides por el martillo —preguntaba un sujeto con aire de desocupado y mirada astuta.

—Deme usté… tresienta pe'etas.

—¿Qué dices, hombre? Te doy veinte duros.

—Lléveselo.

El hombre, un buscador profesional de gangas, examinaba reflexivamente el martillo y finalmente se decidía:

—¿A cuánto me dejas todas las herramientas? Si me haces un precio bueno me las llevo todas.

El martillo, alicates, un gato y un juego de luces de automóvil, destornilladores…

—Dos mil pe'etas.

—¿Dos mil pesetas? Te doy mil por todo.

Mil pesetas, lo que costaba un chute de caballo.

—Hecho. Deme las mil pe'etas.

Y se fue el chaval sin esperar más con sus mil pesetas en busca del camello más próximo. A nuestro lado el hombre recogía sus herramientas del suelo. Soledad iniciaba el abordaje:

—¿No le gusta a usted la lectura?

—No, guapa. ¿Cuánto por el pelador de patatas?

—Diez duros.

—Ni que fuera de oro.

—¿Cuánto me da por él?

—Cinco duros por el pelador y el otro chisme para las cebollas.

—Sí, hombre… y si quiere se lo regalo también.

Yo asistía con impaciencia a los regateos. Me daba la impresión de que aquella mercadería no la iba a querer nadie y que lo mejor era vendérsela al primero que viniera, ofreciera lo que ofreciera, pero Soledad tenía paciencia. Y aguantaba el mono mejor que yo.

—Venga, ni pa ti ni pa mí. Diez duros por las dos cosas —proponía el hombre de mirada astuta. Soledad se lo pensaba.

—¿Sí o no? Venga, que me voy —achuchaba el hombre.

—Sí, hombre. Dile que sí. Dáselos —intervenía yo al final, deseando colocar la mercancía.

—¿Lo ves? Hazle caso a tu novio, niña. Nadie te va a dar más por ese pelador. ¿No ves que está ya muy usado? Y lo de las cebollas lo mismo te digo. Ese rayador tiene más años que yo.

Soledad se enfadaba si le menospreciaban el género.

—Pues si están tan usados no se los lleve. Ea, o setenta y cinco por las dos cosas o nada. No los vendo por menos.

Se retiró el hombre sin despedirse, mosqueado por la firmeza de Soledad. Al otro lado de nuestra manta un hombre delgado con la dentadura hecha polvo vendía pilas, según él, de larga duración. El hombre, a diferencia de nosotros, exhibía su material sobre una pequeña mesita de *camping*.

—Seis pilas nuevas de gran duración, sin usar, en paquetes sellados y garantizados… ocho duros.

—Muy caro es eso, jefe —se quejaba un habitual del Jueves, que como tantos otros acudían tempraneros al mercado para encontrar los mejores chollos.

Se vendían muchas cosas robadas en el Jueves, y había que venderlas muy temprano, antes de que se personaran los municipales. Realmente, se podían encontrar gangas increíbles y muy baratas si madrugabas, cosas como herramientas, radiocasetes de coche, discos y cintas de música, ropa nueva recién birlada de El Corte Inglés, bicicletas… Los chavales, acuciados por la urgencia del síndrome, lo daban todo tirado de precio. No querían otra cosa que obtener un par de talegos a toda prisa para salir disparados en busca del *dealer*. O uno; con un talego ya te podías quitar el mono de caballo, que era el peor. Había que buscarse la vida como fuera.

Un día, cuando ya los turistas acudían a Sevilla atraídos por la promoción que se hacía de la futura Exposición Universal del 92, descubrí que tocando la flauta dulce en la calle era capaz de financiarme la droga y la comida. La primera vez que puse mi gorra en una esquina me acompañó mi novia. Soledad, que era sevillana del Muro de los Navarros y conocía mejor que yo la ciudad, tuvo la brillante idea de probar suerte en Santa Cruz, el barrio de los guiris. Gorra, flauta y los dos para Santa Cruz. Plaza del Salvador, calle Francos, Giralda y Catedral. Camino bajo los monumentos, noche cerrada.

—Este es un buen sitio —dictaminó Soledad.

Era una de las entradas al barrio, al amparo de la muralla, las almenas y los torreones de los Alcázares, entre la plaza de la Alianza y la plaza del Triunfo. La calle Joaquín Romero Murube, al final de la cual una pequeña escalinata de gastados peldaños de piedra conduce a la plaza de la Alianza. Mi sitio: el primer peldaño de la escalinata, justo al lado de una tienda de cerámica y *souvenirs*, el único establecimiento de la calle. Era noche cerrada cuando Soledad y yo desplegamos nuestras magras pertenencias: la gorra, la flauta, la determinación de no volver a casa sin haber resuelto.

Era el mes de noviembre, había poca gente a las ocho de la tarde, se había hecho de noche y nos llegaba el vientecillo frío del Guadalquivir. Pero en el barrio siempre hay

algún guiri amable, algún guiri alucinado, algún guiri generoso. Es lo que tiene el barrio: guiris que flipan por sus callejas estrechas dispuestos a pagar bien su flipe. Y

finalmente, resolvimos.

**13. Barrio de Santa Cruz, Navidades de 1989.** Coñazo de

helicópteros de su puta madre

—mascullé indignado y dejé de tocar mi flauta dulce de plástico por unos momentos, mientras el helicóptero de la Policía Nacional atronaba los cielos justo por encima de mi cabeza, sin ninguna consideración para los honrados y sufridos músicos de calle que tanto necesitan del silencio y de la placidez de esta soleada mañana de invierno.

Miré hacia arriba y agité el brazo amenazadoramente.

—¡Fuera de aquí, cabrones! ¡Largo!

Pero el helicóptero nada de nada. No se decidía a irse. Revoloteaba y no abandonaba el barrio. Los turistas alzaban sus cabezas y lo señalaban a sus hijos más pequeños:

¡mira, un helicóptero!, y yo, con la flauta en silencio, veía pasar las filas de turistas y me encolerizaba no poder aprovechar el momento. Pero es que es imposible tocar una lenta como *Michelle* con el estruendo ambiental de un helicóptero de la policía sobrevolando cual gigantesco moscardón por encima de tu cabeza. Tacatacatacataca, así no había manera de entonar algo decente. Estaba en los escalones de piedra al final de la calle Joaquín Romero Murube, tras la cual se abre la plaza de la Alianza. Y digo que se abre porque eso es lo que hacen tantas plazas en Sevilla, abrirse. Uno va por un callejón con las paredes que te rozan los hombros y una visión del mundo más bien limitada, cuando de pronto, ¡flump!, al final de la calleja se abre el mundo en magnífica plaza con fuente en el centro, rumor de agua, bancos de cerámica con naranjos a los lados y edificios al fondo que proponen otros callejones donde el mundo tornará a estrecharse y tú seguirás camino y escucharás a lo lejos la melodía de algún músico callejero. Pero hoy no se escucha la flauta, ¿no vino el músico? Vino, pero el helicóptero de la Policía atruena los cielos, no deja sentir la flauta y el flautista se desespera. Han dado un tirón muy cerca, en Las Gitanillas, y buscan al culpable por tierra y aire en acción conjunta entre los motoristas de la Policía Municipal y el helicóptero de la Policía Nacional que hoy no me deja buscarme la vida con los sonrientes turistas de Santa Cruz.

El helicóptero había callado, los grupos de turistas desfilaban por las calles de Santa Cruz y yo tocaba el *Golden Slumbers* de los Beatles cuando comenzó a lloviznar. Mejor.

Nunca la lluvia representó un obstáculo para mi negocio callejero,

todo lo contrario, mientras la cosa no se pusiera tormentosa, una evocadora melodía bajo la lluvia hacía aumentar mis ingresos de manera sensible. La gente abrió sus paraguas, a mí no me importaba mojarme mientras siguieran cayendo monedas en la gorra colorada. Pasaron dos grupos de alemanes, uno inmediatamente detrás del otro, rubios, limpios, bien vestidos, pequeñas mochilas de viaje, sonrientes. Bajo el cobijo de un gran paraguas, en el segundo grupo de turistas, detecté de reojo una figura familiar. Fijé incrédulo la

mirada. Conocía ese porte, esa manera de caminar. ¿Carlos? Sí, Carlos Serena. ¿Qué demonios…? No le había vuelto a ver desde la muerte del Gamba. Simplemente, desapareció. Nadie vino a preguntar por él, nadie lo reclamó, enterraron al Gamba y nadie supo, nadie sabía qué había sido de Carlos Serena, ni siquiera nosotros que habíamos sido sus amigos. Desaparecido.

Desentonaba Carlos con su aspecto desastrado entre los guiris bien vestidos, duchados y afeitados. Levantó la mirada y dirigió la vista hacia mi rincón, se cruzaron nuestras miradas pero se llevó el dedo a la boca y me indicó silencio, chisst. Silencio. No me has visto y tú a lo tuyo y yo a lo mío. Tuve un primer impulso de seguirle, pero lo pensé mejor y volví a la flauta para seguir con mi versión del *Golden Slumbers*. ¿Huía de alguien?

Empezaba la serie de boleros de los Panchos cuando vi venir a los municipales. Dejé de tocar la flauta.

—Buenos días —saludé. Algo pasaba. Me di cuenta por las expresiones de los dos policías que normalmente no me hacían ni caso. Pero hoy venían muy serios.

—Oye, ¿has visto pasar por aquí a un tipo así… de tu edad más o menos, más alto que tú, con gafas…?

Confirmé la conducta de Carlos. Huía de la policía.

—¿Por aquí? No sé. Es que por aquí pasa mucha gente. Altos y con gafas han pasado unos cuantos.

—Ya, pero este iba muy ligero, corriendo… ¿No has visto nada?

—¿Corriendo? No, agente, por aquí no ha pasado nadie corriendo.

Al fin y al cabo decía la verdad, yo no había visto a nadie correr.

—¿Estás seguro? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Yo? Desde las diez de la mañana. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—No, no… sigue tocando.

Jamás la policía te decía lo que pasaba, nunca te daban una información, nunca una respuesta. Se fueron sin despedirse. Al poco rato, Carmen, la dependienta de la tienda

de cerámica, asomó la cabeza por la puerta. Yo tocaba la flauta a la vera de su establecimiento.

—¿Qué pasa? ¿Qué te han preguntado?

—Nada, si había visto pasar por aquí corriendo a un tío alto, con gafas…

Carmen era una sevillana morena, guapetona y resuelta, muy habladora, se sentía acompañada por mi presencia; me tenía aprecio y había acabado por acostumbrarse al tiro-riro de la flauta. Joaquín Romero Murube, cuando no pasaban los grupos de guiris, era una calle solitaria y Carmen una mujer miedosa.

—Por lo visto han dado un tirón en Las Gitanillas y están buscando al ladrón.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

—Porque me ha telefoneado el jefe para decírmelo, y para decirme que llevara cuidado.

Resultaba increíble imaginar a Carlos dando un tirón a un guiri, pero, desde que le diera muerte al Gamba, había perdido el miedo, la prudencia y la esperanza, y se lanzaba de cabeza al vacío. Ahora sí que de verdad solo le importaba una cosa: un buen chute de heroína y coca; lo demás le importaba todo un carajo. Si la muerte de Engracia le había impactado, matar al Gamba le había dejado ya listo de papeles. No podía pensar en ese momento sin haberse metido un fije de cuatro y cuatro, por lo menos.

Matar. El delito máximo: el homicidio. Había clavado un destornillador en el corazón de un hombre; había sentido en todo su ser cómo se le hundía entre las costillas, cómo alcanzaba el músculo, cómo este dejaba de palpitar. Había matado a un hombre, un crimen jamás quedaba impune.

Carlos Serena burló el cerco, dejó atrás las modernas motocicletas de

los municipales. Salió por la plaza del Triunfo a la Avenida de la Constitución y giró hacia la derecha, Plaza Nueva, Sierpes y la Campana. Era Navidad, faltaban un par de días para la Nochebuena, los escolares de vacaciones navegaban las calles cargados de paquetes, incordiando a sus mayores, excitados, y hacía frío. Carlos Serena no tenía frío, huir de la Policía proporcionaba calor. Era excitante huir de la madera. Si te salía bien, si escapabas, te encontrabas luego en la gloria. Qué placer escapar de las garras de la Justicia. Mentira, la clandestinidad es una paranoia.

Entonces dejó de llover. Frenó en seco, cerró el paraguas, cerró los ojos, los motores de los coches se montaban sobre el vocerío humano y el pregón de los cupones. Quizás

pudiera guiarse por los sonidos, pero ¿para qué? Ah, ya, para adiestrar la mente. Sí, le tentaba la idea a Carlos Serena de cerrar los ojos. Pero para siempre. No abrirlos más, no abrirlos nunca más, nunca más. Sonaban bien los adverbios; nunca más, nunca más nada. Esa era la idea: nunca más nada y no volver. Se le desmoronaba el mundo a Carlos Serena y quizás solo quedaba la solución de adiestrar la mente. Sí, pensó Carlos, adiestraré la mente. Pero en otra ocasión. Ahora estaba en lo que estaba, en avanzar, volar por el mojado pavimento, punteando —tac tac— sus pasos con la punta del paraguas cerrado, peatón más veloz que nadie, atravesó el paso de cebra: ¿dónde estoy?, quiso saber mirando a derecha e izquierda. Topó al segundo vistazo su mirada con El Corte Inglés, las hormigas entraban y salían con grandes bolsas doradas con campanitas y globos que si los soltabas caían flotando al suelo y allá quedaban, dando saltitos a cámara lenta. Tampoco los zánganos volaban, pedían dinero a los transeúntes a cambio de mugrientas postales, o de *La Farola*. ¿No te jode? *La Farola*. Seguía enfocando Serena El Corte Inglés, parado en el centro exacto de la plaza del Duque.

Reanudó el paso, bullía el hormiguero entre los puestos de bisutería diseminados por toda la plaza. El futuro acecha detrás de las esquinas. Carlos empezó a pensar seriamente en entregarse. Cambió el rumbo, renunció al Corte Inglés, puso proa a la calle Sierpes y el viento cambió con él, le seguía, le empujaba, ¿qué prisa hay? No tenía prisa, pero tampoco disminuía la velocidad. Sierpes. Mucha gente, más gente, más bolsas, más globos, el suelo pavimentado de chicles usados. Más gente, abrigos, paraguas, comercios, dinero, billetes que no se ven pero se huelen, se presienten, billetes nuevos y crujientes, viejos y sobados, todos igual de apetecibles, billetes sin diferencias sociales. Bombillitas de Navidad y buenos deseos, paz y amor y dos nacionales con gafas de sol, arriba y abajo de Sierpes, uno de ellos arrastra un

globo desinflado, lo pisa, lo revienta y el otro le ríe la gracia. Carlos detiene su caminar. Directos, los agentes de la ley lo miran, les parece sospechoso y van hacia él. Carlos los espera con su enorme colocón de droga y desespero. Que vengan, piensa Carlos. Venid, bonitos, venid. Yo os espero. Les miró a los ojos, muy fijamente, primero a uno, luego al otro. Los justicias están poco acostumbrados a que nadie les mire a los ojos sin bajar la vista, sin ceder.

Nadie cede. Un buen rato pasan así, quietos en los principios de la calle Sierpes, envueltos en la marea de gentes arriba y abajo, mirándose a los ojos. Lentamente, el de más edad, gordo y chaparro, que es también el más bajito, se quita las gafas de sol, se sonríe, le asoma un colmillo. Irrumpe un confuso recuerdo en su mente. Se quita la gorra, se pasa la mano por la frente. Se da cuenta de que está sudando. ¿Por qué suda?

Es el mes de diciembre, esto es la Navidad, el nacional está sudando. Ya no sonríe, quiere recordar dónde ha visto antes a ese sujeto que le provoca sudor. El otro agente, de frondoso bigote, calvo, más joven, más alto, más fuerte, recuerda repentinamente de qué conoce a ese individuo que le mira tan fijo, que lo atosiga con esa mirada intensa que le dice a las claras que le va a saltar al cuello en cualquier momento. Y decide golpear primero, se lleva la mano a la cadera en busca de la defensa de goma, duda, no,

mejor la pistola, es igual, ya no hay tiempo. Cuando quiere reaccionar ya está en el suelo, paralizado por el dolor y sin respiración, las manos crispadas en el bajo vientre donde Carlos Serena acaba de hundir la puntera de su bota derecha. El segundo agente no puede creer lo que acaba de ver, fracciones de segundos que se pierden en vacilaciones, no puede ser, sí puede ser, y que Serena aprovecha tan diestramente enviándolo al limbo de certero cabezazo en la base de la nariz, ¡crash!, al suelo. Nariz rota y patada a seguir en el estómago. Unghhh, farfulla el agente en tierra, unghhh.

¡Corre! ¡Escapa!, le dicta el instinto, pero no corre, se va caminando sin mirar los cuerpos caídos que deja detrás. Los mirones asisten espantados al suceso pero nadie se atreve a detenerlo. Nadie osa siquiera decirle nada, y Carlos Serena se aleja por Sierpes en dirección a la Campana y a la Gavidia luego. No está en absoluto preocupado. Ha dado la cara. Merece un respeto.